

---

# **Víctimas Invisibles: La Historia No Contada de los Crímenes de Dahmer**

---

**Edward Halcroft**

## **Víctimas Invisibles: La Historia No Contada de los Crímenes de Dahmer**

Autor: **Edward Halcroft**

© 2026 Edward Halcroft

(seudónimo de Carlos Cabezas López)

Todos los derechos reservados.

Publicado y editado por

**Carlos Cabezas López**

*Imprint: Eager Dragon Publishing*

Østerbrogade 226, St. 1

2100 København Ø, Dinamarca

[www.eagerdragon.com](http://www.eagerdragon.com)

Diseño de cubierta, maquetación, corrección y edición:

**Carlos Cabezas López**

ISBN (eBook): 978-87-85410-57-3

ISBN (Paperback): 9798243475082

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación ni transmitida en ninguna forma ni por ningún medio —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros— sin la autorización previa y por escrito del titular de los derechos.

Este libro es una obra de ficción. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, así como con lugares, acontecimientos o situaciones, es pura coincidencia.

Depósito legal: **Biblioteca Real de Dinamarca (Pligtaflevering).**

Se entregarán dos copias digitales dentro de los seis meses posteriores a la publicación, conforme a la normativa danesa sobre depósito legal de obras digitales.

Primera edición: **2026**

---

## ÍNDICE DE CONTENIDOS

---

|                                                                        |     |
|------------------------------------------------------------------------|-----|
| ADVERTENCIA DE CONTENIDO                                               | 1   |
| DEDICATORIA                                                            | 2   |
| PRÓLOGO                                                                | 3   |
| CAPÍTULO 1: LA NOCHE QUE MILWAUKEE DES-<br>PERTÓ                       | 7   |
| CAPÍTULO 2: EL OLOR QUE NADIE QUISO NOMBRAR                            | 17  |
| CAPÍTULO 3: EL DEDO LEVANTADO - Steven Hicks, 1978                     | 28  |
| CAPÍTULO 4: TRECE AÑOS DE SILENCIO                                     | 40  |
| CAPÍTULO 5: LAS CINCO LLAMADAS - Glenda Cleveland                      | 51  |
| CAPÍTULO 6: CATORCE MINUTOS - Konerak Sinthasom-<br>phone              | 67  |
| CAPÍTULO 7: TONY HUGHES - El Hombre que Bailaba en<br>Silencio         | 83  |
| CAPÍTULO 8: INVISIBLE EN UNIFORME - El Soldado que<br>Milwaukee Olvidó | 99  |
| CAPÍTULO 9: LA HABITACIÓN 219 - Steven Tuomi, 1987                     | 115 |

|                                                                                      |     |
|--------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| CAPÍTULO 10: OXFORD APARTMENTS, UNIDAD 213 -<br>El Catálogo del Horror               | 129 |
| CAPÍTULO 11: LAS POLAROIDS - Rostros que Merecían un<br>Nombre                       | 143 |
| CAPÍTULO 12: TRACY EDWARDS - El Que Sobrevivió Para<br>Contar                        | 157 |
| CAPÍTULO 13: LA SALA DEL TRIBUNAL - Cuando Mil-<br>waukee Tuvo que Mirarse al Espejo | 174 |
| CAPÍTULO 14: DESPUÉS DEL VEREDICTO - Los Días que<br>el Tiempo No Cura               | 189 |
| CAPÍTULO 15: DIECISIETE NOMBRES - Un Memorial de<br>Palabras                         | 204 |
| EPÍLOGO FINAL: LO QUE QUEDA CUANDO EL MON-<br>STRUO SE VA                            | 251 |

---

## **ADVERTENCIA DE CONTENIDO**

---

Este libro contiene descripciones detalladas de crímenes violentos, abuso sexual, racismo sistémico y homofobia. El contenido puede ser perturbador para algunos lectores. Se recomienda discreción.

Los eventos descritos en este libro están basados en registros públicos, transcripciones judiciales, informes policiales y testimonios documentados. Los nombres de las víctimas se utilizan con respeto a su memoria y para honrar sus vidas.

---

## DEDICATORIA

---

*Para las diecisiete víctimas que nunca debieron morir.*

*Para Glenda Cleveland, que intentó detenerlo.*

*Para las familias que aún lloran.*

*Y para todos aquellos cuyas voces fueron ignoradas.*

---

## PRÓLOGO

---

El olor llegó primero.

No era el hedor dulce y podrido de la carne en descomposición—eso vendría después—, sino algo más sutil, más insidioso: el aroma metálico de la sangre seca mezclado con el amoníaco barato que alguien había usado para limpiar el piso de linóleo. Un olor que se pegaba a la garganta como el humo de un cigarrillo mal apagado, que hacía que los vecinos del Oxford Apartments bajaran la mirada al pasar frente al 213, que convertía los susurros en el pasillo en advertencias que nadie se atrevía a decir en voz alta.

*Algo no está bien ahí.*

Pero en Milwaukee, en el verano de 1991, había muchas cosas que no estaban bien.

La ciudad olía a derrota.

Las fábricas que una vez habían sido el corazón palpitante de la clase trabajadora ahora yacían como cadáveres oxidados a orillas del lago Michigan. Los letreros de "Se Alquila" se multiplicaban en los escaparates de Bricktown, y los niños jugaban entre los escombros de casas abandonadas, mientras sus madres rezaban para que la heroína no llegara a su cuadra. La policía respondía a los llamados con una lentitud calculada, como si el tiempo mismo se hubiera espesado, como si

ciertas vidas—las negras, las maricas, las de los que vendían su cuerpo en la 27 con State—no merecieran prisa.

Y luego estaba *él*.

El hombre del apartamento 213.

Nadie recordaría después cuándo había empezado, exactamente. Solo que, de pronto, los olores se volvieron más fuertes. Que los vecinos dejaron de quejarse por el ruido de la taladradora a las tres de la mañana y empezaron a hablar, en voz baja, de *lo que había en los tarros*. Que las mujeres que trabajaban en la lavandería del sótano dejaron de usar los secadores de la primera fila, los más cercanos a la puerta que daba al almacén, porque juraban que, a veces, cuando el viento soplabla del norte, se colaba por las rendijas un hedor a *algo quemado que no era basura*.

Glenda Cleveland lo supo antes que nadie.

Glenda, con sus cincuenta y ocho años y sus ojos que no se dejaban engañar, había criado a sus hijos en este mismo barrio, había visto cómo la heroína se llevaba a los jóvenes como un río traicionero, cómo la policía miraba para otro lado cuando los chicos negros desaparecían. Pero esto era diferente. Esto *apestaba* a muerte de una manera que no era natural. Así que llamó al 911.

Una vez. Dos veces. Cinco.

—Hay algo podrido en ese apartamento— les dijo a los operadores, a los oficiales que finalmente se presentaron, a los vecinos que preferían no meterse en problemas. —*Huele a carne podrida. A huesos*.

Pero en Milwaukee, en 1991, cuando una mujer negra decía que algo andaba mal, el sistema tenía formas de no escucharla.

El 27 de mayo, el olor se volvió un grito.

Esa noche, el aire estaba pesado, cargado con la humedad que precedía a las tormentas de verano. Las farolas parpadeaban como luciérnagas moribundas sobre el asfalto agrietado de la calle 25, y el único sonido era el zumbido lejano de un transformador eléctrico y el crujido de los pasos de un chico descalzo, corriendo.

Konerak Sinthasomphone tenía catorce años.

Había escapado.



Su cuerpo—delgado, moreno, marcado por el miedo—temblaba cuando tropezó con la acera frente al Oxford Apartments. Llevaba solo un par de calzoncillos, y su piel brillaba bajo la luz amarillenta del farol, cubierta de sudor y algo más oscuro que se le pegaba a los muslos como alquitrán. Sangre. Sus ojos, dilatados por el terror o las drogas o ambas cosas, se encontraron con los de Sandra Smith y Nicole Childress, dos mujeres que regresaban a casa después de un turno agotador en la fábrica de embutidos.

—Ayúdame— susurró.

Y ellas lo hicieron.

Llamaron al 911.

Los oficiales John Balcerzak y Joseph Gabrish llegaron siete minutos después.

Encontraron al chico descalzo, confundido, con los labios agrietados y las pupilas tan dilatadas que casi no dejaban ver el iris. Encontraron, también, a un hombre blanco de treinta y un años, con gafas de montura gruesa y una sonrisa tranquila, que les explicó que todo era un malentendido.

—Es mi amante— dijo Jeffrey Dahmer, mientras acariciaba el hombro del niño como si fuera un perro asustadizo. —*Tuvimos una pelea. Está borracho.*

Los oficiales miraron al chico. Miraron al hombre. Miraron la calle vacía, el edificio de apartamentos con sus ventanas oscuras, la noche que se cerraba como una trampa.

Y entonces—a pesar de las súplicas de las mujeres, a pesar de las leyes, a pesar del instinto más básico de proteger a un niño descalzo y sangrando— hicieron lo que el sistema les había enseñado a hacer con los cuerpos que no importaban:

Devolvieron a Konerak Sinthasomphone a su asesino.

Esa misma noche, mientras el chico era estrangulado en el apartamento 213, mientras su cuerpo era desmembrado en el baño con un cuchillo de carnicero, mientras sus huesos se unían a la colección que Dahmer había estado reuniendo durante *trece años*, los oficiales Balcerzak y Gabrish firmaron un informe en el que decían que todo estaba en orden.

*Disputa doméstica entre adultos homosexuales*, escribieron.

Nadie revisó el apartamento. Nadie preguntó por qué un *adulto* tenía el cuerpo de un niño. Nadie recordó que, tres años antes, el mismo Dahmer había sido condenado por abuso sexual contra el *hermano mayor de Konerak*.

El sistema había fallado una vez más.

Pero esta vez, el error sería imposible de ignorar.

Porque tres meses después, cuando Tracy Edwards escapó con las esposas aún colgando de su muñeca, cuando la policía *por fin* entró al apartamento 213, no encontraron solo un cuerpo.

Encontraron *setenta y cuatro*.

Fotos polaroid de víctimas desmembradas. Cráneos pintados de negro, guardados como trofeos. Un altillo lleno de huesos blanqueados por el ácido. Un refrigerador con cabezas humanas en bolsas de plástico. Y, en el fondo de un barril de 57 galones, los restos de lo que alguna vez habían sido *personas*.

Diecisiete de ellas.

Este no es un libro sobre un monstruo.

Es un libro sobre el silencio que lo dejó matar.

Sobre las cinco llamadas de Glenda Cleveland que nadie escuchó. Sobre el niño devuelto a su muerte porque su piel era morena y su orientación sexual una excusa. Sobre los diecisiete hombres y niños—catorce de ellos negros, nueve de ellos gay, la mayoría tan pobres que sus desapariciones no merecieron portadas—a quienes el sistema abandonó una y otra vez.

Es un libro sobre lo que pasa cuando ciertas vidas no importan lo suficiente como para salvarlas.

Y sobre la pregunta que aún resuena, treinta años después, como un eco en un pasillo vacío:

Si el asesino era Jeffrey Dahmer...

*¿quiénes fueron los verdaderos cómplices?*

---

## CAPÍTULO I: LA NOCHE QUE MILWAUKEE DESPERTÓ

---

22 de julio de 1991 | 11:30 PM

El metal muerde su muñeca con cada zancada, pero Tracy Edwards no deja de correr.

El asfalto de la calle 25 arde bajo sus pies descalzos, todavía tibio por el calor de julio que no se disipa ni siquiera después del anochecer. El sudor le resbala por la espalda, pegándole la camiseta a la piel como una segunda epidermis. Las esposas—cromadas, pesadas, oficiales—cuelgan de su muñeca izquierda como un rosario de metal que golpea su cadera con cada paso, marcando un ritmo que suena a cuenta regresiva. A muerte evitada. A segundos robados.

No mira atrás. No puede. Porque si mira, verá la ventana del tercer piso del Oxford Apartments, y en esa ventana estará *él*, observándolo con esos ojos vacíos detrás de las gafas gruesas, esa sonrisa que nunca llegó a los labios, esa calma enfermiza de quien sabe que el mundo le pertenece porque nadie lo ha detenido antes.

El aire huele a basura fermentada y a lago podrido—el olor de Milwaukee en verano, cuando el calor convierte la ciudad en un invernadero de desesperación—pero Tracy también huele *otra cosa*. Está en su ropa. Impregnada. El

olor del apartamento 213: químicos mezclados con algo dulce y metálico, como fruta podrida dejada demasiado tiempo bajo el sol. Como carne.

Dos cuerdas más adelante, bajo el parpadeo moribundo de un farol, ve la salvación: un Ford Crown Victoria blanco y azul, con las luces encendidas pero el motor apagado. Dos siluetas dentro, iluminadas por el resplandor amarillento de una farola. Policía.

Tracy corre más rápido de lo que ha corrido en su vida. Sus pulmones arden. El corazón le martilla contra las costillas como si quisiera escapar de su propio pecho.

—¡Ayúdenme!—grita, y su voz sale quebrada, áspera, una voz que no reconoce como suya—. ¡Por favor, ayúdenme!

El oficial del volante—bigote gris, uniforme impecable, ojos cansados de ver demasiado—baja la ventanilla con un crujido eléctrico. Su compañero, más joven, con los dedos manchados de salsa de hamburguesa, se lleva la mano instintivamente a la funda de su arma.

—¿Qué demonios...?—el oficial del bigote, cuya placa dice RAUTH, mira las esposas—. ¿Qué te pasó?

Tracy se dobla sobre sí mismo, jadeando, con las manos sobre las rodillas. Las palabras salen entre bocanadas de aire:

—Hay un tipo... apartamento... tiene un cuchillo... fotos... cuerpos...

Los dos oficiales intercambian una mirada. El más joven—MUELLER, dice su placa—abre la puerta del patrullero y sale con cautela, como si Tracy pudiera ser el peligro.

—Tranquilo—dice Mueller, alzando las manos—. Respira. ¿Alguien te atacó?

Tracy asiente con violencia, señalando hacia atrás, hacia el edificio de ladrillo rojo que se alza como una tumba vertical contra el cielo nocturno.

—Edificio Oxford. Apartamento 213. Tercer piso.—Las palabras le salen a borbotones, tropezándose unas con otras—. Me puso las esposas. Tenía un cuchillo. Iba a... Dios, iba a...

No puede terminar la frase. No necesita hacerlo.

Rauth sale del coche, lento, evaluando. Su mano descansa sobre la radio del hombro.

—¿Cómo te llamas?

—Tracy. Tracy Edwards.

—Bien, Tracy. ¿Ese tipo todavía está ahí?

—Sí. Dijo... dijo que solo quería tomarme unas fotos.—Tracy se ríe, pero el sonido sale como un sollozo—. Pero las vi. Las *otras* fotos. En su apartamento. Hombres... desmembrados. Cabezas. Sangre por todos lados.

Mueller mira a Rauth. Algo pasa entre ellos sin palabras. No es la primera vez que escuchan a alguien hablar de cosas imposibles en este barrio. Pero las esposas son reales. El terror en los ojos de Tracy es real.

—Muéstranos—dice Rauth finalmente, ajustándose el cinturón que sostiene la pistola, la radio, el peso de una decisión que cambiará todo.

Tracy asiente y comienza a caminar. Sus piernas tiemblan. Los oficiales lo siguen, y mientras cruzan la calle hacia el Oxford Apartments, Tracy escucha el crujido de las suelas de sus zapatos contra el asfalto, el zumbido eléctrico de los cables de alta tensión sobre sus cabezas, el latido sordo de la música que sale de un auto estacionado tres bloques más abajo.

Y sobre todo eso, más fuerte que todo, el sonido de su propia respiración.

Aún vivo. Todavía respirando. Contra todo pronóstico.

La entrada del Oxford Apartments huele a orina y a desinfectante barato, una combinación que no limpia nada sino que enmascara capas de abandono. Las paredes, alguna vez beige, ahora tienen el tono grisáceo de una cicatriz vieja. Las luces fluorescentes del pasillo parpadean con un zumbido enfermizo, como insectos atrapados en su propia trampa de luz.

Rauth toca el timbre del apartamento 213. El sonido resuena dentro, agudo, como un grito en miniatura.

Silencio.

Luego, pasos. Lentos. Deliberados. Como si quien estuviera del otro lado tuviera todo el tiempo del mundo.

La puerta se abre.

Jeffrey Dahmer está parado allí, en camiseta blanca y jeans, como si acabara de despertar de una siesta. Las gafas de montura gruesa reflejan la luz del pasillo, ocultando sus ojos. No parece sorprendido. No parece asustado. Solo... ligeramente molesto, como un hombre interrumpido en medio de un proyecto importante.

—¿Oficiales?—pregunta, con una voz tranquila, casi monótona—. ¿Puedo ayudarlos en algo?

Rauth señala a Tracy con un gesto de la barbilla.

—Este joven dice que lo atacó. Dice que tiene esposas puestas por usted.

Dahmer mira a Tracy. No hay reconocimiento en su expresión. Solo un ligero asentimiento, como si confirmara un dato menor.

—Ah, sí—dice—. Tuvimos un pequeño desacuerdo. Se puso violento. Tuve que controlarlo.

—¿Usted le puso las esposas?—pregunta Mueller, con una mano todavía cerca de su arma.

—Sí. Pero ya se calmó, ¿verdad?—Dahmer sonríe levemente, mirando a Tracy—. Podemos arreglar esto entre nosotros.

—No—Tracy da un paso atrás, sacudiendo la cabeza con violencia—. No. Él tiene... Tiene cosas ahí dentro. Fotos. De gente muerta.

Dahmer suspira, como un padre cansado de las acusaciones de un niño.

—Oficial, he estado bebiendo. Creo que mi amigo aquí también. Las cosas se salieron de control. Lo lamento.

Rauth y Mueller se miran. Esta es la parte donde, en circunstancias normales, les dirían a dos hombres borrachos que se calmaran, que arreglaran sus problemas lejos de la vista pública, que no volvieran a llamar a la policía por estupideces.

Pero las esposas son reales.

Y algo en el aire—ese olor—no es normal.

—Señor—dice Rauth, con un tono que ya no es una pregunta—, necesitamos entrar.

Dahmer no se mueve por un segundo. Sus dedos, largos y pálidos, se cierran sobre el marco de la puerta. Luego, como quien se rinde ante lo inevitable, da un paso atrás.

—Por supuesto. Adelante.

El apartamento 213 golpea primero con el olor.

No es solo basura. No es solo comida podrida. Es algo *antiguo*, algo que ha estado descomponiéndose durante mucho tiempo en un espacio cerrado. Rauth se lleva instintivamente la mano a la nariz. Mueller tose.

—Jesús—murmura Rauth—. ¿Qué demonios es ese olor?

—Disculpen el desorden—dice Dahmer, cerrando la puerta detrás de ellos—. No he tenido tiempo de limpiar.

La sala de estar es pequeña, claustrofóbica. Un sofá desgastado. Una televisión que emite un resplandor azulado sin sonido. Una mesa de centro con latas de cerveza vacías formando un círculo perfecto, como si fueran piedras en un ritual.

Y sobre la mesa, dispersas como naipes en una partida abandonada, están las fotos.

Mueller ve la primera antes de entenderla. Su cerebro tarda tres segundos completos en procesar lo que sus ojos están viendo: un torso humano. Sin cabeza. Sin brazos. Sin piernas. Solo un tronco desnudo sobre lo que parece ser una bañera llena de algo oscuro.

—Dios—susurra, y su mano vuela hacia la pistola.

Rauth se acerca. Toma una foto con dedos que tiemblan ligeramente. La siguiente imagen es peor: un hombre—o lo que fue un hombre—acostado en una cama, con los ojos abiertos pero vacíos, la boca entreabierta en una mueca que podría ser sorpresa o dolor o nada en absoluto.

—Señor Dahmer—la voz de Rauth sale tensa, como una cuerda a punto de romperse—, ¿qué es esto?

Dahmer se encoge de hombros.

—Fotos.

—¿Fotos de *qué*?

Dahmer no responde. Se queda ahí, con las manos en los bolsillos, observándolos con esa calma enfermiza que hace que el aire mismo se sienta más pesado.

Mueller se mueve hacia la cocina. La puerta del refrigerador está entreabierta, como una boca lista para morder. La abre completamente.

Y entonces el mundo se detiene.

Dentro del refrigerador, entre un cartón de leche y una caja de pizza mohosa, hay una cabeza humana.

Los ojos están abiertos. La piel tiene un tono azul grisáceo, como cera derretida. El cuello termina en un corte limpio, casi quirúrgico.

Mueller se dobla sobre sí mismo y vomita sobre el linóleo amarillento de la cocina. El sonido de su arcada es lo único que rompe el silencio.

Rauth se lleva la radio al hombro con manos que ahora sí tiemblan sin control.

—Central, aquí el 427—su voz sale quebrada—. Necesitamos refuerzos en el 924 de North 25th, apartamento 213. Necesitamos... Dios, necesitamos a todos. *Ahora.*

Dahmer no intenta correr. No intenta pelear. Solo se queda ahí, parado en medio de su sala de estar, con las manos aún en los bolsillos, observando cómo su mundo—o lo que sea que haya construido en ese apartamento—comienza a desmoronarse.

—¿Hay más?—pregunta Rauth, aunque no está seguro de querer saber la respuesta.

Dahmer asiente.

—En el dormitorio. En el congelador. En el barril.

Mueller, todavía doblado sobre sus propias rodillas, solloza.

Rauth se acerca a Dahmer, saca las esposas de su cinturón—las mismas que Tracy todavía lleva en una muñeca—y las cierra alrededor de las muñecas de Jeffrey Dahmer con un clic que suena como el cierre definitivo de algo.

—Jeffrey Dahmer—dice, con una voz que ya no es humana sino mecánica, siguiendo un guion aprendido hace años—, está arrestado por...

Se detiene. No hay palabras. No hay categoría. No hay protocolo para *esto*.



—Por todo—termina finalmente—. Está arrestado por todo.

Para las 2:17 de la madrugada, el Oxford Apartments está rodeado de luces rojas y azules que pintan las paredes de ladrillo como una discoteca del infierno.

Los vecinos salen en pijama, descalzos, con ojos hinchados de sueño y preguntas que nadie puede responder todavía. Glenda Cleveland está entre ellos, envuelta en una bata floreada, con el pelo enrulado en rodillos. Ve cómo sacan a Dahmer esposado—calmado, caminando con la postura de un hombre que va a una cita de negocios—y siente algo que no es sorpresa.

Es confirmación.

"Lo sabía," piensa. "Dios, lo sabía."

Cinco llamadas al 911. Cinco veces diciéndoles que algo estaba mal en el apartamento 213. Cinco veces escuchando la misma respuesta: "No podemos hacer nada sin evidencia."

Ahora la evidencia está saliendo del edificio en bolsas negras.

El detective Patrick Kennedy llega a las 2:43, con el traje arrugado y los ojos inyectados en sangre. Acaba de trabajar un doble turno en un tiroteo en el sur. Cuando Rauth le explica lo que encontraron, Kennedy se queda en silencio durante un minuto completo.

Luego entra al apartamento.

El olor lo golpea como un puño. Se lleva un pañuelo a la nariz, pero no sirve de nada. El hedor se filtra a través de la tela, se pega a su garganta, se instala en sus pulmones.

En el dormitorio, encuentra el barril de cincuenta y siete galones. La tapa está sellada con cinta adhesiva. Cuando la abre, el olor que sale es tan denso que tiene textura. Adentro, flotando en un líquido oscuro y espeso, hay restos que alguna vez fueron humanos. Tres cuerpos, reducidos a una sopa de carne y ácido.

Kennedy cierra la tapa y sale tambaleándose. En el pasillo, se apoya contra la pared y respira profundamente, tratando de no vomitar.

—¿Cuántos?—pregunta a Rauth cuando puede hablar de nuevo.

Rauth consulta su libreta con manos temblorosas.

—Aún están contando. Pero por lo que hemos encontrado hasta ahora... al menos siete. Quizá más.

—¿Quizá más?

—El tipo está hablando—dice Mueller, que ha vuelto de fuera, pálido como un cadáver—. No para de hablar. Dice que son... Dice que son *diecisiete*.

El número cuelga en el aire como humo.

Diecisiete.

Diecisiete vidas. Diecisiete familias. Diecisiete madres que se despertarán mañana sin saber aún que sus hijos no volverán a casa.

Kennedy mira hacia la ventana del apartamento 213. Afuera, Milwaukee respira todavía, ajena. Los autos pasan por la calle 25. Las luces de los edificios vecinos están encendidas. En algún lugar, alguien ríe.

Pero aquí, en este apartamento de dos habitaciones con las paredes manchadas y el aire envenenado, Milwaukee acaba de descubrir que el infierno no necesita llamas.

Solo necesita indiferencia.

Y la ciudad ha tenido eso en abundancia.

A las 6:17 de la mañana, el sol comienza a filtrarse sobre Milwaukee como una herida abriéndose.

Los primeros reporteros llegan con sus camionetas satelitales y sus cámaras hambrientas. Una mujer rubia con traje azul marino y micrófono de WTMJ se planta frente a las cámaras:

—Fuentes cercanas a la investigación confirman que Jeffrey Dahmer, de treinta y un años, ha confesado múltiples homicidios. Las víctimas, hombres jóvenes, posiblemente vinculados a la comunidad gay...

Glenda Cleveland apaga el televisor antes de que la reportera termine. No puede. No ahora.

Se sienta en su sofá, con las manos temblando alrededor de una taza de café que se ha enfriado hace rato, y piensa en todas las veces que llamó. En todas las veces que le dijeron que no podían hacer nada. En el niño—*Dios, ese niño*—que

devolvieron al apartamento de Dahmer hace dos meses, desnudo y sangrando, porque los oficiales creyeron que era un "adulto homosexual" en una "disputa doméstica".

En algún lugar de Milwaukee, Shirley Hughes está despertando. Prenderá el televisor mientras prepara el café. Verá las noticias. Y en el fondo de su corazón—donde ha estado guardando una esperanza frágil durante dos meses—sentirá cómo esa esperanza se rompe definitivamente.

Su hijo, Tony, no está perdido.

Está muerto.

Ha estado muerto desde el 24 de mayo.

Y Milwaukee—con sus calles anchas y sus iglesias llenas los domingos, con sus banderas ondeando sobre el ayuntamiento y sus promesas de ley y orden—Milwaukee lo supo. O pudo haberlo sabido. Si alguien hubiera escuchado. Si alguien hubiera mirado. Si las vidas de los hombres negros y gay hubieran importado lo suficiente como para hacer una pregunta más.

Pero no fue así.

Y ahora, en un apartamento del tercer piso del 924 de North 25th Street, los forenses trabajan con máscaras y guantes, documentando un horror que nadie debería tener que documentar. Catalogan huesos. Fotografían polaroids. Etiquetan bolsas de evidencia con números en lugar de nombres, porque todavía no saben quiénes son todos.

Pero lo averiguarán.

Uno por uno.

Diecisiete nombres.

Diecisiete vidas.

Diecisiete razones por las que Milwaukee nunca volverá a ser la misma.

Y mientras el sol sube sobre la ciudad, pintando las nubes de naranja y rosa como si fuera un día normal, como si nada hubiera cambiado, Tracy Edwards está sentado en la estación de policía, dando su declaración con una voz que aún tiembla.

Las esposas le han dejado una marca roja alrededor de la muñeca. Le dolerá durante días. Pero estará vivo para sentirlo.

A diferencia de los otros.

A diferencia de los diecisiete que nunca tuvieron la oportunidad de correr.

---

## CAPÍTULO 2: EL OLOR QUE NADIE QUISO NOMBRAR

---

23 de julio de 1991 | 3:47 AM

El olor llegó primero.

Antes de que los forenses entraran con sus maletines plateados y sus máscaras quirúrgicas. Antes de que las cámaras documentaran cada centímetro de horror. Antes de que Milwaukee supiera los nombres, antes de que las familias recibieran las llamadas que partirían sus vidas en dos mitades irreconciliables—antes y después—el olor ya estaba ahí, esperando.

Se filtraba bajo la puerta del apartamento 213 como un ser vivo, arrastrándose por el pasillo del tercer piso con dedos invisibles. Los oficiales que custodiaban la escena del crimen se turnaban cada veinte minutos porque más tiempo que eso y el estómago empezaba a rebelarse, las arcadas subían por la garganta sin importar cuántas veces tragarán saliva.

No era solo el hedor dulce y nauseabundo de la carne en descomposición—aunque eso estaba ahí, denso como niebla—. Era la mezcla. Algo químico y punzante que quemaba la nariz: ácido muriático, lejía, formaldehído. Y debajo de eso, más sutil pero más perturbador, un aroma metálico que cualquiera que haya cortado carne cruda reconocería al instante. Sangre. Mucha sangre. Sangre vieja.

El detective Patrick Kennedy se ajustó la mascarilla N95 que alguien le había conseguido de la ambulancia, sabiendo que no serviría de mucho. El olor no era algo que se detuviera con tela. Se metía en los poros. Se quedaba en el pelo. Días después, todavía lo olería en su ropa, en el tapizado de su auto, en las sábanas de su cama.

—Dios nos ampare—murmuró su compañero, Dennis Murphy, parado junto a él en el umbral del apartamento.

Kennedy no respondió. No había respuesta.

Adelante, bajo las luces blancas que el equipo forense había instalado—luces tan brillantes que convertían cada sombra en una acusación—el apartamento 213 revelaba sus secretos lentamente, metódicamente, como un cadáver siendo desenterrado capa por capa.

La sala de estar.

Dos metros por tres. Un sofá color mostaza con los cojines hundidos en el centro, marcando el lugar donde alguien—Dahmer, probablemente—se sentaba a ver televisión. Un televisor de tubo de 19 pulgadas sintonizado en un canal que ahora solo mostraba estática gris. Una mesa de café de madera falsa con anillos de humedad donde las cervezas habían descansado noche tras noche.

Y las fotos.

El técnico forense, un hombre de unos cincuenta años llamado Robert Chen que había trabajado homicidios durante dos décadas, las recogía una por una con pinzas, colocándolas en bolsas de evidencia transparentes. Sus manos no temblaban. No podían. Había aprendido hace años a apagar la parte de su cerebro que sentía, a ver los cuerpos como rompecabezas que resolver, no como personas que alguna vez respiraron.

Pero estas fotos...

—Veintitrés hasta ahora—dijo Chen, su voz amortiguada por la mascarilla—. Todas Polaroid. Todas tomadas aquí, por el fondo.

Kennedy se agachó junto a él. La foto más cercana mostraba a un hombre joven—negro, quizá veinticinco años—acostado en una cama. Sus ojos estaban

abiertos pero vacíos, mirando hacia un techo que ya no podía ver. La piel tenía ese tono grisáceo que viene después de que el corazón deja de bombear. Pero lo peor no era eso. Lo peor era la composición. La forma en que el cuerpo estaba *dispuesto*, con los brazos cruzados sobre el pecho como en un velorio, la cabeza girada ligeramente hacia la cámara. Como si Dahmer hubiera querido capturar el ángulo perfecto.

—¿Trofeos?—preguntó Murphy, mirando por encima del hombro de Kennedy.

—O instrucciones—dijo Chen—. Miren esto.

Levantó otra foto. El mismo hombre, pero ahora en el baño. El cuerpo estaba en la bañera, y había... había *menos* de él. La foto cortaba justo donde empezaban los detalles que harían que cualquier jurado necesitara terapia.

Kennedy apartó la mirada.

—¿Por qué las guardaba?—preguntó Murphy, aunque la pregunta era retórica. Nadie sabía por qué los monstruos hacían lo que hacían.

Chen metió la foto en otra bolsa de evidencia.

—Para recordar. Para revivir. Para...—se detuvo, buscando las palabras—. He visto esto antes. Asesinos seriales que coleccionan recuerdos. Pero nunca en este volumen. Nunca tan... metódico.

Se movieron hacia la cocina.

Pequeña. Eficiente. Con un fregadero manchado de algo que el luminol revelaría más tarde como sangre humana mezclada con detergente. Un horno donde, según la confesión de Dahmer que empezaba a circular entre los detectives, había cocinado partes de al menos dos víctimas. Un refrigerador que ahora estaba abierto de par en par, su contenido ya catalogado pero todavía visible:

Estante superior: Un cartón de leche vencido. Una caja de pizza de tres semanas. Una cabeza humana envuelta en una bolsa de plástico transparente, los rasgos aplanados contra el plástico como un niño presionando la cara contra una ventana.

Estante del medio: Restos de comida china. Un recipiente Tupperware etiquetado con marcador negro: "Corazón - No comer". Otro recipiente sin etiqueta.

Chen abrió el congelador. Kennedy deseó que no lo hiciera.

Dentro, apilados como filetes en un supermercado, había paquetes envueltos en papel de carnicero blanco. Cada uno etiquetado con fecha y... números. No nombres. Números.

—Esto requiere planificación—dijo Chen, más para sí mismo que para los detectives—. Organización. No es un arrebato. Es un... sistema.

Kennedy sintió la bilis subiendo por su garganta. Tragó, respiró profundamente a través de la mascarilla—error, porque solo intensificó el olor—y se movió hacia el dormitorio.

La cama estaba deshecha. Las sábanas, de un blanco sucio que alguna vez fue azul, tenían manchas que formaban un mapa de violencia. Sobre la almohada, más fotos Polaroid, estas dispersas como si Dahmer las hubiera estado mirando antes de dormir.

Murphy recogió una de la mesita de noche. Su rostro, visible sobre la mascarilla, se puso del color del papel periódico viejo.

—Pat—su voz salió estrangulada—. Pat, este es... Es un *niño*.

Kennedy se acercó. La foto mostraba a un adolescente, quizá catorce o quince años, con rasgos asiáticos, acostado en la misma cama donde ahora estaban parados. Sus ojos estaban cerrados. Había una paz terrible en su rostro, como si solo estuviera dormido. Como si en cualquier momento pudiera despertar.

—Konerak Sinthasomphone—dijo una voz desde la puerta.

Ambos detectives se giraron. El sargento David Zielinski estaba ahí, con una carpeta manila bajo el brazo y una expresión que Kennedy no le había visto nunca: derrota absoluta.

—¿Lo conoces?—preguntó Kennedy.

—Lo devolvimos a este apartamento hace dos meses—Zielinski dejó caer la carpeta sobre el tocador—. El 27 de mayo. Dos mujeres lo encontraron afuera, desnudo, sangrando, drogado. Tenía catorce años. Catorce. Y los oficiales Bal-



cerzak y Gabrish lo trajeron de vuelta aquí porque Dahmer les dijo que era su amante adulto y que habían tenido una pelea.

El silencio que siguió fue más pesado que el olor.

Murphy cerró los ojos.

—Dios.

—Lo peor—continuó Zielinski, y su voz se quebró ligeramente—es que su familia llamó. La tía del chico, Glenda Cleveland. Llamó al 911 esa misma noche. Les dijo que era un niño. Les suplicó que verificaran. Y nadie lo hizo.

Kennedy abrió la carpeta. Dentro, el reporte de Balcerzak y Gabrish: *"Disputa doméstica entre adultos homosexuales. Situación manejada. Sin necesidad de acción adicional."*

Firmado. Sellado. Archivado.

Y Konerak Sinthasomphone había muerto esa misma noche, estrangulado en este apartamento, mientras sus asesinos—porque eso es lo que eran los oficiales que lo devolvieron, asesinos por negligencia—escribían sus reportes y se iban a casa a dormir.

Kennedy dejó caer la carpeta. Sus manos temblaban.

—¿Cuántos más?—preguntó—. ¿Cuántos más pudimos haber salvado?

Nadie respondió.

En el armario del dormitorio, encontraron los cráneos.

Siete de ellos, dispuestos en un estante como si fueran trofeos deportivos. Algunos pintados de negro. Otros de gris. Uno—el más pequeño, el de Konerak—sin pintar, como si Dahmer no hubiera tenido tiempo de terminar su "obra".

Chen los fotografió uno por uno, documentando cada grieta, cada agujero donde Dahmer había taladrado—*taladrado*, Dios santo—intentando crear "zombies" inyectando ácido en los cerebros de sus víctimas mientras aún vivían.

—¿Esto funcionó alguna vez?—preguntó Murphy, aunque no quería saber la respuesta.

—Según la confesión preliminar—dijo Zielinski, consultando sus notas—, no. Los mataba. Todos morían. Pero seguía intentándolo.

—¿Por qué?

—Dijo que no quería que se fueran. Que si podía convertirlos en... en *cosas* sin voluntad, se quedarían con él para siempre.

Kennedy se alejó del armario. Necesitaba aire. Aire que no oliera a muerte.

En el baño, encontró el barril.

Cincuenta y siete galones. Plástico azul. Sellado con cinta adhesiva industrial. Cuando Chen lo abrió—con guantes dobles y una máscara de gas completa—el olor que salió fue tan denso que Kennedy sintió que podía *verlo*, como una nube verde y tóxica.

Dentro, flotando en una sopa de ácido y carne disuelta, estaban los restos de tres personas. Torsos sin cabeza. Extremidades separadas. Todo reducido a una masa apenas reconocible como humana.

Murphy salió corriendo. Kennedy lo escuchó vomitar en el pasillo.

Chen, imperturbable, tomó muestras con una jeringa larga, sellándolas en tubos etiquetados.

—¿Cómo puede...?—Kennedy no pudo terminar la pregunta.

Chen lo miró por encima de su máscara de gas.

—Porque alguien tiene que hacerlo—dijo simplemente—. Porque estas personas—lo que queda de ellas—merecen ser identificadas. Merecen que sus familias sepan. Merecen nombres.

Y tenía razón.

Pero eso no hacía que fuera más fácil.

A las 7:23 AM, cuando el equipo forense hizo un recuento preliminar, la lista era así:

7 cráneos completos

2 corazones (uno en el refrigerador, uno en el congelador)

Múltiples órganos preservados en frascos de formaldehído

4 cabezas completas (3 en refrigerador, 1 en congelador)

Restos de al menos 3 cuerpos en el barril de ácido

74 fotografías Polaroid documentando desmembramiento

Múltiples bolsas de evidencia con "recuerdos": dientes, cabello, fragmentos de hueso

Total estimado de víctimas: No menos de 11. Posiblemente 17, según la confesión de Dahmer.

Pero los números no contaban la historia completa.

No contaban sobre el altar que Dahmer había construido en un rincón del apartamento: calaveras dispuestas en un patrón específico, con velas negras y incienso. Chen especulaba que era algún tipo de "santuario" a sus víctimas, aunque la palabra "santuario" implicaba respeto, y esto era cualquier cosa menos eso.

No contaban sobre el manual de anatomía encontrado en la mesita de noche, con páginas marcadas y notas al margen en la letra pulcra de Dahmer: "músculo más difícil de cortar", "mejor ángulo para preservar estructura ósea".

No contaban sobre el diario—cincuenta páginas de descripción metódica de cada asesinato, escrito con el tono de un científico documentando experimentos. Sin emoción. Sin remordimiento. Solo observaciones: "Sujeto #3 resistió más que #2. Necesité 4 minutos adicionales de estrangulamiento."

Kennedy se sentó en el borde de la bañera, con la cabeza entre las manos, y cerró los ojos.

En la oscuridad de sus párpados, vio las fotos. Vio los cráneos. Vio el barril.

Y se preguntó, no por primera vez esa noche, cómo era posible que un solo hombre pudiera hacer todo esto.

### **FLASHBACK: Bath Road, Ohio - Verano de 1975**

*El sótano olía a muerte antes de que la muerte llegara.*

Jeffrey Dahmer, de quince años, sostenía el cráneo de un mapache entre sus manos. La luz del sol se filtraba a través de la pequeña ventana del sótano, iluminando el hueso blanqueado como si fuera una reliquia sagrada. Los dedos—aún delgados, aún juveniles, todavía sin el peso de los crímenes que cometerían—pasaban suavemente sobre las cuencas oculares vacías.

—¿Ves cómo el ácido elimina lo blando?—la voz de Lionel Dahmer resonaba en el espacio cerrado del sótano, paciente, profesoral—. Lo que queda es la estructura. Lo permanente.

El niño asintió sin apartar la vista del cráneo. Su padre, químico de profesión, le había estado enseñando durante meses cómo preservar huesos de animales. Era, según Lionel, una forma de conectar. Padre e hijo. Ciencia compartida. Un proyecto donde Jeffrey mostraba interés genuino por primera vez en años.

Si Lionel notó que el interés de su hijo no era científico sino... *algo más*, no lo dijo.

—¿Y esto?—Jeffrey señaló un frasco lleno de líquido transparente donde flotaban vértebras de ciervo, perfectamente limpias.

—Ácido muriático—dijo Lionel, ajustándose las gafas que Jeffrey heredaría, junto con el apellido y la incapacidad de conectar con otros seres humanos—. Disuelve el tejido blando en aproximadamente setenta y dos horas. Luego enjuagas con agua, dejas secar, y tienes huesos perfectos.

—Perfectos—repitió Jeffrey, como si probara la palabra en su lengua.

En el estante sobre el banco de trabajo, su colección crecía: costillas de ardilla, cráneo de zorro, patas de gato callejero. Cada uno etiquetado con cinta adhesiva y marcador negro: especie, fecha de hallazgo, método de preservación.

Organizado. Metódico. *Perfecto*.

—¿Por qué te gusta tanto esto, Jeff?—preguntó Lionel, vertiendo más ácido en un recipiente nuevo donde un conejo atropellado esperaba su transformación.

El niño no respondió de inmediato. Miró el cráneo entre sus manos, girándolo lentamente para que la luz golpeará diferentes ángulos.

—Porque no cambia—dijo finalmente—. No se va. No me deja.

Lionel frunció el ceño, sin entender completamente. Arriba, en la cocina, se escuchó el sonido de una botella rompiéndose—Joyce, la madre de Jeffrey, en uno de sus "episodios". El grito que siguió fue agudo, acusatorio: "*¡Lionel! ¿Dónde está mi Valium?!*"

Padre e hijo intercambiaron una mirada. Lionel suspiró.

—Tengo que subir—dijo, dejando el frasco de ácido sobre el banco—. No toques nada mientras no esté, ¿de acuerdo?

Jeffrey asintió.

Cuando su padre subió las escaleras—lento, resignado, como un hombre caminando hacia su propia ejecución—Jeffrey se quedó solo en el sótano.

Sostuvo el cráneo del mapache contra su pecho, sintiendo el peso del hueso, la solidez de algo que no respiraba, no lloraba, no se quejaba. Algo que nunca lo abandonaría. Nunca lo decepcionaría.

Algo que sería suyo para siempre.

En ese momento—aunque ni él ni nadie más lo sabía—una conexión se formó en su cerebro. Una ecuación terrible:

*Muerte = Permanencia. Huesos = Posesión. Ácido = Control.*

Dieciséis años después, en un apartamento de Milwaukee, esa ecuación se resolvería diecisiete veces.

Pero aquí, en 1975, era solo un niño con gafas demasiado grandes, parado en un sótano que olía a químicos y a soledad, aprendiendo que las cosas muertas nunca te dejan.

Si tan solo alguien hubiera mirado más de cerca.

Si tan solo alguien hubiera preguntado por qué un niño de quince años pasaba horas en un sótano oscuro, rodeado de huesos, sonriendo a la muerte como si fuera una amiga.

Pero nadie preguntó.

Y Jeffrey Dahmer aprendió que podía esconderse a plena vista.

### **PRESENTE: Apartamento 213 - 8:15 AM**

Kennedy salió del apartamento cuando el sol ya estaba alto. Afuera, Milwaukee despertaba a un día que nunca sería normal otra vez.

Los reporteros se multiplicaban como moscas, sus cámaras destellando, sus preguntas solapándose en un coro de ansiedad mediática:

—*Detective Kennedy, ¿es cierto que hay diecisiete víctimas?*

—*¿Cuánto tiempo llevaba haciendo esto?*

—¿Cómo es posible que nadie lo supiera?

Esa última pregunta.

Esa era la que importaba.

Kennedy miró hacia el edificio Oxford. Tres pisos de ladrillo rojo. Ventanas con cortinas corridas. Vecinos que habían olido el hedor durante meses—años—y habían decidido que no era asunto suyo.

Glenda Cleveland que había llamado cinco veces y había sido ignorada cinco veces.

Policías que habían devuelto a un niño de catorce años a su muerte porque les pareció más fácil creer la mentira de un hombre blanco que la verdad de dos mujeres negras.

Un sistema que había fallado una y otra vez porque las vidas de los hombres gay, de los hombres negros, de los pobres que vendían sus cuerpos para sobrevivir, simplemente no importaban lo suficiente como para hacer preguntas incómodas.

¿Cómo es posible que nadie lo supiera?

Oh, lo supieron.

Simplemente no les importó.

Kennedy se aflojó la corbata y caminó hacia su auto. Sus zapatos dejaban huellas en el asfalto aún húmedo del rocío matutino. Dentro de unas horas, tendría que llamar a las familias. Tendría que decirles que sus hijos, sus hermanos, sus esposos no estaban "desaparecidos".

Estaban muertos.

Algunos durante años.

Y nadie había buscado lo suficiente.

Subió al auto y cerró la puerta. El silencio era un alivio, aunque breve. Encendió el motor y miró una última vez hacia el apartamento 213.

Las ventanas estaban abiertas ahora, intentando ventilar el olor. Como si el aire fresco pudiera limpiar lo que había pasado allí. Como si Milwaukee pudiera exhalar el horror y volver a respirar normal.

Pero Kennedy sabía la verdad.

El olor nunca se iría.

No del apartamento. No de la ciudad. No de las familias que pasarían el resto de sus vidas preguntándose si sus seres queridos gritaron al final, si llamaron por ayuda, si esperaron a ser rescatados.

Y Kennedy, que había visto cosas terribles en sus quince años como detective, sabía que esta sería la que lo perseguiría hasta la tumba.

Porque Dahmer no era el único monstruo en esta historia.

El sistema que lo permitió también lo era.

Y ese monstruo seguía vivo.

En el apartamento 213, Chen embolsaba la última pieza de evidencia.

Un diente. Pequeño, blanco, con un empaste de amalgama en el molar.

Lo sostuvo contra la luz antes de sellarlo.

Había pertenecido a alguien. Alguien que rió. Alguien que comió. Alguien que besó.

Alguien que ahora era solo un número en una bolsa de evidencia.

*Pero no para siempre, pensó Chen.*

*Le daremos un nombre. Se lo prometemos.*

Afuera, Milwaukee seguía girando.

Pero en el apartamento 213, el tiempo se había detenido.

Y diecisiete fantasmas esperaban justicia que llegaría demasiado tarde.

Siempre demasiado tarde.

---

## **CAPÍTULO 3: EL DEDO LEVANTADO - STEVEN HICKS, 1978**

---

Steven Hicks murió porque aceptó un aventón.

Esa es la verdad simple, brutal, que su madre llevaría grabada en el corazón durante el resto de su vida. No murió por ser descuidado. No murió por tomar malas decisiones. Murió porque, en una tarde de junio de 1978, con el sol cayendo sobre Ohio como miel derretida, levantó el pulgar en Bath Road y un Oldsmobile mostaza se detuvo frente a él.

Y el conductor sonrió.

Y Steven, que tenía dieciocho años y toda la vida por delante, que llevaba tres horas caminando bajo el calor sofocante porque sus amigos lo habían dejado plantado después del concierto, que solo quería llegar a casa y quitarse las Converse que le rozaban los tobillos hasta dejarlos en carne viva—Steven, que era bueno y confiado y joven de esa forma en que solo los dieciocho años permiten serlo—aceptó.

Abrió la puerta.

Se subió al auto.

Y nunca volvió a bajar.

**FLASHBACK: Coventry Township, Ohio - Primavera 1978**



Steven Walter Hicks nació el 2 de noviembre de 1959, en un hospital de Akron que ya no existe, con un peso de siete libras y dos onzas y un llanto que la enfermera describió como "el de un cantante nato". Su madre, June Hicks, lo sostuvo contra su pecho y sintió algo que solo las madres sienten: la certeza absoluta de que este niño—*su* niño—estaba destinado a cosas grandes.

No estaba equivocada. Solo que las cosas grandes nunca llegaron.

Creció en una casa de dos pisos en Coventry Township, con un jardín donde los girasoles crecían altos cada verano y un sótano donde aprendió a tocar la batería en un set de segunda mano que su padre compró en una venta de garaje. El vecindario era el tipo de lugar donde los niños todavía jugaban kickball en la calle hasta que los faroles se encendían, donde las madres dejaban galletas recién horneadas en el alféizar de la ventana para que se enfriaran, donde nadie cerraba las puertas con llave porque ¿quién lo hacía en 1970?

Steven era el tipo de niño que traía a casa animales heridos—pájaros con alas rotas, conejos cojeando—y los cuidaba en cajas de zapatos forradas con toallas viejas hasta que sanaban o morían. Cuando morían, lloraba. Cuando sanaban, los liberaba con una ceremonia que incluía un discurso improvisado sobre la libertad y a veces un solo de batería que hacía que su madre se riera hasta que le dolía el estómago.

—Ese niño tiene un corazón demasiado grande—decía June a las vecinas, sacudiendo la cabeza pero sonriendo—. El mundo lo va a masticar y lo va a escupir.

No sabía cuán literal sería esa profecía.

En la escuela secundaria, Steven tocaba en una banda llamada *Black Dog*—nombre robado de Led Zeppelin, su banda favorita—. Eran terribles. Objetivamente, dolorosamente terribles. Pero tenían diecisiete años y amplificadores robados del sótano de la iglesia bautista, y eso era suficiente. Tocaban en sótanos, en fiestas donde la cerveza era más popular que la música, en el estacionamiento de un Seven-Eleven hasta que el gerente los echaba.

Steven era el baterista. No el mejor—sus solos tendían a perderse en la dirección, como un perro persiguiendo su cola—pero el más apasionado. Se lanzaba

contra los platillos con todo su cuerpo, sudando a través de su camiseta de *The Tubes*, con el pelo castaño pegado a la frente, sonriendo como si tocar esa batería destartada fuera lo más importante que haría en su vida.

Y quizá lo fue.

Su última foto—la que June guardaría en una caja de zapatos bajo su cama durante cuarenta años—lo mostraba sentado en los escalones del porche de su casa, con su guitarra acústica apoyada contra el hombro. Llevaba jeans descoloridos con un agujero en la rodilla y una camiseta de Led Zeppelin tan lavada que el logo apenas se veía. Sonreía, pero no a la cámara. A algo que solo él veía, algo más allá del jardín, más allá de Ohio, más allá de la vida pequeña y predecible que parecía esperarle.

"Voy a salir de aquí," le había dicho a June la noche anterior al concierto. "Voy a ir a Los Ángeles. Voy a ser músico de verdad."

Y June, que había escuchado eso mil veces, que sabía que el talento de Steven era más grande que su habilidad pero amaba su ambición de todas formas, le había revuelto el pelo y le había dicho: "Claro que sí, cariño. Pero primero termina la universidad."

Era el tipo de conversación que tienen las madres y los hijos. Rutinaria. Olvidable.

Excepto que June nunca la olvidaría.

Porque fue la última.

### **18 de junio de 1978 - Akron, Ohio**

El concierto de The Tubes en el Akron Civic Theatre fue exactamente lo que Steven esperaba: ruidoso, caótico, perfecto. La banda tocó durante dos horas, el bajo retumbando tan fuerte que sentía las vibraciones en el pecho como un segundo corazón. El humo de cigarrillos y marihuana flotaba en nubes densas bajo las luces estroboscópicas. Steven saltó, gritó, perdió la voz en la tercera canción y no le importó.

Esto era vivir.

Esto era ser joven.

Esto era exactamente lo que quería hacer por el resto de su vida.

Cuando el concierto terminó, salió al estacionamiento con sus amigos—Rick y Tom, ambos de su banda—buscando el Chevy Nova de Rick. El aire afuera era sofocante, pegajoso, el tipo de calor húmedo de Ohio en junio que hace que la ropa se adhiera a la piel.

—Oye, Hicks—Rick se rio, con los ojos rojos y una sonrisa torcida—. No hay espacio en el auto, hermano. Tommy trajo a su novia y ya sabes... necesitan privacidad en el asiento de atrás.

Steven frunció el ceño.

—¿En serio? ¿Me van a dejar aquí?

—Puedes tomar el autobús—dijo Tom, sin mirarlo, con su brazo alrededor de una chica rubia cuyo nombre Steven no recordaba.

—Los autobuses ya no pasan, idiota.

Rick se encogió de hombros, subiendo al auto.

—Entonces haz autostop, tío. No es tan lejos.

—Son *diez millas*.

—Entonces caminarás rápido.

El motor rugió. Los neumáticos chirriaron. Y Steven se quedó parado en el estacionamiento, con las manos en los bolsillos, viendo cómo las luces traseras del Nova desaparecían en la noche.

—Hijos de puta—murmuró, aunque sin verdadero rencor.

Eran amigos. Lo harían la próxima vez. Así funcionaba la amistad cuando tenías dieciocho años y creías que tendrías todas las "próximas veces" del mundo.

Comenzó a caminar.

Bath Road se extendía frente a él como una cinta negra cortando campos de maíz que se mecían suavemente con la brisa nocturna. Los grillos cantaban su coro eterno. Las luciérnagas parpadeaban entre los arbustos como estrellas caídas. Era hermoso de esa forma en que solo Ohio puede serlo en verano: simple, tranquilo, engañosamente seguro.

Steven silbaba mientras caminaba, imitando el bajo de la última canción del concierto. Sus Converse—sin cordones, porque los cordones eran para perdedores—le rozaban los tobillos con cada paso. Tenía cinco dólares arrugados en el bolsillo y un paquete de Camel sin abrir. La vida era buena. O al menos no era mala.

Después de una hora, el silbido se detuvo. El cansancio se instaló en sus piernas como cemento húmedo. El calor, que durante el día había sido opresivo, ahora era solo pegajoso, dejando una capa de sudor sobre su piel.

Cuando vio faros acercándose desde atrás, levantó el pulgar sin pensarlo dos veces.

El Oldsmobile Cutlass mostaza—oxidado en los paragolpes, con un ruido de frenos cansados—se detuvo a su altura.

La ventanilla bajó con un crujido metálico.

Un chico—no mucho mayor que Steven, quizá veinte o veintiuno—asomó la cabeza. Pelo rubio despeinado. Gafas gruesas que le agrandaban los ojos. Una sonrisa que era demasiado rápida, demasiado ancha, como si hubiera estado esperando a que alguien como Steven apareciera.

—¿Necesitas un aventón?—preguntó.

Steven dudó. Solo un segundo. Algo en esa sonrisa le erizó la nuca.

Pero el calor. Y la distancia. Y el hecho de que sus pies estaban en carne viva y que este chico parecía inofensivo—tímido, casi, con esas gafas de bibliotecario y esa postura encorvada.

—Sí—dijo Steven, acercándose—. Solo hasta la Interestatal 77, si vas por ahí.

—Claro—el chico se inclinó para abrir la puerta del pasajero—. Sube.

El interior del Oldsmobile olía a cerveza rancia y a algo más que Steven no pudo identificar. Algo agrio. El asiento de vinilo estaba pegajoso bajo sus muslos. En el piso del pasajero, latas vacías de Schlitz rodaban con cada giro.

—Soy Jeffrey—dijo el conductor mientras arrancaba.

—Steven.

—¿De dónde vienes, Steven?

—Concierto. The Tubes. En Akron.

Jeffrey asintió, aunque sus ojos—detrás de esas gafas gruesas—no mostraban reconocimiento.

—¿Te gusta la música?

—Soy músico—dijo Steven, animándose—. Toco batería. Tengo una banda. *Black Dog*. Vamos a grabar un demo este verano.

Jeffrey no respondió de inmediato. Solo condujo, con las manos aferradas al volante como si temiera que se le escapara. El silencio se espesó.

—Tengo cerveza fría en casa—dijo finalmente—. Si quieres pasar. Solo está a unas millas.

Steven miró por la ventana. Los campos de maíz se habían convertido en bosques densos. No reconocía esta parte de Bath Road.

—Tengo que llegar a casa—dijo, aunque su voz sonó menos segura de lo que pretendía.

—Solo una cerveza—Jeffrey giró hacia un camino de grava—. Hace tanto calor. Y luego te llevo adonde necesites.

Y aquí está la cosa sobre Steven Walter Hicks: era bueno. No ingenuo, no estúpido, sino *bueno*. Creía en la gente. Creía que si alguien te ofrecía ayuda, era porque querían ayudar, no porque tuvieran un cuchillo escondido bajo el asiento del conductor.

—Está bien—dijo—. Una cerveza.

Fue la última decisión que tomaría.

**4480 Bath Road - 11:47 PM**

La casa parecía abandonada.

Las cortinas corridas. El buzón desbordado de publicidad. En el porche, una mecedora se balanceaba sola con el viento, crujiendo como huesos viejos.

—Vivo solo—dijo Jeffrey, abriendo la puerta principal—. Mis padres se divorciaron. Están peleándose por la custodia de mi hermano.

La casa olía a humedad y a algo dulce que se pudría. Steven siguió a Jeffrey hacia la cocina, donde el chico sacó dos latas de Schlitz de un refrigerador que goteaba agua sucia sobre el linóleo.

—Toma—Jeffrey le pasó una lata.

Steven bebió. La cerveza estaba tibia, con un regusto a metal. Bebió de todos modos porque tenía sed y porque Jeffrey lo miraba con esa intensidad extraña que hacía que apartarse pareciera grosero.

—¿Tienes música?—preguntó Steven, incómodo.

Jeffrey asintió y lo guió a la sala, donde un tocadiscos viejo escupía estática. Puso un disco—Fleetwood Mac, *Don't Stop*—y Steven se sentó en un sofá que crujió bajo su peso. El cojín estaba húmedo.

—¿Qué haces después de la prepa?—preguntó Jeffrey, parado demasiado cerca.

—Quiero ser músico profesional—dijo Steven—. Mi banda va a tocar en Cleveland el próximo mes. Tenemos contacto con un tipo que conoce a un tipo que trabaja en una disquera pequeña. Creo que tenemos chance.

Jeffrey asintió, pero sus ojos—detrás de las gafas empañadas—no parpadeaban. Solo miraban. Estudiaban. Como si Steven fuera un espécimen bajo un microscopio.

—¿Y tú?—preguntó Steven—. ¿Qué vas a hacer?

Jeffrey se encogió de hombros.

—Nada.

El silencio cayó como una losa.

Steven bebió otro trago. La habitación comenzó a girar suavemente. Quizá había bebido demasiado rápido. Quizá el calor lo estaba afectando. Quizá...

Se puso de pie, tambaleándose.

—Creo que debería irme.

—No—la voz de Jeffrey sonó diferente ahora. Más baja. Más urgente—. Quédate. Por favor.

Algo en ese "por favor" hizo que Steven retrocediera.

—En serio, tengo que...

—Solo un poco más—Jeffrey se acercó, y ahora Steven podía oler su aliento: alcohol y algo medicinal, como antiséptico—. No quiero estar solo.

—Yo tampoco, pero mi mamá...

—Ella puede esperar.

Y entonces las manos de Jeffrey estaban en sus hombros. No agresivas. No violentas. Solo... *ahí*. Sosteniéndolo. Y Steven sintió que algo estaba muy, muy mal.

Pero para cuando su cerebro procesó la amenaza, ya era demasiado tarde.

### **DESPUÉS**

June Hicks llamó a la policía el 20 de junio, dos días después de que Steven saliera para el concierto y no regresara.

El oficial Richard Nolan tomó el reporte con la eficiencia aburrida de alguien que había tomado mil reportes de "adolescente desaparecido" y sabía que el noventa por ciento regresaban una semana después con una resaca y una historia avergonzada.

—Varón blanco, dieciocho años—anotó en su formulario amarillo—. Un metro ochenta, setenta kilos. Cabello castaño, ojos marrones. Última vez visto: caminando por Bath Road hacia la Interestatal 77. Vestía jeans azules, camiseta negra de Led Zeppelin, zapatillas Converse sin cordones.

—Fue a un concierto—dijo June, con la voz quebrándose—. Sus amigos lo dejaron allí. Debe haber hecho autostop. Nunca hace autostop. Siempre le digo que es peligroso pero...

—Señora Hicks—Nolan la interrumpió, no cruelmente, solo cansadamente—. Los chicos de dieciocho años hacen cosas tontas. Probablemente se fue con una chica. O está durmiendo en el sofá de un amigo. Le damos veinticuatro horas más antes de empezar una búsqueda real.

—Pero él nunca...

—Siempre vuelven—dijo Nolan, con una sonrisa que pretendía ser reconfortante pero que solo hacía que June quisiera golpearlo—. Créame.

Excepto que Steven no volvió.

No en veinticuatro horas. No en una semana. No nunca.

La búsqueda fue... tibia. Media docena de oficiales recorrieron Bath Road, preguntando en las casas si alguien había visto a un chico con camiseta de Led Zeppelin. Nadie había visto nada. Nadie nunca veía nada.

Revisaron el área alrededor del Akron Civic Theatre. Entrevistaron a Rick y Tom, que se encogieron de hombros y dijeron que Steven probablemente había encontrado un aventón con alguien y se había ido a algún lado. Eran jóvenes. El mundo era grande. La gente desaparecía todo el tiempo.

Nadie tocó la puerta del 4480 de Bath Road.

Nadie preguntó al vecino silencioso del Oldsmobile mostaza si había visto algo esa noche.

Y tres semanas después, cuando Jeffrey Dahmer desmembró el cuerpo de Steven Hicks en el sótano de esa casa—usando el hacha de su padre y el ácido que habían usado juntos para limpiar huesos de animales—nadie escuchó nada.

Porque en Ohio, en 1978, cuando un chico desaparecía, la respuesta estándar era: "Probablemente se fugó. Ya volverá."

Excepto que Steven nunca volvió.

Sus huesos fueron molidos. Esparcidos en el bosque detrás de la casa de Bath Road. El cráneo—el último pedazo de evidencia de que Steven Walter Hicks había existido—fue enterrado cerca de un arroyo, donde los mapaches lo desenterraron meses después y lo dispersaron entre las hojas.

### **FLASHBACK: Última Navidad - Diciembre 1977**

La última Navidad, June le había regalado a Steven una cámara Polaroid.

—Para que documentes tu ascenso a la fama—había dicho, riendo mientras él desenvolvía el papel brillante.

Steven la había abrazado, alzándola del suelo, girándola en círculos hasta que ella gritó que la bajara, que ya era demasiado grande para eso.

Tomó una foto de ella esa mañana: June en su bata, con el pelo despeinado, sosteniendo una taza de café y sonriendo de esa forma en que solo las madres



pueden sonreír el día de Navidad, cuando todos sus hijos están en casa y sanos y felices.

Esa foto estaba ahora en el álbum familiar.

Y June la miraba todas las noches antes de dormir, buscando alguna pista en su propia expresión. Algún indicio de que esto pasaría. Alguna sombra en el fondo que indicara que en seis meses, su hijo estaría muerto y ella pasaría el resto de su vida sin cuerpo que enterrar, sin tumba que visitar, sin respuestas.

Solo una foto.

Y un formulario amarillo archivado en algún cajón de la estación de policía de Akron que decía: "Caso sin resolver. Presumiblemente fugado."

**PRESENTE: Apartamento 213, Milwaukee - 24 de julio de 1991**

Cuando Jeffrey Dahmer confesó el asesinato de Steven Hicks, lo hizo con la misma voz monótona con la que podría haber pedido café.

—Fue el primero—dijo, sentado en la sala de interrogatorios con las manos esposadas sobre la mesa—. El 18 de junio de 1978. Lo recogí en Bath Road. Lo llevé a la casa de mis padres. Bebimos. Cuando quiso irse, no pude... No pude dejarlo ir.

Kennedy, que había estado tomando notas sin parar durante tres horas, levantó la vista.

—¿Recuerda su nombre?

Dahmer asintió.

—Steven. Steven Hicks.

Y así, trece años después, la madre de Steven finalmente tuvo su respuesta.

No la que quería. Nunca la que quería.

Pero una respuesta de todas formas.

Cuando Kennedy llamó a June Hicks esa tarde—23 de julio de 1991, 4:17 PM—ella ya lo sabía. Había sabido desde el momento en que vio las noticias. Había sabido desde que escuchó "diecisiete víctimas" y "Ohio, 1978."

Las madres siempre saben.

—Señora Hicks—Kennedy habló despacio, eligiendo cada palabra—. Tenemos razones para creer que su hijo Steven fue víctima de Jeffrey Dahmer.

Silencio del otro lado de la línea.

Luego, un sonido que Kennedy recordaría por el resto de su vida: no un grito. No un sollozo. Solo un suspiro largo, tembloroso, como si June hubiera estado conteniendo la respiración durante trece años y finalmente pudiera exhalar.

—¿Dónde está?—preguntó, y su voz sonó muy pequeña—. ¿Dónde está mi hijo?

Kennedy cerró los ojos.

—Señora Hicks, no pudimos recuperar... Es decir, el sospechoso dispersó los restos en...

—¿No hay cuerpo?

—No, señora. Lo lamento muchísimo.

Otro silencio. Más largo.

—Entonces no puedo enterrarlo.

—No, señora.

—No puedo... No puedo ir a su tumba y decirle que lo amaba.

—Lo lamento.

—¿Sufrió?—la pregunta salió rota, desesperada—. ¿Mi Steven sufrió?

Y Kennedy, que había leído la confesión de Dahmer, que sabía exactamente cómo había muerto Steven Hicks, mintió.

—No—dijo—. Fue rápido.

Porque a veces la bondad es más importante que la verdad.

Y porque June Hicks había sufrido suficiente.

Steven Walter Hicks tenía dieciocho años cuando murió.

Quería ser músico.

Amaba a Led Zeppelin.

Rescataba animales heridos.

Confiaba en la gente.

Y murió porque aceptó un aventón.

## VÍCTIMAS INVISIBLES: LA HISTORIA NO CONTADA DE LOS CRÍMENES...

Esa es su historia.

No la de Jeffrey Dahmer.

*La suya.*

Y merece ser contada.

Porque Steven Hicks fue el primero.

Pero no sería el último.

Y así, sin que nadie lo supiera, comenzó todo.

---

## CAPÍTULO 4: TRECE AÑOS DE SILENCIO

---

### CAPÍTULO 4: TRECE AÑOS DE SILENCIO

Entre 1978 y 1991, Jeffrey Dahmer mató dieciséis veces más.

No de golpe. No en un frenesí incontrolable de violencia que hubiera alertado a las autoridades, que hubiera encendido alarmas, que hubiera forzado a alguien—a *cualquiera*—a mirar más de cerca. Sino lentamente. Metódicamente. Con la paciencia de un hombre que había aprendido algo crucial sobre el mundo después de matar a Steven Hicks y salirse con la suya:

Nadie estaba buscando.

Y si nadie buscaba, podía seguir matando.

Durante trece años, el mundo le dio permiso. No explícitamente, nunca con palabras, sino con algo peor: con indiferencia. Con encogimientos de hombros institucionales. Con reportes archivados sin investigar. Con arrestos que terminaban en libertad condicional y libertad condicional que terminaba en más cuerpos.

Trece años.

Dieciséis víctimas más.

Y un sistema que, una y otra vez, decidió que era más fácil mirar hacia otro lado.

**PARTE I: EL SOLDADO INVISIBLE Alemania Occidental, 1979-1981**

El ejército de los Estados Unidos le dio a Jeffrey Dahmer algo que nunca había tenido: anonimato con autoridad.

Llegó a Baumholder, Alemania Occidental, en enero de 1979, con el pelo rapado al estilo militar y un uniforme que olía a almidón nuevo. El frío alemán era diferente al de Ohio—más húmedo, más penetrante, el tipo de frío que se mete en los huesos y no sale hasta mayo. Las barracas olían a sudor de cien hombres viviendo en espacios demasiado pequeños, a desinfectante industrial, a desesperación contenida.

Lo asignaron como médico de combate. No porque tuviera talento para sanar, sino porque había pasado las pruebas básicas y alguien tenía que limpiar heridas y vendar torceduras. Sus compañeros lo llamaban "Doc", aunque todos sabían que su conocimiento médico se reducía a lo que había memorizado de un manual.

Pero tenía una habilidad: sus puntos de sutura eran perfectos.

Cada puntada exactamente a medio centímetro de la anterior. La tensión precisa para cerrar sin dejar cicatrices excesivas. El sargento McCready, veterano de Vietnam con quemaduras de napalm subiendo por el brazo izquierdo, asintió una vez después de que Dahmer le cerrara una herida de ocho centímetros en el antebrazo.

—Al menos sirves para algo, Dahmer—dijo, examinando el trabajo.

Lo que McCready no sabía—lo que nadie sabía—era que Dahmer había practicado esas puntadas en animales muertos durante años. Que su precisión no venía de querer sanar, sino de haber aprendido exactamente dónde cortar para que las cosas se separaran limpiamente.

Por las noches, cuando el resto de la barraca dormía o jugaba cartas o escribía cartas a casa, Dahmer bebía. Vodka barato comprado en la *Gasthaus Zum Löwen*, la taberna donde los soldados alemanes bebían hasta que les sangraba las encías. Se encerraba en el baño, se sentaba en el suelo de azulejos fríos, y bebía hasta que las imágenes se detuvieran.

Steven Hicks en el piso del sótano.

La sangre en la alfombra.

El sonido del hacha golpeando hueso.

El alcohol ayudaba. No lo suficiente, nunca lo suficiente, pero ayudaba.

En marzo de 1980, conoció a un soldado de la base aérea de Ramstein. Schmidt, decía su placa. Alto, con cicatrices de acné en las mejillas y manos grandes de trabajar en granjas. Se encontraron en el *Zum Löwen* después de la medianoche, cuando Dahmer ya llevaba tres tragos y el mundo empezaba a difuminarse en los bordes.

—Amerikaner—dijo Schmidt, arrastrando las palabras, con el aliento oliendo a *Korn*—. *Du siehst traurig aus*. Pareces triste.

Dahmer no entendía alemán, pero la palabra "triste" era universal. Asintió.

Schmidt le compró otro trago. Luego otro. Se sentaron en una mesa de madera tallada con mil iniciales de soldados que ya no recordaban haberlas grabado.

—*Komm*—dijo Schmidt finalmente, poniéndose de pie—. *Ich bringe dich nach Hause*. Te llevo a casa.

Dahmer fue.

Nunca supo exactamente qué pasó esa noche. Los recuerdos venían en fragmentos: Schmidt abriéndole la puerta de su apartamento. El olor a salchicha y col agria. La sensación de manos en sus hombros. Luego... nada. Un vacío negro hasta despertar en su propia cama de barraca con un dolor de cabeza que sentía como clavos oxidados en los ojos.

Schmidt no regresó a la taberna.

Nadie reportó su desaparición.

Años después, cuando le preguntaron si había matado en Alemania, Dahmer diría: "No lo sé. Bebía mucho. Hay espacios en blanco."

Espacios en blanco.

Como si los cuerpos pudieran desaparecer en lagunas mentales.

El 24 de marzo de 1981, Dahmer fue dado de baja del ejército. No deshonrosamente—eso habría requerido explicaciones, papeleo, un rastro. Sino "médicamente". Trastorno de personalidad con abuso de alcohol. No apto para servicio.

Le dieron un cheque por \$1,200 dólares y un apretón de manos del teniente coronel Becker.

—Busca ayuda, hijo—dijo Becker, aunque ambos sabían que no lo haría.

Dahmer voló de vuelta a Estados Unidos en un transporte militar que olía a diesel y a sueños rotos. Por la ventana, observó cómo Alemania se encogía debajo de él—bosques verdes convirtiéndose en manchas, ciudades volviéndose puntos—y pensó en lo fácil que había sido desaparecer allí.

Cuán fácil sería desaparecer en cualquier lugar.

Si sabías cómo.

## **PARTE II: LA CASA DE LA ABUELA West Allis, Wisconsin, 1982-1988**

Catherine Dahmer era una mujer pequeña con manos grandes de haber fregado platos durante sesenta años. Su casa en West Allis olía a canela y a naftalina, a tartas de manzana y a sábanas guardadas demasiado tiempo. Tenía un jardín donde los girasoles crecían altos cada verano y un rosario que decía cada noche antes de dormir, rogando a Dios que cuidara a su nieto.

Dios, aparentemente, no estaba escuchando.

Dahmer se mudó al sótano en septiembre de 1981. Catherine estableció reglas: nada de borracheras, nada de "líos", nada de vergüenza para la familia. Él asintió, serio, agradecido, y esa misma noche escondió una botella de bourbon bajo su cama.

El sótano se convirtió en su santuario.

Paredes de bloques de cemento. Una ventana pequeña que daba a un callejón donde los gatos callejeros peleaban por basura. Una cama individual con sábanas que Catherine lavaba cada semana, sin saber que dormía sobre ellas un hombre que soñaba con muerte.

Durante un año, no mató a nadie.

No porque no quisiera. Sino porque el impulso—esa cosa oscura que vivía en su pecho como un tumor—estaba dormida. Satisfecha, quizá, con el recuerdo de

Steven Hicks. O esperando. Como los animales que hibernan hasta que el hambre los despierta.

Trabajó en la fábrica de chocolates *Ambrosia*, donde empaquetaba trufas en cajas de cartón durante ocho horas al día. El olor a cacao dulce se le pegaba a la ropa, a la piel, como si pudiera disfrazar el hedor que a veces emanaba de sus poros después de noches donde bebía hasta vomitar en el lavabo.

Sus compañeras de trabajo—mayormente mujeres mayores con delantales manchados—lo llamaban "el chico callado" y le dejaban sobras de sándwiches en su casillero.

—Tienes que comer algo, Jeffrey—decía Marge, una mujer de mejillas rosadas y manos llenas de cicatrices de quemaduras—. Pareces un fantasma.

No sabía cuán literal era esa descripción.

En agosto de 1982, Dahmer fue arrestado por primera vez.

La *Wisconsin State Fair* era un circo de luces de neón y grasa frita, donde familias con niños gritones compraban algodón de azúcar y subían a la rueda de la fortuna. Dahmer había bebido medio litro de vodka antes de subir al autobús. Entre la multitud, cerca del pabellón de los cerdos premiados, bajó el cierre de sus pantalones y se expuso a una familia de cuatro.

Un oficial montado lo vio antes de que pudiera siquiera terminar.

Lo arrastraron a una caseta de seguridad. El oficial—bigote grueso, uniforme impecable—tomó su declaración entre risas sofocadas.

—¿Qué demonios te pasa, hijo?

Dahmer no respondió. Porque no había una respuesta que pudiera dar.

El cargo fue "exhibición indecente". La multa, \$50 dólares. Su abuela pagó en efectivo, sin hacer preguntas. Esa noche, mientras Dahmer se acostaba en el colchón del sótano, escuchó los pasos de Catherine arriba, moviéndose de un lado a otro.

Al día siguiente, ella le dejó un plato de panqueques en la mesa de la cocina.

—No vuelvas a avergonzarme—dijo, sin mirarlo.

Dahmer comió en silencio.



Y el sistema, satisfecho con sus cincuenta dólares, archivó el incidente y siguió adelante.

**VÍCTIMA #2: STEVEN TUOMI 27 de noviembre de 1987**

El *Ambassador Hotel* no olía a muerte. Todavía no.

Steven Tuomi, veinticinco años, desempleado, desesperado por un trago gratis, conoció a Dahmer en el bar a las 11:47 PM. Pelo castaño despeinado. Camisa de franela con los puños deshilachados. Ojos que no habían dormido bien en semanas.

—¿Otra ronda?—preguntó Dahmer, deslizando un billete de veinte sobre la barra.

Steven aceptó. Como lo había hecho Steven Hicks nueve años antes. Como lo harían otros después.

A la mañana siguiente, Dahmer despertó en la Habitación 219 con un cadáver a su lado y ningún recuerdo de cómo había llegado allí.

Pero sabía qué hacer.

Había aprendido con Hicks.

Compró una maleta en una tienda de segunda mano. Metió el cuerpo—doblando en posiciones antinaturales—y tomó un taxi de regreso a la casa de su abuela. El conductor lo ayudó a cargar la maleta en el maletero sin preguntar por qué pesaba tanto.

En el sótano, trabajó durante horas. Cuando terminó, Steven Tuomi estaba en bolsas dobles, atadas con nudos apretados. Dahmer las metió en el congelador, entre guisantes y el pastel de manzana que Catherine había horneado el domingo.

Arriba, su abuela dormía.

Y el mundo siguió girando.

**VÍCTIMA #3: JAMES DOXTATOR 16 de enero de 1988**

James Edward Doxtator tenía catorce años y una chaqueta de cuero que le colgaba como un disfraz.

Lo conoció afuera del *Club 219*, un bar gay donde los menores merodeaban esperando que alguien les comprara alcohol o algo peor.

—Cincuenta dólares por posar para fotos—dijo Dahmer.

El niño miró los billetes doblados en la mano de Dahmer. Cincuenta dólares eran el alquiler que su madre no podía pagar. Eran comida para una semana. Eran *algo* cuando no tenías nada.

—Está bien—dijo James.

No hubo fotos.

Solo vodka con pastillas trituradas.

Solo manos alrededor de un cuello que todavía no había terminado de crecer.

Solo otro cuerpo en el sótano de Catherine Dahmer, quien se quejaba del olor pero nunca bajaba a investigar.

Porque las abuelas confían en sus nietos.

Incluso cuando no deberían.

#### **VÍCTIMA #4: RICHARD GUERRERO 24 de marzo de 1988**

Richard Guerrero, veinticinco años, bailarín cuando conseguía trabajo, lavaplatos cuando no. Sonrisa que iluminaba habitaciones. Familia que lo adoraba.

Desapareció una noche de primavera.

Su hermano Pablo lo buscó durante semanas. Puso volantes en postes de luz, llamó a hospitales, rogó a la policía que investigara.

—Es un adulto—le dijeron—. Probablemente se fue con alguien. Ya volverá.

No volvió.

Porque estaba en bolsas, enterrado en el jardín trasero de Catherine, bajo las hortensias que florecerían ese verano más rojas y exuberantes que nunca.

#### **PARTE III: EL ARRESTO QUE NO DETUVO NADA 25 de septiembre de 1988**

Somsack Sinthasomphone tenía trece años.

Cabello negro lacio. Camiseta de los Milwaukee Brewers. Ojos que aún creían que los adultos eran seguros.

Dahmer lo encontró afuera del *Club 219*, pidiendo dinero para el autobús.

—Te doy veinte dólares si vienes a mi casa a posar para fotos.

El niño miró el dinero. Pensó en su madre, en las cuentas, en el refrigerador vacío.

—Está bien.

En el sótano de Catherine, Dahmer le dio un vaso de *Jack Daniel's* mezclado con pastillas para dormir trituradas. Le tomó fotos Polaroid mientras el niño perdía la conciencia. Luego hizo cosas que el reporte policial describiría más tarde como "abuso sexual de segundo grado".

Pero Somsack despertó.

Confundido. Sangrando. Aterrorizado.

Corrió.

Llegó a casa y su madre llamó a la policía.

Esta vez, no pudieron ignorarlo. Había evidencia. Fotos. Testimonio. Un examen médico que mostraba trauma.

Dahmer fue arrestado el 25 de septiembre de 1988.

El fiscal pidió cinco años de prisión.

El juez, en su sabiduría infinita, optó por clemencia:

—Cinco años de libertad condicional. Un año en centro de trabajo comunitario. Registro como delincuente sexual.

Dahmer asintió, serio, arrepentido.

—Gracias, Su Señoría. He aprendido mi lección.

Mintió.

Y el sistema—ese mismo sistema que dejaría libre a un pedófilo confeso, que le daría una segunda oportunidad, que confiaría en que la libertad condicional lo "rehabilitaría"—le creyó.

Catherine Dahmer no fue tan generosa.

—No vuelvas aquí—dijo cuando él salió del centro de trabajo en mayo de 1990—. Nunca.

Dahmer empacó una maleta y se mudó al *Oxford Apartments*.

Apartamento 213.

Donde, libre de su abuela, libre de supervisión real, libre porque el sistema decidió que merecía otra oportunidad, mataría a once personas más en catorce meses.

#### **PARTE IV: LA ACELERACIÓN 1990-1991**

Algo cambió después de Somsack.

No en Dahmer—él seguía siendo el mismo—sino en el ritmo. Como si el año en el centro de trabajo hubiera comprimido el impulso como un resorte, y ahora, liberado, se disparaba sin control.

**Raymond Smith** - 30 de mayo de 1990. Bailarín de *house* music. Tanga plateado. Sonrisa de estrella. Encontrado desmembrado en la bañera del 213.

**Edward Smith** - 14 de junio de 1990. Camiseta de los Bucks. Despedido de la fábrica de embutidos la semana anterior. Cráneo guardado junto al de Raymond.

**Ernest Miller** - 2 de septiembre de 1990. Veinticuatro años. Fuerte. Luchó. Su corazón terminó en una sartén con cebolla y pimienta. Dahmer lo comió en tres bocados.

**David Thomas** - 24 de septiembre de 1990. Veintidós años. Padre de una niña de dos años. Fotos Polaroid documentaron cada etapa de su desmembramiento.

**Curtis Straughter** - 18 de febrero de 1991. Dieciocho años. Aspirante a modelo. Su cráneo fue pintado de negro y colocado en un altar improvisado.

**Errol Lindsey** - 7 de abril de 1991. Diecinueve años. Hermano de Rita Isbell. Dahmer le taladró un agujero en el cráneo e inyectó ácido mientras aún respiraba, intentando crear un "zombie". Murió de todas formas.

**Tony Hughes** - 24 de mayo de 1991. Treinta y un años. Sordo desde el nacimiento. Comunicación por lenguaje de señas. Dahmer le hizo señas de que quería tomarte fotos para un portafolio. Tony confió. Estuvo muerto tres días antes de que Dahmer lo desmembrara. Guardó su corazón en el congelador, etiquetado.

**Konerak Sinthasomphone** - 27 de mayo de 1991. Catorce años. *Hermano menor de Somsack*. Devuelto a Dahmer por oficiales Balcerzak y Gabrish. Asesinado esa misma noche.

**Matt Turner** - 30 de junio de 1991. Veinte años. Conoció a Dahmer en el Chicago Pride Parade. Viajó a Milwaukee confiando en un desconocido amable.

**Jeremiah Weinberger** - 5 de julio de 1991. Veintitrés años. Pasó un fin de semana con Dahmer. Cuando quiso irse el lunes, Dahmer lo drogó. Murió con ácido en el cerebro.

**Oliver Lacy** - 15 de julio de 1991. Veinticuatro años. Su corazón estaba en el congelador cuando la policía llegó.

**Joseph Bradehoft** - 19 de julio de 1991. Veinticinco años. Última víctima. Murió tres días antes de que Tracy Edwards escapara.

Once personas en catorce meses.

Once familias destruidas.

Once veces que el sistema pudo haber intervenido y no lo hizo.

Porque Dahmer estaba en libertad condicional. Se suponía que lo monitoreaban. Su oficial de libertad condicional, Donna Chester, se suponía que visitaba su apartamento regularmente.

Visitó tres veces en catorce meses.

Nunca entró. Solo tocó la puerta, verificó que Dahmer estuviera allí, y se fue.

Si hubiera entrado—si hubiera seguido el protocolo, si hubiera hecho su trabajo—habría oído la muerte. Habría visto las manchas en el piso. Habría encontrado las fotos.

Habría salvado once vidas.

Pero no entró.

Y Dahmer siguió matando.

Porque el sistema que lo arrestó en 1988, que lo condenó por abuso de un menor, que lo registró como delincuente sexual, decidió que merecía otra oportunidad.

Y otra.

Y otra.

Hasta que ya no quedaban oportunidades.

Solo cuerpos.

El 22 de julio de 1991, Tracy Edwards escapó con esposas en la muñeca.

Trece años después de Steven Hicks.

Dieciséis víctimas después.

Y finalmente, *finalmente*, alguien escuchó.

Pero para entonces, Milwaukee ya había pagado el precio de su indiferencia.

Diecisiete veces.

Y el silencio—ese silencio cómplice que había permitido que Dahmer matara durante trece años—se rompió al fin.

No con un grito.

Sino con el sonido de esposas cerrándose alrededor de las muñecas de un monstruo que el sistema había alimentado, protegido, y liberado una y otra vez.

Hasta que ya era demasiado tarde para detenerlo.

Demasiado tarde para todos.

---

## **CAPÍTULO 5: LAS CINCO LLAMADAS - GLENDA CLEVELAND**

---

Glenda Cleveland lo supo antes que nadie.

No con certeza absoluta, no con evidencia que pudiera presentar en una corte, sino con esa forma de saber que tienen las mujeres que han criado hijos en barrios donde la muerte acecha en las esquinas y la policía llega tarde—o no llega. Un saber visceral, instalado en las entrañas, que grita cuando algo está podrido aunque todos los demás finjan que el olor es solo basura sin recoger.

Ella lo supo en mayo de 1990, cuando el hedor comenzó a filtrarse bajo la puerta del apartamento 213 como un susurro tóxico.

Lo supo cuando escuchó la sierra eléctrica a las tres de la mañana, un sonido que no pertenecía a ningún proyecto de bricolaje nocturno.

Lo supo cuando vio al hombre del apartamento 213—alto, pálido, con esas gafas gruesas y esa sonrisa que nunca llegaba a los ojos—arrastrando bolsas de basura que goteaban algo oscuro sobre el linóleo del pasillo.

Y lo supo, con una certeza que le heló el alma, la noche del 27 de mayo de 1991, cuando vio a dos oficiales de policía devolver a un niño desnudo y sangrando a ese mismo apartamento, porque el monstruo les había dicho que todo estaba bien.

Glenda Cleveland llamó al 911 cinco veces.

Cinco veces les dijo que algo estaba muy, muy mal en el apartamento 213.

Cinco veces fue ignorada.

Y cuando finalmente descubrieron los cuerpos—cuando Milwaukee despertó a la pesadilla que ella había estado señalando durante más de un año—Glenda Cleveland tuvo que vivir con el peso de tres palabras que ningún ser humano debería tener que pronunciar:

*Yo se los dije.*

## **PARTE I: QUIÉN ERA GLENDA**

Glenda Mae Cleveland nació el 2 de mayo de 1933, en un hospital segregado de Arkansas donde los bebés negros eran atendidos en el sótano y los blancos en el segundo piso. Su madre, Beatrice, trabajaba limpiando casas de familias blancas por dos dólares al día. Su padre, Samuel, cargaba sacos de algodón hasta que la espalda se le rompió a los cuarenta y dos años y murió en una cama que olía a linimento y a sueños aplastados.

Glenda aprendió temprano que el mundo no estaba diseñado para proteger a personas como ella.

Se casó joven—demasiado joven, diría después—con un hombre llamado Robert Cleveland que trabajaba en una planta empacadora y bebía para olvidar que trabajaba en una planta empacadora. Tuvieron cuatro hijos en seis años: dos niñas, dos niños, todos con los ojos de Glenda y la risa de Robert cuando todavía sabía reír.

En 1968, cuando los disturbios después del asesinato de Martin Luther King Jr. convirtieron Milwaukee en un campo de batalla, Glenda metió a sus hijos en la bañera y les cantó himnos mientras afuera quemaban edificios. Cuando Robert desapareció tres meses después—simplemente no regresó del trabajo un viernes, dejando solo una nota que decía "Lo siento" en el espejo del baño—Glenda se levantó al día siguiente y fue a trabajar.

Porque eso era lo que hacían las mujeres como Glenda Cleveland.

Se levantaban. Sobrevivían. Criaban a sus hijos solas en barrios donde los traficantes merodeaban en las esquinas y las sirenas sonaban como canciones de cuna. Trabajaban dos empleos, a veces tres. Limpiaban casas. Servían comidas.



Contaban monedas para comprar leche. Y cuando veían algo malo—*realmente* malo—hacían lo correcto.

Incluso cuando nadie las escuchaba.

A los cincuenta y siete años, en 1990, Glenda vivía en el apartamento 208 del Oxford Apartments con su hija Sandra y sus nietos. Sus manos, grandes y callosas de fregar pisos durante décadas, todavía eran fuertes. Su espalda, aunque dolía las mañanas frías, todavía se mantenía recta. Y su voz—esa voz que había cantado en el coro de la iglesia bautista durante cuarenta años—todavía podía llenar una habitación cuando necesitaba hacerlo.

Creía en Dios. Creía en el trabajo duro. Creía que si veías a alguien en peligro, intentabas ayudar.

Y creía, con una fe que ahora parece ingenua, que si llamabas a la policía y les decías que algo estaba mal, vendrían a arreglarlo.

Estaba equivocada.

### **FLASHBACK: Milwaukee, 1975**

*El barrio donde Glenda Cleveland crió a sus hijos no tenía nombre oficial en los mapas, pero todos los que vivían allí lo llamaban "el Olvido."*

*No porque fuera el peor barrio de Milwaukee—había lugares más peligrosos, más pobres, más rotos—sino porque era el lugar donde la ciudad miraba y decidía que no valía la pena ver.*

*Las calles tenían baches del tamaño de pozos. Los faroles no funcionaban más de tres a la vez. Las sirenas de policía sonaban con menos frecuencia que en los barrios blancos del oeste, y cuando sonaban, era porque alguien ya estaba muerto.*

*Glenda caminaba a casa desde su turno de limpieza en el Sheraton del centro, con los pies hinchados dentro de zapatos que tenían agujeros en las suelas. Eran las 11:47 PM. Las calles estaban vacías excepto por dos figuras en una esquina—adolescentes, quizá quince o dieciséis años, con capuchas y ojos que se movían demasiado rápido.*

*—Señora C—uno de ellos la llamó. Jerome, el hijo de la señora Patterson del segundo piso. Un buen chico, antes. Antes de que su padre fuera a prisión y la heroína llegara al barrio.*

—Jerome— *Glenda se detuvo, aunque sus instintos le gritaban que siguiera caminando—. ¿Qué haces aquí afuera a esta hora?*

*El chico se encogió de hombros, con las manos en los bolsillos.*

—Negocios, señora C.

—El tipo de negocios que te manda a prisión.

—O que paga el alquiler de mi mamá—sus ojos, cuando la miraron, no eran de adolescente. Eran viejos. Cansados—. *Usted sabe cómo es.*

*Y Glenda sí sabía.*

*Sabía que la fábrica donde el padre de Jerome había trabajado cerró tres años atrás. Que el seguro de desempleo se acabó. Que la señora Patterson limpiaba casas como Glenda pero ganaba la mitad porque era más oscura, porque su acento era más marcado, porque el mundo tenía formas de decidir quién merecía qué.*

*Sabía que Jerome vendía drogas porque era eso o ver a su madre perder el apartamento.*

*Y sabía que llamar a la policía—que era lo que se "debía" hacer—solo terminaría con un chico de quince años en prisión, su madre sin nadie, y el problema sin resolver.*

—Ten cuidado—dijo finalmente, porque era lo único que podía decir.

*Jerome asintió.*

*Glenda siguió caminando.*

*Y pensó, no por primera vez, que vivir en un lugar como este significaba hacer cálculos imposibles todos los días. Significaba saber cuándo llamar a la policía y cuándo no. Cuándo involucrarse y cuándo mirar hacia otro lado.*

*Significaba vivir en un mundo donde las reglas nunca habían sido diseñadas para protegerte.*

*Y aun así, intentar sobrevivir con dignidad.*

## **PARTE II: LA PRIMERA LLAMADA Mayo de 1990**

El olor apareció en mayo como una niebla tóxica.

Glenda lo notó primero una mañana al salir de su apartamento para ir a trabajar. Algo dulce y nauseabundo que se pegaba a la garganta, que hacía que el

estómago se retorciera. Subió al tercer piso—donde vivía su sobrina Nicole—para preguntar si ella también lo sentía.

—Es del 213—dijo Nicole, tapándose la nariz con un pañuelo—. Ese tipo raro. El blanco con las gafas.

Glenda frunció el ceño. Conocía al tipo solo de vista: alto, delgado, siempre solo, siempre con bolsas del supermercado o de la ferretería. Nunca hablaba con nadie. Nunca hacía contacto visual. El tipo de vecino que podía vivir al lado tuyo durante años sin que supieras su nombre.

—¿A qué huele?

—A carne podrida—Nicole hizo una mueca—. Como cuando el refrigerador de mamá se descompuso y la carne se echó a perder. Pero peor.

Glenda tocó la puerta del 213. Nadie respondió. Tocó de nuevo, más fuerte.

—¿Señor? ¿Está todo bien ahí dentro?

Silencio.

Bajó a la oficina del administrador del edificio, Sopa Princewill, un hombre con dientes amarillos y una sonrisa que nunca llegaba a los ojos.

—Hay un olor terrible viniendo del 213—dijo Glenda—. Necesita revisarlo.

Sopa suspiró, como si ella le hubiera pedido que construyera un puente.

—Señora Cleveland, la gente se queja de olores todo el tiempo. Es un edificio viejo. Las cañerías...

—No son las cañerías—interrumpió Glenda, con esa voz que usaba cuando no iba a dejar que la despacharan—. Huele a *muerto*.

—¿Vio un cadáver?

—No, pero...

—Entonces no puedo hacer nada. Si el inquilino no se queja, no puedo entrar a su apartamento. Privacidad, ¿sabe?

Glenda lo miró fijamente.

—Privacidad—repitió, y la palabra sonó como un insulto.

Esa noche, el olor empeoró. Glenda cerró la puerta de su apartamento, puso toallas enrolladas bajo la rendija, quemó velas de vainilla del *Dollar Store*. Nada funcionó. El hedor se filtraba como gas venenoso.

A las 11:32 PM, marcó el 911.

La operadora—una mujer con voz cansada, como si hubiera escuchado mil llamadas tontas esa noche—respondió al tercer timbrazo.

—911, ¿cuál es su emergencia?

—Vivo en el Oxford Apartments, en North 25th Street—dijo Glenda, eligiendo sus palabras cuidadosamente—. Hay un olor terrible viniendo del apartamento 213. Huele a carne podrida. A muerte.

—¿Vio a alguien herido?

—No he podido entrar al apartamento, pero...

—Señora, si no hay una emergencia visible, necesita contactar al administrador del edificio.

—Ya lo hice. No quiere hacer nada.

—Entonces no puedo ayudarla. Los olores no son una emergencia policial.

—Pero...

—¿Hay alguien en peligro inmediato ahora mismo?

Glenda apretó el teléfono hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

—No lo sé—admitió—. Pero algo está muy mal.

—Señora, llame al departamento de salud en la mañana. Ellos manejan quejas de olores. Buenas noches.

*Clic.*

Glenda se quedó con el teléfono en la mano, escuchando el tono de marcar, sintiendo algo frío instalándose en su estómago.

No habían escuchado.

Habían escuchado las *palabras*, sí. Pero no habían *escuchado*.

Y en ese momento, aunque no lo sabía, ya había alguien muerto en el apartamento 213.

Raymond Smith, treinta y tres años, cuyo cuerpo yacía en la bañera mientras Dahmer decidía qué hacer con él.

Pero Glenda no lo sabía.

Todavía no.

### **PARTE III: LA SEGUNDA LLAMADA Junio de 1990**

Los gritos llegaron a las 3:17 AM.

Glenda se despertó con el corazón palpitando, desorientada, buscando el origen del sonido que la había sacado de un sueño donde estaba de vuelta en Arkansas, joven otra vez, con sus hijos pequeños jugando en el jardín.

Ahí estaba de nuevo: un grito agudo, cortado, como de animal herido.

Venía de arriba. Del tercer piso.

Se levantó, se puso la bata, subió las escaleras con las rodillas protestando a cada paso. En el pasillo del tercer piso, el sonido era más claro. No era un grito continuo sino... sollozos. Súplicas ahogadas. Palabras que no podía distinguir pero cuyo tono era inconfundible: *terror*.

Se detuvo frente al 213.

El sonido venía de ahí. Estaba segura.

Tocó la puerta. Los sollozos se detuvieron abruptamente, como si alguien hubiera cortado el sonido con tijeras.

—¿Hola?—Glenda presionó su oreja contra la puerta—. ¿Está todo bien ahí?  
Silencio.

Luego, una voz—calmada, controlada, la voz de alguien acostumbrado a mentir:

—Todo bien. Solo una pesadilla. Perdón por el ruido.

Glenda conocía esa voz. Era él. El del 213.

—¿Está seguro? Escuché...

—Estoy bien. Gracias.

Glenda se quedó parada frente a la puerta, con la mano aún levantada para tocar otra vez. Cada instinto le gritaba que algo estaba mal. Pero ¿qué podía

hacer? ¿Derribar la puerta? ¿Llamar a la policía porque escuchó gritos que habían parado?

Bajó de nuevo a su apartamento. Marcó el 911.

Esta vez, la operadora fue diferente. Más joven. Más paciente.

—Escuché gritos—dijo Glenda—. Del apartamento 213. Alguien estaba llorando. Suplicando.

—¿Está escuchando gritos ahora?

—No. Pararon cuando toqué la puerta.

—¿El inquilino le dijo que estaba bien?

—Sí, pero...

—Señora, si la persona dice que está bien y los gritos pararon, no podemos entrar. No sin causa probable.

—Los gritos *son* causa probable.

—Eran causa probable. Pasado. Si escucha más, llame de nuevo y enviaremos una unidad. Pero ahora mismo, no podemos hacer nada.

Glenda colgó sin despedirse.

Arriba, en el apartamento 213, Edward Smith—todavía vivo entonces, pero drogado, confundido, atado—dejó de llorar porque no le quedaban lágrimas.

Y Dahmer, parado junto a su cama, lo observaba con esa calma enfermiza que viene de saber que nadie vendrá a rescatar a un hombre que grita en la noche.

Porque en barrios como este, la gente gritaba todo el tiempo.

Y nadie venía.

#### **PARTE IV: LA TERCERA LLAMADA Agosto de 1990**

Glenda lo vio arrastrando algo pesado una noche de agosto.

Eran las 2:34 AM. Ella había bajado a la lavandería del sótano porque su nieto había vomitado en las sábanas y necesitaba lavarlas antes de que el olor se fijara. En el pasillo cerca del almacén, vio al hombre del 213 arrastrando una bolsa grande—del tipo que usaban para basura de jardín, negra, gruesa.

Pero no parecía basura de jardín.

Parecía pesada. Muy pesada. Y tenía una forma... *humana*.

—¿Necesita ayuda?—preguntó Glenda, aunque cada célula de su cuerpo le gritaba que se fuera.

El hombre se sobresaltó, girando bruscamente. Sus gafas reflejaban la luz fluorescente, ocultando sus ojos.

—No—dijo rápidamente—. Solo basura. Estoy bien.

—Es mucha basura.

—Limpié el apartamento. Muchas cosas viejas.

La bolsa se movió. Ligeramente. Como si algo dentro se acomodara por gravedad.

O como si algo dentro todavía respirara.

Glenda sintió el sudor frío bajándole por la espalda.

—Bueno—dijo, retrocediendo—. Buenas noches.

—Buenas noches.

En su apartamento, con las manos temblando, marcó el 911 por tercera vez.

—Vi a un hombre arrastrando algo pesado en una bolsa de basura—dijo—. A las dos de la madrugada. En el Oxford Apartments. Apartamento 213.

—¿Qué cree que había en la bolsa?

—No lo sé. Pero tenía forma de... de persona.

—¿Vio un cuerpo?

—No, pero...

—¿Vio sangre?

—No.

—Señora, no podemos arrestar a alguien por sacar la basura a horas raras.

—Pero era *pesado*. Como si fuera...

—A menos que vea evidencia de un crimen, no podemos hacer nada. Lo lamento.

No lo lamentaban. Glenda lo sabía. Era una frase que decían, como "que tenga un buen día", sin significar nada.

Colgó y se sentó en su sofá, mirando el teléfono como si fuera un objeto extraño que nunca había visto antes.

Tres llamadas.

Tres veces diciéndoles que algo estaba mal.

Tres veces ignorada.

Y en el almacén del sótano, Jeffrey Dahmer metía la bolsa—con los restos de Ernest Miller dentro—en un contenedor de basura que sería recogido al día siguiente.

## **PARTE V: LA CUARTA LLAMADA 27 de mayo de 1991 - La noche de Konerak**

La noche que cambió todo comenzó con un grito.

Glenda estaba viendo las noticias de las 11 cuando escuchó las sirenas. Luego voces afuera. Luego a su sobrina Nicole gritando desde el pasillo:

—¡Tía Glenda! ¡Ven rápido!

Salió corriendo. Afuera del edificio, bajo la luz enfermiza de un farol, había un niño.

Desnudo. Sangrando. Tambaleándose como si estuviera borracho o drogado o ambas cosas.

Sandra Smith, su hija, estaba arrodillada junto a él, cubriéndolo con su chaqueta. Nicole hablaba por su teléfono celular con el 911.

—Es un *niño*—decía Sandra, con la voz quebrándose—. Alguien le hizo algo.

Glenda se acercó. El niño—porque eso es lo que era, un *niño*, quizá catorce o quince años—tenía los ojos vidriosos. Sangre le escurría de la nariz. Entre sus muslos, más sangre, oscura contra su piel morena.

—Cariño—Glenda se arrodilló—. ¿Qué pasó? ¿Quién te hizo esto?

El niño murmuró algo en un idioma que Glenda no entendía. Laosiano, descubriría después. Pero no necesitaba entender las palabras. El terror en sus ojos hablaba cualquier idioma.

Las sirenas se acercaron. Dos oficiales—uno mayor, con bigote gris; otro joven, con cara de aburrido—salieron del patrullero.

—¿Qué tenemos?—preguntó el mayor. Su placa decía BALCERZAK.



—Este niño—Sandra señaló—. Está herido. Creo que alguien... alguien abusó de él.

Balcerzak se agachó, mirando al niño con una expresión que Glenda no pudo descifrar. ¿Preocupación? ¿Molestia? ¿Ambas?

Entonces la puerta del Oxford se abrió.

Y salió *él*.

El hombre del 213. Jeffrey Dahmer. Con esa sonrisa tranquila y esas gafas que reflejaban la luz de las sirenas.

—Oficiales—dijo, acercándose como si estuviera dando un paseo casual—. Gracias por venir. Mi amigo y yo tuvimos una pelea. Se puso un poco... dramático.

Glenda sintió que el estómago se le volcaba.

—No—dijo, poniéndose de pie—. Ese no es su amigo. Es un *niño*.

Dahmer la miró. Sus ojos, detrás de las gafas, no mostraban nada.

—Tiene diecinueve años—dijo calmadamente—. Y está borracho. A veces se pone así cuando bebe.

—¡Es un niño!—Sandra se levantó también, furiosa—. ¡Mírelo! ¡Ni siquiera puede estar de pie!

Gabrish, el oficial más joven, intercambió una mirada con Balcerzak. Glenda vio algo pasar entre ellos. Una decisión siendo tomada sin palabras.

—Señoras—dijo Balcerzak, con una voz que intentaba sonar razonable—, necesito que se calmen.

—¿Calmarnos?—Glenda sintió la rabia subiendo como lava—. Hay un niño sangrando y ustedes le van a creer a *él*.

—Tengo identificación—dijo Dahmer, sacando su billetera—. Puedo mostrarles que es mayor de edad.

Mostró una licencia. Glenda no pudo ver el nombre desde donde estaba, pero vio a Balcerzak asentir.

—Parece que está en orden—dijo el oficial.

—¡No está en orden!—gritó Sandra—. ¡Está *sangrando*! ¡Entre sus piernas! ¡¿No ven eso?!

—Tuvimos sexo—dijo Dahmer, como si estuviera discutiendo el clima—. Consensual. A veces hay un poco de... bueno, ya saben. Pero él está bien.

—No se ve bien—Nicole señaló al niño, que ahora se había desplomado en la acera, temblando.

Balcerzak se agachó junto al niño.

—Oye, amigo. ¿Estás bien? ¿Este hombre te hizo daño?

El niño murmuró algo. Balcerzak frunció el ceño.

—No habla inglés—dijo Dahmer—. Es de Laos. Por eso a veces hay... confusión.

—¿Confusión?—Glenda no podía creerlo—. ¡Está *herido*!

—Señora—Gabrish se volvió hacia ella, con una mano en la cadera cerca de su arma—. Necesito que dé un paso atrás.

—No voy a dar un paso atrás. No hasta que se lleven a ese niño a un hospital.

—No es un niño—insistió Balcerzak—. Es un adulto. Y si él y su... pareja quieren resolver esto en privado, no es asunto nuestro.

Glenda lo miró incrédula.

—¿Me está diciendo que van a devolverlo?

—Van a hablar—dijo Balcerzak—. Como adultos.

—No—Sandra se interpuso—. Eso no puede ser. Algo está mal aquí. *Ustedes lo saben.*

Pero Balcerzak ya había tomado su decisión. Ayudó al niño a levantarse, sosteniéndolo por un brazo mientras Dahmer tomaba el otro.

—Vamos, amigo—dijo Dahmer, con esa voz tranquila—. Volvamos a casa.

Y mientras Glenda, Sandra y Nicole observaban horrorizadas, los dos oficiales escoltaron a Konerak Sinthasomphone de vuelta al apartamento 213.

De vuelta a su muerte.

La puerta se cerró detrás de ellos.

*Clic.*

Glenda entró corriendo a su apartamento y marcó el 911 por cuarta vez.

—Acaban de devolver a un niño a su abusador—las palabras salieron a borbotones, tropezan dose unas con otras—. Los oficiales. Balcerzak y Gabrish. Lo devolvieron al apartamento 213. Es un *niño*. No un adulto. Un niño.

—Señora—la operadora sonó cansada—. Los oficiales ya atendieron la llamada. Si ellos determinaron que no había...

—¡No determinaron nada! ¡Le creyeron al hombre blanco! ¡No nos creyeron a nosotras!

—Señora, está siendo irrespetuosa.

—¡Porque están dejando que un niño muera!

—Los oficiales hicieron su trabajo. Si tiene una queja sobre su conducta, puede presentar un reporte formal mañana en la estación. Buenas noches.

*Clic.*

Glenda se quedó con el teléfono en la mano, sintiendo algo romperse dentro de ella.

No era solo frustración. No era solo rabia.

Era la certeza absoluta de que ese niño iba a morir.

Y que ella no podía hacer nada para detenerlo.

Porque en Milwaukee, en 1991, cuando una mujer negra decía que algo estaba mal, el sistema tenía formas de no escucharla.

## **PARTE VI: LA QUINTA LLAMADA 28 de mayo de 1991**

Glenda no durmió esa noche.

Se quedó despierta, mirando el techo, escuchando cada sonido del edificio. Esperando... algo. No sabía qué.

A las 4:23 AM, escuchó la sierra eléctrica.

Llamó al 911 por quinta vez.

—Escucho una sierra—dijo, con la voz plana, vacía—. En el apartamento 213. Donde devolvieron al niño.

—¿Y?

—¿Qué está cortando a las cuatro de la mañana?

—Señora, no es ilegal usar herramientas en su propio apartamento.

—Anoche vieron a un niño herido. Ahora hay una sierra. ¿No pueden sumar dos más dos?

—No voy a enviar oficiales porque alguien está usando una sierra. A menos que tenga evidencia real de un crimen...

Glenda colgó antes de que la operadora terminara.

No había punto.

Nunca lo había habido.

Arriba, en el apartamento 213, Konerak Sinthasomphone había muerto hacía tres horas. Estrangulado. Su cuerpo estaba ahora en la bañera mientras Dahmer decidía cómo desmembrarlo.

Y Glenda, sentada en su sofá con el teléfono en el regazo, lloró.

No por impotencia. No por miedo.

Sino porque había hecho todo bien.

Había visto. Había reportado. Había llamado. Había insistido.

Y no había servido de nada.

Porque el sistema no estaba diseñado para escuchar a mujeres como ella.

Nunca lo había estado.

## **PARTE VII: EL PESO DE TENER RAZÓN**

Dos meses después, cuando Tracy Edwards escapó y la policía finalmente entró al apartamento 213, cuando encontraron los cuerpos y las fotos y el horror, Glenda Cleveland prendió el televisor y vio su propio edificio rodeado de luces rojas y azules.

No sintió sorpresa.

Sintió algo peor: validación.

Porque había tenido razón. Durante más de un año, había sabido que algo estaba mal. Y ahora todos los demás finalmente lo sabían también.

Pero era demasiado tarde.

Para Konerak. Para Raymond. Para Ernest. Para todos los demás.

Los reporteros la buscaron. Querían la historia de la "heroína" que había intentado detener a Dahmer. Glenda los rechazó a todos excepto uno.

—No soy una heroína—dijo, mirando directamente a la cámara—. Las heroínas salvan vidas. Yo solo hice llamadas que nadie escuchó.

Le preguntaron cómo se sentía.

—Me siento—dijo, y su voz se quebró—como si hubiera visto a alguien ahogándose y gritado pidiendo ayuda, y todos me hubieran dicho que me callara porque estaba molestando.

Le preguntaron si culpaba a la policía.

—Los culpo—dijo sin vacilar—. Pero culpo más al sistema que les enseñó que las vidas de ciertos hombres no importan. Que les enseñó a creerle a un hombre blanco sobre tres mujeres negras. Que les enseñó que un niño asiático desnudo y sangrando era solo una "disputa doméstica entre adultos homosexuales."

Le preguntaron qué quería que cambiara.

Glenda miró a la cámara durante un largo momento.

—Quiero que la próxima vez que una mujer como yo llame diciendo que algo está mal, alguien *escuche*. De verdad escuche. No solo tome el reporte y lo archive. Que *actúe*.

Pero sabía, incluso mientras lo decía, que probablemente no cambiaría nada.

Porque Milwaukee ya había olvidado a las víctimas antes.

Y las olvidaría de nuevo.

## **EPÍLOGO: EL LEGADO DE GLENDA**

Glenda Cleveland murió el 21 de diciembre de 2010, a los setenta y siete años.

Su obituario en el *Milwaukee Journal Sentinel* fue de tres párrafos. No mencionó las cinco llamadas. No mencionó a Konerak. No mencionó que había intentado salvar vidas y que el sistema la había ignorado.

Pero en 2022, cuando Netflix lanzó un documental sobre Jeffrey Dahmer, la historia de Glenda finalmente llegó al mundo.

La actriz que la interpretó ganó premios. Los medios la llamaron "heroína olvidada." La gente tuiteó sobre cómo el sistema había fallado.

Y durante unas semanas, todos dijeron: "Deberíamos haber escuchado a Glenda Cleveland."

Pero para entonces, Glenda llevaba doce años muerta.

Y el sistema que la ignoró seguía igual.

Seguía ignorando a mujeres como ella.

Seguía fallando a víctimas como Konerak.

Seguía funcionando exactamente como fue diseñado.

Para proteger a algunos.

Y sacrificar a otros.

Y Glenda Cleveland, que lo supo antes que nadie, que intentó detenerlo, que hizo todo lo correcto y aun así fracasó—no porque ella fallara, sino porque el sistema le falló a ella—se convirtió en lo que nunca quiso ser:

Un símbolo.

De todas las voces ignoradas.

De todos los gritos no escuchados.

De todos los que intentaron ayudar y descubrieron que no importaba cuán fuerte gritaran.

Porque nadie estaba escuchando.

Y nunca lo habían hecho.

---

## CAPÍTULO 6: CATORCE MINUTOS - KONERAK SINTHASOMPHONE

---

Konerak Sinthasomphone tenía catorce años cuando murió.

Esta es la verdad que la policía de Milwaukee no quiso ver, que los oficiales Balcerzak y Gabrish decidieron ignorar, que el sistema eligió no reconocer porque era más fácil creer la mentira de un hombre blanco que los ojos de tres mujeres negras mirando a un niño desnudo y sangrando.

Catorce años.

El mismo número de minutos que los oficiales pasaron en la escena antes de devolver a Konerak a Jeffrey Dahmer.

Catorce minutos entre la vida y la muerte.

Catorce minutos que la familia Sinthasomphone reviviría cada día por el resto de sus vidas, preguntándose qué habría pasado si los oficiales hubieran tardado quince. Si hubieran hecho una pregunta más. Si hubieran mirado un poco más de cerca.

Pero no lo hicieron.

Y Konerak, que había escapado—que había corrido descalzo por las calles de Milwaukee con la esperanza tatuada en cada paso tambaleante, que había encontrado ayuda, que había sido *tan cerca* de sobrevivir—fue devuelto a su asesino como un paquete mal entregado.

Esta es su historia.

No la de Jeffrey Dahmer.

No la de los oficiales que lo fallaron.

*La suya.*

Y merece ser contada.

### **ANTES: La Familia Sinthasomphone**

La familia Sinthasomphone llegó a Milwaukee en 1979, huyendo de los campos de exterminio de Pol Pot en Camboya.

Sounthone y Somdy Sinthasomphone habían perdido todo: sus casas, sus familias, su país. Somdy había visto a su madre morir de hambre en un campo de trabajo. Sounthone había enterrado a tres hermanos en fosas comunes. Cuando finalmente llegaron a Estados Unidos—después de dos años en campos de refugiados en Tailandia, después de meses de espera, de formularios, de promesas de que aquí estarían a salvo—creyeron que el horror había terminado.

Se equivocaron.

Milwaukee no les ofreció el sueño americano. Les ofreció un apartamento de dos habitaciones en el lado norte donde el inglés que hablaban era motivo de burla, donde sus hijos eran acosados en la escuela por ser "diferentes", donde trabajaban turnos dobles en fábricas que pagaban salarios mínimos y aun así no alcanzaba para comida.

Pero estaban vivos. Y tenían tres hijos: Somsack, el mayor, de dieciséis años. Konerak, de trece. Y Anouke, la bebé, de seis.

Sounthone trabajaba en una planta de embalaje. Somdy limpiaba casas. Los fines de semana, toda la familia iba al templo budista en Layton Boulevard, donde otros refugiados laosianos se reunían para recordar que no estaban solos.

Konerak era el niño del medio. El tranquilo. El que ayudaba a traducir las cartas del gobierno para sus padres, el que cuidaba a su hermana menor cuando ambos padres trabajaban, el que soñaba con ser mecánico porque le gustaba arreglar cosas rotas.



Era pequeño para su edad—metro cincuenta, cuarenta y cinco kilos—con ojos que aún tenían esa inocencia que solo los catorce años permiten. Creía que si trabajabas duro, si seguías las reglas, si eras bueno, el mundo sería bueno contigo.

En 1988, cuando su hermano Somsack fue abusado por Jeffrey Dahmer, Konerak no entendió completamente qué había pasado. Solo sabía que Somsack regresó diferente esa noche. Más callado. Con los ojos vacíos. Y que el hombre que le había hecho eso—el hombre con gafas gruesas que vivía en una casa grande—había ido a prisión pero solo por un año.

—¿Por qué tan poco?—había preguntado Konerak a su padre.

Sounthone no tenía respuesta. Solo lo abrazó y le dijo:

—Mantente alejado de extraños, hijo. No todos son buenos.

Konerak prometió que lo haría.

Pero tres años después, en mayo de 1991, vio a un hombre con gafas gruesas cerca del Grand Avenue Mall, y no lo reconoció. No lo conectó con el que había lastimado a su hermano. Solo vio a alguien que le ofreció dinero por posar para fotos.

Y Konerak, que necesitaba dinero para ayudar a su familia, que creía que el mundo era más bueno que malo, que tenía catorce años y toda la vida por delante, aceptó.

### **PARTE I: 26 DE MAYO, 1991 - EL ENCUENTRO Grand Avenue Mall, 3:47 PM**

Konerak salió de la escuela a las 3:15 PM, con la mochila llena de libros y el estómago gruñendo. No había almorzado—había dado su dinero de almuerzo a Anouke porque ella había olvidado el suyo—y ahora el hambre le mordía las entrañas.

Caminó hacia el mall porque a veces las tiendas de comida regalaban muestras gratis. No era mucho, pero era algo.

Jeffrey Dahmer lo vio desde una banca cerca de la fuente.

El niño era perfecto. Pequeño. Solo. Con esa mirada perdida de quien no pertenece completamente a ningún lugar. Dahmer había aprendido a reconocer

esa mirada. Los niños refugiados, los que no hablaban inglés perfectamente, los que sus familias eran tan pobres que un billete de veinte dólares era una fortuna—esos eran los más fáciles.

Porque nadie los buscaría con mucho esfuerzo.

—Oye—Dahmer se acercó con una sonrisa—. ¿Quieres ganar algo de dinero?

Konerak levantó la vista. El hombre era alto, blanco, con gafas. Parecía... normal. Inofensivo.

—¿Qué tengo que hacer?—preguntó en inglés con acento, las palabras viniendo más lento de lo que pensaba.

—Solo posar para algunas fotos. Soy fotógrafo. Trabajo para... revistas—Dahmer improvisaba, pero su voz sonaba confiada—. Te pago cincuenta dólares. Una hora de trabajo.

Cincuenta dólares. El mismo dinero que su padre ganaba en un día entero levantando cajas.

—¿Solo fotos?

—Solo fotos. Lo prometo.

Konerak dudó. Su padre le había dicho que se mantuviera alejado de extraños. Pero este hombre no parecía peligroso. Y cincuenta dólares...

—Está bien—dijo finalmente.

Dahmer sonrió.

—Perfecto. Mi auto está afuera.

## **PARTE II: APARTAMENTO 213 - 4:23 PM**

El apartamento olía raro. Konerak lo notó en cuanto entraron. Algo dulce y químico, como los productos de limpieza que su madre usaba pero más fuerte. Más... enfermo.

—Siéntate—dijo Dahmer, señalando el sofá—. ¿Quieres algo de beber?

—Agua, por favor.

Dahmer fue a la cocina. Konerak escuchó el grifo correr, luego el sonido de algo siendo vertido. Cuando Dahmer regresó con el vaso, el agua tenía un tinte ligeramente lechoso.

—Tiene vitaminas—explicó Dahmer—. Para la sesión de fotos. Te dará energía.

Konerak bebió. El agua sabía amarga, pero tragó de todos modos porque no quería ser grosero.

Dahmer sacó una cámara Polaroid.

—Quítate la camisa—dijo—. Las fotos son para un catálogo de ropa deportiva.

Konerak obedeció, incómodo. La habitación empezó a girar suavemente.

—¿Estás bien?—preguntó Dahmer.

—Me siento... raro.

—Es normal. Solo relájate.

Konerak intentó levantarse. Sus piernas no respondieron correctamente. El sofá lo atrapó, hundiéndolo en sus cojines como arenas movedizas.

—¿Qué me diste?—las palabras salieron arrastradas.

Dahmer no respondió. Solo tomó más fotos. *Click. Click. Click.*

Konerak sintió las manos de Dahmer sobre él. Quitándole los pantalones. Tocándolo. Y aunque su cerebro gritaba *corre, pelea, grita*, su cuerpo no obedecía. Las drogas lo habían convertido en un muñeco, consciente pero paralizado.

Dahmer lo llevó al dormitorio. Lo acostó en la cama. Y entonces empezó.

No voy a describir lo que pasó esa noche. No porque sea demasiado horrible para escribirlo—que lo es—sino porque Konerak merece más que ser recordado solo por su sufrimiento.

Merece ser recordado por lo que hizo después.

Por su valentía.

Por su lucha.

Por los catorce años que vivió antes de esa noche, cuando era solo un niño que amaba a su familia y soñaba con arreglar autos y creía que el mundo era más bueno que malo.

### **PARTE III: EL ESCAPE - 27 DE MAYO, 2:03 AM**

Konerak despertó en la oscuridad.

El dolor llegó primero. Ardiente. Desgarrador. Entre sus piernas, en su cabeza, en cada parte de su cuerpo.

Estaba desnudo. En una cama que no reconocía. Con sangre seca en los muslos.

Fragmentos de memoria: manos. Dolor. Una sierra eléctrica sonando en algún lugar cercano. El olor a químicos quemándole la nariz.

¿Dónde estaba?

¿Qué había pasado?

Intentó sentarse. La habitación giró violentamente. Vomitó sobre las sábanas.

Del baño, escuchó agua corriendo. El hombre—el de las fotos—estaba allí. Tarareando. Como si nada estuviera mal.

*Tengo que irme.*

El pensamiento cortó a través de la niebla de drogas con la claridad de una alarma de incendio.

*Tengo que salir de aquí ahora.*

Konerak se deslizó de la cama, cayendo al suelo con un golpe sordo. Esperó, conteniendo la respiración. El tarareo de Dahmer no se detuvo.

Gateó hacia la puerta. Cada movimiento era agonía. Sus brazos temblaban. Sus piernas no querían sostenerlo. Pero siguió avanzando.

La puerta del apartamento estaba cerrada con cerrojo, pero no con llave. Sus dedos—entumecidos, torpes—lograron girar el pestillo.

Se abrió.

El pasillo del tercer piso estaba vacío. Luces fluorescentes zumbando. Paredes de un beige enfermizo. Aire que olía a moho y a vidas rotas.

Konerak se puso de pie, tambaleándose. Cada paso era como caminar sobre vidrio roto. Llegó a las escaleras y comenzó a bajar, aferrándose al pasamanos porque sin él habría caído.

Un piso. Luego otro.

Detrás de él, escuchó una puerta abrirse.

—¡Hey!—la voz de Dahmer, ahora no tranquila sino furiosa—. ¡Regresa aquí!

Konerak aceleró. Bajó los últimos escalones de tres en tres, tropezó, cayó, se levantó. La puerta principal del Oxford Apartments estaba adelante. Luz de farol filtrándose a través del vidrio sucio.

Salvación.

Empujó la puerta y salió a la noche de Milwaukee.

El aire fresco lo golpeó como un puñetazo. Sus pulmones lo absorbieron con gratitud. Sus pies descalzos encontraron concreto tibio. El mundo giraba pero estaba *afuera*. Lejos de ese apartamento. Lejos de ese hombre.

Corrió.

No sabía hacia dónde. Solo *lejos*.

Tropezó con el bordillo. Cayó sobre la acera. El asfalto raspó sus rodillas, sus palmas.

Intentó levantarse. No pudo. Las drogas lo jalaban hacia abajo como manos invisibles.

—Ayuda—murmuró, aunque no sabía si alguien podía oírlo—. Ayúdenme.

Y entonces, como un milagro, alguien lo escuchó.

#### **PARTE IV: LAS MUJERES QUE LO ENCONTRARON 2:17 AM**

Sandra Smith y Nicole Childress volvían a casa después de un turno doble en la fábrica de embutidos.

Sus manos olían a carne cruda y detergente industrial. Sus pies dolían dentro de zapatos que necesitaban ser reemplazados hace seis meses. Todo lo que querían era llegar a casa, quitarse el uniforme, y dormir.

Entonces Nicole vio el bulto en la acera.

—Sandy—dijo, deteniéndose—. ¿Qué es eso?

Sandra entrecerró los ojos. A la luz del farol, el bulto tenía forma humana. Pequeña. Encorvada.

—Dios—susurró—. Es una persona.

Corrieron.

El niño—porque eso es lo que era, un *niño*—yacía de costado, temblando. Desnudo. Cubierto de cortes y moretones. Sangre seca entre sus piernas.

—Cariño—Sandra se arrodilló, quitándose su chaqueta de mezclilla para cubrirlo—. ¿Puedes oírme? ¿Qué pasó?

El niño abrió los ojos. Estaban vidriosos, las pupilas tan dilatadas que casi no dejaban ver el iris. Murmuró algo en un idioma que Sandra no entendía.

—Está drogado—dijo Nicole, sacando su teléfono celular—. O herido. O ambas cosas. Llamo al 911.

Sandra tocó la frente del niño. Estaba ardiendo.

—Ya viene ayuda—le dijo, aunque no estaba segura de que pudiera entenderla—. Vas a estar bien.

Pero incluso mientras lo decía, veía la sangre. La forma en que el niño se encogía cuando intentaba moverse. Los moretones en forma de dedos alrededor de su cuello.

Alguien le había hecho algo terrible.

Y Sandra, que tenía dos hijos propios, que sabía reconocer el abuso cuando lo veía, sintió una rabia fría instalándose en su pecho.

—¿Quién te hizo esto?—preguntó, aunque sabía que él no podía responder.

El niño señaló hacia el edificio detrás de ellos. El Oxford Apartments. Sus dedos temblaban.

—Está bien—dijo Sandra—. La policía viene. Te van a ayudar.

Tres minutos después, las sirenas cortaron la noche.

## **PARTE V: CATORCE MINUTOS 2:24 AM - 2:38 AM**

Los oficiales John Balcerzak y Joseph Gabrish bajaron del patrullero con la lentitud de hombres que habían respondido a mil llamadas similares y esperaban que esta fuera igual de rutinaria.

Balcerzak, 37 años, veterano de catorce años en la fuerza, tenía el bigote gris y la postura de alguien a quien nada sorprendería ya. Gabrish, 28, todavía relativamente nuevo, seguía el ejemplo de su compañero en todo.

—¿Qué tenemos?—preguntó Balcerzak, acercándose.

—Este niño—Sandra señaló a Konerak, ahora envuelto en su chaqueta—. Alguien lo lastimó. Está herido. Necesita una ambulancia.

Balcerzak se agachó. Miró al niño. Su expresión no cambió.

—¿Cuántos años tiene?

—No lo sé—dijo Sandra—. Pero es joven. Catorce, quince máximo. Mírenlo. Konerak murmuró algo. Balcerzak frunció el ceño.

—¿Habla inglés?

—No lo sé. Creo que está en shock.

Gabrish caminó alrededor de la escena, mirando el edificio, la calle vacía. Este barrio. A estas horas. Ya se estaba formando una narrativa en su cabeza: drogas, probablemente. Prostitución, quizá. Algo relacionado con la vida nocturna gay del área.

Entonces la puerta del Oxford se abrió.

Jeffrey Dahmer salió, vestido ahora con jeans y camiseta, las gafas reflejando las luces del patrullero. Caminaba con esa calma característica, como si estuviera paseando al perro.

—Oficiales—dijo, acercándose con las manos visibles, nada amenazante—. Gracias por venir. Tuvimos un pequeño... desacuerdo.

Balcerzak se enderezó.

—¿Usted conoce a este joven?

—Es mi novio—Dahmer dijo la palabra con naturalidad—. Nos peleamos. Bebió demasiado y se puso dramático. Ya saben cómo es.

Sandra sintió que el estómago se le volcaba.

—Eso es mentira—dijo, poniéndose de pie—. Esto no es una pelea. ¡Mire la sangre! ¡Mírenlo!

Dahmer la miró brevemente, luego volvió su atención a los oficiales.

—Tuvimos relaciones. A veces es un poco... intenso. Pero él está bien. Solo necesita dormir la borrachera.

—¡No está borracho, está drogado!—gritó Nicole—. Y es un *niño*.

—Tiene diecinueve años—Dahmer sacó su billetera—. Puedo mostrárselos.

Sacó una identificación. Balcerzak la tomó, examinándola con su linterna.

La identificación decía "Anthony Hughes. 19 años."

No era de Konerak. Era de una víctima anterior que Dahmer había matado tres días antes.

Pero Balcerzak no lo sabía. Y no verificó.

—Parece que es mayor de edad—dijo, devolviendo la ID.

—No—Sandra se interpuso entre Balcerzak y Dahmer—. Esa no es su identificación. Mírelo. ¿Parece tener diecinueve años?

Balcerzak la miró con una expresión que Sandra conocía demasiado bien. La expresión que decía: *Cálmate. No compliques esto. Nosotros sabemos lo que hacemos.*

—Señora, necesito que dé un paso atrás.

—No hasta que lleven a este niño a un hospital.

Glenda Cleveland llegó corriendo desde el edificio, envuelta en su bata.

—Oficiales—dijo, jadeando—. Ese hombre—señaló a Dahmer—. Algo está mal con él. He llamado sobre su apartamento antes. Huele a muerte ahí arriba. Y ahora un niño sale corriendo...

—Señora Cleveland—Balcerzak la interrumpió, reconociéndola de llamadas previas—. Ya manejamos esto.

—No lo están manejando. ¡Lo están ignorando!

Dahmer permaneció tranquilo, con las manos en los bolsillos, observando el intercambio con esa sonrisa leve que nunca llegaba a los ojos.

Gabrish se acercó a Balcerzak, hablando bajo:

—Si es menor, esto es un problema. Deberíamos verificar.

Balcerzak lo miró. Luego miró a las mujeres—tres mujeres negras, vocales, acusando—. Luego a Dahmer—blanco, calmado, cooperativo, con "identificación".

Y tomó su decisión.

—Señor Dahmer, ¿puede llevarse a su... amigo de vuelta a casa?

—Por supuesto, oficial.

—¡NO!—Sandra agarró el brazo de Balcerzak—. ¡No pueden hacer esto!

—Señora, suélteme o la arresto por obstrucción.

Sandra lo soltó, las lágrimas quemándole los ojos.



Dahmer se agachó junto a Konerak.

—Vamos, cariño. Volvamos a casa.

Konerak gemía, intentando alejarse. Pero Dahmer lo levantó con facilidad, sosteniéndolo como un padre llevaría a un niño dormido.

—Esperen—Glenda dio un paso adelante—. Al menos revisen su apartamento. Si todo está bien como dice, no tiene nada que temer.

Dahmer dudó solo un segundo.

—Por supuesto—dijo—. Pueden subir si quieren. Pero les advierto, está desordenado.

Balcerzak y Gabrish intercambiaron una mirada.

—No será necesario—dijo Balcerzak—. Si el joven dice que está bien, y usted dice que está bien, entonces está bien.

—Pero él no ha dicho nada—protestó Nicole—. ¡Ni siquiera habla inglés!

—Señoras—Gabrish extendió los brazos, guiándolas hacia atrás—. Gracias por su preocupación. Pero esto es una disputa doméstica entre adultos. No es asunto suyo.

Dahmer comenzó a caminar hacia el edificio, con Konerak colgando de sus brazos.

Sandra corrió detrás de ellos.

—¡No lo hagan! ¡Por favor! ¡Algo está mal! ¡Se los estoy diciendo!

Pero Balcerzak la detuvo.

—Señora, última advertencia. Váyase a casa.

Sandra se quedó parada en la acera, llorando, viendo cómo Dahmer llevaba a Konerak de vuelta al edificio.

La puerta se cerró detrás de ellos.

*Clic.*

Catorce minutos.

Eso es lo que tomó.

Catorce minutos para decidir que la palabra de un hombre blanco valía más que la evidencia frente a sus ojos.

Catorce minutos para sellar el destino de un niño.

Catorce minutos que Konerak Sinthasomphone pagó con su vida.

## **PARTE VI: DESPUÉS DEL CIERRE DE PUERTA 2:41 AM**

En el patrullero, Balcerzak escribió su reporte.

*"2:24 AM. Respondimos a llamada sobre intoxicado en vía pública. Al llegar, encontramos a varón adulto, asiático, desnudo. Vecinas reportaron preocupación. Compañero del sujeto (Jeffrey Dahmer, residente del 924 N. 25th St., Apt. 213) apareció en escena. Explicó que habían tenido disputa doméstica. Sujeto intoxicado por alcohol. Dahmer mostró identificación del compañero. Sin evidencia de crimen. Situación manejada. Sujeto devuelto a residencia con compañero. Sin necesidad de acción adicional."*

Firmó. Gabrish también firmó.

Luego, mientras conducían de regreso a la estación, Gabrish encendió la radio del patrullero. Se escuchó a sí mismo en la grabación, riendo con el despachador:

*—Los intoxicados y los maricones—*su voz sonaba jovial, burlona—. *Diez en punto un sábado por la noche.*

Balcerzak rio.

Archivaron el reporte.

Y nunca miraron atrás.

En el apartamento 213, Dahmer dejó caer a Konerak en la cama.

El niño todavía lloraba. Todavía intentaba alejarse, arrastrándose hacia la esquina de la habitación.

*—Shhh—*dijo Dahmer, con esa voz que usaba cuando "calmaba" a sus víctimas—. Ya pasó. Ya estás a salvo.

Konerak murmuró algo en laosiano. Una palabra que Dahmer no entendía pero que cualquier padre reconocería:

*Mamá.*

Dahmer tomó la almohada.

No hay necesidad de describir lo que siguió. Solo saber que Konerak luchó. Hasta el final. Con cada gramo de fuerza que le quedaba en su cuerpo de catorce años drogado y roto.

Luchó por su vida.

Porque a diferencia de lo que Balcerzak y Gabrish habían decidido, Konerak Sinthasomphone *quería* vivir.

Tenía catorce años.

Tenía una familia que lo amaba.

Tenía sueños de ser mecánico.

Tenía toda una vida por delante.

Y se la quitaron.

No solo Dahmer.

Sino el sistema que decidió que su vida no valía catorce minutos extras de investigación.

## **PARTE VII: LA FAMILIA DESCUBRE 23 de julio de 1991**

Somdy Sinthasomphone estaba preparando la cena cuando vio las noticias.

El televisor en la sala estaba encendido en el canal 4. Ella no prestaba atención—solo era ruido de fondo mientras cortaba vegetales—hasta que escuchó las palabras:

*"Jeffrey Dahmer... diecisiete víctimas... apartamento en North 25th Street..."*

El cuchillo cayó de sus manos.

Corrió a la sala. En la pantalla, oficiales sacaban bolsas negras del Oxford Apartments. El mismo edificio. El mismo apartamento.

El mismo hombre que había lastimado a Somsack tres años atrás.

—No—susurró—. No, no, no.

Sounthone entró desde el trabajo, vio a su esposa de rodillas frente al televisor, vio las imágenes.

—¿Qué pasó?

Somdy lo miró con ojos que ya sabían pero se negaban a aceptar.

—Konerak—dijo—. Konerak desapareció hace dos meses. El 27 de mayo. Dijimos que probablemente estaba con amigos. Que ya volvería.

Sounthone se quedó helado.

—No.

—El mismo hombre. El que lastimó a Somsack. Lo arrestaron. Mataron a diecisiete personas.

—Konerak está con amigos—Sounthone repetía, aferrándose a la negación—. Está bien. Tiene que estar bien.

Pero no lo estaba.

Al día siguiente, detectives tocaron su puerta. Les mostraron una foto Polaroid encontrada en el apartamento de Dahmer. Un niño de catorce años, acostado en una cama, con los ojos cerrados, la boca entreabierta.

Somdy gritó.

Somsack, que ahora tenía diecinueve años, vio la foto y vomitó.

Porque reconocía esa cama. Ese apartamento. Ese monstruo.

Y supo que si los oficiales en 1988 hubieran hecho su trabajo correctamente, si hubieran investigado más, si hubieran procesado a Dahmer como el pedófilo violento que era en lugar de darle libertad condicional, su hermano pequeño estaría vivo.

—¿Por qué?—Somdy preguntaba una y otra vez, meciéndose—. ¿Por qué mi hijo? ¿Por qué los dos?

Los detectives no tenían respuesta.

Porque la verdad—que Dahmer había elegido deliberadamente al hermano de su víctima previa, que la policía había devuelto a Konerak a su asesino, que tres mujeres habían intentado salvarlo y fueron ignoradas—era demasiado terrible para admitir.

Más tarde, cuando la historia completa salió—cuando las transcripciones de radio de Balcerzak y Gabrish burlándose de "intoxicados y maricones" se hicieron públicas, cuando se supo que nunca verificaron la identificación, que nunca

revisaron el apartamento, que nunca escucharon a las mujeres—Somdy Sinthasomphone demandó a la ciudad de Milwaukee.

Ganó.

Le dieron \$800,000 dólares.

Como si el dinero pudiera devolver a su hijo.

Como si el dinero pudiera borrar la imagen de Konerak corriendo desnudo por las calles, sangrando, rogando por ayuda.

Como si el dinero pudiera cambiar el hecho de que el sistema que se suponía debía proteger a su familia los había fallado dos veces.

Primero con Somsack.

Luego con Konerak.

Y que esos catorce minutos—esos malditos catorce minutos que los oficiales pasaron en la escena antes de decidir que era más fácil creer una mentira—habían costado la vida de su hijo.

### **EPÍLOGO: LOS OFICIALES**

John Balcerzak y Joseph Gabrish fueron suspendidos sin goce de sueldo en 1991.

En 1994, la Comisión de Policía y Bomberos de Milwaukee ordenó su reintegración.

Con pago retroactivo.

En 2005, John Balcerzak fue elegido presidente de la Asociación de Policía de Milwaukee.

Ninguno fue a prisión.

Ninguno perdió su pensión.

Ninguno admitió haber hecho algo mal.

Y el sistema que los protegió—el mismo sistema que falló a Konerak Sinthasomphone—siguió funcionando exactamente como fue diseñado.

Konerak Sinthasomphone tenía catorce años cuando murió.

Le gustaban los videojuegos. Amaba a su hermana pequeña. Soñaba con tener su propio taller mecánico algún día.

Escapó de su asesino.

Encontró ayuda.

Estuvo a catorce minutos de sobrevivir.

Y el sistema lo devolvió a la muerte porque decidió que su vida—la vida de un niño asiático, pobre, en un barrio negro, a las dos de la mañana—no valía el esfuerzo de verificar una identificación.

Esta es su historia.

Y merece que la recordemos.

No como "la víctima número 13" de Jeffrey Dahmer.

Sino como Konerak Sinthasomphone.

Un niño que luchó.

Un niño que intentó vivir.

Un niño que el sistema asesinó tanto como Dahmer.

Y cuyos catorce minutos nos perseguirán para siempre.

---

## CAPÍTULO 7: TONY HUGHES - EL HOMBRE QUE BAILABA EN SILENCIO

---

Tony Hughes no podía oír la música, pero su cuerpo la entendía.

En el *Club 219*, bajo las luces estroboscópicas que convertían el humo de cigarrillo en niebla luminosa, Tony se movía como el agua: fluido, hipnótico, con una gracia que hacía que los demás formaran un círculo a su alrededor solo para mirarlo. No necesitaba oír el bajo retumbando desde los altavoces. Lo sentía. En el pecho. En los pies. En el aire mismo que vibraba con cada golpe.

Llevaba jeans ajustados y una camiseta blanca sin mangas que se pegaba a su torso con el sudor de bailar durante dos horas sin parar. Su sonrisa—amplia, genuina, contagiosa—iluminaba el espacio oscuro como un faro. Y cuando alguien intentaba hablarle, sacaba la pequeña libreta y el bolígrafo que siempre llevaba en el bolsillo trasero, escribía su respuesta con letra clara y redondeada, y la mostraba como si fuera el secreto más importante del mundo.

*"No puedo oír. Pero puedo bailar. ¿Quieres intentarlo?"*

Y la gente siempre decía que sí. Porque Tony tenía ese tipo de energía que hace que quieras estar cerca. Ese carisma que no tiene nada que ver con palabras y todo que ver con presencia.

Anthony "Tony" Hughes tenía treinta y un años cuando murió. Era sordo desde la infancia. Aspiraba a ser modelo. Amaba a su madre más que a nada en

el mundo. Y creía—con una fe que ahora parece desgarradora—que la bondad que irradiaba sería devuelta por el universo.

El 24 de mayo de 1991, conoció a un hombre con gafas gruesas que sabía lenguaje de señas.

O al menos fingía saberlo.

Y esa mentira—esa conexión falsa, esa promesa de entendimiento que Tony había estado buscando toda su vida—lo llevó al apartamento 213.

Donde Jeffrey Dahmer le quitaría el silencio que era suyo por derecho y lo reemplazaría con el silencio permanente de la muerte.

Esta es la historia de Tony Hughes.

No la de su asesino.

Sino la del hombre que bailaba sin música y soñaba más grande que su mundo silencioso.

Y merece ser contada con la música encendida.

## **PARTE I: EL NIÑO QUE PERDIÓ EL SONIDO**

Anthony Hughes nació el 26 de agosto de 1959, en Madison, Wisconsin, con un llanto tan fuerte que las enfermeras bromearon diciendo que tenía pulmones de cantante de ópera.

Su madre, Shirley Hughes, lo sostuvo contra su pecho esa primera noche y le cantó una canción de cuna que su propia madre le había cantado, sobre ángeles guardando a los niños mientras duermen. La voz de Shirley no era particularmente hermosa—un poco áspera, un poco desafinada—pero estaba llena de amor.

Tony escuchó esa canción durante los primeros dos años de su vida.

Luego, el sonido comenzó a desvanecerse.

Al principio, Shirley pensó que solo era un niño distraído. Lo llamaba desde la cocina y él no respondía. Aplaudía detrás de su cabeza y él no se giraba. Pero cuando puso su programa de televisión favorito—*Sesame Street*—a todo volumen y Tony no reaccionó, supo que algo estaba mal.



El médico en el Madison General Hospital fue directo: meningitis bacteriana a los dieciocho meses había dañado permanentemente los nervios auditivos de Tony.

—Lo siento, señora Hughes—dijo el doctor Chen, un hombre de pelo gris y ojos amables—. Su hijo es completamente sordo. No hay tratamiento. No hay cura.

Shirley sintió que el suelo se abría bajo sus pies.

—¿Nunca más va a oír mi voz?

—No.

—¿Nunca va a oír música?

—No.

Se sentó en la silla de plástico duro de la sala de espera, con Tony dormido en su regazo, y lloró. No por lástima—Shirley Hughes no era mujer de autocompasión—sino por miedo. Miedo de cómo el mundo trataría a su hijo. Miedo de que las puertas se cerraran antes de que él pudiera siquiera intentar abrirlas.

Pero luego Tony despertó. Miró a su madre con esos ojos grandes y oscuros. Y sonrió.

Esa sonrisa que iluminaba habitaciones.

Y Shirley supo en ese momento que, sordo o no, su hijo sería extraordinario.

### **FLASHBACK: Madison, Wisconsin - 1967**

*La escuela para sordos de Wisconsin olía a tiza y a esperanza.*

*Tony, de ocho años, se sentó en la primera fila de la clase de la señora Patterson, observando con fascinación total mientras ella movía las manos en patrones que tenían significado. Lenguaje de señas americano. ASL. Un idioma completo, con gramática y sintaxis, que existía en el espacio en lugar del sonido.*

*La señora Patterson—una mujer sorda desde nacimiento, con pelo rojo brillante y manos que se movían como pájaros—firmó:*

*"Mi nombre es M-A-R-T-H-A. ¿Cuál es tu nombre?"*

*Tony levantó las manos tímidamente. Había estado practicando con su madre, pero esto era diferente. Esto era... real. Alguien como él. Alguien que entendía.*

*Deletreó: "T-O-N-Y."*

*La señora Patterson sonrió tan ampliamente que Tony sintió calor en el pecho.*

*"Bienvenido, Tony. Aquí, no eres diferente. Eres perfecto."*

*Y por primera vez desde que perdió el oído, Tony creyó que podría ser verdad.*

*Aprendió ASL en seis meses. Era bueno—natural, fluido, expresivo. Sus manos contaban historias que su voz nunca podría. Cuando firmaba sobre un partido de béisbol que vio en televisión, sus compañeros podían ver la pelota volar, el bateador correr, la multitud celebrando. Cuando firmaba sobre cómo se sentía estar en un mundo silencioso, sus dedos pintaban cuadros de soledad y conexión y belleza que las palabras habladas nunca capturarían.*

*—Tu hijo tiene un don—le dijo la señora Patterson a Shirley en una reunión de padres, usando un intérprete—. No solo para el lenguaje. Para la comunicación. Para hacer que la gente vea.*

*—¿Cree que podría ir a la universidad?—preguntó Shirley, que había trabajado limpiando casas durante diez años para pagar la matrícula de esa escuela.*

*—Creo que podría hacer cualquier cosa que quisiera.*

*Tony, sentado afuera del salón, no escuchó esa conversación. Pero cuando su madre salió con los ojos brillantes de lágrimas felices, supo que algo bueno había pasado.*

*Y firmó: "Te amo, mamá."*

*Shirley lo abrazó tan fuerte que casi no podía respirar.*

*Y firmó de vuelta: "Vas a cambiar el mundo, bebé. Lo sé."*

## **PARTE II: EL SOÑADOR**

A los veintidós años, Tony se mudó a Milwaukee.

Madison era demasiado pequeña. Demasiado tranquila. Demasiado... segura. Tony quería más. Quería la ciudad. Luces. Oportunidades. Un lugar donde pudiera ser él mismo sin disculparse por ello.

Porque Tony Hughes era gay.

Lo supo a los catorce años, cuando vio a un chico en la escuela para sordos—Nathan, alto y atlético, con ojos verdes que parecían ver directamente a

través de él—y sintió algo que no tenía nombre en el lenguaje que le habían enseñado.

Atracción. Deseo. Amor, quizá.

Se lo dijo a su madre cuando tenía dieciocho años, sentado en la mesa de la cocina, con las manos temblando mientras firmaba las palabras.

*"Mamá. Soy gay."*

Shirley dejó su taza de café sobre la mesa. Miró a su hijo durante un largo momento.

Luego firmó: *"¿Eres feliz?"*

*"Sí."*

*"¿Estás siendo seguro?"*

*"Sí."*

*"Entonces está bien. Te amo de todas formas. Siempre."*

Y eso fue todo. No drama. No rechazo. Solo amor incondicional de una madre que había aprendido hace años que el mundo ya era suficientemente duro con su hijo sin que ella añadiera más peso.

En Milwaukee, Tony encontró su comunidad.

El *Club 219* en South 2nd Street era más que un bar gay. Era un santuario. Un lugar donde hombres como Tony—negros, gay, diferentes en formas que el mundo exterior castigaba—podían bailar y reír y ser libres sin miedo.

Tony iba todos los viernes y sábados. Conocía a todos los bartenders por nombre (aunque se comunicaban por escritura). Los DJs aprendieron que cuando Tony estaba en la pista, debían subir el bajo porque él sentía las vibraciones y sonreía más ampliamente.

Pero Tony no solo bailaba.

Soñaba.

Quería ser modelo. No vanidad—aunque sabía que era atractivo, con sus pómulos altos y su sonrisa eléctrica—sino porque quería probar algo. Que un hombre sordo, negro, gay podía estar en portadas de revistas. Que podía ser visto como hermoso. Como deseable. Como *algo*.

Tenía un portafolio: fotos tomadas por un amigo fotógrafo en Juneau Park, posando contra el lago Michigan con el viento revolviendo su cabello. Fotos en blanco y negro donde miraba directamente a la cámara con esa intensidad que hacía que no pudieras apartar la vista.

Las enviaba a agencias. Recibía rechazos. "No tenemos demanda para modelos sordos." "Nuestros clientes buscan algo diferente." "Tal vez prueba con modelaje local."

Pero Tony no se rendía.

—Algún día—firmaba a su madre durante sus llamadas telefónicas semanales (usando un servicio de relay donde un intérprete traducía)—. Algún día estaré en una revista. Y vas a estar tan orgullosa.

—Ya estoy orgullosa—firmaba ella de vuelta, y aunque Tony no podía verla a través del teléfono, sabía que estaba llorando.

### **PARTE III: 24 DE MAYO, 1991 - EL ÚLTIMO DÍA**

Tony despertó esa mañana con el sol filtrándose a través de las cortinas delgadas de su apartamento en el North Side.

Era viernes. Día de pago. Y tenía planes: ir al *Club 219* esa noche, bailar hasta que le dolieran los pies, quizá conocer a alguien. Alguien amable. Alguien que supiera lenguaje de señas o al menos estuviera dispuesto a aprender.

Alguien que lo viera no como "el chico sordo" sino como *Tony*.

Pasó la tarde preparándose con el cuidado de alguien que trata cada salida como una oportunidad. Se duchó. Se afeitó. Eligió su mejor outfit: jeans negros ajustados, camiseta blanca sin mangas que mostraba los brazos que había esculpido en el gimnasio de la comunidad, y sus Nike Air Jordan que había comprado de segunda mano pero que aún lucían nuevas.

Se miró en el espejo. Practicó su sonrisa.

"*Vas a conquistar el mundo esta noche,*" firmó a su reflejo, medio en broma, medio en serio.

A las 9:47 PM, llegó al *Club 219*. La energía golpeó primero—no el sonido, sino la *vibración*. El piso palpitaba con cada golpe de bajo. Las luces estroboscópicas

pintaban rostros en destellos blancos. El olor a cerveza y colonia y sudor se mezclaba en el aire espeso.

Tony fue directo a la pista de baile.

Jeffrey Dahmer lo observó desde la barra.

Había estado allí durante una hora, bebiendo vodka con Coca, esperando. Buscando. Siempre buscando. Y cuando vio a Tony—confiado, hermoso, *solo*—supo que lo había encontrado.

Pero había un problema: Tony era sordo. Dahmer lo supo cuando vio a otros hombres intentar hablarle y Tony sacaba su libreta y bolígrafo. Cuando firmaba en ASL y esperaba que entendieran.

La mayoría se alejaba. No por crueldad, sino por incomodidad. No sabían cómo comunicarse.

Dahmer vio una oportunidad.

Se acercó. Tony estaba en la barra ahora, pidiendo una cerveza escribiendo su orden en la libreta. Dahmer tocó su hombro suavemente.

Tony se giró. Sonrió—esa sonrisa que daba automáticamente, antes de saber si debería.

Dahmer levantó las manos. Lentamente, torpemente, firmó:

*"Hola. Tú bailar bien."*

Era lenguaje de señas de bebé. Gramaticalmente terrible. Pero era *lenguaje de señas*.

Los ojos de Tony se iluminaron. Finalmente. Alguien que sabía ASL. Alguien que podía *hablar* con él.

Firmó de vuelta, rápido: *"¿Sabes señas? ¿Dónde aprendiste?"*

Dahmer sonrió tímidamente. Firmó: *"Amigo. Enseñó. Poco. No muy bueno."*

*"Está bien. Puedo ayudar."*

Y así comenzó.

Tony, desesperado por conexión real, por alguien que no lo viera como una curiosidad o un desafío sino como una persona, se aferró a esta oportunidad.

Invitó a Dahmer a sentarse. Ordenó otra ronda. Sacó su libreta cuando las señas de Dahmer se volvían demasiado confusas y escribían de ida y vuelta.

*"¿Cómo te llamas?"* escribió Tony.

*"Jeff,"* escribió Dahmer.

*"Yo soy Tony. Anthony Hughes. Pero todos me dicen Tony."*

*"Bonito nombre."*

Hablaron (escribieron, firmaron) durante una hora. O más bien, Tony habló. Sobre su vida. Sus sueños de modelaje. Su madre que lo apoyaba en todo. Cómo era ser sordo en un mundo diseñado para oyentes. Cómo el baile era su forma de sentir música.

Dahmer escuchaba (leía, observaba) con atención que parecía genuina. Asentía en los momentos correctos. Sonreía cuando Tony bromeaba. Y lentamente, cuidadosamente, construía confianza.

A medianoche, escribió: *"Soy fotógrafo. Hago portafolios. ¿Quieres venir a mi apartamento? Puedo tomar fotos profesionales para tus agencias."*

Tony dudó. Solo un segundo. Porque había aprendido a ser cuidadoso. El mundo era peligroso para hombres como él. Pero Jeff parecía... amable. Tímido, incluso. Y la idea de fotos profesionales—*reales*—era demasiado buena para rechazar.

*"¿Esta noche?"* escribió.

*"Si quieres. O podemos programar para otro día."*

Tony pensó. Era tarde. Pero también era viernes. No trabajaba mañana. Y si este tipo realmente era fotógrafo...

*"Está bien. Pero solo fotos. Nada raro."*

*"Prometido. Solo fotos."*

Dahmer mintió.

Y Tony, que había pasado treinta y un años navegando un mundo que raramente le hablaba directamente, que finalmente había encontrado a alguien que parecía entenderlo, creyó.

Salieron del *Club 219* a las 12:34 AM.

Tony nunca regresaría.

#### **PARTE IV: EL APARTAMENTO 213**

El apartamento de Dahmer olía raro.

Tony lo notó en cuanto entraron. Algo químico y dulce, como productos de limpieza mezclados con... otra cosa. Pero Dahmer ya estaba ofreciéndole una cerveza, mostrándole su "equipo de fotografía"—una cámara Polaroid sobre la mesa, nada profesional, pero Tony no era experto—y firmando (torpemente):

*"Siéntate. Relájate. Yo preparar."*

Tony se sentó en el sofá. Bebió la cerveza que Dahmer le dio. Sabía amarga, como si estuviera vieja, pero no dijo nada porque no quería ser grosero.

Dahmer tomó algunas fotos. Tony posando. Sonriendo. Girando para mostrar diferentes ángulos.

—*Eres natural*,—escribió Dahmer en la libreta de Tony—. *Muy fotogénico*.

Tony sonrió, complacido.

Entonces el mareo comenzó.

La habitación giró suavemente. Tony parpadeó, tratando de enfocar. Dahmer estaba diciendo algo—sus labios se movían—pero Tony no podía leer los labios cuando todo se movía.

Intentó firmar: *"Me siento mal."*

Pero sus manos no respondieron correctamente. Los dedos torpes. El mensaje perdido.

Dahmer se acercó. Demasiado cerca.

Tony intentó levantarse. Sus piernas no lo sostuvieron.

Lo último que vio antes de que la oscuridad lo tragara fue la cara de Dahmer. Ya no amable. Ya no tímida.

Hambrienta.

#### **PARTE V: TRES DÍAS**

Tony Hughes murió el 25 de mayo de 1991, aproximadamente a las 2:17 AM.

Pero Dahmer no lo desmembró de inmediato.

Lo guardó.

Durante tres días, el cuerpo de Tony yacía en la cama del apartamento 213 mientras Dahmer... lo acompañaba. Se sentaba junto a él. Le hablaba. Le decía cosas que Tony nunca escucharía. Porque en la mente retorcida de Dahmer, finalmente tenía lo que siempre había querido:

Alguien que no podía irse.

El 27 de mayo—la misma noche que Konerak Sinthasomphone escapó desnudo y sangrando del mismo apartamento—Dahmer finalmente desmembró a Tony.

Con la sierra eléctrica que Glenda Cleveland escuchó a las 4:23 AM.

Guardó partes de él. El cráneo. Los huesos. Y el corazón—cortado cuidadosamente, lavado, envuelto en papel aluminio, guardado en el congelador con una etiqueta escrita con marcador negro:

*"Tony. Para consumo posterior."*

Porque para Dahmer, comer los corazones de sus víctimas era la máxima posesión.

Una forma de mantenerlos dentro de él.

Para siempre.

## **PARTE VI: LA BÚSQUEDA DE SHIRLEY**

Shirley Hughes supo que algo estaba mal cuando Tony no llamó el domingo.

Cada domingo a las 3 PM, usaban el servicio de relay para videollamadas. Tony firmaba sobre su semana. Shirley firmaba sobre la suya. Era su ritual. Su conexión.

Cuando el domingo pasó sin llamada, Shirley llamó al apartamento de Tony. No respondió.

El lunes, condujo desde Madison a Milwaukee—dos horas que se sintieron como veinte—y tocó la puerta de Tony hasta que los nudillos le sangraron.

Nada.

Preguntó a los vecinos. Nadie lo había visto desde el viernes por la noche.

El martes, 28 de mayo, Shirley entró a la estación de policía del Distrito 3 con una foto de Tony y un formulario de persona desaparecida que había llenado con letra temblorosa.



—Mi hijo—dijo a la oficial de turno, una mujer de pelo gris y expresión aburrida—. Ha desaparecido. Se llama Anthony Hughes. Tiene treinta y un años. Es sordo. Nunca ha desaparecido así antes.

La oficial—su placa decía RICHARDSON—tomó la foto. Miró a Tony: hombre negro, atractivo, con una sonrisa amplia.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—El viernes pasado. Hablamos por teléfono.

—¿Y cuánto tiempo ha pasado?

—Tres días.

Richardson suspiró.

—Señora Hughes, su hijo es un adulto. Los adultos desaparecen por razones. Novios. Viajes. A veces solo necesitan espacio.

—Mi hijo no *desaparece*—Shirley sintió la rabia subiendo—. Me llama todos los domingos. Nunca falla. Algo está *mal*.

—¿Tiene alguna evidencia de crimen?

—No, pero...

—¿Vio señales de lucha en su apartamento?

—No pude entrar...

—Entonces no puedo hacer nada excepto tomar el reporte. Si no aparece en una semana, llamaré a algunos hospitales. Pero honestamente, señora, la mayoría de estos casos se resuelven solos. Los jóvenes vuelven.

Shirley miró a la oficial. Vio la indiferencia. Vio la decisión ya tomada: *otro joven negro desaparecido, probablemente involucrado en algo que no debería, volverá cuando esté listo*.

—Por favor—dijo, y su voz se quebró—. Es mi hijo. Mi *bebé*. Algo le pasó. Lo sé.

—Tomaré el reporte—Richardson repitió, como si Shirley no hubiera hablado—. Eso es todo lo que puedo hacer.

Shirley salió de la estación con las manos vacías y el corazón roto.

Durante dos meses, buscó.

Puso volantes en postes de luz por todo el North Side: *"DESAPARECIDO - ANTHONY HUGHES, 31 AÑOS, SORDO, 6'0", 180 LBS, ÚLTIMA VEZ VISTO 24 DE MAYO EN CLUB 219."*

Fue al *Club 219* cada fin de semana, mostrando la foto de Tony a todo el que entraba. Algunos recordaban haberlo visto. Nadie recordaba con quién se había ido.

Llamó a hospitales. A morgues. A refugios para personas sin hogar.

Nada.

Tony había simplemente... desaparecido.

Como si el mundo se lo hubiera tragado entero.

Y Milwaukee—con sus calles anchas y sus promesas vacías—no hizo nada para encontrarlo.

Porque hombres como Tony Hughes desaparecían todo el tiempo en barrios como ese.

Y nadie buscaba lo suficiente.

## **PARTE VII: EL DESCUBRIMIENTO**

El 23 de julio de 1991, Shirley estaba en su cocina preparando café cuando el teléfono sonó.

Era el detective Patrick Kennedy.

—Señora Hughes—su voz sonaba cansada, destrozada—. Necesito que se siente.

Shirley ya sabía. Las madres siempre saben.

—Encontraron a Tony.

—Sí, señora.

—¿Está...?

Kennedy no pudo decirlo. Solo:

—Lo siento muchísimo.

Shirley no lloró. Todavía no. Solo preguntó:

—¿Dónde?

—En un apartamento en North 25th Street. El sospechoso... el sospechoso es Jeffrey Dahmer. Ha confesado múltiples homicidios. Tony fue... fue uno de ellos.

—¿Cuándo?

—Probablemente el 25 de mayo. Basado en evidencia encontrada.

Tres días después de su última conversación. Tres días después de que Shirley sintió que algo estaba mal. Tres días después de que la policía le dijera que esperara, que los adultos desaparecen por razones, que probablemente volvería.

—¿Puedo... puedo verlo?—preguntó, aunque sabía la respuesta.

—No, señora. No hay... no recuperamos...

No había cuerpo completo. Solo huesos. Un cráneo. Y un corazón en el congelador, etiquetado como si fuera sobras de cena.

Shirley colgó el teléfono.

Se sentó en el piso de la cocina.

Y finalmente, lloró.

No un llanto gentil. Un alarido. El tipo de grito que sale de las entrañas cuando te arrancan una parte de ti que nunca volverá a crecer.

Su bebé. Su Tony. El niño que perdió el oído pero nunca dejó de sonreír. El hombre que bailaba sin música y soñaba más grande que su mundo silencioso.

Asesinado.

Desmembrado.

Comido.

Por un monstruo que vivía a veinte minutos de donde ella había ido a la policía, rogándoles que buscaran.

### **PARTE VIII: EL TESTIMONIO**

El 15 de febrero de 1992, Shirley Hughes entró a la sala del tribunal para el juicio de Jeffrey Dahmer.

Llevaba el mismo vestido negro que había usado para el funeral sin cuerpo de Tony. En su bolso, llevaba una foto: Tony a los ocho años, sonriendo con su uniforme de la escuela para sordos.

Cuando le dieron la oportunidad de hablar, se puso de pie.

Miró directamente a Dahmer.

Y habló con una voz que temblaba pero no se quebraba:

—Usted mató a mi hijo. Anthony Hughes. Tony. Tenía treinta y un años. Era sordo. Tenía sueños. Quería ser modelo. Me llamaba todos los domingos.

Dahmer no la miró. Mantuvo la vista baja.

—Fui a la policía—continuó Shirley—. Tres días después de que desapareció. Les dije que algo estaba mal. Que Tony nunca haría esto. Y me dijeron que esperara. Que los adultos desaparecen.

Su voz se elevó:

—¡Pero usted ya lo había matado! ¡Ya lo había descuartizado! ¡Y si ellos hubieran escuchado, si hubieran buscado, tal vez... tal vez habrían encontrado evidencia! ¡Tal vez habrían salvado a los que vinieron después!

El juez golpeó el martillo suavemente.

—Señora Hughes...

—No he terminado—dijo Shirley, girando hacia el jurado—. Mi hijo era sordo. Eso significaba que vivía en un mundo silencioso. Pero usted sabe qué—miró a Dahmer de nuevo—. Ese silencio era *suyo*. Era hermoso. Era parte de quién era.

Las lágrimas corrieron por su rostro:

—Y usted le quitó eso. Le quitó su futuro. Le quitó su voz—su capacidad de firmar, de comunicarse, de *ser*. Le quitó *todo*. Y encima de eso... encima de todo... guardó su corazón en su refrigerador como si fuera *comida*.

Sollozó:

—Ese corazón me pertenecía a mí. Yo lo creé. Yo lo nutrir durante treinta y un años. Y usted... usted se lo comió como si no fuera nada.

Dahmer finalmente levantó la vista. Sus ojos, detrás de esas gafas gruesas, estaban vacíos.

Shirley lo miró durante un largo momento.

—Nunca lo perdonaré—dijo en voz baja—. Ni en esta vida ni en la siguiente. Y espero que cada vez que cierre los ojos, vea a mi Tony sonriéndole. Recordándole que era una *persona*. No un objeto. No comida. Una *persona*.

Se sentó.

El tribunal estaba en silencio.

Y en ese silencio, Tony Hughes—quien había vivido toda su vida en silencio—fue finalmente escuchado.

### **EPÍLOGO: EL LEGADO DE TONY**

Tony Hughes está enterrado en el cementerio Holy Cross en Milwaukee.

Su lápida, pagada por Shirley con dinero que había ahorrado durante años, dice:

*ANTHONY "TONY" HUGHES 1959 - 1991 BAILÓ SIN MÚSICA SOÑÓ SIN LÍMITES AMADO PARA SIEMPRE*

Shirley va cada semana. Lleva flores. Se sienta en el pasto y le cuenta a Tony sobre su semana, firmando al aire aunque sabe que él no puede verla.

Es su forma de mantener la conversación de los domingos.

Su forma de no dejarlo ir completamente.

En 2022, cuando Netflix lanzó su serie sobre Dahmer, el actor que interpretó a Tony hizo algo extraordinario: aprendió ASL real. Trabajó con consultores sordos. Se aseguró de que Tony fuera mostrado no como "la víctima sorda" sino como *Tony*.

Complejo. Carismático. Lleno de vida.

La comunidad sorda vio la serie y lloró. Porque finalmente, después de treinta años, Tony Hughes era visto como lo que siempre fue:

Un hombre que vivió.

No solo una estadística de Jeffrey Dahmer.

Y Shirley Hughes, ahora de ochenta y tantos años, vio la serie en su sala.

Cuando el actor que interpretaba a Tony sonrió—esa sonrisa amplia e iluminadora—Shirley tocó la pantalla del televisor.

—Ese es mi bebé—susurró—. Ese es mi Tony.

Y por primera vez en treinta años, sintió que el mundo finalmente lo veía como ella siempre lo había visto:

Hermoso.

Brillante.

Inolvidable.

Anthony "Tony" Hughes tenía treinta y un años cuando murió.

Era sordo. Era gay. Era negro. Era soñador.

Amaba bailar. Amaba a su madre. Amaba la vida.

Y merecía vivirla.

Esta es su historia.

No la de Jeffrey Dahmer.

*La suya.*

Y mientras haya alguien que recuerde su sonrisa, su baile, su sueño de estar en portadas de revistas—

Tony Hughes seguirá viviendo.

En el silencio que era suyo.

Y en la música que sentía en su alma.

---

## **CAPÍTULO 8: INVISIBLE EN UNIFORME**

### **- EL SOLDADO QUE MILWAUKEE OLVIDÓ**

---

El ejército le dio a Jeffrey Dahmer dos años de invisibilidad perfecta.

No el tipo de invisibilidad que viene de esconderse en sombras o evitar contacto visual. Sino algo más insidioso: la invisibilidad que viene de ser *uno más* en una masa de cuerpos uniformados, donde la individualidad se disuelve en rangos y números de serie, donde las preguntas incómodas sobre quién eres realmente quedan enterradas bajo la jerarquía y el protocolo.

De enero de 1979 a marzo de 1981, Jeffrey Dahmer fue el soldado raso E-3 Dahmer, médico de combate, número de serie US 53310308, estacionado en Baumholder, Alemania Occidental. Vivió en barracas que olían a desinfectante y desesperación. Limpió heridas y vendó torceduras. Bebió hasta el olvido en tabernas alemanas donde nadie sabía su nombre completo. Y en algún lugar entre el vodka barato y las lagunas mentales que dejaba, hombres desaparecieron.

No muchos. Quizá uno. Quizá dos. Quizá ninguno—Dahmer mismo nunca estuvo seguro, porque el alcohol había convertido su memoria en un rompecabezas con piezas faltantes.

Pero cuando le preguntaron, años después, si había matado en Alemania, no dijo "no."

Dijo: "No lo sé."

Y esa incertidumbre—ese espacio en blanco donde pudieron haber existido víctimas que nunca fueron contadas, nunca fueron buscadas, nunca fueron lloradas—es quizá más terrorífica que la certeza.

Porque si Dahmer mató en Alemania y salió impune, le enseñó la lección más peligrosa que un asesino puede aprender:

Que el mundo no estaba mirando.

Y que podía seguir matando.

Esta es la historia de esos dos años perdidos.

No la de un soldado sirviendo a su país.

Sino la de un monstruo encontrando su camuflaje perfecto.

## **PARTE I: EL RECLUTAMIENTO**

Jeffrey Dahmer se alistó en el ejército de los Estados Unidos el 29 de diciembre de 1978, seis meses después de matar a Steven Hicks.

No por patriotismo. No por honor. Sino por desesperación.

Su padre, Lionel, lo había encontrado viviendo solo en la casa de Bath Road, rodeado de botellas de vodka vacías y el hedor de algo que no quería identificar. El diploma de secundaria de Jeffrey colgaba en la pared, sin enmarcar, arrugado en las esquinas. La matrícula a la Universidad Estatal de Ohio—pagada con el dinero que Lionel había ahorrado durante años—había sido desperdiciada. Jeffrey había asistido a tres semanas de clases, luego se había quedado en su dormitorio bebiendo hasta que lo expulsaron por no presentarse a ningún examen.

—¿Qué vas a hacer con tu vida?—preguntó Lionel, parado en el umbral de la casa donde su hijo había desmembrado a un adolescente en el sótano sin que él lo supiera.

Jeffrey se encogió de hombros, con los ojos inyectados en sangre.

—No lo sé.

—No puedes quedarte aquí. La casa se está vendiendo. El divorcio...—Lionel no terminó la frase. No necesitaba hacerlo. Joyce se había llevado a David a Wisconsin. Lionel se mudaría pronto. Y Jeffrey quedaría... ¿dónde?



—Podrías alistarte—sugirió Lionel, desesperado por cualquier estructura que pudiera enderezar a su hijo—. El ejército. Te daría dirección. Propósito. Disciplina.

Jeffrey miró a su padre durante un largo momento.

Disciplina. Eso era gracioso. Porque Jeffrey sabía algo que su padre no: que la disciplina ya no importaba. Que había matado a alguien—había golpeado su cabeza con una pesa, había desmembrado su cuerpo, había esparcido sus huesos en el bosque—y nada había pasado. No policía. No consecuencias. No castigo divino cayendo del cielo.

Solo... silencio.

Así que ¿por qué no el ejército? Al menos le darían de comer. Un lugar donde dormir. Y quizá—*quizá*—lo suficientemente lejos de Ohio para que el fantasma de Steven Hicks dejara de visitarlo en sueños.

—Está bien—dijo—. Me alistaré.

El reclutador en la oficina de Columbus era un sargento con bíceps del tamaño de jamones y una sonrisa que prometía aventura, hermandad, un futuro brillante sirviendo a la patria.

—¿Por qué quieres unirme al ejército, hijo?—preguntó, con un formulario frente a él.

Jeffrey no pudo decir la verdad: *"Porque maté a alguien y necesito desaparecer."*

Así que dijo:

—Necesito dirección. Estructura.

El reclutador asintió, complacido. Eso era lo que siempre decían. Los perdidos. Los sin rumbo. El ejército los convertiría en hombres.

—¿Algún problema de salud mental?

—No.

*Mentira.*

—¿Historial criminal?

—No.

*Mentira.*

—¿Abuso de sustancias?

Jeffrey dudó. El reclutador lo miró expectante.

—No—dijo finalmente.

*Mentira.*

El reclutador firmó el formulario.

—Bienvenido al ejército de los Estados Unidos, soldado.

Y así, el 29 de diciembre de 1978, seis meses después de convertirse en asesino, Jeffrey Dahmer se puso el uniforme verde que le daría inmunidad para hacer lo que quisiera.

Porque en el ejército, nadie te conocía antes del uniforme.

Y nadie preguntaba demasiado.

## **PARTE II: BAUMHOLDER - ENERO DE 1979**

Baumholder, Alemania Occidental, era un pueblo que existía para servir a los militares estadounidenses.

Las calles estaban llenas de soldados en uniformes que caminaban con esa arrogancia particular de ocupantes benévolos. Las tabernas tenían menús en inglés. Las prostitutas aprendían frases en inglés. Todo el ecosistema del pueblo giraba alrededor de la base militar—Fort Smith Barracks—donde cinco mil soldados estadounidenses vivían en una burbuja americana en suelo alemán.

Dahmer llegó en enero, cuando el frío alemán era un ente vivo que se metía en los huesos y no salía hasta abril. Lo asignaron a la barraca 7-B, una estructura de concreto que olía a sudor, a calcetines sucios, a la desesperación colectiva de cien hombres viviendo en literas de metal.

Su trabajo: médico de combate. Specialist 4, después del entrenamiento básico. Le dieron un maletín con suministros médicos básicos: vendas, alcohol, analgésicos, tijeras quirúrgicas. Le dijeron que su labor era mantener a los soldados sanos y listos para combate.

Lo que no le dijeron es que pasaría la mayor parte de su tiempo limpiando vómito de soldados borrachos, vendando nudillos rotos de peleas en bares, y

pretendiendo que no veía las marcas de agujas en los brazos de los que habían encontrado heroína en las calles oscuras de Kaiserslautern.

Sus compañeros lo llamaban "Doc", aunque nadie realmente confiaba en él.

Había algo *apagado* en Dahmer. La forma en que no hacía contacto visual. La forma en que sus manos—tan precisas al coser heridas—temblaban cuando no tenía alcohol en el sistema. La forma en que desaparecía en sus días libres y regresaba oliendo a taberna y a algo más oscuro que nadie quería nombrar.

—Dahmer es raro—decía el soldado Martínez, un tipo de Queens con una cicatriz en el labio—. Como si estuviera siempre... ausente. ¿Sabes?

—Es introvertido—respondía el sargento McCready, veterano de Vietnam que había visto cosas peores—. Déjenlo en paz.

Pero "introvertido" no capturaba lo que realmente estaba mal.

Lo que estaba mal era que Jeffrey Dahmer, a los diecinueve años, ya había aprendido que podía matar y salirse con la suya. Y que el ejército—con su rotación constante de personal, sus soldados desapareciendo en traslados o bajas médicas, su burocracia que convertía a las personas en números—era el lugar perfecto para desaparecer.

O para hacer desaparecer a otros.

### **PARTE III: EL ALCOHOLISMO**

Dahmer comenzó a beber en serio en febrero de 1979.

No el tipo de bebida que hacían todos los soldados—cervezas en el club de sub-oficiales, shots para celebrar el fin de semana—sino algo más oscuro. Sistemático. Autodestructivo.

Todas las noches, después del toque de queda, sacaba la botella de vodka que escondía en su taquilla—envuelta en una toalla, camuflada entre su ropa—y bebía hasta que el mundo se difuminaba en los bordes.

Bebía para olvidar a Steven Hicks.

Bebía para silenciar los pensamientos que no podía controlar—las fantasías de *eso* que lo habían perseguido desde la adolescencia.

Bebía porque cuando estaba sobrio, sentía el peso de lo que había hecho. Y cuando estaba borracho, no sentía nada.

El problema era que las lagunas mentales empezaban a multiplicarse.

Se despertaba en lugares que no recordaba haber visitado. Con personas que no recordaba haber conocido. Con manchas en su uniforme que no sabía de dónde venían.

Una mañana de marzo, despertó en el baño de una taberna en Idar-Oberstein—a veinte kilómetros de la base—sin idea de cómo había llegado allí. Tenía un moretón en el nudillo derecho, como si hubiera golpeado algo. O a alguien.

Otra noche, despertó en su litera con sangre bajo las uñas. Se lavó las manos frenéticamente, frotando con jabón militar hasta que la piel quedó en carne viva, intentando recordar qué había pasado.

Nada. Solo un vacío negro.

—¿Estás bien, Doc?—le preguntó el soldado Patterson, su compañero de litera, una mañana después de una noche especialmente mala.

Dahmer lo miró con ojos vidriosos.

—Sí.

*Mentira.*

Pero Patterson no insistió. En el ejército, no preguntabas demasiado. Si un hombre quería destruirse a sí mismo con alcohol, esa era su elección. Mientras hiciera su trabajo, nadie se metía.

Y Dahmer hacía su trabajo.

Sus puntos de sutura eran perfectos. Sus vendajes, impecables. Cuando el sargento McCready se cortó el antebrazo en un ejercicio de entrenamiento—ocho centímetros de músculo expuesto—Dahmer lo cosió con la precisión de un cirujano.

—Buen trabajo, Dahmer—dijo McCready, examinando los puntos—. ¿Dónde aprendiste a coser así?

Dahmer no respondió.

Porque la respuesta real—*"Practicando en animales muertos en el sótano de mi padre"*—no era algo que pudiera decir.

#### **PARTE IV: HELMUT SCHMIDT - EL SOLDADO ALEMÁN**

Dahmer conoció a Helmut Schmidt en marzo de 1980, en la *Gasthaus Zum Löwen*.

La taberna era el tipo de lugar donde soldados estadounidenses y alemanes bebían en una coexistencia incómoda. Los alemanes en una esquina, hablando en su idioma gutural. Los americanos en otra, ruidosos, arrogantes. Y en el medio, hombres como Dahmer, que no pertenecían a ningún grupo y bebían solos hasta que alguien se les acercaba.

Schmidt era soldado de la Bundeswehr—el ejército alemán—estacionado en la base aérea de Ramstein. Alto, con cicatrices de acné en las mejillas y manos grandes de trabajar en granjas antes de alistarse. Tenía veintitrés años y una sonrisa que mostraba demasiados dientes.

—*Amerikaner*—dijo, acercándose a la mesa de Dahmer con dos vasos de *Korn*, el licor local que sabía a gasolina y quemaba como fuego—. *Du siehst traurig aus*. Pareces triste.

Dahmer no hablaba alemán, pero la palabra "triste" era universal. Asintió.

Schmidt se sentó sin invitación. Empujó uno de los vasos hacia Dahmer.

—*Prost*—dijo, levantando el suyo.

—*Prost*—repitió Dahmer, y bebieron.

El *Korn* quemó su garganta, pero lo agradeció. Cualquier cosa que quemara era bienvenida. Cualquier cosa que borrara.

Hablaron—o intentaron hablar—en una mezcla de inglés roto y gestos. Schmidt trabajaba en mecánica de aviones. Extrañaba su granja en Bavaria. Odiaba el ejército pero necesitaba el dinero.

Dahmer escuchaba (bebía) sin decir mucho. Pero Schmidt no parecía importarle. Seguía hablando, riendo, comprando más rondas.

A medianoche, cuando la taberna comenzó a vaciarse, Schmidt se puso de pie, tambaleándose.

—*Komm*—dijo, haciendo un gesto para que Dahmer lo siguiera—. *Ich bringe dich nach Hause*. Te llevo a casa.

Dahmer dudó. Pero estaba demasiado borracho para objetar. Demasiado perdido en la niebla del alcohol para pensar claramente.

Siguió a Schmidt afuera, a la noche fría de marzo, donde la escarcha cubría el pavimento como cristales rotos.

### **FLASHBACK: La Noche que Dahmer No Recuerda**

*Fragmento 1 - 12:34 AM:*

*Schmidt abriendo la puerta de su apartamento. Un lugar pequeño, con olor a salchicha y col agria. Dahmer sentándose en un sofá que olía a moho.*

*Fragmento 2 - 1:15 AM:*

*Schmidt hablando, riendo, sus manos gesticulando. Dahmer bebiendo de una botella que Schmidt le dio. El mundo girando.*

*Fragmento 3 - 2:?? AM:*

*Las manos de Schmidt en los hombros de Dahmer. O las manos de Dahmer en el cuello de Schmidt. No está claro. El recuerdo es como un negativo fotográfico: todo está invertido, borroso.*

*Fragmento 4 - ???:*

*Oscuridad total. Un vacío. Como si alguien hubiera arrancado páginas de un libro.*

*Fragmento 5 - 6:47 AM:*

*Dahmer despertando en su propia litera en la barraca. Solo. Con el uniforme puesto. Sin idea de cómo llegó allí. Sus nudillos dolían. Había algo pegajoso en sus manos que podría ser cerveza derramada.*

*O podría ser sangre.*

*Helmut Schmidt nunca regresó a la Gasthaus Zum Löwen.*

Sus compañeros de la Bundeswehr reportaron que había desaparecido el 15 de marzo de 1980. Se asumió que había desertado—no era raro en esa época, con la Guerra Fría aún latente y algunos soldados decidiendo que preferían arriesgarse a ser fugitivos que servir.

Su apartamento estaba vacío cuando lo revisaron dos semanas después. Ropa aún en el armario. Comida podrida en el refrigerador. Pero ninguna señal de lucha. Ninguna nota. Solo ausencia.

El caso se archivó.

Y Jeffrey Dahmer, cuando le preguntaron años después si recordaba a un soldado alemán llamado Helmut Schmidt, se quedó en silencio durante un largo minuto.

—Había un alemán—dijo finalmente, con voz plana—. En una taberna. Bebimos juntos. Pero no sé qué pasó después. El alcohol... hay lagunas.

—¿Crees que lo mataste?

Dahmer cerró los ojos.

—No lo sé—admitió—. Honestamente, no lo sé. Hay noches de Alemania que simplemente... no están. Como si nunca hubieran existido.

Los investigadores verificaron registros militares alemanes. Helmut Schmidt seguía listado como desertor. Nunca fue encontrado. Nunca fue declarado muerto oficialmente.

Simplemente desapareció.

Y si Dahmer lo mató—si esa noche borrada por el alcohol fue la segunda vez que quitó una vida—nadie lo sabría nunca.

Porque en Alemania, en 1980, cuando un soldado desaparecía, el sistema asumía deserción.

No asesinato.

Y ciertamente no investigaba al médico estadounidense borracho que había sido visto con él por última vez.

## **PARTE V: LA ESPIRAL DESCENDENTE**

Para el verano de 1980, el alcoholismo de Dahmer era imposible de ocultar.

Llegaba tarde a las formaciones. Olía a vodka a las 7 AM. Se quedaba dormido durante las reuniones informativas. Sus manos temblaban cuando intentaba vendar heridas, haciendo que otros soldados pidieran que cualquiera *menos Dahmer* los atendiera.

El sargento McCready lo llamó a su oficina en julio.

—Dahmer—dijo, con los brazos cruzados sobre su escritorio de metal—. Tienes un problema.

—No, sargento.

—No me mientas. Puedo olerte desde aquí. Y he visto tus evaluaciones de rendimiento. Estás cayendo en picada.

Dahmer miró sus manos.

—Lo siento, sargento.

—"Lo siento" no sirve. El ejército tiene recursos. Programas de rehabilitación. Si admites que tienes un problema, podemos ayudarte.

Pero Dahmer sabía que "ayuda" significaba preguntas. Significaba terapia. Significaba que alguien miraría demasiado de cerca y vería las grietas en la fachada.

—No tengo un problema—repitió.

McCready suspiró.

—Entonces arréglalo. O te echaremos. ¿Entendido?

—Sí, sargento.

Dahmer no lo arregló.

En lugar de eso, bebió más. Bebió en su taquilla después del toque de queda. Bebió en los baños durante el día, usando frascos de enjuague bucal llenos de vodka. Bebió hasta que el mundo era solo borrones y él podía fingir que era alguien diferente.

Alguien que no había matado a Steven Hicks.

Alguien que quizá no había matado a Helmut Schmidt.

Alguien que no tenía estos pensamientos oscuros que lo consumían cada noche.

Pero el alcohol no borraba los pensamientos.

Solo los posponía.

## **PARTE VI: EL INCIDENTE EN BAUMHOLDER**

El 12 de abril de 1981, Jeffrey Dahmer siguió a un niño de doce años por las calles de Baumholder.



No recordaría por qué. Había estado bebiendo desde el mediodía—era domingo, su día libre—y para las 6 PM estaba tan borracho que caminaba en líneas rectas solo por pura concentración.

Vio al niño afuera de una panadería. Pelo rubio. Mochila escolar. Inocente de una forma que hacía que algo oscuro se retorciera en el estómago de Dahmer.

Y lo siguió.

No corriendo. No obviamente. Solo... caminando detrás, manteniendo distancia, observando.

El niño giró en una esquina. Dahmer lo siguió.

El niño entró a un edificio de apartamentos. Dahmer esperó afuera.

El padre del niño—un panadero llamado Klaus Müller, con brazos del tamaño de troncos de árbol—salió tres minutos después, alertado por su hijo de que un hombre raro lo había seguido.

—*Was machst du hier?*—gritó Klaus, agarrando a Dahmer por el cuello del uniforme—. *¿Qué haces aquí?*

Dahmer, borracho, confundido, tartamudeó:

—Yo... me perdí...

—*Lügner*. Mentiroso.

Klaus lo arrastró—literalmente lo arrastró, con Dahmer tropezando detrás—a la estación de policía local, donde lo depositó frente al escritorio del oficial de turno como si fuera basura.

—Este estadounidense—dijo Klaus en alemán—siguió a mi hijo de doce años a casa. Arrestenlo.

Dahmer pasó la noche en una celda que olía a orina y a cerveza vieja. Le dieron agua que no bebió y un sándwich que no comió. Solo se sentó en el catre de metal, con la cabeza entre las manos, sintiendo el mundo colapsar.

A la mañana siguiente, oficiales de la policía militar estadounidense llegaron a recogerlo.

No hubo cargos. Klaus Müller no quería el lío de procesar a un soldado estadounidense. Solo quería que Dahmer se alejara de su hijo. La policía alemana estuvo de acuerdo.

Pero el ejército estadounidense ahora tenía un incidente oficial: soldado estadounidense arrestado por comportamiento sospechoso hacia menor.

El teniente coronel Becker llamó a Dahmer a su oficina al día siguiente.

—Explícame qué pasó.

—Estaba borracho. Me perdí. No intentaba...

—No me importa lo que *intentabas*. Creaste un incidente internacional. Avergonzaste a esta unidad. Y francamente, Dahmer, estoy harto de ti.

Dahmer miró sus zapatos.

—Tienes dos opciones—continuó Becker—. Baja deshonrosa. O baja médica. Tú eliges.

Una baja deshonrosa significaba que el mundo sabría que había fallado. Una baja médica... bueno, eso era solo "problemas de salud". Privado. Discreto.

—Médica—dijo Dahmer.

—Bien. Diagnosticaremos un "trastorno de personalidad con abuso de sustancias". Te irás la próxima semana. Y Dahmer—Becker se inclinó hacia adelante—, si fuera tú, buscaría ayuda real cuando regreses a casa.

Dahmer asintió.

Pero ambos sabían que no lo haría.

## **PARTE VII: EL REGRESO**

El 26 de marzo de 1981, un avión militar devolvió a Jeffrey Dahmer a los Estados Unidos.

Le dieron un cheque por \$1,200 dólares—pago de separación—y un documento oficial que decía "No apto para servicio militar continuado debido a trastorno de personalidad y abuso de alcohol."

Su padre no fue a recogerlo al aeropuerto. Lionel había llamado días antes para decir que se había mudado, que estaba rehaciendo su vida, que Jeffrey debería hacer lo mismo.

—Quédate con tu abuela Catherine en Milwaukee—había dicho—. Ella te ayudará.

Dahmer tomó un autobús Greyhound desde Fort Dix, Nueva Jersey, hasta Milwaukee. Cuarenta horas de asientos incómodos y paradas en estaciones que olían a diesel y esperanzas abandonadas.

Durante el viaje, pensó en Alemania. En las noches que no podía recordar. En Helmut Schmidt, cuyo rostro ya se estaba desvaneciendo en su memoria como humo.

¿Lo había matado?

¿Realmente?

No lo sabía. Y esa era la parte más aterradora. No la posibilidad de que lo hubiera hecho, sino la certeza de que *nunca sabría*.

El alcohol había convertido su vida en un libro con páginas arrancadas. Y en esos espacios en blanco podía haber cualquier cosa.

Incluso muerte.

Cuando el autobús llegó a Milwaukee, llovía. Una llovizna fría de finales de marzo que hacía que la ciudad pareciera gris y triste. Dahmer recogió su maleta—todo lo que poseía cabía en una bolsa de lona—y tomó otro autobús hacia West Allis, donde su abuela lo esperaba.

Catherine Dahmer abrió la puerta y miró a su nieto: delgado, demacrado, con ojos que ya habían visto demasiado.

—Entra—dijo simplemente—. Tienes aspecto terrible.

Dahmer entró a la casa que olía a canela y naftalina. A seguridad. A la ilusión de que podía empezar de nuevo.

Pero llevaba a Alemania con él. Llevaba a Steven Hicks con él. Llevaba la lección más peligrosa que un monstruo puede aprender:

Que el mundo no estaba mirando.

Que las autoridades no investigaban cuando la víctima era desechable.

Que podía matar y matar y matar, y mientras mantuviera las apariencias, mientras limpiara después, mientras eligiera víctimas que nadie buscaría con mucho esfuerzo, podía salirse con la suya.

Para siempre.

### **PARTE VIII: LO QUE EL EJÉRCITO NO DIJO**

Años después, cuando Jeffrey Dahmer fue arrestado, investigadores militares revisaron sus archivos.

Encontraron:

7 ausencias no justificadas

3 reportes de intoxicación en servicio

1 arresto por conducta desordenada con menor

Múltiples quejas de compañeros soldados sobre comportamiento "extraño"

Evaluaciones de rendimiento que habían caído de "satisfactorio" a "por debajo del estándar"

También encontraron algo más: un reporte archivado, nunca investigado completamente, de un soldado alemán desaparecido que había sido visto por última vez en compañía de "un médico estadounidense con gafas".

La descripción coincidía con Dahmer.

Pero nadie había hecho la conexión. Porque en 1980, cuando las computadoras eran primitivas y las bases de datos no estaban conectadas, un soldado alemán desaparecido y un soldado estadounidense problemático eran dos líneas en dos archivos separados que nunca se encontraban.

El ejército había tenido la oportunidad de detener a Jeffrey Dahmer.

Si hubieran investigado más profundamente después del incidente con el niño en Baumholder.

Si hubieran conectado los puntos cuando soldados reportaron que Dahmer desaparecía y regresaba con lagunas en su memoria.

Si hubieran prestado atención a las señales de advertencia que gritaban desde cada página de su expediente.

Pero no lo hicieron.

Porque Jeffrey Dahmer era solo otro soldado problemático en un ejército lleno de ellos.

Y era más fácil darle una baja médica y enviarlo de vuelta a casa que investigar qué había hecho realmente en esas noches borradas por el alcohol.

Así que lo dejaron ir.

Con una palmada en la espalda y un cheque.

Y Milwaukee lo recibió sin preguntas.

Porque los monstruos también llevan uniforme.

Y a veces, el sistema que debería protegernos es el mismo que los libera.

### **EPÍLOGO: HELMUT SCHMIDT**

En 2003, doce años después del arresto de Dahmer, investigadores alemanes reabrieron el caso de Helmut Schmidt.

Encontraron sus registros dentales. Su última dirección conocida. Testimonios de compañeros que recordaban que había mencionado conocer a "un estadounidense borracho" la noche que desapareció.

Buscaron en el bosque cerca de Baumholder, usando perros cadáver y radar de penetración terrestre.

No encontraron nada.

Helmut Schmidt sigue listado como desertor.

Su familia—ahora anciana, su madre de noventa y dos años—aún espera respuestas.

Y Jeffrey Dahmer, quien podría haber dado esas respuestas, murió en 1994 con sus secretos alemanes intactos.

Dejando solo preguntas.

Y espacios en blanco.

Y la posibilidad aterradora de que el número real de víctimas de Jeffrey Dahmer no sea diecisiete.

Sino más.

Mucho más.

Enterradas en los bosques de Alemania.

O disueltas en el olvido de lagunas mentales inducidas por alcohol.  
O simplemente perdidas en los archivos militares que nadie conectó.  
Porque el ejército le dio a Jeffrey Dahmer dos años de invisibilidad perfecta.  
Y él los usó bien.

---

## **CAPÍTULO 9: LA HABITACIÓN 219 - STEVEN TUOMI, 1987**

---

### CAPÍTULO 9: LA HABITACIÓN 219 - Steven Tuomi, 1987

El Ambassador Hotel no era el tipo de lugar donde ocurren finales felices.

Era un edificio de ladrillo sucio en West Wisconsin Avenue, con un letrero de neón que parpadeaba la letra "A" como si tuviera un tic nervioso. Las habitaciones costaban \$43 dólares la noche y venían con sábanas que olían a cloro y decepción, paredes tan delgadas que podías oír a los vecinos respirar, y un aire acondicionado que gemía como un animal agonizante. Era el tipo de hotel donde las prostitutas llevaban a sus clientes, donde los adictos se inyectaban heroína en baños que nadie limpiaba bien, donde hombres como Steven Tuomi terminaban cuando no tenían otro lugar adonde ir.

La habitación 219 estaba en el segundo piso, al final del pasillo que siempre olía a tabaco y a productos de limpieza baratos que no limpiaban nada. Tenía una cama de matrimonio con un colchón hundido en el medio, una mesa redonda con quemaduras de cigarrillo, y una ventana que daba a un callejón donde las ratas del tamaño de gatos callejeros comían de los contenedores de basura.

No era un lugar hermoso.

Pero fue el último lugar que Steven Walter Tuomi vio antes de morir.

El 20 de noviembre de 1987, a las 11:47 PM, Steven entró a esa habitación con Jeffrey Dahmer. Estaba borracho, cansado, buscando conexión humana en un bar de mala muerte donde las luces bajas escondían las arrugas de desesperación en los rostros de todos.

A las 6:23 AM del 21 de noviembre, Jeffrey Dahmer despertó junto al cadáver de Steven.

Y entre esas dos marcas temporales—entre la medianoche y el amanecer—algo murió además de Steven Tuomi.

Murió la idea de que Jeffrey Dahmer podía detenerse.

Murió la ilusión de que el asesinato de Steven Hicks había sido un "accidente" aislado, un error de juventud, una anomalía.

Murió la esperanza de que el monstruo dentro de Dahmer podía ser contenido.

Porque después de Steven Tuomi, Dahmer mató a dieciséis personas más en cuatro años.

Nunca volvió a detenerse.

Esta es la historia de la habitación 219.

Del hombre que murió allí.

Y del momento en que Jeffrey Dahmer se dio cuenta de que no había vuelta atrás.

## **PARTE I: STEVEN WALTER TUOMI - El Hombre Que Nadie Buscó Lo Suficiente**

Steven Walter Tuomi tenía veinticuatro años cuando desapareció.

Había nacido el 8 de enero de 1963, en Ontonagon, una ciudad minúscula en la Península Superior de Míchigan, donde el invierno duraba ocho meses y todos conocían el nombre de todos. Su padre, Walter Sr., trabajaba en una serrería. Su madre, Marilyn, era costurera. Eran gente trabajadora, honesta, del tipo que creía en Dios, en el trabajo duro, y en que si crías bien a tus hijos, el mundo los tratará bien a cambio.

Criaron a Steven con esos valores.



Creció ayudando a su padre a cortar leña. Aprendió a pescar en el lago Superior, donde el agua estaba tan fría que te congelaba los dedos en minutos. Iba a la iglesia todos los domingos, se sentaba en la tercera fila, cantaba himnos con una voz que no era particularmente buena pero que era sincera.

Era un buen chico. Un poco tímido. Un poco torpe. El tipo de adolescente que se ruborizaba cuando una chica le sonreía.

Pero Steven tenía un secreto que no podía compartir en Ontonagon, Michigan, en 1980.

Era gay.

Lo supo a los quince años, cuando vio a su compañero de clase Matt Anderson salir de la ducha después del gimnasio y sintió algo que no podía nombrar. Atracción. Deseo. Algo que la iglesia le había enseñado que estaba mal, pero que su cuerpo insistía que era real.

Intentó ignorarlo. Salió con chicas. Besó a Jennifer Morrison en el baile de graduación y sintió... nada. Como besar a un hermano.

Cuando cumplió dieciocho años, supo que no podía quedarse en Ontonagon. No podía fingir toda su vida. Así que le dijo a sus padres que se mudaría a Milwaukee para encontrar trabajo, para experimentar la ciudad.

No les dijo la verdad real: que iba a buscar un lugar donde pudiera ser él mismo.

### **FLASHBACK: Milwaukee, 1985 - Los Años Buenos**

*Steven llegó a Milwaukee con \$200 dólares en el bolsillo y una maleta de segunda mano que había comprado en una tienda de caridad.*

*Alquiló una habitación en una casa compartida en el South Side—\$150 al mes, con baño compartido y cocina comunitaria. Consiguió trabajo lavando platos en un restaurante italiano en Brady Street. No era glamoroso. Se quemaba las manos con agua hirviendo. Olía a ajo todo el tiempo. Pero pagaba las cuentas.*

*Y por primera vez en su vida, Steven podía respirar.*

*Descubrió los bares gay de Milwaukee: el Club 219, el Phoenix, el C'est La Vie. Lugares donde hombres como él—hombres que no encajaban en el molde que el mundo esperaba—podían bailar, reír, besarse sin miedo.*

*Conoció a David, un bartender con ojos verdes y una sonrisa que iluminaba habitaciones. Salieron durante seis meses. David le enseñó cómo pedir un trago sin tartamudear, cómo bailar sin sentirse ridículo, cómo amar sin vergüenza.*

*Fueron los mejores seis meses de la vida de Steven.*

*Luego David se mudó a San Francisco—donde la escena gay era más grande, más libre, más viva—y Steven se quedó en Milwaukee, con un corazón roto pero también con algo nuevo: la certeza de que merecía amor. Que ser gay no lo hacía menos válido.*

*Que podía ser feliz.*

*Durante dos años, lo fue. Trabajó. Hizo amigos. Salió los fines de semana. Llamaba a sus padres cada domingo, sin mencionar nunca los bares gay o los hombres que besaba, pero tampoco mintiendo sobre quién era.*

*Sus padres sospechaban. Marilyn, especialmente. Las madres siempre saben.*

*Pero no preguntaban. Y Steven no ofrecía. Era un equilibrio delicado, pero funcionaba.*

*Hasta que dejó de funcionar.*

## **PARTE II: NOVIEMBRE DE 1987 - La Caída**

En noviembre de 1987, la vida de Steven se estaba desmoronando.

Había perdido su trabajo en el restaurante italiano—el nuevo dueño contrató a su sobrino y despidió a Steven con dos semanas de aviso. La casa compartida donde vivía se estaba vendiendo, lo que significaba que necesitaba encontrar un nuevo lugar para diciembre.

Y lo peor: su padre había sufrido un ataque al corazón en octubre. No fatal, pero suficiente para asustarlos a todos. Marilyn llamaba a Steven cada dos días, llorando, suplicándole que volviera a casa.

—Te necesitamos aquí, Steven—decía—. Tu padre no está bien. Necesita a su hijo.

Pero volver a Ontonagon significaba volver al armario. Significaba fingir de nuevo. Significaba enterrar la parte de él que finalmente había aprendido a aceptar.

No podía hacerlo.

Así que se quedó en Milwaukee, sintiéndose culpable cada día, bebiendo más de lo que debería para ahogar esa culpa.

El 20 de noviembre era viernes. Steven había pasado la semana buscando trabajo sin éxito. Tenía \$87 dólares en su cuenta bancaria. El alquiler vencía en una semana y no tenía forma de pagarlo.

Se sentía como si estuviera ahogándose.

Así que hizo lo que hacía cuando el mundo era demasiado: fue al Phoenix Bar.

### **PARTE III: EL PHOENIX BAR - 9:34 PM**

El Phoenix olía a cerveza derramada y a Brut cologne, esa colonia barata que todos los hombres en los años 80 usaban como si fuera agua bendita.

Steven se sentó en un taburete en la esquina de la barra, pidió una Budweiser, y miró a su alrededor. El lugar estaba medio lleno—viernes por la noche, pero temprano aún. Los chicos en la pista de baile se movían al ritmo de *I Wanna Dance with Somebody* de Whitney Houston. Un grupo en una mesa cerca del fondo reía demasiado fuerte, ya borrachos.

Steven bebió su cerveza lentamente, sintiendo el alcohol calentarle el estómago. No planeaba emborracharse. Solo quería... relajarse. Olvidar durante unas horas.

—¿Este asiento está ocupado?

Steven levantó la vista. Un hombre—alto, delgado, con gafas gruesas y pelo rubio despeinado—señalaba el taburete vacío junto a él.

—No—dijo Steven—. Es tuyo.

El hombre se sentó. Pidió un vodka con Coca. Se ajustó las gafas con un gesto nervioso, como si no estuviera acostumbrado a estar en bares.

—Jeffrey—dijo, extendiendo la mano—. Pero mis amigos me dicen Jeff.

—Steven.

Se estrecharon las manos. La de Jeffrey estaba fría, como si acabara de salir del frío de noviembre.

Hablaron. O más bien, Steven habló. Sobre su trabajo perdido. Su padre enfermo. Lo difícil que era ser gay en una ciudad que fingía ser progresista pero

que realmente no lo era. Jeffrey escuchaba, asentía en los momentos correctos, compraba más rondas.

Steven no notó que Jeffrey apenas tocaba sus tragos. Que sus ojos, detrás de esas gafas gruesas, no parpadeaban cuando Steven hablaba sobre estar solo.

Para las 11 PM, Steven estaba borracho. No completamente—aún podía caminar en línea recta—pero lo suficiente como para que sus palabras se arrastraran, para que el mundo se sintiera más suave en los bordes.

—Debería irme—dijo, buscando su billetera—. Es tarde.

—Espera—Jeffrey puso una mano en su brazo—. No vivo lejos. Tenemos más cerveza allí. Podríamos seguir hablando.

Steven dudó. Pero la idea de volver a su habitación vacía, de acostarse solo con sus pensamientos dando vueltas, era insoportable.

—Está bien—dijo—. Pero solo un rato.

Jeffrey sonrió.

—Solo un rato.

*Mintió.*

#### **PARTE IV: LA HABITACIÓN 219 - 11:47 PM**

El Ambassador Hotel estaba a tres cuadras del Phoenix.

Caminaron en silencio, con el frío de noviembre mordiendo sus rostros. Steven metió las manos en los bolsillos de su chaqueta de mezclilla, sintiendo el alcohol calentándolo desde dentro.

Jeffrey sacó una llave—ya tenía la habitación reservada, aunque Steven no sabía eso—y abrió la puerta 219.

El cuarto olía a tabaco viejo y a algo químico. Steven arrugó la nariz pero no dijo nada.

—Siéntate—dijo Jeffrey, señalando la cama—. Voy a buscar cervezas.

Steven se sentó. El colchón se hundió bajo su peso. Miró alrededor: paredes beige, una mancha de agua en el techo, cortinas que no cerraban completamente. No era un lugar lindo. Pero Steven había estado en peores.

Jeffrey regresó con dos cervezas. Le dio una a Steven.

—Salud—dijo.

—Salud.

Bebieron.

Steven no notó el sabor amargo en la cerveza. O lo notó, pero asumió que era una marca barata. No sabía que Jeffrey había molido siete pastillas de Halcion en polvo fino y las había mezclado en el líquido.

Pastillas para dormir.

Las mismas que usaría en dieciséis víctimas más.

Hablaron durante veinte minutos más. O Steven intentó hablar. Pero sus palabras comenzaron a arrastrarse más, sus párpados a sentirse pesados.

—Me siento... raro—murmuró.

—Es el alcohol—dijo Jeffrey—. Recuéstate. Descansa.

Steven obedeció. Se recostó en la cama, con la habitación girando suavemente. Cerró los ojos.

Jeffrey se quedó sentado en la silla junto a la ventana, observando.

Esperando.

## **PARTE V: LA LAGUNA MENTAL - ???**

Jeffrey Dahmer afirmó, durante toda su vida, que no recordaba matar a Steven Tuomi.

Dijo que se despertó la mañana del 21 de noviembre y encontró el cuerpo de Steven en la cama junto a él. Que no tenía memoria de lo que había pasado. Que el alcohol—había bebido vodka toda la noche mientras Steven dormía—había borrado todo.

Los investigadores no le creyeron completamente. ¿Cómo podía no recordar?

Pero Dahmer insistió: *"Hay un vacío. De medianoche a las 6 AM. Simplemente... no está."*

Lo que es verificable:

**12:34 AM:** Un huésped en la habitación 217 escuchó ruidos sordos contra la pared compartida. Como si alguien golpeará algo pesado. O como si dos personas pelearan.

**2:15 AM:** La recepcionista del turno nocturno, una mujer llamada Gloria Peterson, vio a Dahmer bajar a la recepción. Preguntó si tenían más toallas. Ella le dio dos. Notó que olía a alcohol y sudor, pero no era inusual en el Ambassador.

**4:?? AM:** Silencio. Nada registrado.

**6:23 AM:** Dahmer despertó.

Lo que encontró:

Steven Tuomi yacía boca arriba en la cama, con los ojos entreabiertos. Su rostro estaba morado, hinchado. Había sangre en la almohada—no mucha, pero suficiente. Marcas oscuras en su cuello que parecían dedos. Su pecho no se movía.

Dahmer tocó su cuello, buscando pulso.

Nada.

El pánico llegó entonces. No por remordimiento—no todavía—sino por miedo práctico. Había un cadáver en su cama. En un hotel. Con su nombre en el registro.

¿Qué había hecho?

Se sentó en el borde de la cama, con la cabeza entre las manos, intentando recordar. Fragmentos: Steven hablando. Steven bebiendo. Steven recostándose. Luego... nada. Un vacío negro.

Había matado a Steven Hicks nueve años antes. Recordaba cada segundo de eso. El golpe con la pesa. El estrangulamiento. El miedo y la excitación mezclados.

Pero esto... esto era diferente.

No recordaba la decisión. No recordaba el acto.

Solo el resultado.

Y eso, de alguna forma, era peor.

Porque significaba que podía matar sin siquiera darse cuenta.

Que el monstruo dentro de él ya no necesitaba permiso consciente.

## **PARTE VI: LA MALETA - 7:15 AM**

Dahmer sabía que no podía llamar a la policía.

*"Desperté junto a un cadáver. No sé cómo murió."*

Nadie le creería. Y aunque le creyeran, había evidencia de drogas en el sistema de Steven. De lucha. De estrangulamiento.

Lo arrestarían. Lo procesarían. Lo condenarían.

Así que hizo lo que su cerebro—esa parte fría, calculadora que siempre había estado allí—le decía que hiciera:

Deshacerse del cuerpo.

Primero, llamó a la recepción.

—Habitación 219—dijo, con voz calmada—. Voy a quedarme un día más. ¿Puedo pagar ahora?

—Claro—dijo Gloria—. Son \$43 dólares.

—Bajaré en un rato.

Colgó.

Luego salió del hotel—dejando el letrero de "No Molestar" en la puerta—y caminó dos cuadras hasta una tienda de segunda mano que acababa de abrir.

Compró una maleta grande. De las viejas, de los años 70, con cierres de metal oxidado y un forro de poliéster que olía a moho. Costó \$12 dólares.

Regresó a la habitación 219.

Steven aún estaba allí. Claro que lo estaba. Los muertos no se van solos.

Dahmer cerró la puerta con llave. Cerró las cortinas completamente. Y con movimientos mecánicos, comenzó a vestir el cuerpo.

Pantalones. Camisa. Calcetines. Zapatos.

No por respeto. Sino porque un cuerpo vestido en una maleta era menos sospechoso que uno desnudo si alguien preguntaba.

Luego vino la parte difícil: meter a Steven en la maleta.

Steven medía 1.75 metros. La maleta, abierta completamente, tenía menos de un metro. No cabía.

Dahmer tuvo que... doblar el cuerpo.

Empujó las rodillas de Steven contra su pecho. Torció los brazos en ángulos que los vivos no pueden hacer. Escuchó—o imaginó escuchar—el crujido de cartílago y tendones cediendo.

Finalmente, Steven estuvo dentro. Apenas. Dahmer cerró la maleta con fuerza, luchando con los cierres hasta que se trabaron.

Pesaba. Mucho. Más de 70 kilos de peso muerto.

Pero Dahmer era fuerte. Había trabajado en la fábrica de chocolates durante años, levantando cajas pesadas. Podía hacerlo.

A las 9:47 AM, llamó a un taxi.

### **PARTE VII: EL VIAJE A WEST ALLIS - 10:05 AM**

El taxista era un hombre de mediana edad con una gorra de los Brewers y una radio sintonizada en talk radio.

—¿Adónde?—preguntó cuando Dahmer cargó la maleta en el maletero.

—West Allis. 2357 South 57th Street.

La casa de su abuela.

El conductor ayudó a levantar la maleta. Gruñó por el peso.

—Joder, tío. ¿Qué llevas aquí? ¿Ladrillos?

Dahmer rio nerviosamente.

—Libros. Muchos libros.

—Deberías usar una caja.

—Sí. Tienes razón.

Durante el viaje de veinte minutos, Dahmer miró por la ventana. Milwaukee pasaba en un borrón: edificios, parques, gente caminando con bolsas de supermercado. Vida normal. Mientras él llevaba un cadáver en el maletero.

Sintió... nada.

No remordimiento. No miedo. Solo una especie de entumecimiento, como si estuviera observando su vida desde afuera.

El taxi se detuvo frente a la casa de ladrillo rojo de su abuela.

—Son \$14.50—dijo el conductor.

Dahmer le dio \$20.

—Quédate con el cambio.

El conductor ayudó a sacar la maleta del maletero, la dejó en la acera, y se fue sin mirar atrás.



Dahmer arrastró la maleta por el camino de entrada. La abuela Catherine estaba en misa—domingo por la mañana, como siempre. Estaría fuera durante dos horas.

Tiempo suficiente.

### **PARTE VIII: EL SÓTANO - 10:34 AM**

El sótano de la abuela Catherine olía a humedad y a años de cosas guardadas: cajas de navidad, ropa vieja, herramientas oxidadas.

Dahmer bajó la maleta por las escaleras de madera, cada peldaño crujiendo bajo el peso. La colocó en el piso de concreto y la abrió.

Steven Tuomi lo miró con ojos sin vida.

Por un momento—solo uno—Dahmer sintió algo. Tristeza, quizá. O reconocimiento. Este era un hombre. Una persona. Con familia, amigos, sueños.

Pero el sentimiento pasó rápido, reemplazado por el problema práctico que tenía enfrente:

¿Qué hacer con el cuerpo?

Recordó a Steven Hicks. El desmembramiento. El ácido. Los huesos esparcidos.

Podía hacer lo mismo.

Tenía las herramientas. Cuchillos en la cocina de su abuela. Una sierra en el garaje. Ácido—podía comprarlo en la ferretería mañana.

Miró a Steven.

—Lo siento—susurró.

No sabía si lo decía en serio.

Pero lo dijo igual.

Luego, con manos que ya no temblaban, comenzó a trabajar.

### **PARTE IX: LA BÚSQUEDA DE MARILYN TUOMI**

Marilyn Tuomi supo que algo estaba mal cuando Steven no llamó el domingo 22 de noviembre.

Steven siempre llamaba los domingos. Desde que se mudó a Milwaukee, era su ritual. 3 PM, sin falta.

Cuando el teléfono no sonó, Marilyn le dijo a Walter:

—Algo le pasó a Steven.

—Está ocupado—dijo Walter, que aún se recuperaba del ataque al corazón—. Ya llamará.

Pero no llamó el lunes. Ni el martes.

El miércoles 25, día de Acción de Gracias, Marilyn condujo las seis horas desde Ontonagon hasta Milwaukee, con Walter protestando todo el camino que ella estaba exagerando.

Encontró el apartamento de Steven vacío. Los vecinos dijeron que no lo habían visto en días.

—A veces se va de viaje—dijo uno—. O se queda con amigos.

Marilyn fue a la policía el viernes 27.

—Mi hijo ha desaparecido—dijo a la oficial de turno—. Steven Walter Tuomi. Veinticuatro años. Siempre me llama los domingos. Nunca falla.

La oficial—placa: HENDERSON—tomó el reporte con una expresión que Marilyn ya conocía: *otra madre preocupada exagerando*.

—¿Su hijo tiene historial de uso de drogas?

—No.

—¿Problemas mentales?

—No.

—¿Es... homosexual?

Marilyn vaciló. Luego asintió.

—Creo que sí.

Henderson cerró su cuaderno.

—Señora Tuomi, a veces los jóvenes gay desaparecen por períodos. Van a otras ciudades. Experimentan. No significa que algo malo pasó.

—Mi hijo no *experimenta*—la voz de Marilyn se elevó—. Es responsable. Me llama. Algo está *mal*.

—Tomaré el reporte. Si no aparece en treinta días, podemos clasificarlo como persona desaparecida oficialmente y empezar a buscar.

—¿Treinta días?

—Es el protocolo.

Marilyn salió de la estación con las manos vacías.

Pasó la siguiente semana en Milwaukee, pegando volantes con la foto de Steven en postes de luz, preguntando en bares, hablando con extraños.

Nadie había visto a Steven desde el viernes 20.

Simplemente... se había desvanecido.

## **PARTE X: LO QUE QUEDÓ**

Jeffrey Dahmer guardó partes de Steven Tuomi.

No todo—el desmembramiento completo llevaría días que no tenía—sino pedazos. El cráneo, limpiado y guardado en una caja en el sótano. Algunas costillas, blanqueadas con lejía.

El resto lo puso en bolsas de basura que distribuyó en varios contenedores de la ciudad durante las siguientes semanas.

Steven Tuomi nunca fue encontrado.

Su caso permanece técnicamente abierto, aunque nadie lo busca activamente.

Marilyn Tuomi murió en 2003 sin saber qué le pasó a su hijo. En su funeral, pidieron que pusieran una placa memorial en su tumba:

*TAMBIÉN EN MEMORIA DE STEVEN WALTER TUOMI 1963 - 1987  
AMADO HIJO Y HERMANO PERDIDO PERO NO OLVIDADO*

Porque incluso sin cuerpo, ella sabía.

Las madres siempre saben.

## **EPÍLOGO: LA LECCIÓN QUE DAHMER APRENDIÓ**

Después de Steven Tuomi, algo cambió en Jeffrey Dahmer.

Si Steven Hicks le enseñó que *podía* matar, Steven Tuomi le enseñó que *podía salirse con la suya*.

Había transportado un cadáver en taxi a plena luz del día.

Había desmembrado un cuerpo en la casa de su abuela mientras ella estaba en misa.

Había esparcido los restos por Milwaukee como si fueran basura ordinaria.

Y nadie lo atrapó.

Nadie sospechó.

Nadie preguntó.

Porque Steven Tuomi era gay. Era de fuera de la ciudad. No tenía lazos fuertes en Milwaukee.

Y cuando hombres como él desaparecían, el sistema asumía que habían elegido irse.

No que alguien los había tomado.

Dahmer lo entendió. Aprendió la lección más peligrosa:

Que si elegía víctimas marginalizadas—gay, pobres, a menudo de color, a menudo sin redes de apoyo fuertes—podía matar indefinidamente.

Porque a nadie le importaría lo suficiente como para buscar.

Dos meses después de Steven Tuomi, Jeffrey Dahmer mató a James Doxtator.

Catorce años.

Luego a Richard Guerrero.

Veinticinco años.

Luego siguieron viniendo. Más rápido. Más frecuente.

Hasta que en 1991, mataba a alguien cada semana.

Todo comenzó en la habitación 219.

Con un hombre llamado Steven Tuomi.

Que merecía vivir.

Que merecía ser buscado.

Que merecía que alguien se preocupara cuando desapareció.

Pero en Milwaukee, en 1987, cuando eras gay y pobre y solo, desaparecer era fácil.

Y nadie notaba hasta que era demasiado tarde.

---

## CAPÍTULO 10: OXFORD APARTMENTS, UNIDAD 213 - EL CATÁLOGO DEL HORROR

---

El detective Patrick Kennedy había visto cadáveres antes.

Veinte años en homicidios te endurece. Te enseña a mirar un cuerpo—hinchado, descompuesto, violado por la muerte—y ver solo evidencia. A tomar notas con letra clara mientras moscas verdes zumban alrededor de heridas abiertas. A comer tu almuerzo treinta minutos después de estar en una escena de crimen donde el olor a carne podrida se pega a tu ropa como perfume barato.

Había visto hombres baleados. Mujeres apuñaladas. Niños ahogados. Ancianos golpeados hasta que sus rostros eran pulpa irreconocible.

Había visto violencia en todas sus formas.

Pero nada—*nada*—lo preparó para lo que encontró en el apartamento 213 del Oxford Apartments Building, 924 North 25th Street, Milwaukee, Wisconsin, en la madrugada del 23 de julio de 1991.

Porque lo que Jeffrey Dahmer había creado allí no era solo una escena de crimen.

Era un museo del mal.

Un catálogo meticuloso de diecisiete vidas convertidas en objetos. En trofeos. En piezas de una colección que Dahmer había estado curando durante trece años con el cuidado de un archivista enloquecido.

Kennedy entró a ese apartamento a las 12:47 AM, siguiendo a los oficiales Rauth y Mueller que ya habían visto suficiente para vomitar.

Salió seis horas después, a las 6:52 AM, con el alma rota de formas que nunca sanaría completamente.

Esta es la historia de esas seis horas.

Del inventario más horrible jamás documentado en la historia criminal de Milwaukee.

Y de los hombres y mujeres que tuvieron que catalogar cada pedazo de horror, sabiendo que cada "objeto" en su lista era alguien que había reído, soñado, amado.

Y que merecía algo mejor que terminar como Artículo de Evidencia #73.

### **PARTE I: PRIMERA ENTRADA - 12:47 AM**

El pasillo del tercer piso del Oxford Apartments olía a desinfectante Pine-Sol y a años de esperanzas abandonadas.

Kennedy subió las escaleras—el ascensor llevaba meses roto—con su maletín de evidencias en una mano y una linterna en la otra. Detrás de él venían la Dra. Rebecca Weiss, patóloga forense del condado de Milwaukee, y el técnico de escena de crimen Marcus Thompson, un veterano de Vietnam que había visto cosas en la jungla que nunca mencionaba pero que le habían enseñado a mantener la compostura cuando otros colapsaban.

La puerta del 213 estaba abierta, sostenida por un oficial uniformado con rostro verde.

—No entren sin mascarillas—dijo, ofreciéndoles respiradores N95 de una caja—. El olor...

Kennedy tomó una. La Dra. Weiss hizo lo mismo. Thompson rechazó con un gesto.

—He olido peor—dijo.

*Mentía.*

Nadie había olido peor.

Kennedy cruzó el umbral.

Lo primero que notó no fue visual. Fue el *olor*.

Imagina carne podrida en un día caluroso de agosto. Luego multiplícalo por diez. Añade el olor químico del formaldehído, el pinchazo ácido del amoníaco, el dulzor enfermizo de la descomposición avanzada. Mezcla todo eso con el olor a sudor rancio, a ropa sin lavar durante semanas, a un apartamento donde las ventanas nunca se abrían.

El resultado era un hedor tan físico que parecía tener peso. Se pegaba a tu piel. Se metía en tu garganta. Se quedaba en tus fosas nasales durante días, sin importar cuánto te lavaras.

La Dra. Weiss se inclinó contra la pared, respirando superficialmente a través de la mascarilla.

—Dios—susurró.

Thompson sacó una cámara Nikon de su bolso. Su mano no temblaba cuando ajustó el flash.

—Empecemos—dijo, con voz plana.

Kennedy asintió y sacó su cuaderno. Página uno. Lista de evidencias.

No sabía aún que necesitaría ciento veintisiete páginas.

## **PARTE II: LA SALA PRINCIPAL - 12:53 AM**

La sala de estar del apartamento 213 era pequeña: aproximadamente 4 metros por 3.5 metros. Tenía un sofá de cuatro asientos contra la pared izquierda, una mesa de café con quemaduras de cigarrillo, y una televisión de 19 pulgadas sobre un estante metálico. En la esquina, un acuario de 40 galones brillaba con luz azul enfermiza, peces tropicales nadando en círculos lentos como si estuvieran hipnotizados.

Kennedy se acercó a la mesa de café.

Sobre ella, esparcidas como naipes en una partida de póker macabra, había Polaroids.

Thompson levantó su cámara y comenzó a fotografiar. Flash. Flash. Flash.

—Cuéntalas—dijo Kennedy, sin mirar directamente las fotos.

La Dra. Weiss se agachó, usando guantes de látex para mover las imágenes sin tocarlas con los dedos.

—Veintisiete... no, espera. Treinta y cuatro.

Treinta y cuatro fotografías Polaroid.

Cada una mostraba un hombre. Joven. Desnudo. En varias etapas de...

Kennedy cerró los ojos.

—Describelas para el registro—dijo.

La voz de la Dra. Weiss era mecánica, clínica, la voz que había desarrollado después de quince años examinando cadáveres:

—Foto uno: Sujeto masculino, raza negra, aproximadamente veinte años, en posición supina sobre colchón. Estado: desmembrado. Visible: torso separado de extremidades inferiores...

—Foto dos: Sujeto masculino, raza negra, aproximadamente veinticinco años. Vista de costado. Incisión abdominal visible de esternón a pelvis...

—Foto tres: Cabeza aislada, raza asiática, aproximadamente...

Kennedy escribía. Su letra, normalmente clara y legible, se volvía cada vez más errática.

Thompson seguía fotografiando. Flash. Flash. Flash.

Nadie habló durante cinco minutos completos mientras la Dra. Weiss catalogaba todas las Polaroids. Cuando terminó, su voz se había vuelto ronca.

—Treinta y cuatro fotografías. Mínimo doce víctimas diferentes identificables. Algunas aparecen en múltiples fotos en diferentes... etapas.

Kennedy añadió a su lista:

*ÍTEM #1-34: Fotografías Polaroid. Evidencia de desmembramiento. Múltiples víctimas.*

Levantó la vista hacia el apartamento.

—Esto es solo la mesa de café—dijo.

Thompson asintió.

—Hay más habitaciones.

Kennedy sintió su estómago retorcerse.

—Continuemos.

**PARTE III: LA COCINA - 1:17 AM**



La cocina era un espacio estrecho con encimeras de laminado amarillo y gabinetes de madera que habían visto mejores décadas. La estufa tenía restos de comida quemada. El fregadero contenía platos sucios remojándose en agua gris.

Pero lo que importaba era el refrigerador.

Un Amana blanco, modelo 1982, con el motor zumbando como un insecto atrapado.

Kennedy se detuvo frente a él. Pudo sentir que los demás contenían la respiración.

—¿Quién quiere abrir?—preguntó.

Nadie respondió.

Finalmente, Thompson se adelantó. Puso su mano enguantada en la manija.

—En tres—dijo—. Uno. Dos...

Abrió.

El aire frío salió con un olor que hizo que Kennedy retrocediera dos pasos. La Dra. Weiss se giró y vomitó en el fregadero, su mascarilla cayendo mientras sus hombros se sacudían.

Dentro del refrigerador:

**Estante superior:** Una caja de cartón de leche. Caducada hace tres semanas. Junto a ella, una botella de ketchup Heinz.

**Estante medio:** Tres bolsas Ziploc de plástico transparente. Dentro de cada una...

Thompson levantó su cámara con manos que ahora sí temblaban.

Flash.

La primera bolsa contenía una cabeza humana. Ojos cerrados. Piel con tono grisáceo de la refrigeración. Labios ligeramente separados como si estuviera a punto de decir algo.

Flash.

La segunda bolsa: otra cabeza. Más joven. Con rasgos asiáticos.

Flash.

La tercera: una cabeza de hombre negro, con pelo corto y rizado.

**Estante inferior:** Recipientes Tupperware. Varios. Thompson abrió el primero.

Contenía un corazón humano. Envuelto en papel aluminio. Con una etiqueta escrita en marcador negro:

*"Tony - Para más tarde"*

Kennedy escribió con letra temblorosa:

*ÍTEM #35: Refrigerador Amana. Contenido:*

*#36-38: Tres cabezas humanas en bolsas Ziploc*

*#39: Corazón humano en Tupperware. Etiquetado "Tony"*

*#40: Recipiente con órganos internos no identificados*

—El congelador—dijo Thompson, señalando la puerta superior.

Kennedy no quería abrirlo. Pero tenía que hacerlo.

Dentro:

Más órganos. Más corazones. Más pedazos de personas que alguna vez habían caminado, respirado, soñado.

Y en el fondo, envuelto en bolsas de supermercado Piggly Wiggly:

Un torso completo. Sin cabeza. Sin extremidades. Solo el tronco de un hombre que había sido reducido a carne.

La Dra. Weiss, que había visto miles de autopsias, que había examinado cuerpos en todos los estados de descomposición, se sentó en el suelo de la cocina con la espalda contra la pared.

—Necesito un minuto—dijo.

Kennedy cerró el refrigerador.

—Tómese el tiempo que necesite.

Pero sabían que no tenían tiempo. Porque aún faltaban dos habitaciones.

Y ya estaban a cuarenta ítems de evidencia.

#### **PARTE IV: EL DORMITORIO - 2:03 AM**

El dormitorio olía peor que el resto del apartamento, si eso era posible.

Una cama de matrimonio ocupaba la mayor parte del espacio, con sábanas azules arrugadas y manchadas con sustancias que Thompson fotografió pero

que nadie quería identificar verbalmente. En la pared, un póster de *El Exorcista* colgaba torcido.

Pero lo que importaba estaba en el armario.

Kennedy abrió las puertas deslizantes.

Dentro:

Siete cráneos humanos.

Colocados en estantes como si fueran coleccionables. Como si fueran figuras de porcelana en la casa de una abuela.

Algunos estaban limpios, blanqueados, pulidos hasta brillar. Otros aún tenían tejido adherido. Uno había sido pintado de negro, como si Dahmer hubiera intentado convertirlo en arte.

Thompson fotografió cada uno desde múltiples ángulos.

La Dra. Weiss se acercó, forzándose a mirar profesionalmente. Sacó una regla y comenzó a tomar medidas.

—Este—señaló el cráneo pintado de negro—tiene una fractura en el hueso frontal. Trauma contundente. Este otro—el más limpio—muestra perforaciones aquí y aquí. Patrón consistente con taladro eléctrico.

*Taladro eléctrico.*

Kennedy cerró los ojos.

—¿Por qué perforarías un cráneo?—preguntó Thompson.

La Dra. Weiss no respondió de inmediato. Luego, en voz baja:

—Lobotomía casera. Inyección de ácido en el cerebro. Para crear... zombies.

Para hacer que no pudieran irse.

El silencio que siguió fue denso como niebla.

Kennedy añadió a su lista:

*ÍTEM #41-47: Siete cráneos humanos. Varios estados de preservación. Uno pintado. Múltiples con perforaciones de herramienta eléctrica.*

Bajo la cama, Thompson encontró una caja de zapatos.

Dentro: manos. Humanas. Preservadas en formaldehído. Cinco pares.

*ÍTEM #48-52: Diez manos humanas en frascos.*

En el cajón de la mesita de noche: genitales masculinos. Preservados. Etiquetados con fechas.

*ÍTEM #53-58: Genitales humanos preservados.*

En el ropero, entre camisas y pantalones: huesos. Fémures. Tibias. Costillas. Algunos blanqueados. Algunos aún con carne adherida.

*ÍTEM #59-89: Múltiples huesos humanos.*

Kennedy dejó de contar después del ítem 89.

Solo escribía. Mecánicamente. Como si su cerebro se hubiera desconectado de su mano.

### **PARTE V: EL BAÑO - 3:28 AM**

El baño era pequeño: ducha, inodoro, lavabo.

La bañera estaba llena hasta la mitad con un líquido oscuro que olía a ácido y muerte.

Thompson se inclinó sobre ella, alumbrando con su linterna.

—Hay algo dentro—dijo.

La Dra. Weiss se puso un segundo par de guantes. Metió la mano en el líquido—que era ácido muriático mezclado con agua—y sacó un trozo de algo que alguna vez había sido carne.

—Tejido muscular—dijo—. Parcialmente disuelto. No puedo determinar de qué parte del cuerpo sin análisis de laboratorio.

Kennedy se arrodilló junto a la bañera. En el fondo, apenas visible a través del líquido turbio, había más. Mucho más.

—Vamos a necesitar drenar esto—dijo—. Todo es evidencia.

Thompson asintió. Fotografizó la bañera desde todos los ángulos.

Bajo el lavabo, en el gabinete: más frascos de ácido. Botellas de lejía. Productos de limpieza industriales que ningún apartamento normal necesitaría.

Y en la esquina, enrollado limpiamente: un serrucho.

Con manchas oscuras en los dientes.

*ÍTEM #90: Serrucho con residuo de sangre.*

Kennedy lo miró fijamente. Este era el objeto que había cortado huesos. Que había separado extremidades de torsos. Que había convertido personas en piezas.

Tuvo que salir del baño.

Fue al pasillo, arrancó su mascarilla, y respiró profundamente el aire del corredor que ahora le parecía fresco como montaña en comparación.

Thompson salió detrás de él.

—¿Estás bien?

—No—dijo Kennedy honestamente—. Nada de esto es estar bien.

#### **PARTE VI: EL BARRIL - 4:15 AM**

En la esquina de la sala, junto al acuario, había un barril de plástico azul de 57 galones.

Tenía una tapa sellada con cinta adhesiva.

Kennedy había estado evitándolo durante horas, guardándolo para el final, como si posponer lo inevitable pudiera hacerlo menos horrible.

Pero era hora.

—Marcus—dijo—. La sierra.

Thompson sacó una sierra eléctrica portátil de su maletín y cortó la cinta adhesiva. El sonido—agudo, chirriante—hizo que varios oficiales en el pasillo se estremecieran.

Cuando la tapa se aflojó, el olor que salió hizo que Kennedy retrocediera tropezando.

No era solo muerte.

Era muerte *disuelta*.

Thompson abrió completamente la tapa y alumbraron dentro.

El barril estaba lleno hasta dos tercios con un líquido espeso, viscoso, del color del té muy oscuro. Flotando en él había...

La Dra. Weiss se acercó con una vara larga y comenzó a examinar el contenido sin sacarlo.

—Tres torsos—dijo, con voz que temblaba por primera vez—. Completamente desarticulados. Disolviéndose en el ácido. No puedo determinar raza o edad sin laboratorio pero... Dios mío. Hay *tres* aquí.

Kennedy escribió:

*ÍTEM #91: Barril de 57 galones. Contenido: tres torsos humanos en ácido clorhídrico.*

Tres personas. Reducidas a sopa química.

Tres hombres que habían tenido nombres. Madres. Amigos.

Y ahora eran solo... esto.

Thompson fotografió el interior del barril. Flash. Flash. Flash.

Cada destello iluminaba el horror por un segundo, luego lo devolvía a la oscuridad.

Pero la oscuridad no borraba nada.

## **PARTE VII: EL CONTEO FINAL - 5:47 AM**

Cuando terminaron—cuando cada rincón del apartamento 213 había sido fotografiado, medido, catalogado—Kennedy se sentó en el sofá donde Jeffrey Dahmer había esperado con Tracy Edwards unas horas antes.

La Dra. Weiss se sentó junto a él. Thompson se apoyó contra la pared, con su cámara colgando de su cuello como un peso muerto.

Nadie habló durante cinco minutos.

Finalmente, Kennedy abrió su cuaderno y contó los ítems de evidencia:

### **Total: 127 ítems catalogados**

Que se descomponían en:

7 cráneos completos

4 cabezas preservadas (refrigerador + otras ubicaciones)

3 torsos en barril de ácido

2 corazones etiquetados

1 torso completo congelado

Múltiples órganos internos preservados

10 manos

Genitales de al menos 6 víctimas

Decenas de huesos individuales (costillas, fémures, tibias)

34 fotografías Polaroid documentando desmembramiento

Herramientas: sierras, cuchillos, taladro eléctrico

Químicos: ácido muriático, formaldehído, lejía

Y lo más horrible:

Todo meticulosamente organizado. Etiquetado. Guardado con el cuidado de un archivista.

Esto no era caos. No era frenesí. Era *colección*.

—¿Cuántas víctimas?—preguntó Thompson.

La Dra. Weiss calculó mentalmente.

—Basándome en el conteo de cráneos, torsos identificables, y fotografías... mínimo quince. Probablemente más. Necesitaremos análisis de ADN para determinar exactamente.

*Quince.*

Como mínimo.

Quince personas que habían caminado hacia el apartamento 213 vivas.

Y nunca salieron.

Kennedy cerró su cuaderno.

—Llamaré a las familias—dijo—. Cuando tengamos identificaciones.

—¿Cómo les dices algo así?—preguntó Thompson—. ¿Cómo le dices a una madre que encontramos el cráneo de su hijo en un armario? ¿Que su corazón estaba en Tupperware?

Kennedy no tenía respuesta.

Porque no la había.

## **PARTE VIII: LOS QUE TUVIERON QUE MIRAR**

El equipo forense que procesó el apartamento 213 nunca volvió a ser el mismo.

La Dra. Rebecca Weiss solicitó transferencia a patología pediátrica seis meses después. Cuando le preguntaron por qué, dijo:

—Necesito trabajar con niños vivos. Ayudarlos a sanar. Porque lo que vi en ese apartamento... no puedo seguir mirando muerte. No así.

Marcus Thompson, el técnico que había dicho que había olido peor en Vietnam, se retiró un año después. En su carta de retiro, escribió:

—*Veinte años documentando escenas de crimen. Miles de fotografías. Pero las del apartamento 213 son las únicas que aún veo cuando cierro los ojos. Las únicas que me despiertan gritando.*

Patrick Kennedy siguió trabajando en homicidios. Pero cada vez que abría un refrigerador—incluso en su propia casa—vacilaba un segundo antes de mirar dentro.

Su esposa notó que dejó de comer carne.

—¿Por qué?—preguntó.

—Solo... no puedo—dijo.

No le contó sobre el corazón etiquetado "Tony". Sobre cómo, por un momento horrible, lo había confundido con carne de supermercado.

Algunos traumas no se comparten.

Solo se cargan.

## **PARTE IX: LO QUE LAS ETIQUETAS NO DECÍAN**

Años después, cuando los archivos del caso Dahmer fueron digitalizados, alguien en el departamento notó algo en el inventario de evidencias.

Cada ítem tenía una descripción clínica:

*ÍTEM #36: Cabeza humana, sexo masculino, raza negra.*

Pero nadie había añadido los nombres.

Porque en ese momento—en esa noche de julio de 1991—los investigadores no sabían quiénes eran.

Solo sabían lo que Dahmer los había convertido.

Tomó semanas de análisis de ADN, de comparación con reportes de personas desaparecidas, de llamadas dolorosas a familias, para darles nombres:

*ÍTEM #36: Anthony Hughes, 31 años. Sordo. Soñaba con ser modelo.*



*ÍTEM #39 (corazón etiquetado): Ernest Miller, 22 años. Bailarín. Amaba a su madre.*

*ÍTEM #41 (cráneo pintado de negro): Errol Lindsey, 19 años. Estudiante. Primera víctima del taladro.*

Y así sucesivamente.

Cada número de evidencia era una vida.

Cada bolsa Ziploc contenía sueños que nunca se cumplieron.

Cada frasco de formaldehído preservaba lo que quedaba de alguien que había amado y sido amado.

Cuando Patrick Kennedy vio el inventario final con nombres añadidos, lloró por primera vez en veinte años de ser detective.

Porque ya no eran solo ítems #1-127.

Eran personas.

Y eso lo hacía infinitamente peor.

### **EPÍLOGO: EL APARTAMENTO VACÍO**

El apartamento 213 fue vaciado completamente en agosto de 1991.

Todo—cada pieza de evidencia, cada mueble, cada objeto—fue documentado, catalogado, y removido.

Las paredes fueron lavadas con químicos industriales. Los pisos, arrancados y reemplazados. El refrigerador, destruido.

Pero el olor nunca salió completamente.

Los nuevos inquilinos que intentaron vivir allí se quejaban de "algo raro en el aire". Algunos reportaban pesadillas. Otros simplemente se iban después de unas semanas.

En 1992, el edificio Oxford Apartments fue demolido.

No porque fuera estructuralmente inseguro.

Sino porque nadie quería vivir en un lugar donde el apartamento 213 había existido.

Donde diecisiete personas habían sido convertidas en una colección.

Donde el mal había tenido una dirección.

Hoy, donde una vez estuvo el edificio, hay un lote vacío.

Sin placa. Sin memorial. Solo césped y silencio.

Como si Milwaukee quisiera olvidar.

Pero Patrick Kennedy, Rebecca Weiss, Marcus Thompson—todos los que entraron a ese apartamento esa noche de julio—nunca olvidaron.

Porque algunos horrores no se pueden catalogar.

Solo se pueden cargar.

Para siempre.

### **APÉNDICE: INVENTARIO PARCIAL DE EVIDENCIAS**

*Extracto del Reporte Oficial del Departamento de Policía de Milwaukee Caso #91-51767 Ubicación: 924 North 25th Street, Apt. 213 Fecha de Procesamiento: 23 de julio de 1991*

ÍTEMS 1-34: Fotografías Polaroid (desmembramiento de víctimas)

ÍTEMS 35-40: Contenido de refrigerador

3 cabezas humanas

1 corazón humano etiquetado

Órganos varios

ÍTEMS 41-47: Siete cráneos humanos (armario dormitorio)

ÍTEMS 48-58: Extremidades y genitales preservados

ÍTEMS 59-89: Huesos individuales (múltiples víctimas)

ÍTEM 90: Herramientas de desmembramiento

ÍTEM 91: Barril de 57 galones (3 torsos disueltos)

ÍTEMS 92-127: Evidencia adicional, químicos, documentación

### **VÍCTIMAS IDENTIFICADAS A TRAVÉS DE EVIDENCIAS:**

[Los nombres siguen, pero ya no son números.]

[Son personas.]

[Y siempre lo fueron.]

---

## **CAPÍTULO II: LAS POLAROIDS - ROSTROS QUE MERECIÁN UN NOMBRE**

---

El detective Patrick Kennedy no podía dejar de mirar las fotografías.

Estaban esparcidas sobre su escritorio en el Distrito 3, organizadas en filas cronológicas según las fechas que Dahmer había confesado. Treinta y cuatro Polaroids que documentaban el desmembramiento sistemático de seres humanos como si fueran especímenes en un laboratorio de anatomía. Cada una tomada con flash directo, sin arte, sin intención estética. Solo documentación clínica de lo que Jeffrey Dahmer consideraba su "colección".

Pero Kennedy no estaba mirando las fotografías por evidencia. Ya habían sido catalogadas, etiquetadas, archivadas como ítems #1-34 en el caso #91-51767. Ya habían servido su propósito legal.

Las miraba porque necesitaba recordar algo que el horror de las imágenes casi le hacía olvidar:

Que antes de ser fotografías, habían sido personas.

Antes de ser cuerpos desmembrados en un apartamento de Milwaukee, habían sido hijos, hermanos, amigos, amantes. Habían tenido nombres que sus madres les susurraban al nacer. Habían tenido sueños tan grandes como el cielo. Habían reído en bares, bailado bajo luces estroboscópicas, llorado por amores perdidos, planeado futuros que nunca llegarían.

Y Kennedy—con la ayuda de reportes de personas desaparecidas, análisis de ADN, y llamadas dolorosas a familias destruidas—estaba tratando de devolverles eso.

Sus nombres.

Sus historias.

Su humanidad.

Esta no es la historia de treinta y cuatro Polaroids.

Es la historia de las trece vidas que esas fotografías casi borraron.

Pero que merecen ser recordadas como algo más que evidencia.

### **RICHARD GUERRERO - La Sonrisa que Iluminaba el Phoenix**

Richard Guerrero tenía veinticinco años cuando Jeffrey Dahmer lo mató el 22 de marzo de 1988.

Era el tipo de hombre que entraba a una habitación y todos lo notaban—no por ser ruidoso o llamativo, sino por tener esa energía magnética que hace que quieras estar cerca. Su sonrisa era su firma: amplia, genuina, con un diente ligeramente torcido en el frente que de alguna forma lo hacía más encantador.

Había nacido en Puerto Rico pero se mudó a Milwaukee con su familia cuando tenía ocho años, buscando lo que todos los inmigrantes buscan: una vida mejor. Su padre, Manuel, trabajaba en una fundición. Su madre, Carmen, limpiaba casas. Richard aprendió inglés viendo *Sesame Street* y practicando con los niños del vecindario que se burlaban de su acento hasta que él les ganaba en carreras o en básquetbol, y entonces querían ser sus amigos.

En 1988, Richard trabajaba en una tienda de abarrotes en el South Side, apiñando cajas, barriendo pisos, atendiendo a clientes con esa sonrisa que hacía que las viejitas le dieran propinas aunque solo les hubiera cargado las bolsas hasta su auto.

Pero lo que Richard realmente amaba era bailar.

El Phoenix Bar era su templo. Todos los sábados por la noche, llegaba con jeans ajustados y una camiseta que había planchado con cuidado, y se movía en la pista

de baile como si la música viviera en sus huesos. Salsa, merengue, disco, pop—no importaba. Richard podía bailar todo.

—Ese chico tiene ritmo en la sangre—decía el DJ, un tipo llamado Marcus que había visto a miles de bailarines pero que reconocía algo especial cuando lo veía.

Richard soñaba con abrir su propia escuela de baile algún día. Enseñar a niños puertorriqueños en Milwaukee que podían mantener su cultura viva a través del movimiento. Que podían ser orgullosamente boricuas y orgullosamente gay y orgullosamente ellos mismos, todo a la vez.

Nunca lo hizo.

El 22 de marzo de 1988, conoció a un hombre con gafas gruesas afuera del Phoenix. El hombre le ofreció dinero por posar para fotos. Richard necesitaba dinero—siempre necesitaba dinero—así que aceptó.

Fue al apartamento de la abuela de Dahmer en West Allis.

Nunca salió.

Su familia reportó su desaparición el 24 de marzo. Carmen lloró tanto que perdió la voz. Manuel caminó por las calles de Milwaukee durante semanas, mostrando la foto de Richard a extraños, preguntando si alguien lo había visto.

Nadie lo había visto.

Porque Richard Guerrero ya estaba enterrado bajo los hortensias en el jardín trasero de Catherine Dahmer, sus huesos mezclándose con la tierra mientras flores rosadas crecían encima.

Su madre murió en 1995 sin saber exactamente dónde estaba enterrado su hijo.

Pero todos los 22 de marzo, Carmen había encendido una vela y bailado—torpe, sin el ritmo de Richard—en su sala.

Porque si Richard amaba bailar, entonces bailar era la forma de mantenerlo vivo.

### **ANTHONY SEARS - El Modelo que Casi Lo Logró**

Anthony Sears tenía veintiséis años y estaba *tan cerca* de lograrlo.

El contrato con la agencia de modelos de Chicago estaba sobre su mesa—sin firmar aún, porque quería leer la letra pequeña, porque su madre le había enseña-

do a nunca firmar nada sin entenderlo completamente—cuando conoció a Jeffrey Dahmer el 25 de marzo de 1989.

Anthony había nacido hermoso. No era vanidad; era simple hecho. Tenía pómulos que podrían cortar vidrio, ojos color avellana que cambiaban de verde a marrón según la luz, y un cuerpo esculpido por años de gimnasio y dieta cuidadosa. A los veintidós años, había ganado un concurso de culturismo amateur en Milwaukee. A los veinticuatro, había aparecido en catálogos locales.

Y ahora, a los veintiséis, finalmente tenía la oportunidad que había estado persiguiendo desde que era un adolescente mirándose en el espejo del baño de su madre, practicando poses.

—Vas a ser famoso, bebé—le decía su madre, Marilyn, cada vez que lo veía preparándose para una audición.

—Ya lo sé, mamá—respondía Anthony, guiñándole un ojo.

Pero el modelaje no pagaba las cuentas mientras esperaba el gran momento. Así que Anthony trabajaba como bartender en La Cage, un club gay donde su rostro atraía clientes y sus tragos eran lo suficientemente fuertes como para mantenerlos regresando.

Era bueno en su trabajo. Recordaba nombres. Recordaba qué bebía cada cliente habitual. Escuchaba sus problemas amorosos y ofrecía consejos que a veces funcionaban.

—Eres como un terapeuta que sirve alcohol—bromeaba su jefe.

—Mejor que un terapeuta que no lo hace—respondía Anthony.

El 25 de marzo de 1989, después de su turno, Anthony conoció a Jeffrey Dahmer en un bar cercano. Dahmer le ofreció \$50 dólares por fotos. Anthony, que había posado para cientos de fotos, que conocía todos los trucos de iluminación y ángulos, pensó que era fácil dinero.

Fue a la casa de la abuela de Dahmer.

Dahmer le dio bebidas. Anthony bebió sin sospechar. Cuando el mundo comenzó a girar, cuando sus piernas dejaron de responder, intentó levantarse.

No pudo.

Jeffrey Dahmer mató a Anthony Sears esa noche y guardó su cráneo—pintado de negro, pulido hasta brillar—como su trofeo más preciado.

El contrato de la agencia de Chicago venció sin firma.

La madre de Anthony esperó junto al teléfono durante semanas, pensando que tal vez su hijo había ido a Chicago sin decirle, que tal vez estaba tan ocupado siendo famoso que había olvidado llamar.

Cuando la policía finalmente la contactó en julio de 1991, Marilyn Sears se quedó mirando la foto del cráneo pintado de negro que le mostraron para identificación.

—Ese es mi bebé—susurró.

Y el mundo que Anthony había estado a punto de conquistar se desvaneció como si nunca hubiera existido.

### **RAYMOND SMITH - El Chico del Tanga Plateado**

Raymond Lamont Smith tenía treinta y tres años y no se disculpaba por nada.

En el Club 219, donde los viernes por la noche se convertían en desfiles de masculinidad y feminidad en todas sus gloriosas variaciones, Raymond bailaba en tanga plateado y botas que le llegaban hasta las rodillas. Su cuerpo—delgado pero tonificado, con piel oscura que brillaba bajo las luces estroboscópicas—se movía al ritmo de *Vogue* como si Madonna hubiera escrito la canción específicamente para él.

Y tal vez lo había hecho. Porque Raymond *era* vogue. Era pose. Era actitud. Era la confianza de alguien que había pasado décadas escuchando que era demasiado afeminado, demasiado obvio, demasiado *mucho*, y que había decidido que "demasiado" era exactamente suficiente.

—Cariño, si no les gusta—decía, pasándose la mano por el pelo cortado al rape—, pueden mirar hacia otro lado. Pero no lo harán. Porque soy *fabuloso*.

Y lo era.

Raymond había crecido en el North Side de Milwaukee en los años 60, cuando ser gay y negro significaba ser invisible de las formas equivocadas y demasiado visible de las correctas. Había sobrevivido a golpizas de adolescentes que lo llam-

aban "maricón". Había sobrevivido al rechazo de su padre, que lo echó de casa a los diecisiete años. Había sobrevivido a los años del SIDA cuando veía a amigos desaparecer uno por uno, sus cuerpos consumiéndose hasta que no quedaba nada.

Había sobrevivido a todo eso.

Pero no sobrevivió a Jeffrey Dahmer.

El 30 de mayo de 1990, Raymond conoció a Dahmer afuera del Club 219. Dahmer le ofreció dinero. Raymond—que siempre necesitaba dinero, que pagaba su renta con propinas de baile—aceptó.

Fue al Oxford Apartments.

Dahmer le dio bebidas drogadas. Raymond las bebió. Cuando cayó, Dahmer lo estranguló.

Luego tomó Polaroids del cuerpo de Raymond en varias etapas de desmembramiento, como si documentar la destrucción de algo hermoso fuera una forma de arte.

La comunidad drag de Milwaukee notó su ausencia de inmediato.

—¿Dónde está Raymond?—preguntaban los bailarines en el 219.

—Probablemente se fue a Chicago—decía alguien—. O a Nueva York. Siempre hablaba de irse a las ciudades grandes.

Pero Raymond no se había ido a ninguna parte.

Estaba en el refrigerador del apartamento 213, su cabeza en una bolsa Ziploc, sus sueños de ciudades más grandes reducidos a nada.

Cuando sus amigos drag organizaron un memorial improvisado en el Club 219 después de su identificación en 1991, llenaron el escenario con tangas plateados y botas altas.

Y bailaron *Vogue* en su honor.

Porque Raymond Smith había vivido fabulosamente.

Y merecía ser recordado de la misma forma.

### **ERNEST MILLER - El Bailarín Cuyo Corazón Fue Comido**

Ernest Miller tenía veintidós años y un talento que hacía que la gente se detuviera en medio de la calle solo para mirarlo bailar.



No estilo formal—nunca había tomado clases de ballet o jazz—sino algo más visceral. Movimiento puro. Su cuerpo entendía el ritmo de formas que no podían enseñarse. Cuando bailaba, parecía que la gravedad era opcional, que sus extremidades eran líquidas, que había nacido para esto y nada más.

—Ese chico va a estar en videos musicales algún día—decía su madre, Madeline, mientras lo veía practicar en su sala, moviendo muebles para hacer espacio.

Ernest creía que tenía razón. Veía MTV constantemente, estudiando los movimientos de los bailarines de fondo en los videos de Michael Jackson y Janet Jackson, memorizando cada paso, cada giro.

Practicaba hasta que le dolían los pies. Hasta que el sudor empapaba su camiseta. Hasta que era perfecto.

Trabajaba en una tienda de libros usados en el día—organizando estantes, ayudando a clientes a encontrar novelas románticas o manuales de reparación de autos—pero por las noches, bailaba.

En el Phoenix. En el 219. En cualquier lugar con pista de baile y música lo suficientemente fuerte como para sentirla en el pecho.

El 2 de septiembre de 1990, Ernest conoció a Jeffrey Dahmer afuera del Phoenix. Dahmer dijo que era fotógrafo. Que podía ayudarlo a conseguir audiciones. Que tenía conexiones.

Ernest, que había soñado con esto durante años, creyó.

Fue al Oxford Apartments.

Jeffrey Dahmer lo drogó, lo estranguló, y luego—en un acto de depravación que aún hace que los investigadores se estremezcan—cortó el corazón de Ernest y lo cocinó en una sartén con cebolla.

Lo comió.

Porque en la mente retorcida de Dahmer, comer el corazón de alguien tan lleno de vida era una forma de absorber esa vitalidad.

De mantenerlo adentro para siempre.

Cuando Madeline Miller se enteró de cómo murió su hijo, no habló durante tres días.

No porque no pudiera. Sino porque no había palabras en ningún idioma que pudieran contener ese nivel de horror.

En su funeral, pusieron *Thriller* de Michael Jackson.

Y aunque Ernest no bailó—aunque su cuerpo había sido reducido a cenizas—todos los que lo conocían juraban que podían sentir su energía en la música.

Moviéndose.

Imparable.

Eterno.

### **DAVID THOMAS - El Padre que Quería Regresar**

David Thomas tenía veintitrés años y una hija de dos años llamada Destiny.

No la veía tanto como quería. Su ex, Chandra, se había mudado a Chicago después de que terminaron, y David no tenía dinero para visitas frecuentes. Pero llamaba todos los domingos, religiosamente, usando un teléfono público porque no podía pagar su propia línea.

—Hola, princesa—decía cuando Destiny tomaba el teléfono.

—¡Papi!—gritaba ella, con esa voz aguda de niña pequeña que hacía que el corazón de David se derritiera.

—Te amo, bebé. Papi te va a visitar pronto, ¿okay?

—¿Cuándo?

—Pronto. Lo prometo.

Pero "pronto" requería dinero. Y David, que había perdido su trabajo en una fábrica de autopartes, que vivía en un apartamento compartido con tres tipos que nunca limpiaban, que comía ramen la mayoría de las noches, no tenía dinero.

Así que cuando Jeffrey Dahmer le ofreció \$50 por posar para fotos el 22 de septiembre de 1990, David vio en esos billetes el boleto de autobús a Chicago. Vio el peluche que le compraría a Destiny. Vio la oportunidad de mantener su promesa.

—Solo fotos—dijo Dahmer.

—Solo fotos—confirmó David.

Fue al Oxford Apartments.

Dahmer le dio bebidas drogadas. David, sospechoso, bebió despacio. Cuando comenzó a sentirse mareado, intentó irse.

—Necesito irme—dijo, levantándose.

Dahmer lo empujó de vuelta al sofá.

Y esa fue la última vez que David Thomas intentó ir a cualquier parte.

Chandra esperó la llamada del domingo siguiente.

No llegó.

Llamó al apartamento compartido de David. Sus compañeros de cuarto dijeron que no lo habían visto en días.

—Probablemente está de fiesta—dijo uno—. Ya sabes cómo es David.

Pero David no era así. David era el tipo que llamaba a su hija todos los domingos sin falta.

Cuando la policía finalmente identificó sus restos en julio de 1991, Chandra tuvo que decirle a Destiny, ahora de tres años, que papi no iba a visitarla después de todo.

Que papi se había ido al cielo.

Destiny preguntó si podía llamarlo allí.

Chandra lloró tanto que no pudo responder.

### **CURTIS STRAUGHTER - El Aspirante a Modelo Que Trabajaba en Arby's**

Curtis Straughter tenía dieciocho años y trabajaba en Arby's, pero soñaba con pasarelas.

Alto—1.85 metros—con pómulos afilados y una estructura ósea que las cámaras amaban, Curtis sabía que tenía la apariencia. Lo que le faltaba era la oportunidad. Y el dinero. Y las conexiones.

Pero trabajaba en ello.

Guardaba cada foto de modelos masculinos que encontraba en revistas. Estudiaba sus poses frente al espejo del baño de su madre. Practicaba caminar con libros en la cabeza para perfeccionar su postura.

—Vas a ser famoso, Curtis—le decía su abuela, que había criado a Curtis cuando su madre luchaba con adicción—. Lo veo en ti.

Curtis lo creía. Tenía que creerlo. Porque la alternativa—pasar el resto de su vida sirviendo sándwiches Beef 'n Cheddar a gente que no lo miraba dos veces—era insoportable.

El 18 de febrero de 1991, su día libre, Curtis fue al Grand Avenue Mall. Estaba en la corte de comidas cuando Jeffrey Dahmer se acercó.

—¿Eres modelo?—preguntó Dahmer.

Curtis, halagado, respondió:

—Aspirante a serlo.

—Soy fotógrafo—mintió Dahmer—. Trabajo con agencias. Podría ayudarte.

Curtis vio su oportunidad.

—¿En serio?

—Ven a mi estudio. Podemos hacer un portafolio hoy.

Curtis llamó a su abuela desde un teléfono público.

—Conocí a un fotógrafo, abuela. Va a hacer mi portafolio.

—¿Es seguro?—preguntó ella, porque las abuelas siempre preguntan.

—Sí, abuela. Es profesional.

Fue su última conversación.

Curtis fue al Oxford Apartments. Dahmer lo drogó, lo mató, lo desmembró.

Su abuela esperó toda la noche. Cuando Curtis no regresó, llamó a la policía.

—Mi nieto ha desaparecido.

La oficial tomó el reporte con la misma indiferencia que había mostrado con todos los demás.

—Señora, los jóvenes a veces se van sin avisar...

—Curtis no es así—insistió su abuela—. Algo le pasó.

Tenía razón.

Pero cuando encontraron los restos de Curtis en julio de 1991, su abuela ya había pasado cinco meses durmiendo junto al teléfono, esperando que sonara.

Esperando la voz que nunca volvería a escuchar decir:

—Hola, abuela. Solo llamaba para decirte que te amo.

### **ERROL LINDSEY - El Hermano de Rita**

Errol Lindsey tenía diecinueve años cuando Jeffrey Dahmer le taladró un agujero en el cráneo e inyectó ácido en su cerebro mientras aún estaba vivo.

Esa es la forma en que la mayoría de la gente conoce su historia.

Pero Errol Lindsey fue mucho más que cómo murió.

Era el hermano menor de Rita Isbell, el que siempre la hacía reír con imitaciones de sus profesores. Era el niño que había aprendido a andar en bicicleta tarde—a los diez años—porque tenía miedo de caerse, pero que luego se convirtió en el más rápido de su cuadra. Era el adolescente que trabajaba en Wendy's después de la escuela para ayudar a su madre con el alquiler, que nunca se quejaba aunque sus pies le dolieran después de turnos de ocho horas.

Era dulce. Gentil. El tipo de chico que sostenía puertas para extraños y decía "gracias" cuando le pasaban la sal.

Y era gay, aunque nunca se lo había dicho a su familia. No porque no los amara. No porque tuviera vergüenza. Sino porque a los diecinueve años, aún estaba descubriendo cómo ser él mismo.

El 7 de abril de 1991, Errol conoció a Jeffrey Dahmer afuera de una tienda de esquina. Dahmer le ofreció dinero. Errol, que necesitaba comprar zapatos nuevos para el trabajo, aceptó.

Fue al Oxford Apartments.

Dahmer le dio bebidas drogadas.

Y luego, en uno de los actos más horribles de toda su serie de crímenes, Dahmer intentó crear un "zombie" vivo.

Taladró el cráneo de Errol con un taladro Black & Decker. Vertió ácido muriático hirviendo en el agujero. Intentó destruir el lóbulo frontal de Errol para convertirlo en un ser dócil que no pudiera irse.

No funcionó.

Errol murió en agonía.

Y Jeffrey Dahmer guardó su cráneo—pintado de negro, como si fuera arte—en su armario.

Cuando Rita Isbell vio ese cráneo en la sala del tribunal, gritó tan fuerte que los guardias tuvieron que sacarla.

Pero primero, se lanzó hacia Dahmer.

Intentó golpearlo.

Intentó hacerle sentir aunque fuera una fracción del dolor que su familia había sentido.

Los oficiales la detuvieron.

Y Rita, llorando, gritó las palabras que resonaron en todo el tribunal:

—¡Ese es mi hermano! ¡ESE ES MI BEBÉ!

Porque para el mundo, Errol Lindsey era el Ítem de Evidencia #41.

Pero para Rita, era simplemente Errol.

Su hermano menor.

Que merecía vivir.

## **MATT TURNER, JEREMIAH WEINBERGER, OLIVER LACY, JOSEPH BRADEHOFT**

Las últimas cuatro víctimas de Jeffrey Dahmer murieron en rápida sucesión en el verano de 1991.

**Matt Turner (20 años)** - Conoció a Dahmer en el Chicago Pride Parade el 30 de junio. Estaba en la ciudad visitando amigos, celebrando su primera Pride fuera del armario. Dahmer lo convenció de regresar a Milwaukee. Matt nunca volvió a ver Chicago.

**Jeremiah Weinberger (23 años)** - Pasó un fin de semana con Dahmer, convencido de que había encontrado un novio potencial. Cuando intentó irse el domingo, Dahmer lo drogó. Su compañero de cuarto reportó su desaparición, pero la policía nunca investigó seriamente.

**Oliver Lacy (23 años)** - Era corredor. Soñaba con maratones. Su cuerpo—atlético, musculoso—fue encontrado en la cama de Dahmer, con el corazón aún en su pecho. Dahmer planeaba cocinarlo esa misma noche.

**Joseph Bradehoft (25 años)** - Padre de tres hijos. Había perdido su trabajo. Aceptó la oferta de Dahmer de dinero por sexo porque necesitaba alimentar a sus hijos. Fue la última víctima de Dahmer, asesinado apenas tres días antes de que Tracy Edwards escapara.

Cuatro hombres.

Cuatro vidas.

Cuatro familias destruidas.

Todos asesinados en el mismo apartamento donde la policía había devuelto a Konerak Sinthasomphone semanas antes.

Todos ignorados por un sistema que había decidido que sus vidas no importaban lo suficiente.

### **EPÍLOGO: LA QUEMA DE LAS POLAROIDS**

El 12 de febrero de 1992, por orden judicial, todas las fotografías Polaroid tomadas por Jeffrey Dahmer fueron destruidas.

No donadas a archivos criminales. No preservadas para investigación. Destruídas completamente.

Un oficial del departamento de policía de Milwaukee las llevó a una instalación de incineración en el South Side. Las alimentó una por una al fuego industrial que quemaba a 1200 grados Celsius.

Treinta y cuatro fotografías.

Treinta y cuatro imágenes de horror.

Se convirtieron en cenizas en menos de tres minutos.

El oficial—cuyo nombre permanece sellado—reportó después que cuando las fotografías se quemaron, pensó en los hombres en ellas. En cómo habían sido reducidos a imágenes. En cómo incluso esas imágenes ahora se convertían en nada.

Pero luego recordó algo que Patrick Kennedy le había dicho:

*"Las fotografías no son las víctimas. Las víctimas son las personas que existieron antes de las fotografías. Y esas personas—esos hombres—nunca pueden ser quemadas. Porque viven en las memorias de quienes los amaron."*

Y tenía razón.

Porque aunque las Polaroids ya no existen, las personas en ellas siguen vivas en:  
Los domingos cuando Marilyn Tuomi bailaba sola en su sala, recordando a Richard.

Las velas que Carmen Guerrero encendía cada 22 de marzo.

El tanga plateado que colgaba en el Club 219 en honor a Raymond Smith.

La música de Michael Jackson que Madeline Miller nunca podía escuchar sin llorar.

Los recuerdos de Destiny Thomas de un padre que prometió visitarla pronto.

La abuela de Curtis que guardó todas sus fotos de revistas de moda.

Rita Isbell, que visitaba la tumba de Errol cada semana con flores.

Porque los muertos no viven en fotografías.

Viven en amor.

Y ese amor—a diferencia del horror—nunca puede ser destruido.

### MEMORIAL

*En memoria de las víctimas de Jeffrey Dahmer que merecían más que ser números o fotografías:*

Steven Mark Hicks Steven Walter Tuomi

James Edward Doxtator Richard Guerrero Anthony Sears Raymond Lamont  
Smith Edward Warren Smith Ernest Miller David Courtney Thomas Curtis  
Durrell Straughter Errol Lindsey Anthony Hughes Konerak Sinthasomphone  
Matt Cleveland Turner Jeremiah Benjamin Weinberger Oliver Joseph Lacy  
Joseph Arthur Bradehoft

*Diecisiete nombres. Diecisiete vidas. Diecisiete personas que importaron. Que importan. Que siempre importarán.*



---

## **CAPÍTULO 12: TRACY EDWARDS - EL QUE SOBREVIVIÓ PARA CONTAR**

---

Tracy Edwards no debería haber estado en Milwaukee esa noche.

Debería haber estado en Mississippi, en la casa de su madre, ayudándola con el jardín o arreglando el porche que llevaba meses prometiendo reparar. Debería haber estado en cualquier lugar excepto en el Grand Avenue Mall a las 9:47 PM del 22 de julio de 1991, sin dinero en los bolsillos y desesperado por cualquier oportunidad que se pareciera a una salida.

Pero la vida de Tracy había sido una serie de "no debería" que de alguna forma se habían convertido en su realidad.

No debería haber perdido su trabajo en la planta empacadora de carne en Tupelo. No debería haber apostado su último cheque en una partida de dados donde los dados estaban cargados. No debería haber tomado ese autobús Greyhound a Milwaukee con la idea de que una ciudad más grande significaba más oportunidades, solo para descubrir que las oportunidades requerían direcciones, referencias, cosas que no tenía.

No debería haber estado durmiendo en bancos de parques durante tres noches, con sus pertenencias—una mochila con dos camisetas y una foto de su hija de cuatro años que no había visto en seis meses—escondidas bajo su cabeza como almohada.

Pero estaba.

Y cuando un hombre blanco con gafas gruesas y una sonrisa que no llegaba a sus ojos se acercó a él en el mall y le ofreció \$100 por "posar para algunas fotos y tomar unas cervezas", Tracy Edwards hizo el cálculo que miles de hombres desesperados habían hecho antes que él:

Cien dólares era un boleto de autobús de regreso a Mississippi. Era comida. Era la oportunidad de llamar a su hija desde un teléfono que no fuera público y hablar durante más de dos minutos.

Cien dólares valían el riesgo.

Excepto que no lo valían.

Porque el hombre con las gafas no era fotógrafo. Era Jeffrey Dahmer. Y el apartamento al que llevó a Tracy no era un estudio.

Era una tumba.

Una tumba de la que Tracy Edwards se convertiría en la primera—y única—persona en escapar viva después de que las esposas se cerraran alrededor de sus muñecas.

Esta es la historia de las cuatro horas más largas de la vida de Tracy Edwards.

De cómo un hombre sin nada encontró la fuerza para pelear cuando pelear parecía imposible.

Y de cómo, al escapar, salvó vidas que nunca conocería.

Porque después de Tracy Edwards, Jeffrey Dahmer nunca volvió a matar.

No porque se detuviera.

Sino porque Tracy se negó a convertirse en el número dieciocho.

## **PARTE I: EL HOMBRE ANTES DE LA NOCHE**

Tracy Edwards había nacido el 14 de agosto de 1960, en Tupelo, Mississippi, donde el calor del verano podía matar y el racismo era tan común como el aire que respirabas.

Su madre, Dorothy, limpiaba casas de familias blancas que nunca aprendieron su nombre completo—solo la llamaban "Dorothy" o a veces "la chica"—pero que esperaban que sus pisos brillaran como espejos. Su padre había desaparecido

cuando Tracy tenía tres años, dejando solo un nombre en un certificado de nacimiento y una promesa rota de volver "cuando las cosas mejoraran".

Tracy creció rápido. Tuvo que hacerlo.

A los doce años, trabajaba después de la escuela lavando autos en un garaje donde el dueño le pagaba la mitad de lo que le pagaba a los chicos blancos por el mismo trabajo. A los dieciséis, había dejado la escuela—no porque quisiera, sino porque su madre necesitaba ayuda con las cuentas y la educación parecía un lujo que no podían permitirse.

A los veinte, tenía una hija. Jasmine. Ojos grandes como platos y una risa que sonaba como campanas.

Tracy la amaba con una intensidad que lo asustaba. Trabajaba turnos dobles en la planta empacadora, llegaba a casa oliendo a sangre de cerdo y desinfectante, y aún así encontraba energía para leerle cuentos antes de dormir.

—Papi, ¿por qué hueles raro?—preguntaba Jasmine, arrugando la nariz.

—Porque papi trabaja duro para darte cosas bonitas—respondía Tracy, besando su frente.

Pero "cosas bonitas" nunca llegaron. El trabajo en la planta no pagaba suficiente. La relación con la madre de Jasmine se desmoronó bajo el peso de facturas impagadas y sueños diferidos. Cuando ella se mudó a Memphis con Jasmine, Tracy sintió como si le arrancaran el corazón.

Intentó seguirlos. Pero Memphis era caro. Y Tracy—sin educación formal, sin conexiones, con solo sus manos y su disposición a trabajar—no encontró nada mejor que lo que había tenido en Tupelo.

Así que regresó. Trabajó. Ahorró. Envío dinero cuando podía.

Y planeaba, algún día, traer a Jasmine de vuelta.

Pero "algún día" requería más que buenas intenciones.

En julio de 1991, Tracy perdió su trabajo cuando la planta cerró. Apostó su último cheque de pago pensando que duplicarlo le daría suficiente para sobrevivir hasta encontrar algo nuevo.

Perdió.

Y con veintisiete dólares en el bolsillo y ningún plan B, tomó un autobús a Milwaukee porque alguien en un bar le había dicho que allí había trabajo en las fábricas.

Había trabajo.

Pero también había requisitos: dirección, referencias, números de seguro social que Tracy había perdido junto con todo lo demás.

Tres días después de llegar, Tracy Edwards no tenía trabajo, no tenía dinero, y dormía en bancos.

Y esa fue la razón por la que cuando Jeffrey Dahmer se acercó a él con una oferta que sonaba demasiado buena para ser verdad, Tracy la tomó de todas formas.

Porque cuando no tienes nada que perder, el riesgo deja de importar.

## **PARTE II: EL ENCUENTRO - 9:47 PM**

El Grand Avenue Mall en julio era un horno con aire acondicionado.

Tracy Edwards se sentó en un banco cerca de la fuente, observando a familias con bolsas de compras, adolescentes comiendo helado, gente que tenía lugares adonde ir y dinero para gastar. Su estómago gruñía—no había comido desde el desayuno, un bagel que había encontrado en la basura de una panadería, aún envuelto, técnicamente comestible.

Tenía sed. Tenía hambre. Tenía miedo de que esta fuera su vida ahora: treinta y un años, sin hogar, sin futuro, contando monedas para comprar agua embotellada.

—¿Tracy?

Levantó la vista.

Un hombre blanco—alto, delgado, con gafas de montura gruesa y pelo rubio despeinado—estaba parado frente a él con una sonrisa que parecía genuina.

Tracy frunció el ceño. No conocía a este hombre.

—¿Nos conocemos?

—No—dijo el hombre—. Pero te vi aquí hace unos días. Parecías... solo. Pensé que tal vez necesitabas compañía.

Tracy se puso tenso. En Mississippi, cuando hombres blancos se acercaban a hombres negros sin razón, raramente terminaba bien.

—Estoy bien—dijo, preparándose para levantarse.

—Espera—el hombre levantó las manos en gesto de paz—. No quiero nada raro. Solo pensé que tal vez te gustaría ganar algo de dinero. Fácil. Solo bebiendo y mirando fotos. Soy fotógrafo.

Tracy se detuvo.

—¿Cuánto dinero?

—Cien dólares.

Tracy miró al hombre con sospecha. Nadie ofrecía cien dólares por "beber y mirar fotos" sin querer algo a cambio.

—¿Qué tipo de fotos?

—Arte—dijo el hombre, encogiéndose de hombros—. Nada sexual. Solo quiero compañía. Alguien con quien hablar. Vivo solo y a veces es... solitario. ¿Sabes?

Tracy lo entendía. La soledad era algo que conocía íntimamente.

Pero aún así dudó. Todo en su instinto le decía que había algo mal en este hombre. La forma en que no parpadeaba cuando hablaba. La forma en que sus manos—grandes, pálidas—se quedaban demasiado quietas.

Pero cien dólares.

Cien dólares era la diferencia entre dormir en un banco esta noche o conseguir una habitación de hotel barata. Era poder llamar a Jasmine y decirle que papi estaba bien, que pronto vendría a visitarla.

—Solo bebiendo—dijo Tracy—. Nada raro.

—Te lo prometo—dijo el hombre, extendiendo la mano—. Jeff, por cierto. Jeffrey Dahmer.

Tracy estrechó su mano. Estaba fría, como si acabara de salir del frío aunque afuera hacía 85 grados.

—Tracy Edwards.

—Encantado, Tracy. Mi apartamento está cerca. Podemos tomar un taxi.

Tracy recogió su mochila—con la foto de Jasmine todavía dentro, sonriéndole desde un marco barato—y siguió a Jeffrey Dahmer hacia la salida del mall.

No sabía que acababa de hacer la decisión más importante de su vida.

No sabía que en cuatro horas estaría corriendo por su vida con esposas colgando de su muñeca.

No sabía que se convertiría en el hombre que detendría a uno de los peores asesinos seriales en la historia de Estados Unidos.

Solo sabía que necesitaba esos cien dólares.

Y a veces, eso es suficiente para caminar hacia el infierno.

### **PARTE III: EL APARTAMENTO 213 - 10:34 PM**

El taxi los dejó frente al Oxford Apartments.

Tracy miró el edificio: tres pisos de ladrillo sucio, ventanas con rejas, un letrero que parpadeaba la "O" como si tuviera problemas eléctricos. No era el peor lugar en el que había estado—había visto peor en Tupelo—pero tampoco inspiraba confianza.

—¿Aquí vives?—preguntó.

—Apartamento 213—dijo Dahmer, pagando al taxista—. Tercer piso.

Subieron las escaleras. El olor a desinfectante Pine-Sol y a algo más—algo dulce y podrido que Tracy no podía identificar—llenaba el corredor. Dahmer sacó una llave y abrió la puerta.

—Entra—dijo—. Ponte cómodo.

Tracy entró.

Lo primero que notó fue el olor. Más fuerte que en el pasillo. Como carne dejada fuera del refrigerador demasiado tiempo mezclada con químicos de limpieza. Su estómago se retorció.

—¿Qué es ese olor?—preguntó.

—El desagüe—dijo Dahmer rápidamente—. El casero no lo arregla. Me he quejado mil veces.

Tracy asintió, aunque no le convenció completamente.

El apartamento era pequeño: sala con un sofá desgastado, mesa de café, televisión vieja. En la esquina, un acuario brillaba con luz azul, peces tropicales nadando en círculos como si estuvieran atrapados.

*Como yo*, pensó Tracy, y el pensamiento lo hizo estremecerse.

—Siéntate—dijo Dahmer, señalando el sofá—. Voy a traer cervezas.

Tracy se sentó. El sofá olía a sudor viejo. En la mesa de café había algunas revistas—*National Geographic*, *Popular Mechanics*—y nada más. Ninguna foto. Ningún equipo de fotografía.

*Dijo que era fotógrafo*, pensó Tracy. *¿Dónde están las cámaras?*

Dahmer regresó con dos latas de cerveza Budweiser. Le dio una a Tracy.

—Salud—dijo, levantando la suya.

Tracy bebió. La cerveza estaba tibia, con un sabor ligeramente amargo que asumió era porque estaba barata.

No sabía que Dahmer había molido tres pastillas de Halcion en polvo fino y las había mezclado en el líquido.

Pastillas para dormir.

Las mismas que había usado en dieciséis hombres antes.

#### **PARTE IV: LA CONVERSACIÓN - 11:15 PM**

Dahmer se sentó en una silla frente a Tracy, demasiado cerca para ser cómodo.

—Cuéntame sobre ti—dijo.

Tracy, normalmente reservado con extraños, se encontró hablando. Sobre Jasmine. Sobre Mississippi. Sobre cómo había venido a Milwaukee buscando una vida mejor y había encontrado bancos de parques.

Dahmer escuchaba con atención que parecía genuina. Asentía en los momentos correctos. Hacía preguntas que sonaban como si realmente le importara.

Y Tracy—solitario, desesperado por conexión humana—bajó la guardia.

No notó que Dahmer apenas tocaba su cerveza.

No notó cómo los ojos de Dahmer, detrás de esas gafas, nunca parpadeaban.

No notó que mientras hablaba, el mundo comenzaba a moverse más lento en los bordes, como si alguien hubiera bajado la velocidad de reproducción de su vida.

—Me siento... raro—dijo Tracy después de terminar su segunda cerveza.

—Es el calor—dijo Dahmer—. Y tal vez estás cansado. ¿Cuándo fue la última vez que dormiste en una cama de verdad?

Tracy intentó recordar. Tres días. Cuatro. El tiempo se había vuelto borroso.

—No sé—admitió.

—Puedes descansar aquí—dijo Dahmer, con voz suave—. Solo unos minutos. Luego miramos las fotos.

*Las fotos, pensó Tracy. Aún no he visto ninguna cámara.*

Pero sus párpados pesaban como plomo. Su cuerpo se sentía desconectado de su cerebro.

—Solo... un minuto—murmuró.

Se recostó en el sofá.

Dahmer se quedó sentado, observando.

Esperando.

## **PARTE V: EL DESPERTAR - 11:52 PM**

Tracy despertó con la sensación de que algo estaba terriblemente mal.

No el tipo de mal de "olvidé pagar una cuenta" o "perdí mi billetera".

Sino el tipo de mal que vive en tus pesadillas. El tipo de mal que hace que tu cerebro reptiliano grite *CORRE* antes de que tu mente consciente entienda por qué.

Abrió los ojos.

Dahmer estaba sentado en la misma silla, pero ahora sostenía algo en su regazo.

Un cuchillo.

No un cuchillo de cocina pequeño. Un cuchillo de carnicero. Con una hoja de ocho pulgadas que brillaba bajo la luz amarillenta de la lámpara.

Tracy intentó sentarse. Sus brazos no respondieron correctamente.

Miró hacia abajo.



Esposas.

Esposas de metal alrededor de su muñeca izquierda, conectadas con una cadena corta a... nada. Dahmer aún no había cerrado el otro lado.

—¿Qué...?—la voz de Tracy salió pastosa, confundida—. ¿Qué es esto?

Dahmer no respondió de inmediato. Solo lo miró con esos ojos vacíos.

Luego, con voz plana, dijo:

—Si no haces lo que digo, voy a matarte.

El mundo se detuvo.

Tracy sintió cada músculo de su cuerpo tensarse. La niebla de las drogas se evaporó instantáneamente, reemplazada por adrenalina pura.

—Oye, hombre—dijo, intentando sonar calmado aunque su corazón latía tan fuerte que podía oírlo—. No quiero problemas. Solo déjame ir. Me voy y nunca volveré. No le diré a nadie...

—No puedes irte—interrumpió Dahmer—. Nadie se va.

La forma en que lo dijo—no amenazante, sino como un simple hecho, como decir "el cielo es azul" o "el agua es mojada"—hizo que algo helado se deslizara por la columna de Tracy.

*Nadie se va.*

Eso significaba que había otros.

Otros que habían estado aquí.

Otros que no se habían ido.

—¿Dónde están?—preguntó Tracy, aunque no estaba seguro de querer saber.

Dahmer sonrió. No fue una sonrisa feliz. Fue la sonrisa de alguien que conoce un secreto horrible.

Y luego dijo tres palabras que Tracy nunca olvidaría:

—Quiero tomar fotos.

## **PARTE VI: EL DORMITORIO - 12:17 AM**

Dahmer hizo que Tracy se levantara—las drogas aún lo hacían tambalearse—y lo guió hacia el dormitorio.

La habitación olía peor que la sala. Un olor espeso, orgánico, que hizo que Tracy quisiera vomitar.

—Siéntate en la cama—ordenó Dahmer, sosteniendo el cuchillo de forma casual, como si fuera un bolígrafo.

Tracy se sentó. La cama crujió bajo su peso. Las sábanas estaban manchadas con algo oscuro que no quería identificar.

En la pared, un póster de *El Exorcista*. En la esquina, una cámara Polaroid sobre una mesa.

*Finalmente*, pensó Tracy. *Las fotos*.

Pero algo en la forma en que Dahmer miraba la cámara—con hambre, con anticipación—le dijo a Tracy que estas no serían fotos normales.

—Quítate la camisa—dijo Dahmer.

—No—respondió Tracy.

Dahmer levantó el cuchillo.

—No fue una pregunta.

Tracy se quitó la camisa con manos temblorosas. El aire frío del apartamento hizo que su piel se erizara.

Dahmer tomó una Polaroid. Flash. El sonido mecánico de la foto saliendo.

—Ahora los pantalones.

—No—dijo Tracy con más firmeza.

Dahmer se acercó. El cuchillo tocó el pecho de Tracy—no cortando, solo presionando lo suficiente para que sintiera el filo.

—Los. Pantalones.

Tracy miró a los ojos de Dahmer. Buscaba humanidad. Buscaba algo a lo que apelar.

No encontró nada.

Solo vacío.

Y en ese momento, Tracy Edwards entendió algo fundamental:

Jeffrey Dahmer iba a matarlo.

No "tal vez". No "si no cooperaba".

Iba a matarlo sin importar qué.

La única pregunta era cuándo.

Y esa realización—esa certeza absoluta—hizo algo interesante en el cerebro de Tracy.

En lugar de paralizarlo con miedo, lo liberó.

Porque si iba a morir de todas formas, entonces pelear ya no tenía consecuencias.

Solo tenía posibilidades.

### **PARTE VII: LA DECISIÓN - 12:34 AM**

Tracy no se quitó los pantalones.

En lugar de eso, habló.

—Jeff—dijo, usando el nombre deliberadamente, tratando de humanizarse—.

Tengo una hija. Jasmine. Tiene cuatro años.

Dahmer no reaccionó.

—No la he visto en seis meses. Está esperando que la visite. Si me matas, ella va a crecer pensando que su papá la abandonó. Va a crecer sin saber que la amaba.

Nada.

—Por favor—la voz de Tracy se quebró—. Por favor, hombre. Solo déjame ir. No le diré a nadie. Lo juro por Dios. Solo quiero ver a mi hija otra vez.

Por un momento—solo uno—algo parpadeó en los ojos de Dahmer.

No era compasión. Pero era... consideración.

Como si estuviera calculando si Tracy valía la pena mantener vivo.

Luego desapareció.

—Todos tienen hijos—dijo Dahmer, con voz plana—. Todos tienen madres. Todos tienen alguien. No hace diferencia.

Y Tracy supo que había perdido.

Las palabras no funcionarían.

Solo quedaba una opción.

*Pelea.*

### **PARTE VIII: LA VENTANA - 1:03 AM**

Dahmer cometió un error.

Fue un error pequeño—girar hacia la mesa para tomar otra Polaroid, solo por dos segundos—pero fue suficiente.

Tracy se lanzó.

No hacia Dahmer. Hacia la ventana.

Pensó que tal vez—*tal vez*—si gritaba lo suficientemente fuerte, alguien escucharía. Alguien llamaría a la policía. Alguien haría algo.

Pero Dahmer fue más rápido de lo que parecía.

Agarró a Tracy por la cintura y lo jaló hacia atrás con fuerza sorprendente. Ambos cayeron al suelo. El cuchillo salió volando, aterrizando bajo la cama.

Tracy pateó. Golpeó. Arañó.

Dahmer lo presionó contra el suelo, tratando de recuperar el control.

—¡AYUDA!—gritó Tracy—. ¡ALGUIEN! ¡AYÚDENME!

Dahmer le tapó la boca con la mano.

Tracy mordió. Fuerte. Saboreó sangre.

Dahmer gritó y soltó.

Tracy se arrastró hacia la puerta. Las esposas en su muñeca golpeaban contra el suelo con cada movimiento—*clink clink clink*—como una cuenta regresiva.

Dahmer lo agarró del tobillo.

Tracy se giró y pateó con el pie libre, conectando con el rostro de Dahmer. Las gafas salieron volando, golpeando la pared con un *crack*.

Por un segundo—solo uno—Dahmer se detuvo.

Sin las gafas, sus ojos parecían más pequeños. Más vulnerables.

Más humanos.

Y Tracy usó ese segundo.

Se levantó, tropezando hacia la puerta del dormitorio.

Dahmer se levantó detrás de él, pero sin gafas, era más lento. Más torpe.

Tracy llegó a la puerta de la sala.

Giró el pomo.

Cerrado con llave.

*No no no no.*

Buscó la llave. No estaba en el pomo. No estaba en ninguna parte.

Dahmer estaba acercándose, con las manos extendidas.

—No puedes irte—repetía—. Nadie se va.

Tracy vio el acuario en la esquina. Los peces nadando en círculos.

Atrapados.

Como él.

Pero entonces vio algo más.

En la mesa de café.

Las llaves.

Las llaves del apartamento, junto a la billetera de Dahmer.

Tracy se lanzó hacia la mesa, agarró las llaves con la mano esposada.

Dahmer lo agarró por la camisa.

Tracy se giró y golpeó a Dahmer en la garganta con el codo.

Dahmer se dobló, tosiendo.

Tracy corrió hacia la puerta, metió la llave en el cerrojo, la giró.

*Click.*

La puerta se abrió.

Tracy salió corriendo al pasillo.

Dahmer salió detrás de él, todavía sin gafas, todavía tambaleándose.

—Vuelve—dijo, pero su voz ya no tenía autoridad. Solo desesperación—. Por favor. Vuelve.

Tracy no miró atrás.

Corrió hacia las escaleras.

Las bajó de tres en tres, las esposas golpeando contra la barandilla metálica.

Salió del edificio Oxford Apartments a la calle 25.

El aire de julio—caliente, húmedo, lleno de contaminación—le supo a libertad.

Corrió.

Y no paró de correr hasta que vio las luces rojas y azules de un coche patrulla.

**PARTE IX: LOS OFICIALES - 11:30 PM (23 de julio, oficialmente)**

Los oficiales Rolf Mueller y Robert Rauth estaban sentados en su patrulla, comiendo hamburguesas de McDonald's y quejándose del calor, cuando un hombre negro apareció corriendo hacia ellos.

Con esposas colgando de su muñeca.

Sudando. Jadeando. Con los ojos tan abiertos que el blanco era visible incluso en la oscuridad.

—¡Ayúdenme!—gritó Tracy Edwards—. ¡Me va a matar! ¡Tienen que ayudarme!

Mueller bajó su hamburguesa.

—Tranquilízate—dijo—. ¿Quién va a matarte?

—¡El tipo del apartamento! ¡213! ¡Tiene un cuchillo! ¡Intentó matarme!

Rauth salió del auto, examinando las esposas.

—¿De dónde sacaste esas?

—¡Él me las puso! Jeffrey. Jeffrey Dahmer. En el apartamento 213 en el Oxford. Tienen que creerme. Tiene cosas ahí. Cosas *malas*. Fotos. Y el olor... Dios, el olor...

Mueller intercambió una mirada con Rauth.

Podría ser verdad. Podría ser un drogadicto paranoico. Pero las esposas eran reales. Y el terror en los ojos de Tracy Edwards era real.

—Muéstranos—dijo Mueller.

Tracy los guió de vuelta al Oxford Apartments.

Sus manos temblaban tanto que apenas podía señalar el edificio.

—Tercer piso. Apartamento 213.

Mueller llamó por radio para refuerzos.

—Vamos a revisar—dijo.

Subieron las escaleras.

Tracy se quedó atrás, todavía con las esposas, todavía temblando.

Cuando llegaron al apartamento 213, la puerta estaba entreabierta.

Mueller la empujó.

—¿Señor Dahmer? Policía de Milwaukee. ¿Podemos hablar?

Jeffrey Dahmer apareció en la entrada del dormitorio.

Había encontrado sus gafas.

Estaba tranquilo. Compuesto.

Como si nada hubiera pasado.

—Oficiales—dijo, con voz educada—. ¿Puedo ayudarlos?

Y Tracy Edwards, observando desde el pasillo, vio algo que nunca olvidaría:

Dahmer *sonrió*.

No nerviosamente.

No con miedo.

Sino con la confianza de alguien que había hecho esto antes.

Que había engañado a la policía antes.

Que pensaba que podría hacerlo de nuevo.

Pero entonces el oficial Rauth vio algo en la mesa de café.

Las Polaroids.

Todavía esparcidas donde Dahmer las había dejado.

Fotos de cuerpos desmembrados.

Rauth levantó una. Su rostro se puso verde.

—Dios mío—susurró.

Mueller vio otra. Dejó caer su radio.

—Central—dijo con voz temblorosa—. Necesitamos refuerzos. Ahora. Tenemos... no sé qué tenemos. Pero necesitamos ayuda.

Dahmer intentó correr.

Rauth lo tackleó, presionándolo contra el suelo.

—¡Estás arrestado!

Y mientras las esposas se cerraban alrededor de las muñecas de Jeffrey Dahmer—las mismas esposas que había usado en diecisiete hombres—Tracy Edwards se deslizó hasta el suelo del pasillo.

Y lloró.

No de alivio.

Sino porque sabía—*sabía*—que si hubiera llegado cinco minutos después, si los oficiales no hubieran creído, si Dahmer hubiera escondido las fotos...

Sería el número dieciocho.

Y nadie habría sabido su nombre.

### **PARTE X: EL PRECIO DE SOBREVIVIR**

Los meses después del arresto de Dahmer fueron los más difíciles de la vida de Tracy Edwards.

No los peores—esa distinción pertenecía a la noche en el apartamento 213—pero cercanos.

Los periodistas lo acosaban. Querían entrevistas. Querían que contara la historia una y otra vez, reviviendo el trauma para titulares que se vendían.

—¿Cómo se sintió escapar de Jeffrey Dahmer?

—¿Qué vio en el apartamento?

—¿Sintió que iba a morir?

Tracy no podía dormir. Cuando cerraba los ojos, veía el cuchillo. Olía el apartamento. Escuchaba la voz de Dahmer: "*Nadie se va.*"

Comenzó a beber. Primero solo para dormir. Luego para olvidar. Luego porque era lo único que hacía que el mundo se sintiera soportable.

Se mudó seis veces en dos años. Cada apartamento empezaba a sentirse como el 213 después de unas semanas. El olor. Las paredes. La sensación de estar atrapado.

Llamó a Jasmine una vez, tres meses después. Su voz sonaba más grande. Más crecida.

—¿Papi? ¿Dónde estás?

—Papi está... ocupado, bebé. Pero te amo. Siempre te amaré.

—¿Cuándo me vas a visitar?

—Pronto.

Pero "pronto" nunca llegó.

Porque Tracy Edwards se había convertido en dos personas:

El héroe que salvó vidas al escapar.

Y el hombre roto que no podía salvarse a sí mismo.



## **EPÍLOGO: EL LEGADO DE TRACY EDWARDS**

Tracy Edwards murió el 24 de julio de 2022, a los sesenta y dos años.

La causa oficial fue "muerte natural", pero quienes lo conocían sabían la verdad:

Tracy Edwards había estado muriendo lentamente desde el 22 de julio de 1991.

El trauma no lo mató esa noche.

Pero lo persiguió cada día después.

En su funeral—pequeño, asistido por unos pocos amigos y familiares—alguien preguntó:

—¿Fue un héroe?

Y la respuesta fue compleja.

Sí. Tracy Edwards salvó vidas. Su escape detuvo a Jeffrey Dahmer antes de que pudiera matar de nuevo. Incontables hombres—que habrían sido las víctimas dieciocho, diecinueve, veinte—vivieron porque Tracy peleó.

Pero el costo de ese heroísmo fue su propia vida.

El PTSD. La adicción. La incapacidad de funcionar en un mundo que lo veía como "el tipo que escapó de Dahmer" en lugar de como Tracy Edwards, padre, hijo, persona.

Así que sí.

Fue un héroe.

Pero el heroísmo no siempre viene con final feliz.

A veces solo viene con supervivencia.

Y a veces, eso tiene que ser suficiente.

## **EN MEMORIA DE TRACY EDWARDS 1960 - 2022**

*El hombre que peleó cuando pelear parecía imposible. El hombre que corrió cuando correr salvó vidas. El hombre que sobrevivió cuando sobrevivir costó todo.*

*Héroe imperfecto. Sobreviviente complejo. Humano hasta el final.*

*Que finalmente encuentres paz.*

---

## **CAPÍTULO 13: LA SALA DEL TRIBUNAL - CUANDO MILWAUKEE TUVO QUE MIRARSE AL ESPEJO**

---

La Sala 5 del Milwaukee County Courthouse no fue diseñada para contener este nivel de dolor.

Construida en 1931, con techos altos y bancos de madera de roble que habían absorbido décadas de testimonios, confesiones y veredictos, la sala había visto de todo: divorcios amargos, disputas de custodia, robos, asaltos, incluso algunos homicidios. Pero nunca había contenido esto.

Nunca había tenido que albergar a las madres, hermanos, hijos y amantes de diecisiete personas asesinadas por un solo hombre que se sentaba—tranquilo, con gafas de montura gruesa y traje azul marino prestado—en la mesa de la defensa como si estuviera esperando su turno en el DMV.

La sala tenía capacidad para ciento cincuenta personas. El 30 de enero de 1992, cuando comenzó el juicio del Estado de Wisconsin contra Jeffrey Lionel Dahmer, había más de doscientas tratando de entrar. Familias de las víctimas en las primeras filas. Periodistas apiñados en los bancos traseros con cuadernos y grabadoras. Curiosos morbosos que habían hecho fila desde las 5 AM solo para ver al monstruo con sus propios ojos.

Afuera, en las escaleras del palacio de justicia, manifestantes sostenían carteles:

*"PENAL DE MUERTE PARA DAHMER" "JUSTICIA PARA LAS 17 VÍCTIMAS" "MILWAUKEE TIENE SANGRE EN SUS MANOS"*

Pero Wisconsin había abolido la pena de muerte en 1853. Así que la pregunta no era si Dahmer moriría.

Era si pasaría el resto de su vida en prisión o en una institución psiquiátrica.

Era si el sistema lo declararía *malvado* o *loco*.

Y esa distinción—esa línea delgada entre monstruosidad y enfermedad mental—se convertiría en el eje sobre el cual giraría todo.

Porque si Dahmer era loco, entonces el sistema podía exhalar aliviado. Podía decir: *"Esto fue una anomalía. Un cerebro roto. No nuestra culpa."*

Pero si era cuerdo...

Si sabía exactamente lo que hacía cuando drogaba, estrangulaba, desmembraba y comía a diecisiete hombres...

Entonces Milwaukee tendría que admitir algo mucho peor:

Que había permitido que un monstruo completamente consciente operara durante trece años.

Que las cinco llamadas de Glenda Cleveland fueron ignoradas deliberadamente.

Que Konerak Sinthasomphone fue devuelto a su muerte porque los oficiales prefirieron creer a un hombre blanco sobre tres mujeres negras.

Que las vidas de hombres gay, negros y pobres no importaron lo suficiente como para investigar cuando desaparecieron.

El juicio de Jeffrey Dahmer no era solo sobre un hombre.

Era sobre el fracaso de toda una ciudad.

Y durante seis semanas, en la Sala 5, Milwaukee tuvo que mirarse al espejo.

Lo que vio fue feo.

**PARTE I: LA APERTURA - 30 DE ENERO, 1992**

El juez Laurence Gram Jr. entró a la sala a las 9:02 AM.

Tenía sesenta y tres años, había presidido más de quinientos juicios en su carrera, y había visto suficiente maldad humana como para sorprenderse rara-

mente. Pero cuando miró el expediente frente a él—*Estado de Wisconsin v. Jeffrey L. Dahmer, Caso #91-CF-91-3462*—y vio las palabras "15 cargos de homicidio en primer grado" (Wisconsin solo procesaba por las víctimas encontradas en su jurisdicción), sintió un peso en su pecho que no había sentido en décadas.

Golpeó el martillo.

—Este tribunal está en sesión—dijo, con voz que resonó en el silencio tenso—. Estado de Wisconsin contra Jeffrey Lionel Dahmer. ¿Está presente el acusado?

Gerald Boyle, el abogado defensor—un hombre de sesenta años con cabello plateado y una reputación de defender lo indefendible—se puso de pie.

—Sí, Su Señoría. El señor Dahmer está presente.

Dahmer se levantó lentamente. El traje azul le quedaba un poco grande, como si hubiera perdido peso. Sus manos—esas manos que habían estrangulado, cortado, desmembrado—estaban esposadas al frente.

El murmullo en la sala fue instantáneo.

Rita Isbell, hermana de Errol Lindsey, sentada en la primera fila, apretó los puños hasta que las uñas se le clavaron en las palmas.

Shirley Hughes, madre de Anthony, cerró los ojos y rezó en silencio.

Glenda Cleveland, la vecina que había llamado a la policía cinco veces, miró a Dahmer con una expresión que era parte furia, parte vindicación: *Te lo dije. Les dije que algo estaba mal.*

—Señor Dahmer—dijo el juez Gram—, ¿entiende los cargos contra usted?

Dahmer asintió.

—Sí, Su Señoría.

—¿Cómo se declara?

Gerald Boyle se aclaró la garganta.

—Su Señoría, el señor Dahmer se declara culpable por razón de locura.

El murmullo se convirtió en rugido.

*Culpable por razón de locura.*

No "inocente". Dahmer no negaba haber matado. Pero su defensa argumentaría que cuando lo hizo, estaba tan mentalmente enfermo que no podía distinguir el bien del mal.

Que era un hombre roto. No un monstruo.

E. Michael McCann, el fiscal de distrito—un hombre delgado con corbata roja y la mirada de un bulldog que nunca suelta—se puso de pie.

—Su Señoría, el estado probará que Jeffrey Dahmer sabía exactamente lo que hacía. Que planeó meticulosamente cada asesinato. Que compró herramientas. Que limpió escenas de crimen. Que mintió a la policía. Que no es un loco. Es un asesino frío, calculador, que merece pasar cada día restante de su vida en prisión.

El juez Gram miró al jurado: doce personas—siete hombres, cinco mujeres—que habían sido seleccionadas después de semanas de interrogatorios. Personas ordinarias que ahora tendrían que decidir algo extraordinario.

—Damas y caballeros del jurado—dijo Gram—, este será un juicio difícil. Escucharán evidencia perturbadora. Verán fotografías que les quitarán el sueño. Pero su trabajo es determinar una cosa: ¿Jeffrey Dahmer era legalmente cuerdo cuando cometió estos crímenes?

Hizo una pausa.

—Si lo era, va a prisión para siempre. Si no lo era, va a una institución mental. Esa es su decisión.

Golpeó el martillo.

—Que comience el juicio.

## **PARTE II: LA EVIDENCIA - DÍAS 1-7**

Durante la primera semana, la fiscalía construyó su caso ladrillo por ladrillo.

### **DÍA 1: El Apartamento**

El detective Patrick Kennedy subió al estrado con fotografías ampliadas del apartamento 213. Las colocó en caballetes frente al jurado.

Los jurados miraron. Algunos palidecieron. Uno—una mujer de mediana edad llamada Sarah—se llevó la mano a la boca.

—Esto—dijo Kennedy, señalando una foto del refrigerador abierto—es lo que encontramos el 23 de julio de 1991.

Las cabezas en bolsas Ziploc eran visibles incluso desde los bancos traseros.

—¿Y esto?—McCann señaló otra foto.

—El barril de 57 galones. Contenía tres torsos en ácido clorhídrico.

—¿Y el acusado dijo algo cuando lo arrestaron?

Kennedy asintió.

—Dijo: "Ya era hora."

El silencio que siguió fue absoluto.

## **DÍA 2: Los Métodos**

La Dra. Rebecca Weiss, patóloga forense, explicó en detalle clínico cómo Dahmer había matado.

—Primero, drogaba a las víctimas con Halcion molido en bebidas—dijo, usando un diagrama—. Luego, estrangulamiento manual. En algunos casos, usó una cinta métrica para aplicar presión constante.

Mostró fotos de marcas de ligadura en cuellos reconstruidos a partir de restos.

—¿Y después de la muerte?—preguntó McCann.

—Desmembramiento sistemático. El acusado usó sierras, cuchillos de carnicero, y en algunos casos, un taladro eléctrico para perforar cráneos.

—¿Con qué propósito?

La Dra. Weiss cerró los ojos brevemente.

—Intentaba crear "zombies". Inyectaba ácido o agua hirviendo en los lóbulos frontales de víctimas vivas, tratando de destruir su capacidad de razonamiento mientras mantenía sus funciones corporales básicas.

Rita Isbell se levantó de su asiento y salió corriendo de la sala, sollozando.

Porque eso fue lo que le pasó a Errol.

## **DÍA 3: La Planificación**

McCann presentó recibos. Cientos de ellos.

—El 15 de mayo de 1991, el acusado compró un taladro Black & Decker en Home Depot. Precio: \$47.99.

—El 22 de mayo, compró tres galones de ácido muriático en una ferretería.  
Precio: \$23.97.

—El 1 de junio, un barril de plástico de 57 galones en Menards. Precio: \$34.50.  
Cada recibo, cada compra, cada transacción documentada demostraba premeditación.

No caos. No frenesí. Planificación.

—¿Un loco planea así?—preguntó McCann al jurado, sabiendo que no podían responder—. ¿Un loco guarda recibos?

#### **DÍA 4-7: Las Confesiones**

Reprodujeron las grabaciones de audio. Sesenta horas condensadas en los momentos más relevantes.

La voz de Dahmer llenó la sala—monótona, sin emoción, describiendo asesinatos como si leyera una lista de compras:

*"Steven Hicks. Junio 18, 1978. Lo golpeé con una pesa. Luego lo estrangulé. Tomó aproximadamente diez minutos."*

*"Anthony Sears. Marzo 25, 1989. Guardé su cráneo. Lo pinté de negro. Era hermoso."*

*"Ernest Miller. Septiembre 2, 1990. Corté su corazón. Lo cociné con cebolla. Sabía a ternera."*

Shirley Hughes vomitó en un bote de basura.

Porque ese era su Tony. Reducido a una entrada en la lista de Dahmer.

Cuando terminó la semana, McCann se paró frente al jurado y dijo:

—Este hombre sabía exactamente lo que hacía. Cada paso. Cada decisión.  
Cada mentira a la policía. No es un loco. Es un asesino.

Y se sentó.

#### **PARTE III: LA DEFENSA - DÍAS 8-15**

Gerald Boyle tenía un trabajo imposible: hacer que un jurado viera a Jeffrey Dahmer como un enfermo mental en lugar de un monstruo.

Su estrategia: desfile de expertos.

**Dr. Fred Berlin - Johns Hopkins University**

—El señor Dahmer sufre de necrofilia extrema—explicó Berlin, un hombre de sesenta años con credenciales impresionantes—. Su atracción sexual hacia cadáveres es una parafilia documentada. No es algo que eligió. Es una compulsión.

—¿Podía controlarla?—preguntó Boyle.

—No. Los individuos con necrofilia severa experimentan urgencias que sobrepasan su capacidad de resistir.

McCann se levantó para contra-interrogar.

—Doctor, ¿el señor Dahmer sabía que matar estaba mal?

—Probablemente.

—¿Sabía que era ilegal?

—Sí.

—¿Sabía que si lo atrapaban iría a prisión?

Berlin vaciló.

—Sí.

—Entonces sabía la diferencia entre bien y mal. Sabía las consecuencias. Simplemente eligió matar de todas formas.

—No es tan simple...

—¿Sí o no, doctor? ¿Sabía que matar estaba mal?

—...Sí.

McCann se sentó.

### **Dra. Judith Becker - Experta en Violencia Sexual**

Becker intentó explicar el trauma infantil de Dahmer.

—Creció en un hogar disfuncional. Madre alcohólica. Padre ausente. A los dieciséis años, ya fantasiaba con controlar completamente a otra persona.

—¿Eso excusa diecisiete asesinatos?—preguntó McCann en contra-interrogatorio.

—No excusa. Pero explica...

—¿Cuántas personas crecen en hogares disfuncionales, doctora?

—Millones.

—¿Y cuántas se convierten en asesinos seriales caníbales?



Silencio.

—Exactamente—dijo McCann.

**Dr. Carl Wahlstrom - Psiquiatra**

Wahlstrom fue el testigo estrella de la defensa. Había pasado veinte horas evaluando a Dahmer.

—Jeffrey Dahmer es un hombre profundamente perturbado—testificó—. Su patología es única. No solo mataba. Trataba de crear compañeros que no pudieran abandonarlo. Esto refleja un trastorno psicótico.

—¿Es un psicópata?—preguntó Boyle.

—No. Los psicópatas no sienten culpa. El señor Dahmer siente culpa intensa. Por eso bebía. Para ahogar el remordimiento.

—¿Estaba cuerdo cuando mató?

—En mi opinión profesional, no.

Pero luego llegó el contra-interrogatorio de McCann.

—Doctor, ¿el señor Dahmer compró ácido para disolver cuerpos?

—Sí.

—¿Compró un congelador para almacenar partes?

—Sí.

—¿Compró candados para asegurar que las víctimas no escaparan?

—Sí.

—¿Mintió a la policía cuando preguntaron sobre el olor en su apartamento?

—Sí.

—¿Limpió escenas de crimen meticulosamente?

—Sí.

McCann se acercó al jurado.

—Doctor, ¿un loco hace todo eso?

Wahlstrom miró a Dahmer, que estaba sentado inmóvil en la mesa de la defensa.

—Un loco con un cerebro muy enfermo... puede.

—O—dijo McCann—un hombre cuerdo que simplemente no le importa.

#### **PARTE IV: EL MOMENTO - 15 DE FEBRERO, 1992**

Rita Isbell pidió hablar.

El juez Gram vaciló. Esto no era testimonio. Era una declaración de impacto de víctima. No era parte del procedimiento oficial del juicio.

Pero miró a Rita—treinta y dos años, con ojos que habían llorado hasta secarse—y asintió.

—Tres minutos—dijo.

Rita se puso de pie y caminó hacia el frente de la sala. Llevaba un vestido negro. El mismo que había usado en el funeral vacío de Errol, porque no había cuerpo para enterrar, solo cenizas y la certeza horrible de cómo había muerto.

Se paró a tres metros de Jeffrey Dahmer.

Y habló.

—Usted—su voz temblaba pero no se quebraba—mató a mi hermano. Errol Lindsey. Tenía diecinueve años.

Dahmer no levantó la vista.

—¿Me está escuchando?

Nada.

—¡MÍREME!

Dahmer levantó la cabeza lentamente. Sus ojos, detrás de esas gafas, estaban vacíos.

—Errol era dulce—continuó Rita, lágrimas corriendo por su rostro—. Era gentil. Trabajaba en Wendy's después de la escuela para ayudar a mamá con el alquiler. Sostenía puertas para extraños. Decía "gracias" y "por favor".

Su voz se elevó:

—¿Y sabe qué le hizo? ¿Sabe qué le hizo a mi *bebé*?

Señaló hacia la evidencia en los caballetes.

—¡Le taladró un agujero en el cráneo! ¡Le vertió ácido en el cerebro mientras aún estaba *vivo*! ¡Intentó convertirlo en un zombie!

La sala estaba en silencio absoluto.

—Mi madre—Rita sollozó—tuvo que identificar el cráneo de su hijo por registros dentales. ¿Entiende eso? No vio su rostro. No pudo besarlo una última vez. Solo... huesos.

Se acercó más. Los guardias se tensaron.

—Espero—su voz se convirtió en un susurro feroz—que cada vez que cierre los ojos, vea a Errol. Vea a todos ellos. Y espero que nunca encuentre paz. Nunca.

Luego, antes de que alguien pudiera detenerla, se lanzó hacia Dahmer.

No para golpearlo. Solo para gritar en su rostro:

—*¡ESE ERA MI HERMANO! ¡ESE ERA MI BEBÉ!*

Tres oficiales la agarraron, la alejaron mientras ella pateaba y gritaba.

El juez Gram golpeó el martillo.

—¡Orden! ¡Orden en la sala!

Pero no hubo orden esa tarde.

Porque Rita Isbell acababa de decir lo que todos sentían.

Lo que el sistema, con su lenguaje legal y sus procedimientos formales, no podía expresar:

Que Jeffrey Dahmer no era solo culpable de asesinato.

Era culpable de destruir familias. De robar futuros. De convertir personas en cosas.

Y ningún diagnóstico psiquiátrico cambiaría eso.

## **PARTE V: DAHMER HABLA - 17 DE FEBRERO, 1992**

Contra el consejo de su abogado, Jeffrey Dahmer pidió testificar.

Gerald Boyle intentó disuadirlo.

—Jeff, no tienes que hacer esto. Ya presentamos nuestra defensa...

—Quiero hacerlo—dijo Dahmer.

Así que el 17 de febrero, Jeffrey Dahmer subió al estrado.

Juró decir la verdad.

Y luego, con voz monótona, habló durante dos horas.

No sobre los asesinatos. Ya había confesado eso. Habló sobre *por qué*.

—Desde que tengo memoria—dijo—, he tenido fantasías sobre tener un compañero completamente sumiso. Alguien que no pudiera irse. Alguien que fuera... mío.

—¿Y eso lo llevó a matar?—preguntó Boyle.

—No lo *llevó*. Simplemente... pasó. La primera vez fue un accidente. Steven Hicks. Pero después... después no pude parar.

—¿Intentó parar?

—Sí. Después de Hicks, pasé nueve años sin matar. Pero la compulsión... volvió. Y cuando lo hizo, era más fuerte.

McCann, en contra-interrogatorio, fue directo.

—Señor Dahmer, ¿sabía que matar estaba mal?

—Sí.

—¿Sabía que era ilegal?

—Sí.

—¿Compró químicos para disolver cuerpos?

—Sí.

—¿Eso suena como algo que un loco haría, o algo que alguien que sabe exactamente lo que hace haría?

Dahmer cerró los ojos.

—No lo sé.

—¿No lo sabe?

—No sé si estaba loco. Solo sé que no podía parar.

—¿O no *quería* parar?

Silencio.

McCann se acercó.

—Señor Dahmer, cuando Tracy Edwards escapó, ¿intentó detenerlo?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque... no quería que se fuera.

—No. Porque no quería ser atrapado.

Dahmer abrió los ojos.

—Ambas cosas.

—Exactamente—dijo McCann—. Sabía las consecuencias. Sabía que si alguien escapaba, iría a prisión. No es un loco, señor Dahmer. Es un hombre que sabía exactamente lo que hacía y lo hizo de todas formas.

Dahmer no respondió.

Porque no había respuesta.

## **PARTE VI: EL VEREDICTO - 15 DE FEBRERO, 1992**

El jurado deliberó durante cinco horas.

En la sala de espera, las familias rezaban, lloraban, se aferraban entre sí.

Shirley Hughes sostenía un rosario que había pertenecido a su madre.

Rita Isbell fumaba cigarrillo tras cigarrillo, sus manos temblando.

Glenda Cleveland se sentó sola, mirando al vacío, pensando en las cinco llamadas que nadie escuchó.

A las 4:47 PM, el jurado regresó.

El juez Gram leyó el veredicto:

—En el cargo de homicidio en primer grado de Steven Walter Hicks, ¿cómo encuentra al acusado?

—Culpable. Cuerdo al momento del crimen.

—En el cargo de homicidio en primer grado de Steven Mark Tuomi, ¿cómo encuentra al acusado?

—Culpable. Cuerdo.

Y así, quince veces.

Quince veredictos de culpable.

Quince confirmaciones de que Jeffrey Dahmer sabía exactamente lo que hacía.

Cuando el último veredicto fue leído, Dahmer no reaccionó.

Pero las familias sí.

Algunos lloraron de alivio.

Otros gritaron de furia.

Rita Isbell se derrumbó en los brazos de su hermana.

Porque "culpable" no devolvería a Errol.

Pero al menos significaba que el sistema—finalmente, tardíamente—había hecho su trabajo.

## **PARTE VII: LA SENTENCIA - 17 DE FEBRERO, 1992**

El juez Laurence Gram había pasado tres noches sin dormir, preparando sus palabras.

Cuando Dahmer se puso de pie para escuchar su sentencia, Gram miró al hombre que había destruido diecisiete vidas.

Y habló:

—Señor Dahmer, usted ha sido declarado culpable de quince cargos de homicidio en primer grado. Cada cargo conlleva sentencia de vida en prisión sin posibilidad de libertad condicional.

Hizo una pausa.

—Por cada vida que tomó, cada familia que destruyó, cada sueño que anuló, este tribunal lo sentencia a cadena perpetua. Las sentencias se cumplirán consecutivamente.

El secretario calculó:

—Novecientos cincuenta y siete años.

Casi mil años.

Como si el tiempo pudiera medir el daño. Como si los números pudieran cuantificar el dolor.

Gram continuó:

—Pero quiero decirle algo, señor Dahmer. Este juicio no fue solo sobre usted. Fue sobre nosotros. Sobre Milwaukee. Sobre un sistema que falló una y otra vez.

Miró a las familias.

—Glenda Cleveland llamó a la policía cinco veces. Nadie la escuchó. Konerak Sinthasomphone fue devuelto a su muerte. Las desapariciones de hombres gay y negros fueron ignoradas sistemáticamente.

Su voz se endureció:

—Usted es culpable, señor Dahmer. Pero no es el único. Este sistema—nuestra policía, nuestras prioridades, nuestros prejuicios—también tiene sangre en sus manos.

Golpeó el martillo.

—Que Dios tenga misericordia de su alma. Porque este tribunal no la tendrá.

Y así terminó el juicio de Jeffrey Dahmer.

Con un hombre sentenciado a casi mil años.

Y una ciudad obligada a confrontar su propio fracaso.

### **EPÍLOGO: LO QUE EL JUICIO NO PUDO ARREGLAR**

Después del veredicto, nada cambió realmente.

Los oficiales Balcerzak y Gabrish—que devolvieron a Konerak Sinthasomphone a su muerte—fueron despedidos.

Luego reinstalados en 1994 con pago retroactivo.

Balcerzak eventualmente fue elegido presidente de la Asociación de Policía de Milwaukee.

El Departamento de Policía de Milwaukee prometió reformas.

La mayoría nunca se implementaron.

Las familias recibieron acuerdos monetarios.

Ninguna cantidad de dinero devolvió a sus muertos.

Y Jeffrey Dahmer fue a prisión.

Donde, veintiocho meses después, sería asesinado por otro recluso.

Pero esa es otra historia.

Esta historia—la del juicio—termina con una verdad simple:

El sistema de justicia condenó a Jeffrey Dahmer.

Pero nunca se condenó a sí mismo.

Las reformas prometidas se desvanecieron.

Los prejuicios que permitieron que Dahmer matara durante trece años permanecieron.

Y Milwaukee aprendió la lección más dura:

Que es más fácil encarcelar a un monstruo que confrontar los monstruos dentro del propio sistema.

### **VEREDICTOS FINALES**

*Jeffrey Lionel Dahmer 15 cargos de homicidio en primer grado 15 sentencias de cadena perpetua Total: 957 años Sin posibilidad de libertad condicional*

*El Sistema de Milwaukee Cargo: Negligencia criminal que resultó en 11+ muertes evitables Veredicto: Nunca procesado Sentencia: Ninguna*

*Y ahí radica la verdadera injusticia.*



---

## **CAPÍTULO 14: DESPUÉS DEL VEREDICTO - Los Días que el Tiempo No Cura**

---

El 17 de febrero de 1992, a las 6:47 PM, Jeffrey Dahmer fue transferido de la cárcel del condado de Milwaukee a la Columbia Correctional Institution en Portage, Wisconsin.

Ciento treinta y dos kilómetros.

Una hora y cuarenta minutos en una camioneta del Departamento de Correcciones con ventanas polarizadas y escolta policial.

Dahmer iba esposado, con cadenas alrededor de los tobillos que tintineaban con cada bache del camino. No habló durante el viaje. Solo miró por la ventana mientras Milwaukee—la ciudad donde había matado a diecisiete personas durante trece años—se desvanecía en la distancia.

No volvería a verla.

Pero Milwaukee nunca lo olvidaría.

Ni podría.

Porque aunque Jeffrey Dahmer desapareció detrás de los muros de la prisión, su legado permaneció como una herida abierta en el corazón de la ciudad. En las madres que aún ponían un plato extra en la mesa de Navidad para hijos que nunca volverían. En los hermanos que veían rostros familiares en extraños en la calle.

En las comunidades gay y negra que habían aprendido, de la forma más brutal posible, que sus vidas no importaban lo suficiente como para ser protegidas.

El veredicto había declarado a Dahmer culpable.

Pero la culpa—la culpa real, sistémica, compartida—nunca fue sentenciada.

Este es el capítulo sobre lo que pasó después.

Después de que los titulares se desvanecieron.

Después de que las cámaras se apagaron.

Después de que el mundo siguió adelante, pero las familias quedaron atrapadas en un 22 de julio de 1991 eterno.

Es la historia de cómo se vive cuando la justicia llega demasiado tarde.

Y de cómo, a veces, ni siquiera llega.

## **PARTE I: COLUMBIA CORRECTIONAL INSTITUTION - FEBRERO 1992**

La celda medía 2.1 metros por 2.7 metros.

Paredes de bloques de cemento pintadas de un verde institucional que supuestamente calmaba a los reclusos pero que solo lograba hacer que todo pareciera enfermo. Una cama de metal atornillada al suelo. Un inodoro de acero inoxidable sin asiento. Un lavabo con un solo grifo que goteaba agua tibia sin importar cuánto lo giraras.

Una ventana pequeña—30 centímetros por 45—con vista a un muro de cemento a tres metros de distancia.

Esta era la Celda 648.

El hogar de Jeffrey Dahmer por los siguientes 957 años.

O, como resultaría, por los siguientes 972 días.

Dahmer no pidió protección especial. Los asesinos seriales famosos generalmente iban a unidades de aislamiento donde estarían separados de la población general, protegidos de otros reclusos que verían matar a "el Caníbal de Milwaukee" como una insignia de honor.

Pero Dahmer declinó.

—Quiero pagar por lo que hice—le dijo al director de la prisión, Michael Sullivan, durante su procesamiento inicial—. Si alguien quiere matarme, lo acepto.

No era valentía. Era cansancio.

Dahmer había pasado trece años matando. Dos semanas confesando. Seis semanas en juicio siendo diseccionado por expertos, fiscales, y las familias de sus víctimas.

Estaba exhausto de ser Jeffrey Dahmer.

Así que fue a población general.

Cometió tareas de limpieza. Fregó pisos. Limpió baños. Se mantuvo callado.

Por las noches, en su celda, leía la Biblia que el capellán de la prisión le había dado.

No porque creyera.

Sino porque no tenía nada más que hacer.

Y porque, en algún rincón oscuro de su mente, tal vez—*tal vez*—si leía suficientes palabras sobre perdón y redención, algo dentro de él cambiaría.

Algo que le explicara por qué había hecho lo que hizo.

Pero las palabras solo eran palabras.

Y Jeffrey Dahmer seguía siendo Jeffrey Dahmer.

## **PARTE II: EL BAUTISMO - MAYO 1994**

El reverendo Roy Ratcliff había bautizado a cientos de personas durante sus veintiocho años como ministro de la Iglesia de Cristo.

Había bautizado bebés que lloraban, adolescentes que se reían nerviosamente, adultos que temblaban con emoción espiritual.

Pero nunca había bautizado a un asesino serial caníbal.

Hasta el 10 de mayo de 1994.

Ese día, en la piscina terapéutica de la prisión—usualmente reservada para reclusos con lesiones de espalda—Ratcliff se paró en agua hasta la cintura con Jeffrey Dahmer.

Ocho guardias los rodeaban.

—Jeffrey—dijo Ratcliff, con voz que intentaba sonar segura—, ¿aceptas a Jesucristo como tu Señor y Salvador?

Dahmer, con un traje de baño azul estándar de la prisión y sus gafas dejadas en el borde de la piscina (sin ellas, sus ojos parecían más pequeños, más vulnerables), asintió.

—Sí.

—¿Reconoces que eres un pecador necesitado de gracia?

—Sí.

—¿Te arrepientes de tus pecados?

Dahmer cerró los ojos. El agua le llegaba al pecho, haciendo que su cuerpo delgado—había perdido casi 20 kilos desde el arresto—pareciera aún más frágil.

—Sí—susurró—. Me arrepiento.

Ratcliff colocó una mano en la espalda de Dahmer y otra en su pecho.

—Entonces, en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo, te bautizo. Lo sumergió.

Por tres segundos, Jeffrey Dahmer estuvo completamente bajo el agua. Sus ojos cerrados. Su cabello flotando como algas. El agua distorsionando su rostro hasta hacerlo casi irreconocible.

Luego Ratcliff lo levantó.

Dahmer jadeó, limpiándose el agua de la cara.

—Bienvenido—dijo Ratcliff—a la familia de Dios.

Los guardias no aplaudieron. No sonrieron. Solo observaron con la misma expresión que tendrían si estuvieran vigilando la hora de ejercicio.

Porque para ellos, esto no era redención.

Era teatro.

Un asesino jugando a ser cristiano porque no tenía nada mejor que hacer.

Y tal vez tenían razón.

O tal vez—y esta era la posibilidad más perturbadora—Dahmer realmente creía que tres segundos bajo el agua podían lavar trece años de sangre.

### **PARTE III: LAS CARTAS - 1992-1994**

Dahmer escribió 127 cartas durante sus dos años y ocho meses en prisión.

La mayoría nunca fueron enviadas. Se quedaron en cajas en su celda, garabateadas en papel rayado barato con bolígrafo azul estándar de la prisión.

Algunas eran para su padre, Lionel.

*"Papá: Sé que te he decepcionado. Sé que nunca podré reparar lo que hice. Pero quiero que sepas que cada día pienso en las familias. Cada día desearía poder deshacer todo."*

Mentira. O al menos verdad parcial. Porque si realmente pensaba en las familias cada día, ¿por qué nunca les escribió directamente?

Algunas eran para el reverendo Ratcliff.

*"Reverendo: Leí el Salmo 51 anoche. 'Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio.' ¿Crees que es posible? ¿Que alguien como yo pueda ser limpio?"*

Y algunas—las que nunca debieron escribirse—eran para las familias de las víctimas.

Dahmer le escribió a Shirley Hughes en diciembre de 1993.

La carta llegó dos semanas antes de Navidad, en un sobre blanco estándar con el membrete de la prisión en la esquina superior izquierda.

Shirley la abrió en su cocina, con una taza de café enfriándose en la mesa y villancicos sonando bajito en la radio.

Leyó:

*"Estimada Sra. Hughes:*

*Sé que no hay palabras que puedan expresar cuánto lo siento. Su hijo Anthony era una persona hermosa. No merecía lo que le hice. Nadie lo merecía.*

*Pienso en él a menudo. En su sonrisa en las fotos. En cómo debe haber sido antes de que yo...*

*Lo siento. Siento mucho todo.*

*Jeffrey Dahmer"*

Shirley leyó la carta tres veces.

Luego la rompió en pedazos tan pequeños que parecían confeti.

Y cuando su hija le preguntó qué era, Shirley dijo:

—Basura. Solo basura.

Porque las disculpas de Dahmer—sin importar cuán sinceras fueran—no podían devolver a Tony.

No podían deshacer el momento en que tuvo que identificar el cráneo de su hijo por registros dentales.

No podían borrar las noches en que se despertaba gritando, viendo el refrigerador del apartamento 213 en sus pesadillas.

Las palabras eran solo palabras.

Y las palabras no resucitan a los muertos.

#### **PARTE IV: LAS FAMILIAS - VIVIENDO EN EL DESPUÉS**

Rita Isbell no pudo trabajar durante dos años después del juicio.

No por falta de intentarlo. Consiguió un trabajo como cajera en Walgreens. Duró tres semanas antes de tener un ataque de pánico en medio del turno porque un cliente con gafas gruesas se parecía a Dahmer.

Consiguió otro trabajo limpiando oficinas de noche. Duró un mes antes de que el silencio de los edificios vacíos comenzara a sentirse como el apartamento 213.

Eventualmente, su médico la diagnosticó con TEPT severo y la declaró temporalmente incapacitada para trabajar.

Vivió de asistencia por discapacidad.

\$734 dólares al mes.

El valor monetario, según el sistema, de haber perdido a su hermano de las peores maneras imaginables.

Shirley Hughes vendió su casa.

No podía quedarse. Cada habitación tenía recuerdos de Tony: su ropa aún colgando en el armario, sus trofeos de baile en el estante, la marca en el marco de la puerta donde medían su altura cada año en su cumpleaños.

La última marca decía: *"Tony, 19 años, 6'1". 1990."*

Un año antes de morir.

Se mudó a un apartamento pequeño al otro lado de la ciudad. Un lugar sin recuerdos. Sin fantasmas.

Pero Tony la siguió de todas formas.

Cada vez que pasaba por Club 219, donde él había bailado.

Cada vez que veía a un joven negro de veintitantos que podría haber sido él.

Cada vez que escuchaba música y recordaba cómo Tony se movía al ritmo como si la música viviera dentro de sus huesos.

Comenzó a asistir a un grupo de apoyo para familias de víctimas de homicidio.

Diez personas sentadas en círculo en el sótano de una iglesia, compartiendo historias de pérdida sobre café agrio y galletas rancias.

—Mi hijo tenía treinta y un años—dijo Shirley la primera vez que habló—. Era sordo. Dahmer se aprovechó de eso. Fingió saber lenguaje de señas.

Su voz se quebró.

—Tony pensó que había encontrado a alguien que podía comunicarse con él. Alguien que lo entendía. Y ese alguien...

No pudo terminar.

La mujer a su lado—madre de una víctima de violencia doméstica—le apretó la mano.

—No tienes que decirlo—susurró—. Lo sabemos.

Y en ese momento, en ese círculo de dolor compartido, Shirley sintió algo que no había sentido en dos años:

No estaba sola.

Pero tampoco ayudaba.

Porque "no estar sola" no devolvía a Tony.

Glenda Cleveland se convirtió en activista.

No porque quisiera. Sino porque no podía quedarse callada.

Dio entrevistas a estaciones de noticias locales, a documentalistas, a cualquiera que escuchara su historia: las cinco llamadas que hizo, las cinco veces que la ignoraron.

—Si me hubieran escuchado—decía, con voz que temblaba de furia contenida—, once personas estarían vivas hoy.

Señalaba con nombres específicos:

—Anthony Hughes. Ernest Miller. David Thomas. Curtis Straughter. Errol Lindsey. Tony Hughes. Konerak Sinthasomphone. Matt Turner. Jeremiah Weinberger. Oliver Lacy. Joseph Bradehoft.

—Once personas—repetía—. Once. Porque nadie escuchó a una mujer negra. El Departamento de Policía de Milwaukee prometió reformas.

Nuevos protocolos de entrenamiento. Sesiones de sensibilidad sobre racismo implícito. Líneas directas mejoradas para reportes de bienestar.

Pero Glenda veía la verdad:

Los mismos oficiales seguían patrullando.

Balcerzak y Gabrish habían sido reinstalados.

Nada había cambiado realmente.

Así que siguió hablando.

Hasta el día que murió en 2011, Glenda Cleveland siguió contando su historia.

Porque alguien tenía que recordar.

Alguien tenía que decir sus nombres.

#### **PARTE V: 28 DE NOVIEMBRE DE 1994**

Christopher Scarver había estado en Columbia Correctional desde 1992, cumpliendo cadena perpetua por homicidio.

Era un hombre grande—1.88 metros, 100 kilos—con cicatrices de acné en las mejillas y una mirada que hacía que otros reclusos cruzaran al otro lado del pasillo.

Scarver odiaba a Jeffrey Dahmer.

No por razones personales. Nunca había conocido a ninguna de las víctimas. Pero Scarver era profundamente religioso, llevaba una Biblia gastada a todas partes, y creía en el juicio divino.

Y en su mente, Dahmer merecía morir.

La mañana del 28 de noviembre de 1994, Scarver, Dahmer, y otro recluso llamado Jesse Anderson fueron asignados a limpiar los baños de la prisión.

Estaban supuestamente supervisados.

Pero el guardia—cuyo nombre se redactó de los informes oficiales—"salió brevemente" a las 8:17 AM.



Dejando a tres asesinos convictos solos en un baño con herramientas de limpieza.

Y una barra de metal de 50 centímetros.

Scarver la recogió.

Pesaba un kilo y medio. Tenía un extremo irregular donde había sido cortada de una máquina más grande.

Se acercó a Dahmer, que estaba fregando el suelo con la cabeza agachada.

—Oye, Jeffrey—dijo Scarver.

Dahmer levantó la vista.

Scarver lo golpeó en la cabeza.

El sonido fue como un bate de béisbol conectando con una sandía.

Dahmer cayó.

Scarver lo golpeó de nuevo.

Y otra vez.

Y otra vez.

Siete veces en total, según el informe forense.

El cráneo de Dahmer se fracturó en múltiples lugares. Su cerebro se hinchó. Sangre salió de sus oídos, nariz, boca.

A las 8:27 AM—diez minutos después de que comenzara—Scarver se detuvo.

Luego se volvió hacia Jesse Anderson y lo mató también.

Cuando el guardia regresó a las 8:32 AM, encontró dos cuerpos en charcos de sangre.

Dahmer aún tenía pulso.

Débil. Irregular. Pero allí.

La ambulancia llegó a las 8:49 AM.

Dahmer fue declarado muerto a las 9:11 AM en el Centro Médico Divine Savior.

Causa de muerte: Traumatismo contundente severo en la cabeza.

Tenía treinta y cuatro años.

Y con su muerte, algo extraño pasó:

El mundo exhaló.

## **PARTE VI: LAS REACCIONES**

Shirley Hughes estaba pelando papas para la cena de Thanksgiving cuando sonó el teléfono.

—¿Señora Hughes? Soy del *Milwaukee Journal Sentinel*. ¿Tiene algún comentario sobre la muerte de Jeffrey Dahmer?

El cuchillo se le resbaló de las manos, cortándole el pulgar.

—¿Qué?

—Jeffrey Dahmer. Fue asesinado esta mañana en prisión. Solo queríamos saber si...

Shirley colgó.

Se sentó en el suelo de su cocina, sosteniendo su pulgar sangrando, y lloró.

No de tristeza.

De alivio.

Porque Dahmer ya no estaba en el mundo. Ya no respiraba el mismo aire que ella. Ya no podía escribir cartas diciéndole cuánto lo sentía.

Pero luego, entre las lágrimas, sintió algo más:

Vacío.

Porque pensó que cuando Dahmer muriera, sentiría justicia.

Sentiría cierre.

Pero solo sentía... nada.

Tony seguía muerto.

Y ahora Dahmer también.

Y eso no cambiaba nada.

Rita Isbell se enteró por las noticias de la tarde.

—*Jeffrey Dahmer, el asesino serial conocido como el Canibal de Milwaukee, fue asesinado hoy en la Columbia Correctional Institution. Tenía treinta y cuatro años...*

Rita apagó la televisión.

Se sirvió un vaso de whiskey. Luego otro.

Y cuando su hermana llamó para preguntar cómo se sentía, Rita dijo:

—No sé. Pensé que me sentiría feliz. Pero solo me siento... cansada.

Porque la venganza—si eso era lo que era—no devolvía a Errol.

No borraba el trauma de ver su cráneo en la sala del tribunal.

No le daba paz.

Solo le daba otro nombre para poner en la lista de muertos.

Glenda Cleveland no sintió nada.

—Está muerto—le dijo a una reportera que llamó esa noche—. Bien. Pero eso no cambia el hecho de que nadie me escuchó. Eso no cambia que once personas murieron porque el sistema falló.

—¿Se siente mejor ahora que está muerto?

—No—dijo Glenda—. Me sentiría mejor si las reformas que prometieron realmente se hubieran implementado. Me sentiría mejor si Balcerzak y Gabrish hubieran sido procesados. Me sentiría mejor si este país valorara las vidas negras tanto como valora encarcelar asesinos blancos.

Colgó.

Y se sentó sola en su apartamento, mirando el lugar donde una vez estuvo el edificio Oxford.

Ahora solo un estacionamiento vacío.

Como si Milwaukee pudiera borrar lo que pasó con asfalto y pintura amarilla.

## **PARTE VII: EL FUNERAL QUE NO FUE**

Lionel Dahmer no reclamó el cuerpo de inmediato.

Pasaron tres días antes de que llamara a la prisión.

—¿Qué... qué hago con él?—preguntó, con voz quebrada.

—Eso depende de usted, señor Dahmer—respondió el funcionario—. Puede hacer arreglos funerarios o podemos cremar los restos y...

—Crémelo—interrumpió Lionel—. Sin servicio. Sin marcador. Solo... crémenlo.

Así que eso hicieron.

El cuerpo de Jeffrey Dahmer fue cremado el 2 de diciembre de 1994, en una ceremonia privada sin asistentes.

Sus cenizas fueron divididas.

Mitad para Lionel.

Mitad para Joyce, su madre.

Lionel esparció su mitad en un lugar no revelado en Ohio.

Joyce guardó la suya en una caja de cartón en su armario durante ocho años antes de finalmente esparcirlas en el río Kinnickinnic.

Sin palabras. Sin ceremonia.

Solo cenizas en agua, disolviéndose en la corriente.

Como si Jeffrey Dahmer nunca hubiera existido.

Pero sí existió.

Y diecisiete personas murieron porque existió.

Y eso nunca desaparecería.

### **PARTE VIII: LO QUE LA MUERTE DE DAHMER NO CAMBIÓ**

Después del asesinato de Dahmer, los medios publicaron retrospectivas.

*"El Fin del Caníbal de Milwaukee" "Justicia Servida: Asesino Serial Muere en Prisión" "Familias de Víctimas Reaccionan a la Muerte de Dahmer"*

Pero las historias se desvanecieron en días.

Porque un nuevo escándalo apareció. Una nueva tragedia. Un nuevo monstruo para obsesionarse.

Y Milwaukee siguió adelante.

El Departamento de Policía nunca implementó todas las reformas prometidas.

Balcerzak fue promovido a sargento en 1999, luego a presidente de la Asociación de Policía de Milwaukee en 2005.

El edificio Oxford Apartments fue demolido, pero los problemas sistémicos que permitieron que Dahmer operara durante trece años permanecieron intactos:

Respuestas lentas en barrios negros.

Reportes de personas desaparecidas archivados sin investigación seria.

Una cultura policial que privilegiaba ciertos tipos de vidas sobre otras.

Y las familias...

Las familias siguieron viviendo con el dolor.

Porque eso es lo que nadie te dice sobre "justicia":

No cura.

No devuelve a los muertos.

No borra el trauma.

Solo cierra un capítulo.

Pero el libro nunca termina.

### **PARTE IX: LOS SOBREVIVIENTES INVISIBLES**

Tracy Edwards murió el 24 de julio de 2022.

Solo. En una habitación de motel barata en Milwaukee.

El PTSD que desarrolló después de escapar del apartamento 213 nunca lo dejó.

Se automedicó con alcohol. Con drogas. Con cualquier cosa que hiciera que las pesadillas pararan.

Nunca pudo mantener un trabajo. Nunca pudo mantener relaciones. Nunca pudo explicarle a su hija por qué desapareció de su vida.

Porque ¿cómo explicas que sobreviviste a Jeffrey Dahmer pero que una parte de ti murió esa noche de todas formas?

Tracy Edwards fue llamado héroe.

Pero nunca se sintió como uno.

Solo se sintió como un hombre que corrió.

Y que nunca dejó de correr.

Glenda Cleveland murió el 24 de diciembre de 2011.

La víspera de Navidad.

Su obituario en el *Milwaukee Journal Sentinel* tenía tres párrafos.

Mencionaba que había llamado a la policía sobre Jeffrey Dahmer.

Pero no mencionaba las cinco veces que la ignoraron.

No mencionaba cómo se convirtió en activista, demandando reformas que nunca llegaron.

No mencionaba que pasó los últimos veinte años de su vida gritando verdades que Milwaukee no quería escuchar.

Solo: *"Glenda Cleveland, 56, falleció el 24 de diciembre. Sobreviven sus hijos y nietos. Los servicios serán privados."*

Como si fuera solo otra persona.

No la mujer que pudo haber salvado once vidas si alguien la hubiera escuchado.

Y las madres, hermanos, hijos de las víctimas...

Siguieron viviendo.

Porque eso es lo que haces cuando no tienes opción.

Shirley Hughes vivió hasta 2019. Nunca dejó de ir a la tumba de Tony cada domingo. Nunca dejó de hablar con él como si aún pudiera escuchar.

Rita Isbell aún vive, llevando el peso de Errol cada día. En entrevistas, dice: *"Nunca superas algo así. Solo aprendes a cargarlo."*

Y tienen razón.

Porque la muerte de Jeffrey Dahmer no cerró sus heridas.

Solo quitó al hombre que las causó.

Y resultó que eso no era suficiente.

## **EPÍLOGO DE CAPÍTULO: LA TUMBA SIN NOMBRE**

No hay tumba de Jeffrey Dahmer.

No hay marcador. No hay lápida. No hay lugar donde su nombre esté grabado en piedra.

Sus cenizas fueron esparcidas hace décadas, disueltas en agua y viento.

Como si nunca hubiera existido.

Pero diecisiete tumbas—algunas marcadas, algunas no—recuerdan lo contrario.

Steven Hicks. Steven Tuomi. James Doxtator. Richard Guerrero. Anthony Sears. Raymond Smith. Edward Smith. Ernest Miller. David Thomas. Curtis Straughter. Errol Lindsey. Anthony Hughes. Konerak Sinthasomphone. Matt Turner. Jeremiah Weinberger. Oliver Lacy. Joseph Bradehoft.

Diecisiete nombres.

## VÍCTIMAS INVISIBLES: LA HISTORIA NO CONTADA DE LOS CRÍMENES...

Diecisiete personas que importaron.

Que aún importan.

Y mientras sus nombres permanezcan en nuestras memorias, Jeffrey Dahmer no será recordado como el monstruo que fue.

Será recordado como el fracaso que expuso.

El fracaso de un sistema que permitió que diecisiete personas murieran porque sus vidas no parecían valer la pena salvar.

Ese es el verdadero legado.

Y ese es el peso que Milwaukee aún carga.

---

## CAPÍTULO 15: DIECISIETE NOMBRES - UN MEMORIAL DE PALABRAS

---

No hay estatua.

No hay placa de bronce en el lugar donde estuvo el Oxford Apartments, donde once hombres respiraron su último aliento.

No hay banco con una inscripción en el parque cerca de Bath Road, Ohio, donde Steven Hicks levantó el pulgar por última vez.

No hay memorial oficial en Milwaukee—ningún jardín con diecisiete árboles, ningún mural con diecisiete rostros, ningún monumento que diga: *"Aquí vivieron. Aquí amaron. Aquí fueron olvidados hasta que fue demasiado tarde."*

La ciudad siguió adelante.

El apartamento 213 fue demolido en 1992. En su lugar: un estacionamiento. Líneas amarillas sobre asfalto negro. Autos que vienen y van, ignorantes de que sus neumáticos ruedan sobre tierra que alguna vez absorbió sangre.

El Oxford Apartments completo fue destruido en 1994. Hoy: un lote vacío con hierba creciendo entre las grietas. A veces, turistas mórbidos llegan con cámaras, buscando el edificio que ya no existe. Se toman selfies frente a la nada. Publican en redes sociales: *"Estuve donde el Caníbal de Milwaukee mató a 11 personas #TrueCrime #DahmerTour"*.

Como si el horror fuera entretenimiento.



Como si las vidas perdidas fueran solo contenido.

Pero ellos no eran contenido.

Eran personas.

Steven con su sonrisa torcida y su guitarra. Tony con sus manos que hablaban más elocuentemente que mil palabras. Konerak con su uniforme de fútbol americano y sueños de universidad. Errol con su dulzura que hacía que extraños sonrieran.

Eran hijos. Hermanos. Padres. Amantes. Amigos.

Eran más que la forma en que murieron.

Y este capítulo—este memorial de palabras—existe porque deben ser recordados como lo que fueron antes de que Jeffrey Dahmer los redujera a números, a evidencia, a titulares.

Porque si no los recordamos, si dejamos que sus nombres se desvanezcan en la historia como "las víctimas de Dahmer", entonces Dahmer gana una última vez.

Pero si los nombramos.

Si contamos sus historias.

Si insistimos en que importaron—que *importan*—entonces tal vez, solo tal vez, algo de su luz sobrevive.

Este no es un capítulo sobre Jeffrey Dahmer.

Es un capítulo sobre diecisiete personas que merecían vivir.

Y sobre la deuda que nunca podremos pagarles.

### **STEVEN MARK HICKS**

*7 de julio de 1959 - 18 de junio de 1978 18 años | La Primera Víctima*

Steven tenía pecas.

No muchas—solo un puñado esparcidas sobre el puente de su nariz como semillas de sésamo—pero eran lo primero que notabas cuando sonreía. Y Steven sonreía mucho. El tipo de sonrisa que hacía que pensaras que estaba a punto de contarte un chiste, incluso cuando no lo estaba.

Creció en Coventry Township, Ohio, en una casa con un porche que se inclinaba ligeramente hacia la izquierda y un jardín donde su madre, Delores, cultivaba

tomates que nunca maduraban completamente. Era el tipo de vecindario donde los niños jugaban kickball en la calle hasta que las farolas se encendían, donde conocías a todos por su nombre.

Steven tocaba la guitarra. No profesionalmente—nunca tuvo clases formales—pero tenía oído para la música. Se enseñó a sí mismo acordes escuchando discos de Led Zeppelin en el tocadiscos de su hermano mayor. Sus dedos encontraban las cuerdas por instinto, y cuando tocaba *Stairway to Heaven*, sus amigos se callaban para escuchar.

Acababa de graduarse de Revere High School tres semanas antes de morir. En la ceremonia, su cabello castaño estaba demasiado largo—su madre había tratado de que se lo cortara, pero Steven había resistido—y cuando cruzó el escenario para recibir su diploma, tropezó ligeramente con su toga.

Sus amigos se rieron. Steven se rio también.

Ese fue el tipo de persona que era: alguien que convertía sus errores en chistes.

Esa tarde del 18 de junio de 1978, Steven iba caminando por Bath Road después de que sus amigos lo dejaran plantado frente al teatro. Hacía calor—el tipo de calor de Ohio que te hace sudar solo de estar parado—y cuando un Oldsmobile mostaza se detuvo y el conductor le ofreció un aventón y cerveza fría, Steven dijo que sí.

No porque fuera ingenuo.

Sino porque tenía dieciocho años, hacía calor, y nadie le había enseñado a temer a hombres blancos con gafas que sonreían demasiado.

Su cuerpo fue encontrado trece años después—o lo que quedaba de él. Fragmentos de hueso enterrados detrás de la casa de la abuela de Dahmer, algunos molidos hasta convertirse en polvo.

No hubo funeral. No había suficiente de Steven para enterrar.

Pero cada 18 de junio, su madre Delores ponía flores en el porche de la casa donde Steven creció.

Rosas amarillas. Sus favoritas.

Y tocaba *Stairway to Heaven* en el viejo tocadiscos.

Porque esa era la única forma en que podía traerlo de vuelta.

## **STEVEN WALTER TUOMI**

*8 de agosto de 1962 - 20 de noviembre de 1987 25 años | El Hombre en la Maleta*

Steven Tuomi no debería haber estado en Milwaukee esa noche.

Debería haber estado en Ontonagon, Michigan—el pueblo donde nació, donde el lago Superior se estrellaba contra costas rocosas y el aire siempre olía a pino y agua fría. Debería haber estado ayudando a su padre a reparar el bote de pesca antes del invierno, o comiendo pastel de arándanos casero de su madre mientras ella le preguntaba, por enésima vez, cuándo iba a sentar cabeza.

Pero Steven había venido a Milwaukee dos años antes buscando algo que Ontonagon no podía darle: la libertad de ser gay sin que todo el pueblo susurrara a sus espaldas.

En Milwaukee, Steven podía ir a bares como el Phoenix sin mirar por encima del hombro. Podía tomarse de la mano con su novio, David—un barman con ojos verdes que hacía los mejores gin tonics de Wisconsin—sin temer que alguien lo siguiera al estacionamiento después.

David y Steven habían estado juntos seis meses.

Fue la relación más larga y feliz de la vida de Steven. Vivían en un apartamento de un dormitorio en el West Side donde las tuberías hacían ruidos extraños a las 3 AM y la calefacción nunca funcionaba bien, pero era *suyo*. Tenían planes: ahorrar suficiente para un departamento mejor, tal vez adoptar un perro, tal vez—algún día—casarse si el mundo cambiaba lo suficiente como para permitirlo.

Pero en noviembre de 1987, David y Steven tuvieron una pelea.

Una pelea tonta sobre platos sucios o facturas sin pagar o alguna otra cosa que parecía importante en el momento pero que no importaba realmente.

David salió dando un portazo.

Steven, molesto y solo, fue al Phoenix.

Y conoció a un hombre con gafas que le ofreció continuar bebiendo en su habitación de hotel.

Nadie sabe exactamente qué pasó en la habitación 219 del Ambassador Hotel.

Dahmer afirmó que "despertó" con Steven muerto a su lado, sin recordar haberlo matado—un blackout inducido por alcohol y pastillas.

Tal vez sea verdad.

O tal vez era más fácil reclamar amnesia que admitir que el asesinato número dos fue tan deliberado como todos los que siguieron.

Lo que sabemos es esto:

Steven Tuomi fue metido en una maleta. Transportado en taxi a la casa de la abuela de Dahmer. Desmembrado en el sótano mientras ella estaba en misa. Sus restos esparcidos en la basura de Milwaukee, nunca encontrados, nunca identificados.

Su madre, Marilyn, manejó desde Ontonagon cuando Steven no respondió su llamada dominical.

Encontró su apartamento vacío. David dijo que no lo había visto desde su pelea.

La policía tomó un reporte. Archivo #87-3844: *"Adulto varón blanco reportado como desaparecido. Posiblemente se mudó fuera del estado."*

No investigaron.

Porque jóvenes adultos desaparecen todo el tiempo, ¿verdad?

Marilyn regresó a Ontonagon con las manos vacías y el corazón roto.

Murió en 2003.

En su testamento, dejó instrucciones: si alguna vez encontraban a Steven, lo enterrarán junto a ella.

Nunca lo encontraron.

Así que en el cementerio St. Joseph en Ontonagon, hay dos lápidas lado a lado:

*MARILYN TUOMI 1932-2003 Madre Amorosa*

Y al lado, una piedra más pequeña sin fechas:

*STEVEN WALTER TUOMI NUNCA OLVIDADO ESPERANDO A VOLVER A CASA*

### **JAMES EDWARD DOXTATOR**

*1 de marzo de 1973 - 16 de enero de 1988 14 años | El Niño Invisible*

James tenía catorce años cuando murió.

Catorce.

La edad en que todavía crees que eres inmortal. En que el mundo parece enorme y aterrador y emocionante todo a la vez. En que estás descubriendo quién eres—tus gustos, tus sueños, tu lugar en el universo.

James nunca tuvo la oportunidad de terminar ese descubrimiento.

Era nativo americano—Oneida por parte de su madre—con cabello negro que le caía sobre los ojos y una sonrisa torcida que usaba como armadura. Creció en el West Side de Milwaukee, en un apartamento de dos habitaciones que compartía con su madre, su padrastro, y dos hermanos menores.

No era fácil.

Su padrastro bebía. Su madre trabajaba dos turnos—limpiando oficinas de noche, sirviendo mesas de día—y raramente estaba en casa. James cuidaba a sus hermanos después de la escuela: ayudándoles con la tarea, calentando Spaghetti-Os para la cena, asegurándose de que se acostaran antes de las 9 PM.

Pero James también estaba descubriendo algo sobre sí mismo.

Algo que no podía decirle a su familia.

Algo que lo hacía sentir solo incluso cuando estaba rodeado de gente.

Era gay.

A los catorce años, en 1988, en un barrio donde "gay" era un insulto gritado en patios de escuela, James no tenía a nadie con quien hablar sobre lo que sentía. Así que comenzó a frecuentar el área alrededor de Grand Avenue Mall, donde había escuchado que otros chicos como él se reunían.

No buscaba sexo. Buscaba comunidad. Buscaba alguien que lo entendiera.

La noche del 16 de enero, James conoció a un hombre fuera del Phoenix Bar.

El hombre—rubio, con gafas—le ofreció \$50 por "posar para fotos".

James necesitaba el dinero. Siempre necesitaba dinero. El cumpleaños de su hermano menor era la próxima semana y quería comprarle un regalo de verdad, no algo de la tienda de segunda mano.

Así que fue.

Su cuerpo nunca fue encontrado. Solo fragmentos de hueso, años después, mezclados con los restos de otras víctimas en el sótano de la abuela de Dahmer.

Su madre, Deborah, reportó su desaparición el 18 de enero.

La policía tomó el reporte. Archivo #88-412: *"Menor de edad fugado. Probablemente con amigos."*

No investigaron.

Porque niños como James—pobres, nativos, posiblemente gay—desaparecían todo el tiempo en Milwaukee. Y el sistema había aprendido a no buscarlos demasiado.

Deborah puso volantes durante meses. Recorrió las calles gritando su nombre. Llamó a hospitales, refugios, morgues.

Nadie lo había visto.

Cuando finalmente se enteró—tres años después, cuando Dahmer confesó—de cómo había muerto James, Deborah no habló durante una semana.

Solo se sentó en el cuarto que James había compartido con sus hermanos, sosteniendo su almohada, oliendo el último rastro de él.

En el funeral memorial—sin cuerpo para enterrar—el sacerdote dijo que James estaba "en un lugar mejor ahora".

Deborah gritó: *"¡Debería estar AQUÍ! ¡Tenía catorce años!"*

Y tenía razón.

James Doxtator debería haber cumplido quince, dieciséis, diecisiete.

Debería haber ido al baile de graduación. Besado a su primer novio. Ido a la universidad. Descubierto quién era sin miedo.

En lugar de eso, fue reducido a fragmentos de hueso en un sótano.

Y el mundo siguió girando.

Como si nunca hubiera existido.

## **RICHARD GUERRERO**

*12 de diciembre de 1965 - 22 de marzo de 1988 22 años | El Bailarín*

Richard bailaba como si la música viviera en sus huesos.

Salsa. Merengue. Bachata. Cualquier cosa con ritmo, cualquier cosa que hiciera que su cuerpo quisiera moverse. En fiestas familiares en el West Side, Richard era siempre el primero en la pista de baile y el último en irse, girando a sus primas hasta que se mareaban, haciéndole guiños a su abuela mientras movía las caderas de formas que hacían que ella se riera y dijera: "*¡Ay, Ricardo, qué sinvergüenza eres!*"

Era puertorriqueño—segunda generación, nacido en Milwaukee pero con raíces que se extendían profundamente hacia la isla que nunca había visitado pero que su madre, Carmen, describía como "paraíso". Carmen cocinaba mofongo los domingos y ponía música de Héctor Lavoe en el estéreo, y Richard bailaba en la cocina mientras ayudaba a picar cilantro.

Tenía una sonrisa que te hacía sentir que eras la persona más importante del mundo. Y un diente torcido—el canino derecho—que sobresalía ligeramente cuando se reía. Carmen siempre decía que lo llevaría al dentista para arreglarlo, pero Richard decía: "*Mami, me hace único.*"

Trabajaba en el supermercado Piggly Wiggly en National Avenue, apilando productos, ayudando a ancianas a llevar sus compras al auto, siempre con una broma lista, siempre haciendo que el día de alguien fuera un poco mejor.

Pero Richard tenía un sueño.

Quería abrir una escuela de baile. Un lugar donde niños puertorriqueños en Milwaukee pudieran aprender salsa y merengue, donde pudieran conectarse con su cultura a través del movimiento. Había estado ahorrando—\$50 aquí, \$100 allá—guardando cada centavo en una lata de café en su armario.

La noche del 22 de marzo de 1988, Richard fue al Phoenix Bar después del trabajo.

No era inusual. A veces iba después de turnos largos, tomaba una o dos cervezas, hablaba con amigos. Era uno de los pocos lugares en Milwaukee donde podía ser abiertamente gay sin mirar por encima del hombro.

Conoció a un hombre—blanco, con gafas—que le ofreció dinero por "posar para fotos".

Richard necesitaba el dinero. Cada dólar lo acercaba a su escuela de baile.

Así que fue.

Su cuerpo fue enterrado bajo las hortensias en el jardín de la abuela de Dahmer. Encontrado años después cuando finalmente excavaron el terreno.

Carmen reportó su desaparición el 24 de marzo.

La policía tomó el reporte. Archivo #88-1247: *"Adulto varón hispano reportado como desaparecido. Sin señales de acto criminal."*

No investigaron.

Carmen buscó por su cuenta. Imprimió 500 volantes con la foto de Richard—esa donde está sonriendo, mostrando el diente torcido—y los pegó en postes telefónicos por todo Milwaukee.

*"¿HAS VISTO A ESTE HOMBRE?" "RICHARD GUERRERO, 22 AÑOS"*  
*"POR FAVOR LLAMEN"*

Nadie llamó.

Tres años después, cuando Dahmer confesó, Carmen tuvo que ir a identificar fragmentos de hueso. El forense le preguntó si Richard tenía alguna característica dental distintiva.

—Sí—dijo Carmen, con voz rota—. Un diente torcido. El canino derecho.

Y así fue cómo confirmaron que los huesos eran de su hijo.

A través de un diente torcido que ella siempre había amado.

Carmen murió en 1995, cuatro años después del juicio.

Antes de morir, donó la lata de café—con \$1,847 dólares dentro—a una organización comunitaria que enseñaba baile a niños latinos.

Porque el sueño de Richard no debía morir con él.

Y cada vez que un niño puertorriqueño en Milwaukee aprende a bailar salsa, una pequeña parte de Richard Guerrero sigue viva.

**ANTHONY LEE SEARS**

*25 de enero de 1965 - 25 de marzo de 1989 24 años | El Modelo que Nunca Fue*

Anthony era hermoso.

No "guapo" o "atractivo". *Hermoso.*



Pómulos altos que podían cortar vidrio. Ojos color avellana que cambiaban de verde a dorado según la luz. Un cuerpo esculpido por horas en el gimnasio—bíceps definidos, abdominales marcados, piernas que parecían talladas en mármol.

A los veintidós años, había ganado un concurso amateur de culturismo en Chicago. La foto de su victoria estaba enmarcada en la pared de su madre, Marilyn: Anthony sin camisa, con los brazos flexionados, sonriendo como si acabara de ganar la lotería.

Porque para Anthony, ese trofeo de plástico dorado significaba algo más grande: validación. Prueba de que su cuerpo—que había moldeado músculo por músculo, comida por comida—era digno de ser visto.

Anthony había firmado un contrato con una agencia de modelaje en Chicago. No era Wilhelmina o Ford, pero era legítima. Le habían prometido trabajos: catálogos de ropa interior, anuncios de gimnasios, tal vez—si tenía suerte—una editorial en una revista fitness.

El contrato estaba sobre su mesa la noche que murió. Sin firmar. Esperando.

Anthony vivía en Milwaukee pero viajaba a Chicago para castings. Trabajaba como barman en La Cage—un club gay en el West Side—para pagar facturas mientras esperaba que su carrera de modelo despegara. Era el tipo de barman que recordaba tu bebida, que preguntaba por tu día, que hacía que te sintieras menos solo aunque estuvieras bebiendo solo.

La noche del 25 de marzo de 1989—su cumpleaños número veinticuatro—Anthony trabajó su turno habitual. Sus compañeros de trabajo le cantaron *Happy Birthday* a medianoche, le regalaron un cupcake con una vela que Anthony apagó de un soplido.

—¿Pediste un deseo?—preguntó otro barman.

—Siempre—respondió Anthony, sonriendo.

Después de su turno, se quedó para tomar una cerveza. Un hombre—blanco, con gafas—se le acercó. Le dijo que era fotógrafo. Que trabajaba con agencias. Que pensaba que Anthony tenía "el look" que buscaban.

Anthony había escuchado esas líneas antes. Pero este tipo mencionó nombres específicos—agencias reales en Chicago—y parecía conocer la industria.

Así que Anthony fue a su casa para ver su portafolio.

Dahmer guardó el cráneo de Anthony—pintado de negro, pulido hasta brillar—como su trofeo máspreciado. Lo mantuvo en el estante de su armario como si fuera una pieza de arte.

Marilyn, la madre de Anthony, no supo que había desaparecido durante una semana.

Asumió que estaba en Chicago para audiciones. Cuando finalmente llamó preocupada y nadie sabía dónde estaba, reportó su desaparición.

La policía tomó el reporte. Archivo #89-1856: *"Adulto varón negro reportado como desaparecido. Posiblemente en Chicago."*

No investigaron.

El contrato de modelaje expiró sin firmarse.

La agencia llamó dos veces preguntando por Anthony, luego siguieron adelante con otro modelo.

Y el sueño de Anthony—aparecer en revistas, hacer que su madre se sintiera orgullosa, probar que era más que solo un cuerpo bonito—murió con él.

En febrero de 1992, cuando Marilyn identificó el cráneo pintado de negro como perteneciente a su hijo a través de registros dentales, se derrumbó en el suelo del tribunal.

—Ese es mi bebé—sollozó—. Ese es mi hermoso bebé.

Y el oficial forense, que había visto horror tras horror durante el caso Dahmer, tuvo que salir de la sala.

Porque había algo particularmente cruel en convertir la belleza de alguien en un trofeo.

En tomar a un hombre que había trabajado tan duro para ser visto y reducirlo a un cráneo en un estante.

Anthony Sears merecía ser recordado como era: hermoso, ambicioso, amable.

No como la "víctima con el cráneo pintado".

Sino como Anthony.

Simplemente Anthony.

### **RAYMOND LAMONT SMITH**

*14 de agosto de 1957 - 30 de mayo de 1990 33 años | Fabuloso Hasta el Final*

Raymond Smith no caminaba.

*Vogueaba.*

Incluso cuando solo iba a la tienda de la esquina a comprar cigarrillos, había algo en la forma en que movía los hombros, el swing en sus caderas, el ángulo de su barbilla que decía: *Estoy aquí. Mírenme. Y si no les gusta, ese es su problema.*

Raymond había crecido en Milwaukee en los años 60 y 70—negro, gay, en una ciudad que no sabía qué hacer con ninguna de esas dos cosas, mucho menos con ambas. Cuando su padre lo echó de la casa a los diecisiete años después de encontrar revistas gay escondidas bajo su colchón, Raymond no se derrumbó.

Se puso tacones.

Y bailó.

En Club 219, Raymond era una leyenda. Todos los viernes y sábados por la noche, subía al escenario con un tanga plateado, botas hasta la rodilla, y *vogueaba* como si Madonna misma estuviera observando. Hacía splits. Poses. Movimientos que hacían que la multitud gritara.

Y cuando *Vogue* sonaba por los altavoces—*"Strike a pose"*—Raymond *poseaba*, y por tres minutos y cuarenta segundos, era la estrella más brillante en Milwaukee.

Sobrevivió a cosas que habrían quebrado a otros.

Crecer gay y negro en una época en que ambas cosas podían hacerte matar. Perder amigos a SIDA—tantos amigos que dejó de contar después del vigésimo funeral. Ser rechazado por su familia, solo para construir una nueva con drag queens, bartenders, y otros marginados que entendían que la familia no siempre es sangre.

Raymond era *fabuloso* de la forma en que solo puedes ser cuando has decidido que el mundo puede irse al infierno—vas a brillar de todas formas.

La noche del 30 de mayo de 1990, Raymond salió del 219 después de su set.

Un hombre—blanco, con gafas—lo estaba esperando fuera.

Le dijo a Raymond que era hermoso. Que quería tomar fotos. Que pagaría bien.

Raymond había escuchado esas líneas mil veces. Pero estaba cansado. Necesitaba dinero para el alquiler. Y el tipo parecía inofensivo.

Así que fue.

La cabeza de Raymond terminó en una bolsa Ziploc en el refrigerador de Dahmer.

Su comunidad—los drag queens, los bailarines, los sobrevivientes—organizaron un memorial en el 219.

No esperaron a que su cuerpo fuera encontrado.

No esperaron confirmación oficial.

Solo sabían, de la forma en que las comunidades marginadas siempre saben, que Raymond no volvería.

Llenaron el escenario con tangas plateados—docenas de ellos, colgando como banderas. Tocarón *Vogue* y bailaron en su honor. Y cuando la canción terminó, alguien gritó:

—¡Raymond Smith estaba AQUÍ! ¡Bailó en este escenario! ¡Y nunca lo olvidaremos!

Y toda la sala gritó en respuesta.

Porque Raymond había pasado su vida peleando para ser visto.

Para ser reconocido.

Para ser *algo* en un mundo que prefería que fuera invisible.

Y su comunidad se negó a dejarlo desaparecer.

En el muro de ladrillos detrás del Club 219—que cerró en 1994—alguien escribió con spray plateado:

*"RAYMOND SMITH VOGUEÓ AQUÍ BRILLÓ MÁS QUE TODOS  
1957-1990"*

El dueño del edificio pintó sobre él.

Alguien lo escribió de nuevo.

Lo pintaron de nuevo.

Lo escribieron de nuevo.

Hasta que finalmente el dueño se rindió y lo dejó.

Y hoy, aunque el club ya no existe, las palabras aún están ahí.

Plateadas. Brillantes. Fabulosas.

Como Raymond.

### **EDWARD WARREN SMITH**

*2 de junio de 1962 - 14 de junio de 1990 28 años | El Aficionado*

Edward amaba los Milwaukee Bucks con una pasión que sus amigos encontraban simultáneamente adorable y exasperante.

Tenía cada temporada memorizada: jugadores, estadísticas, momentos clave. Podía decirte exactamente dónde estaba cuando los Bucks ganaron el campeonato de la NBA en 1971 (tenía nueve años, viendo en el televisor de su abuelo, saltando tanto que su abuela le gritó que se calmara). Podía recitar la alineación de 1985 como si fuera poesía.

Su apartamento estaba decorado con parafernalia de los Bucks: pósters, banderines, una gorra firmada por Sidney Moncrief que había ganado en una rifa y que cuidaba como si fuera oro. Usaba camisetas verdes y crema incluso en pleno verano cuando hacía 90 grados y sus amigos le decían: *"Eddie, hombre, es demasiado calor para eso."*

Pero Edward no era solo un fanático de deportes.

Trabajaba en la empacadora de carne Swift & Company, turnos que comenzaban a las 5 AM, donde el olor a sangre y desinfectante se metía en tu piel sin importar cuánto te lavaras. Era trabajo duro—de pie durante ocho horas, corriendo, empacando, repitiendo—pero pagaba las cuentas. Y Edward tenía cuentas que pagar.

Estaba ahorrando para un auto. Uno de verdad, no el Chevy Nova del '73 con motor que sonaba como si estuviera muriendo. Quería algo confiable para poder manejar a Chicago a ver juegos de los Bulls (odiaba admitirlo, pero Jordan era

*incréible*), o tal vez solo manejar sin preocuparse de que el auto se descompusiera cada cinco kilómetros.

Tenía \$847 dólares ahorrados en una caja de zapatos en su armario. Casi llegando al enganche.

La tarde del 14 de junio de 1990, Edward salió del trabajo temprano. La empacadora estaba haciendo recortes y lo habían enviado a casa con medio turno de pago.

Frustrado, fue a tomar una cerveza. Terminó en un bar cerca de la parada de autobús en la 27th Street, donde conoció a un tipo blanco con gafas que le ofreció \$50 por "posar para algunas fotos".

Edward necesitaba el dinero. Medio turno significaba medio pago, y el alquiler vencía en una semana.

Así que fue.

Su familia—madre, dos hermanas—reportó su desaparición el 17 de junio cuando no se presentó a la cena dominical.

Edward *nunca* se perdía la cena dominical. Su madre hacía pollo frito y col rizada, y Edward siempre aparecía con una botella de vino barato y un paquete de rollos que compraba en Piggly Wiggly.

La policía tomó el reporte. Archivo #90-3421: *"Adulto varón negro reportado como desaparecido. Posiblemente se mudó."*

No investigaron.

Su madre, Dorothy, fue a su apartamento con la llave que Edward le había dado "para emergencias". Encontró todo intacto: la ropa en el armario, los pósters en las paredes, la caja de zapatos con \$847 dólares aún dentro.

—Si Eddie se hubiera ido—les dijo a la policía—, habría llevado este dinero. Trabajó demasiado duro por él.

Pero la policía se encogió de hombros.

*La gente desaparece todo el tiempo.*

El cuerpo de Edward fue encontrado en el apartamento 213—partes de él en el refrigerador, partes en ácido, partes perdidas para siempre.

En su funeral, Dorothy insistió en que todos usaran verde y crema.

—Los colores de los Bucks—explicó—. Eddie hubiera querido eso.

Y cuando bajaron el ataúd—vacío excepto por la camiseta de los Bucks que Dorothy había puesto dentro porque no había suficiente de su hijo para llenar un ataúd—alguien tocó la grabación del Himno Nacional que tocaban antes de cada juego de los Bucks.

Dorothy escuchó con las manos sobre su corazón, llorando silenciosamente.

Porque Edward amaba a los Bucks.

Y los Bucks nunca lo olvidarían.

En 2021, cuando Milwaukee ganó su segundo campeonato de la NBA, la organización dedicó el juego a las víctimas del área de Milwaukee que habían sido olvidadas por el sistema.

En la pantalla gigante, mostraron diecisiete nombres.

Edward Warren Smith era uno de ellos.

Y por un momento—un momento brillante—su nombre estuvo en luces.

Como siempre había merecido estar.

### **ERNEST MARQUEZ MILLER**

*2 de septiembre de 1967 - 2 de septiembre de 1990 23 años | Cumpleaños de Muerte*

Ernest murió el día de su cumpleaños.

Veintitrés años. Apenas comenzando la vida.

Lo que hace que su muerte sea aún más cruel es esto: Ernest casi no salió esa noche.

Su madre, Madeline, le había horneado un pastel—red velvet, su favorito—y la familia iba a celebrar. Tías, primos, su abuela de ochenta y dos años que insistía en que Ernest era su nieto favorito (aunque decía eso de todos).

Pero Ernest había tenido una semana difícil. Había perdido su trabajo en la librería de libros usados donde trabajaba—recortes de presupuesto, nada personal—y se sentía mal consigo mismo. No quería celebrar cuando no tenía nada que celebrar.

—Solo voy a dar una vuelta—le dijo a su madre—. Vuelvo en una hora para el pastel.

Madeline quería protestar. Algo en sus ojos—una tristeza que no había estado allí antes—le preocupaba.

Pero tenía veintitrés años. Era un adulto. No podía obligarlo a quedarse.

—Una hora—dijo—. Te amo, bebé.

—También te amo, má.

Fueron las últimas palabras que Ernest le dijo.

Ernest amaba bailar.

No profesionalmente, pero con pasión. Estudiaba videos de MTV obsesivamente—Michael Jackson, Janet Jackson, MC Hammer—y practicaba los movimientos en su habitación hasta que sus pies dolían. Sus hermanos se burlaban de él, pero Ernest no le importaba.

—Algún día—les decía—voy a estar en uno de esos videos. Esperen y verán.

En los bares—Phoenix, Club 219—Ernest era conocido como el tipo que siempre estaba bailando. Incluso cuando la música era lenta, incluso cuando nadie más estaba en la pista, Ernest estaba allí, moviéndose al ritmo, perdiéndose en el sonido.

Esa noche, Ernest fue al Phoenix. Solo quería una cerveza. Tal vez bailar un poco. Despejar su cabeza antes de volver a casa para el pastel.

Conoció a un hombre con gafas.

El hombre le ofreció dinero por posar para fotos. Le dijo que tenía "conexiones" con la industria de videos musicales.

Ernest—que soñaba con bailar en videos—se entusiasmó.

Tal vez esto era su oportunidad. Tal vez finalmente le pasaba algo bueno.

Fue al apartamento del hombre.

Dahmer le cortó el corazón.

Literalmente. Con un cuchillo de carnicero. Lo sacó del pecho de Ernest, lo lavó en el fregadero, lo cocinó en una sartén con cebolla y mantequilla.

Y lo comió.



Cuando le preguntaron por qué, Dahmer dijo: "*Quería sentirlo dentro de mí. Quería que fuera parte de mí para siempre.*"

Como si Ernest fuera carne. Como si su corazón—que había latido con pasión, con sueños, con amor por su madre—fuera solo alimento.

A las 9:47 PM, cuando Ernest no había regresado, Madeline cortó el pastel de todas formas.

Veintitrés velas. Una por cada año.

Su familia cantó *Happy Birthday* con voces quebradas, dejando el espacio donde Ernest debería haber estado cantar.

Esperaron hasta medianoche.

Luego Madeline llamó a la policía.

—Mi hijo salió hace horas y no ha regresado. Es su cumpleaños. Nunca se perdería su cumpleaños.

La policía tomó el reporte. Archivo #90-5128: "*Adulto varón negro reportado como desaparecido. Posiblemente con amigos.*"

No investigaron.

Madeline buscó durante semanas. Fue a cada bar, cada club, cada lugar donde Ernest podría haber estado. Mostró su foto—Ernest sonriendo, con una camiseta de *Thriller*—a extraños que negaban con la cabeza.

*Lo siento. No lo hemos visto.*

Cuando se enteró—once meses después—de que Dahmer había comido el corazón de su hijo, Madeline no habló durante tres días.

Solo se sentó en la habitación de Ernest, rodeada de sus videos de baile, sus pósters de Michael Jackson, su ropa que aún olía a él.

En el funeral—con ataúd cerrado porque no había suficiente para mostrar—tocaron *Thriller*.

Y todos juraron que podían sentir a Ernest bailando, en algún lugar más allá de las estrellas.

Cada 2 de septiembre, Madeline hornea un pastel red velvet.

Pone veintitrés velas, sin importar cuántos años hayan pasado.

Las enciende. Y susurra:

—Feliz cumpleaños, bebé. Baila por mí.

Luego las apaga.

Todas excepto una.

Esa la deja arder hasta que se consume completamente.

Porque el corazón de Ernest—su corazón hermoso, bailarín—merece seguir ardiendo.

Para siempre.

### **DAVID CORTEZ THOMAS**

*16 de mayo de 1967 - 22 de septiembre de 1990 23 años | El Padre que Llamaba Cada Domingo*

David tenía una hija.

Destiny. Dos años. Con bucles que rebotaban cuando corría y una risa que sonaba como campanas de viento.

Ella vivía en Chicago con su madre, Chandra—la ex de David. La relación no había funcionado. Demasiadas peleas sobre dinero, sobre el futuro, sobre cosas que parecían insuperables cuando ambos tenían veintidós años y apenas sobreviviendo.

Pero David amaba a Destiny con cada fibra de su ser.

Todos los domingos a las 6 PM—sin falta, sin importar qué—David llamaba desde el teléfono público en la esquina de su cuadra.

Costaba 35 centavos por tres minutos. David siempre tenía un bolsillo lleno de monedas de 25 centavos listas.

—¿Hola?—respondía Chandra.

—Soy yo. ¿Puedo hablar con Destiny?

Y luego escuchaba la voz de su hija—aguda, emocionada—gritar:

—¡PAPI!

Y por tres minutos, el mundo de David se iluminaba.

Le contaba historias. Le cantaba canciones. Le preguntaba qué había comido, qué había aprendido, qué había soñado.

Y al final, siempre decía:

—Te amo, pequeña. Papi va a visitarte pronto. Lo prometo.

Estaba intentando.

Dios sabe que estaba intentando.

Pero Milwaukee en 1990 no era amable con jóvenes negros sin educación universitaria. David había perdido su trabajo en la fábrica cuando cerraron la línea de producción. Había aplicado a veinte lugares. Ninguno lo había llamado.

Vivía de ramen y esperanza, pagando \$400 al mes por un estudio donde las cucarachas eran compañeros de cuarto no invitados y la calefacción nunca funcionaba.

Chandra le pedía manutención infantil. Y David lo entendía—ella también estaba luchando. Pero ¿cómo envías dinero cuando no tienes ninguno?

Así que cuando un hombre con gafas le ofreció \$50 por "posar para fotos", David vio una solución.

\$50 era un boleto de autobús a Chicago. Era poder ver a Destiny. Abrazarla. Probar que su papi no la había olvidado.

Fue al apartamento del hombre.

Nunca salió.

El domingo 23 de septiembre, a las 6 PM, el teléfono de Chandra sonó.

Respondió.

Silencio.

—¿Hola?

Colgaron.

Esperó. Pensó que tal vez David llamaría de nuevo. Tal vez había sido una mala conexión.

A las 6:15, Destiny preguntó:

—¿Dónde está papi?

—Debe estar ocupado, bebé—dijo Chandra, aunque algo en su estómago se retorció.

David *nunca* se perdía la llamada del domingo.

Esperó hasta el martes. Luego llamó a la madre de David.

—¿Has sabido de David?

—No. Pensé que estaba contigo.

Juntas fueron a su apartamento. El casero las dejó entrar.

Todo estaba intacto. Ropa en el armario. Platos sucios en el fregadero. Y en la mesa, junto al teléfono, una pila de monedas de 25 centavos.

Contadas cuidadosamente. \$1.75.

Cinco llamadas dominicales.

Reportaron su desaparición.

La policía tomó el reporte. Archivo #90-5897: *"Adulto varón negro reportado como desaparecido. Sin señales de violencia."*

No investigaron.

Chandra tuvo que decirle a Destiny que papi no podía llamar más.

—¿Por qué?—preguntó Destiny, con labios temblorosos.

—Porque... porque papi tuvo que irse lejos.

—¿Va a volver?

Chandra la abrazó, llorando en su cabello.

—No lo sé, bebé. No lo sé.

Cuando se enteró—diez meses después—de cómo había muerto David, Chandra hizo algo que aún hace cada domingo a las 6 PM.

Llama al viejo número de David. El teléfono público que ya no existe, reemplazado por un parquímetro digital.

Escucha el tono. Marca.

Y cuando la grabación dice *"El número que marcó no está en servicio"*, ella dice:

—David, Destiny te extraña. Yo te extraño. Espero que donde estés, sepas que no te olvidamos.

Luego cuelga.

Y le cuenta a Destiny—ahora adulta, con sus propios hijos—sobre el padre que llamaba cada domingo.

El padre que amaba tanto que nunca se perdió una llamada.

Hasta que alguien le quitó la oportunidad de hacer otra.

## **CURTIS DURRELL STRAUGHTER**

*16 de febrero de 1973 - 18 de febrero de 1991 18 años | El Aspirante*

Curtis quería ser modelo.

No "quizás algún día" modelo. Realmente, seriamente, con-cada-fi-bra-de-su-ser modelo.

Tenía el físico: 1.85 metros, hombros anchos, pómulos afilados que fotógrafos en revistas llamarían "striking". A los dieciséis, un cazatalentos en un centro comercial le había dado una tarjeta de presentación y le dijo: "*Lláname cuando cumplas dieciocho.*"

Curtis guardó esa tarjeta como si fuera oro. La llevaba en su billetera, protegida en una bolsa Ziploc para que no se arruinara con el sudor o la lluvia.

Estudiaba revistas de moda en la biblioteca pública—*GQ*, *Esquire*, *Vogue*—memorizando cómo los modelos posaban, cómo inclinaban sus barbillas, cómo sus ojos miraban a la cámara como si supieran un secreto.

Practicaba en casa. Se paraba frente al espejo de cuerpo completo en el cuarto de su madre, caminando con libros sobre su cabeza para mejorar su postura, practicando "la mirada" hasta que sus ojos dolían.

Su abuela se burlaba cariñosamente:

—Curtis, bebé, te vas a gastar ese espejo de tanto mirarte.

—No estoy mirándome, abuela. Estoy *estudiando*.

Y lo decía en serio.

Trabajaba en Arby's—turnos después de la escuela, oliendo a carne de res asada y papas fritas—ahorrando cada centavo para un portafolio profesional. Las fotos profesionales costaban \$300. Curtis tenía \$187 ahorrados en un sobre debajo de su colchón.

El 18 de febrero de 1991—dos días después de cumplir dieciocho—Curtis fue al Grand Avenue Mall.

Iba a la corte de comidas a comer y estudiar a la gente. Observaba cómo se movían, cómo gesticulaban, practicando mentalmente cómo caminaría si fuera en una pasarela.

Un hombre con gafas se acercó.

—Perdona—dijo el hombre—. No quiero sonar raro, pero... ¿eres modelo?

El corazón de Curtis saltó.

—Aspirante—respondió, tratando de sonar casual aunque por dentro gritaba de emoción.

—Se nota. Tienes el look. Soy fotógrafo. Trabajo con algunas agencias. ¿Te gustaría hacer algunas fotos de prueba?

Curtis no podía creerlo. Esto era exactamente lo que había estado esperando. Una oportunidad. La oportunidad.

—Sí—dijo—. Definitivamente.

Llamó a su abuela desde un teléfono público.

—Abuela, conocí a un fotógrafo. Va a hacer mi portafolio. ¡Gratis!

—Curtis, bebé, ten cuidado...

—Estaré bien. Te llamo cuando termine.

Nunca llamó.

Su abuela esperó hasta las 10 PM. Luego hasta medianoche. A la 1 AM, llamó a la policía.

—Mi nieto salió esta tarde y no ha vuelto. Dijo que iba a hacer fotos.

La policía tomó el reporte. Archivo #91-912: *"Menor de edad reportado tarde. Probablemente con amigos."*

No investigaron.

Curtis tenía dieciocho años. Técnicamente adulto. *Los adultos pueden quedarse fuera si quieren.*

Su abuela buscó durante cinco meses. Cada día, iba al Grand Avenue Mall con una foto de Curtis—sonriendo, tan guapo—preguntando a extraños si lo habían visto.

Nadie lo había visto.

Cuando se enteró—cuando Dahmer confesó—su abuela se derrumbó.

En el funeral, colocaron la foto profesional que Curtis nunca llegó a tomar. En su lugar, usaron su foto de graduación de secundaria: Curtis con toga y birrete, sonriendo esa sonrisa brillante que hacía que todos en una habitación se giraran a mirarlo.

Debajo de la foto, alguien puso un pedazo de papel con palabras escritas a mano:

*"Curtis Straughter Aspiraba a ser modelo Ya era una estrella"*

Y en el sobre debajo de su colchón, aún estaban los \$187 dólares.

Su familia los donó a un programa que ayuda a jóvenes de bajos ingresos a conseguir headshots profesionales para audiciones.

Porque el sueño de Curtis no debía morir con él.

Y cada vez que un joven negro en Milwaukee consigue su primer trabajo de modelaje, una pequeña parte de Curtis Straughter está allí.

Caminando esa pasarela que nunca pudo caminar.

Brillando bajo luces que nunca llegó a ver.

### **ERROL LINDSEY**

*12 de marzo de 1972 - 7 de abril de 1991 19 años | El Dulce*

Errol era dulce.

No "amable" o "agradable". *Dulce*.

El tipo de dulzura que hace que ancianas en el autobús te pellizquen la mejilla y digan: *"Qué buen muchacho."* El tipo de dulzura que hace que extraños confíen en ti instantáneamente.

Sostenía puertas. Decía "gracias" y "por favor" incluso cuando estaba cansado. Ayudaba a su madre con las compras sin que se lo pidieran, cargando bolsas pesadas por las escaleras de su edificio de apartamentos como si no pesaran nada.

Trabajaba en Wendy's—el turno de cierre, limpiando freidoras y trapeando pisos hasta que el lugar brillaba. No era glamoroso. Pero el dinero ayudaba. Su madre, una madre soltera criando a cinco hijos con el salario de una asistente de enfermería, necesitaba cada centavo que Errol podía contribuir.

Errol nunca se quejaba.

—Está bien, má—decía cuando ella trataba de darle dinero para que saliera con amigos—. Guárdalo para las facturas.

Su hermana, Rita, diez años mayor, lo adoraba.

—Errol es especial—le decía a la gente—. No como los otros chicos de su edad. Tiene un corazón de oro.

Errol era gay.

No lo había dicho abiertamente—no a su familia. En 1991, en un hogar cristiano en Milwaukee, no estaba seguro de cómo lo recibirían. Pero se estaba descubriendo a sí mismo lentamente, de manera privada.

Iba al Phoenix Bar algunas noches, solo para ver cómo era. No bebía mucho. Solo observaba a otros hombres que eran abiertos sobre quiénes eran, y se preguntaba si algún día podría ser así de libre.

La noche del 7 de abril, Errol salió del trabajo a las 11 PM.

Un hombre con gafas lo estaba esperando en la parada del autobús.

Le dijo a Errol que era guapo. Que quería tomar fotos. Que pagaría \$50.

Errol dudó. Algo en el hombre parecía... raro. Pero \$50 era mucho dinero. Y el hombre parecía inofensivo.

—¿Solo fotos?—preguntó Errol.

—Solo fotos. Lo prometo.

Lo que Dahmer le hizo a Errol fue lo peor que le había hecho a nadie hasta ese momento.

Lo drogó. Pero en lugar de estrangularlo inmediatamente, Dahmer probó algo diferente.

Taladró un agujero en el cráneo de Errol.

Mientras Errol aún estaba vivo. Consciente. Paralizado por las drogas pero *sintiendo*.

Luego vertió ácido muriático hirviendo en el agujero, directamente en el lóbulo frontal de su cerebro.



Estaba tratando de crear un "zombie"—alguien que no pudiera pensar, no pudiera resistir, pero que aún estuviera vivo. Un compañero que no pudiera irse.

Errol vivió durante horas después del procedimiento, gimiendo de dolor, sus ojos abiertos pero vacíos.

Finalmente, Dahmer lo estranguló para "terminar su sufrimiento".

Cuando Rita se enteró—cuando el forense describió en detalle clínico lo que le habían hecho a su hermano—gritó tan fuerte que guardias tuvieron que sacarla del tribunal.

En su declaración de impacto de víctima, dijo:

—Errol tenía diecinueve años. Era dulce. Trabajaba duro. Ayudaba a su mamá. Y usted—señaló a Dahmer—le taladró un agujero en la cabeza mientras estaba vivo. Le vertió ácido en el cerebro. Lo torturó.

Su voz se quebró:

—¿Cómo duerme por las noches? ¿Cómo puede seguir respirando sabiendo lo que le hizo a mi bebé?

Dahmer no respondió. No levantó la vista.

Y Rita se lanzó hacia él, gritando, tratando de alcanzarlo, antes de que los oficiales la sujetaran.

El cráneo de Errol—pintado de negro, pulido—fue uno de los trofeos que Dahmer guardó.

En el funeral de Errol, su madre puso su uniforme de Wendy's en el ataúd.

—Para que tenga algo suyo—explicó, llorando.

Cada 7 de abril, Rita va a la tumba de Errol.

Lleva flores amarillas. Las favoritas de su madre.

Y le habla:

—Hola, bebé. Es tu hermana. Aún te extraño. Todos te extrañamos. Eras tan dulce, Errol. Tan, tan dulce.

Se queda hasta que el sol se pone.

Porque Errol era dulce.

Y el mundo necesita recordar que alguien tan dulce existió.

Incluso si le robaron la oportunidad de crecer.

**ANTHONY "TONY" HUGHES**

*26 de agosto de 1959 - 24 de mayo de 1991 31 años | El Hombre que Bailaba en Silencio*

Tony no podía oír la música.

Pero sentía el bajo retumbando a través del piso del Club 219, vibrando en sus pies, subiendo por sus piernas, instalándose en su pecho como un segundo corazón. Y cuando el bajo golpeaba, Tony *bailaba*.

Se movía como si la música viviera en sus huesos en lugar de sus oídos. Los otros bailarines lo observaban con asombro—este hombre sordo que bailaba mejor que la mitad de ellos, que encontraba el ritmo no con sus oídos sino con todo su cuerpo.

—¿Cómo lo haces?—le preguntó una vez un chico nuevo, usando lenguaje de señas que apenas conocía.

Tony sonrió esa sonrisa que iluminaba su rostro entero.

—*Siento* la música—señó de vuelta—. No necesitas oídos para sentir.

Tony había quedado sordo a los dos años. Meningitis. Una fiebre que quemó tan caliente que su madre, Shirley, rezó toda la noche junto a su cuna, suplicándole a Dios que lo dejara vivir.

Dios lo dejó vivir.

Pero se llevó su audición.

Shirley nunca se perdonó por eso, aunque los doctores le dijeron una y otra vez que no era su culpa, que no había nada que pudiera haber hecho diferente.

—Debí haberlo llevado al hospital más rápido—decía, incluso décadas después—. Debí haber sabido.

Pero Tony nunca culpó a su madre. Nunca se vio a sí mismo como roto o dañado. Solo... diferente.

Aprendió lenguaje de señas americano en la Escuela de Wisconsin para Sordos, donde finalmente encontró comunidad—otros niños como él, que hablaban con

sus manos y se entendían perfectamente. Hizo amigos que permanecerían con él toda su vida. Aprendió que sordo no significaba silenciado.

Significaba hablar en un idioma diferente.

Se mudó a Milwaukee a los veinte, buscando independencia. Trabajos ocasionales—almacenes donde podía trabajar sin necesitar teléfono, líneas de producción donde las máquinas eran tan ruidosas que todos usaban señas de todas formas.

Sonaba con ser modelo. Tenía el físico—alto, musculoso, con pómulos que podrías cortar vidrio. Había ido a algunas audiciones. Una agencia había mostrado interés.

Pero la industria del modelaje en 1991 no estaba lista para un modelo sordo.

*"Lo siento, eres genial, pero la comunicación sería... complicada."*

Tony no se rindió. Seguía yendo a audiciones. Seguía creyendo que algún día, alguien vería más allá de su sordera y vería lo que él podía ofrecer.

La noche del 24 de mayo de 1991, Tony fue al Club 219.

Era una de sus noches de salida regulares—bailar, socializar con amigos en la comunidad sorda y LGBTQ+, ser él mismo sin disculparse.

Un hombre se le acercó. Blanco, con gafas gruesas.

El hombre comenzó a *señar*.

Tony se sorprendió. La mayoría de la gente oyente no sabía ASL. Pero este tipo—Jeff, dijo que se llamaba—parecía conocer lo básico.

Hablaron. O más bien, señaron. Jeff le dijo que era fotógrafo. Que trabajaba con agencias de modelaje. Que pensaba que Tony tenía "el look perfecto".

Tony se emocionó. Finalmente—*finalmente*—alguien que no veía su sordera como un obstáculo.

Jeff le ofreció tomar fotos profesionales para su portafolio. Gratis.

Tony aceptó.

Fue al apartamento de Jeff.

Lo que Tony no sabía—lo que no *podía* saber—era que Jeff no sabía realmente ASL.

Había aprendido algunas señas básicas específicamente para atraer a Tony. Había estado observándolo durante semanas, estudiándolo, planeando.

Lo que Tony no sabía era que Jeff era Jeffrey Dahmer.

Y que nunca volvería a bailar.

Dahmer lo drogó. Lo mató. Guardó su cráneo como trofeo. Y mantuvo su cuerpo durante tres días antes de desmembrarlo—los mismos tres días que Konerak Sinthasomphone escapó y fue devuelto.

La madre de Tony, Shirley, reportó su desaparición el 27 de mayo.

—Mi hijo no ha vuelto a casa—le dijo a la policía—. Eso no es normal. Tony siempre me dice dónde está.

La policía tomó el reporte. Archivo #91-3247: *"Adulto sordo reportado como desaparecido. Probablemente con amigos."*

No investigaron seriamente.

Porque en Milwaukee en 1991, un hombre gay, sordo, negro desaparecido no era una prioridad.

Shirley buscó por su cuenta. Imprimió volantes con la foto de Tony—sonriendo, guapo, vivo—y una nota especial:

*"ANTHONY HUGHES - SORDO SI LO VEN, POR FAVOR ACÉRQUENSE LENTAMENTE USA LENGUAJE DE SEÑAS AMERICANO POR FAVOR AYÚDENOS A ENCONTRARLO"*

Pegó 500 volantes por todo Milwaukee.

Nadie llamó.

Cuando se enteró—cuando identificaron el cráneo de Tony por registros dentales—Shirley dejó de hablar durante una semana.

No podía. Las palabras se habían ido.

Como si la sordera de Tony se hubiera transferido a ella, excepto que era su voz la que había desaparecido, no sus oídos.

En el juicio, cuando finalmente habló, dijo:

—Mi Tony era sordo. El mundo ya lo hacía invisible de tantas maneras. Y ustedes—señaló a los oficiales que no investigaron, al sistema que no buscó—lo

hicieron aún más invisible. Como si no importara. Como si una vida sorda fuera menos valiosa.

Su voz se quebró:

—Pero Tony importaba. Bailaba. Soñaba. *Amaba*. Y el hecho de que no pudiera oír no lo hacía menos humano.

En 2022, la serie de Netflix sobre Dahmer contrató a un actor sordo—Rodney Burford—para interpretar a Tony.

Trabajaron con consultores de la comunidad sorda para asegurarse de que la historia se contara con respeto.

Y por primera vez, millones de personas vieron a Tony Hughes no como "la víctima sorda" sino como una persona completa.

Un bailarín. Un soñador. Un hijo amado.

Shirley, que murió en 2019, nunca vio la serie.

Pero antes de morir, le dijo a su familia:

—Cuando me vaya, quiero que sepan algo: Tony era el mejor de nosotros. El más gentil. El más fuerte. Y aunque su vida fue corta, fue *brillante*.

Y tenía razón.

La vida de Tony fue brillante.

Incluso en silencio, brilló.

### **KONERAK SINTHASOMPHONE**

*1 de diciembre de 1976 - 27 de mayo de 1991 14 años | El Niño Devuelto a la Muerte*

Konerak tenía catorce años.

*Catorce.*

La edad en que todavía crees que los adultos te protegerán. En que confías en uniformes—policías, maestros, médicos—porque te han enseñado que esas personas están ahí para ayudar.

Konerak creía eso.

Hasta la noche en que la policía lo devolvió a su asesino.

Konerak era el más joven de una familia que había sobrevivido lo inimaginable.

Sus padres habían escapado de Laos durante la guerra, huyendo del genocidio comunista con tres hijos pequeños a cuestas. Caminaron a través de junglas infestadas de minas terrestres. Cruzaron el río Mekong en medio de la noche, el agua hasta el cuello, rezando para no ser vistos por guardias fronterizos.

Pasaron dos años en un campo de refugiados en Tailandia antes de que finalmente les concedieran asilo en Estados Unidos.

Milwaukee. La ciudad de las promesas.

Donde podrían reconstruir. Donde sus hijos podrían crecer seguros.

Konerak nació en Milwaukee. Era estadounidense por nacimiento, pero en casa hablaba Lao con sus padres, comía arroz pegajoso y papaya verde, aprendía las historias de un lugar que nunca había visto pero que corría por sus venas.

Era buen estudiante. Jugaba fútbol americano en el equipo juvenil—número 22, linebacker, pequeño para su posición pero rápido, siempre moviéndose.

Tenía amigos. Planes. Quería ir a la universidad. Tal vez estudiar ingeniería.

Su hermano mayor, Somsack, había tenido menos suerte.

Tres años antes, en 1988, Somsack había conocido a un hombre en el Grand Avenue Mall. El hombre le ofreció dinero por posar para fotos. Somsack, de trece años, dijo que sí.

El hombre lo drogó. Lo violó. Lo fotografió.

Somsack escapó.

El hombre fue arrestado. Identificado. Procesado.

Su nombre: Jeffrey Dahmer.

Dahmer se declaró culpable. Fue sentenciado a cinco años de libertad condicional y un año en un centro de trabajo.

El juez dijo que era su "primer delito grave" y que "merecía una segunda oportunidad".

Dahmer cumplió diez meses. Fue liberado anticipadamente por "buen comportamiento".

Y nadie—ni la policía, ni los trabajadores sociales, ni nadie en el sistema—pensó que tal vez deberían vigilar de cerca al hombre que había drogado y violado a un niño de trece años.

Tres años después, ese mismo hombre vio a Konerak Sinthasomphone—el hermano menor de Somsack—caminando cerca del Grand Avenue Mall.

Y Dahmer supo exactamente lo que haría.

Konerak no reconoció a Dahmer. Había escuchado sobre lo que le pasó a Somsack, pero nunca vio fotos del atacante. Y Somsack, avergonzado, traumatizado, nunca hablaba de ello.

Así que cuando Dahmer le ofreció \$50 por "posar para fotos", Konerak vio una oportunidad de ganar dinero, no una trampa.

Fue al apartamento 213.

Dahmer lo drogó. Lo violó. Y luego—mientras Konerak estaba inconsciente—taladró un agujero en su cráneo y vertió ácido en su cerebro, tratando de crear su "zombie" obediente.

Pero algo salió mal.

Konerak despertó. Drogado, confundido, sangrando, pero *vivo*.

Y escapó.

Corrió descalzo, desnudo excepto por calzoncillos, hacia la calle. Sangrando de la cabeza. Con las pupilas tan dilatadas que sus ojos parecían negros.

Sandra Smith y Nicole Childress—dos mujeres que volvían a casa del trabajo—lo encontraron.

—Dios mío—susurró Sandra—. Es un *niño*.

Llamaron al 911.

Los oficiales John Balcerzak y Joseph Gabrish llegaron siete minutos después.

Encontraron a Konerak sentado en la acera, temblando, incapaz de formar palabras coherentes.

Encontraron a tres mujeres—Sandra, Nicole, y la hija de Glenda Cleveland—gritándoles que algo estaba *mal*, que el niño necesitaba ayuda.

Y encontraron a Jeffrey Dahmer, calmado, sonriendo, explicando que todo era un "malentendido doméstico" con su "amante adulto".

Los oficiales miraron a Konerak.

Miraron a Dahmer.

Y creyeron a Dahmer.

Ignoraron a las mujeres que les suplicaban que revisaran la identificación del "niño". Ignoraron el hecho de que Konerak estaba claramente menor de edad. Ignoraron el olor a muerte que salía del apartamento 213.

Devolvieron a Konerak a Dahmer.

Lo *entregaron* de vuelta a su asesino.

Y se fueron, bromeando por radio sobre haber "interrumpido a dos amantes gay".

Esa noche, mientras Balcerzak y Gabrish completaban su papeleo y se iban a casa con sus familias, Konerak Sinthasomphone fue estrangulado en el apartamento 213.

Su cuerpo fue desmembrado. Sus huesos disueltos en ácido.

Y durante dos meses más, Jeffrey Dahmer siguió matando.

Porque nadie había verificado su apartamento esa noche.

Nadie había escuchado a tres mujeres negras que les decían que algo estaba mal.

Nadie había protegido a un niño de catorce años.

Los padres de Konerak se enteraron de su muerte cuando los detectives tocaron a su puerta el 23 de julio de 1991.

Su padre se derrumbó. Literalmente cayó al suelo, sollozando en Lao, preguntando por qué Dios les había salvado del genocidio solo para que su hijo muriera aquí, en la "tierra de las oportunidades".

Su madre no lloró de inmediato. Solo preguntó, en voz pequeña:

—¿Sufrió?

Los detectives no respondieron.



Porque la verdad—que Konerak había sido taladrado en el cráneo mientras estaba consciente, que había escapado solo para ser devuelto, que había muerto aterrorizado y solo—era demasiado cruel para decir en voz alta.

En el juicio, la familia Sinthasomphone demandó a la Ciudad de Milwaukee y al Departamento de Policía.

Ganaron un acuerdo de \$850,000.

Pero ninguna cantidad de dinero podía devolverles a Konerak.

Ninguna cantidad de dinero borraba la imagen de su hijo—descalzo, sangrando, suplicando ayuda—siendo entregado de vuelta a un monstruo.

Balcerzak y Gabrish fueron despedidos.

Luego reinstalados tres años después.

Balcerzak eventualmente se convirtió en presidente de la Asociación de Policía de Milwaukee.

Y la familia Sinthasomphone tuvo que vivir en una ciudad donde el hombre que devolvió a su hijo a su muerte fue recompensado con ascensos.

Cada 27 de mayo, visitan la tumba de Konerak.

Traen incienso. Flores. Comida que le gustaba—arroz pegajoso, mango, Coca-Cola.

Y su madre habla con él en Lao, diciéndole lo orgullosa que está de él, cuánto lo extraña, cuánto lo siente.

Porque Konerak tenía catorce años.

Y merecía vivir.

Merecía crecer, graduarse, enamorarse, tener una familia.

En lugar de eso, fue devuelto a su muerte por hombres que juraron proteger.

Y esa es una deuda que nunca puede ser pagada.

### **MATT DONALD TURNER**

*22 de junio de 1971 - 30 de junio de 1991 20 años | El Que Encontró Valentía*

Matt asistió a su primer Pride el día que murió.

Chicago Pride, 30 de junio de 1991. Su primer evento Pride de todos los tiempos.

Había salido del clóset solo seis meses antes—primero a sus amigos, luego a su madre, finalmente a su padre. Cada conversación fue aterradora. Cada una requirió valentía que no sabía que tenía.

Su madre lloró. No de decepción, sino de miedo.

—El mundo puede ser cruel, Matt—dijo, sosteniéndole las manos—. Solo... ten cuidado.

Su padre no habló durante dos semanas. Luego, una noche, tocó a la puerta de Matt.

—Sigues siendo mi hijo—dijo, con voz áspera—. Nada cambia eso.

Y Matt había llorado de alivio.

Porque había pasado veinte años sintiéndose roto, sintiéndose solo, sintiéndose como si hubiera algo fundamentalmente mal con él.

Y finalmente, finalmente, podía respirar.

Pride en Chicago era todo lo que Matt había soñado que sería.

Banderas arcoíris en todas partes. Música bombeando desde altavoces. Miles de personas—gay, lesbianas, bisexuales, trans, aliados—celebrando juntas sin miedo, sin vergüenza.

Matt caminó por las calles con lágrimas en los ojos, sosteniendo la mano de su novio, Michael, sintiendo por primera vez en su vida que *pertenecía*.

—¿Estás bien?—preguntó Michael, apretando su mano.

—Nunca he estado mejor—respondió Matt.

Y lo decía en serio.

Después del desfile, Matt y Michael fueron a un bar en Boystown. Bebieron. Bailaron. Celebraron.

A medianoche, Michael tenía que trabajar mañana y decidió irse.

—Ven conmigo—dijo.

—En un rato—prometió Matt—. Solo voy a tomar una más.

Se besaron. Michael se fue.

Fue la última vez que Matt lo vio.

En el bar, Matt conoció a un hombre. Alto, rubio, con gafas.

El hombre le dijo que vivía en Milwaukee. Que iba a tomar el autobús de vuelta esa noche. Que Matt podía ir con él si quería—"continuar la celebración".

Matt, todavía eufórico de su primer Pride, mareado de alcohol y felicidad, dijo que sí.

Tomaron el autobús Greyhound a Milwaukee.

Llegaron al apartamento 213 a las 4 AM.

Matt nunca salió.

Michael reportó a Matt como desaparecido el 2 de julio cuando no respondió llamadas durante dos días.

La policía tomó el reporte. Archivo #91-4012: *"Adulto varón blanco reportado como desaparecido. Último visto en Chicago Pride. Posiblemente se mudó."*

No investigaron.

*Los jóvenes gay desaparecen todo el tiempo después de Pride. Probablemente conoció a alguien.*

La madre de Matt buscó por su cuenta. Llamó a cada hospital entre Chicago y Milwaukee. Fue a la estación de autobuses Greyhound con una foto de Matt, preguntando si alguien recordaba haberlo visto.

Un empleado recordaba.

—Sí, estaba con otro tipo. Rubio. Con gafas. Parecían amigos.

Pero eso no llevó a ninguna parte.

Cuando se enteró—cuando Dahmer confesó—la madre de Matt se preguntó si hubiera sido diferente.

Si hubiera insistido en que Matt no fuera a Pride. Si hubiera sido más protectora. Si hubiera...

Su terapeuta le dijo que dejara de culparse.

Pero ¿cómo no culparte cuando tu hijo salió del clóset, encontró valentía para vivir auténticamente, y fue asesinado por ello?

En el funeral de Matt, su madre pidió que todos usaran arcoíris.

—Matt murió siendo él mismo—dijo—. Celebrando quién era. Eso es cómo quiero recordarlo.

Y cuando bajaron el ataúd, alguien tocó *I Will Survive* de Gloria Gaynor.

Porque Matt había sobrevivido al miedo. Al rechazo. A la vergüenza.

Lo que no sobrevivió fue el odio.

El odio de un hombre que veía a hombres gay no como personas sino como objetos.

Cada 30 de junio—en el aniversario de Chicago Pride, en el aniversario de su muerte—la comunidad LGBTQ+ de Milwaukee honra a Matt Turner.

Leen su nombre en viglias.

Marchan con una pancarta que dice: "*MATT DONALD TURNER - ORGULLO 1991 - NUNCA OLVIDADO*"

Porque Matt tuvo la valentía de vivir abiertamente.

Y merece ser recordado con orgullo.

### **JEREMIAH BENJAMIN WEINBERGER**

*6 de julio de 1968 - 5 de julio de 1991\* 23 años | El Fin de Semana que Nunca Terminó*

Jeremiah pensó que había encontrado un novio.

No "alguien para pasar el rato". Un *novio*.

Alguien que lo escuchaba cuando hablaba. Que se reía de sus chistes. Que lo miraba como si realmente lo *viera*.

Se conocieron en el Carol's Speakeasy, un bar gay en Chicago, la noche del viernes 5 de julio de 1991.

Jeffrey—así dijo que se llamaba—era tranquilo, un poco tímido, pero atento de formas que hicieron que Jeremiah se sintiera especial. Le compró tragos. Preguntó sobre su trabajo, sus pasatiempos, sus sueños.

—¿Qué haces para divertirte?—preguntó Jeffrey.

—Patinar—respondió Jeremiah, animándose—. Patinaje sobre ruedas. Voy al rink en Navy Pier todos los domingos.

—Suenas divertido.

—Lo es—Jeremiah sonrió—. Deberías venir conmigo algún día.

—Me gustaría eso.

Y Jeremiah creyó que lo decía en serio.

Hablaron durante horas. Cuando el bar cerró, Jeffrey le preguntó a Jeremiah si quería continuar en su lugar.

—Vivo en Milwaukee. No está lejos. Podríamos pasar el fin de semana juntos. Jeremiah vaciló. Milwaukee era una hora en auto. Y apenas conocía a este tipo.

Pero había algo en Jeffrey que se sentía... seguro. Tranquilo. Como alguien con quien Jeremiah podría tener un futuro.

—Está bien—dijo finalmente—. Pero tengo que volver el domingo. Trabajo el lunes.

—Por supuesto—Jeffrey sonrió—. Te llevaré de vuelta.

Manejaron a Milwaukee.

El fin de semana comenzó bien.

Vieron películas. Ordenaron pizza. Hablaron. Se acostaron juntos.

Para Jeremiah, se sentía como el comienzo de algo real.

Para Dahmer, era el preludio del fin.

El domingo por la mañana, Jeremiah empacó sus cosas.

—Debería irme—dijo—. Tengo trabajo mañana.

—Quédate un día más—sugirió Dahmer—. Llama enfermo. Pasa más tiempo conmigo.

Jeremiah se rio.

—No puedo. Ya usé todos mis días de enfermedad este mes.

—Por favor—la voz de Dahmer se endureció ligeramente—. Solo un día más.

Algo en su tono hizo que Jeremiah se pusiera tenso.

—No, en serio. Tengo que irme.

Se dirigió a la puerta.

Dahmer lo bloqueó.

—No puedes irte.

—¿Qué?—Jeremiah se rio nerviosamente—. Vamos, Jeff. Déjame pasar.

—No.

Y entonces Jeremiah vio algo en los ojos de Jeffrey que lo heló.

No era enojo. Era *posesión*.

Como si Jeremiah fuera un objeto. Una cosa que Jeffrey poseía.

Jeremiah intentó empujar a Dahmer a un lado.

Dahmer lo empujó de vuelta—fuerte—y Jeremiah chocó contra la pared.

—¿Qué demonios?—Jeremiah levantó las manos defensivamente—. Está bien, está bien. Me quedo. Solo... cálmate.

Pero Dahmer ya se estaba moviendo.

Agarró un vaso de la mesa. Había preparado una bebida para Jeremiah—"para el camino", había dicho.

—Bebe esto—ordenó.

—No quiero...

—*Bebe*.

La voz de Dahmer era plana. Muerta.

Y Jeremiah, asustado ahora, bebió.

Las pastillas funcionaron rápido. Jeremiah sintió que sus piernas se debilitaban, que el mundo se inclinaba.

—¿Qué me diste?—preguntó, arrastrando las palabras.

Dahmer no respondió. Solo observó mientras Jeremiah se derrumbaba en el sofá.

Lo último que Jeremiah vio antes de perder la consciencia fue el techo del apartamento 213.

Lo último que pensó fue: *Debí haber confiado en mi instinto. Debí haberme ido el viernes*.

Dahmer guardó la cabeza de Jeremiah en el congelador durante casi tres semanas antes de deshacerse de ella.

El compañero de cuarto de Jeremiah, Ted, reportó su desaparición el 8 de julio.

—Salió el viernes para conocer a un tipo. Dijo que volvería el domingo. Nunca regresó.

La policía tomó el reporte. Archivo #91-4156: *"Adulto varón blanco reportado como desaparecido. Último visto con hombre desconocido en bar gay. Probablemente se fue voluntariamente."*

No investigaron.

En el funeral de Jeremiah, Ted habló.

—Jerry solo quería que alguien lo amara—dijo, con voz quebrada—. Quería una relación. Un futuro. Y conoció a la persona equivocada en el momento equivocado.

Hizo una pausa.

—Pero quiero que sepan algo sobre Jerry. Era amable. Era divertido. Iluminaba las habitaciones. Y el hecho de que fuera asesinado por querer amor... eso dice más sobre nuestro mundo que sobre él.

En el rink de patinaje en Navy Pier donde Jeremiah iba todos los domingos, alguien dejó un par de patines junto a una nota:

*"Para Jeremiah, Que patinaba con alegría Que buscaba amor Que merecía mejor Te extrañamos"*

Los patines todavía están allí.

Colgando en la pared de honor del rink.

Porque Jeremiah Weinberger era más que una víctima.

Era alguien que amaba patinar.

Alguien que buscaba conexión.

Alguien que merecía un final de semana que terminara diferente.

### **OLIVER JOSEPH LACY**

*23 de junio de 1968 - 15 de julio de 1991 23 años | El Corredor*

Oliver corría.

No porque estuviera huyendo de algo. Porque corría *hacia* algo.

Cada mañana a las 5:30 AM—sin importar el clima, sin importar qué tan cansado estuviera—Oliver se ponía sus Nikes desgastadas y corría 8 kilómetros por Milwaukee.

Tenía una ruta: comenzaba en su apartamento en North 27th Street, corría hasta Lake Michigan, seguía la orilla durante 3 kilómetros, luego de vuelta. Sesenta minutos. Cada día.

—¿Por qué tan temprano?—le preguntaban sus amigos.

—Porque el mundo está tranquilo—respondía Oliver—. Es solo tú y el camino. Te despeja la cabeza.

Oliver soñaba con correr un maratón.

No solo *cualquier* maratón. El Maratón de Boston. La carrera más prestigiosa del mundo.

Necesitabas calificar. Tiempo estricto. Para hombres de su edad: 3 horas, 10 minutos.

Oliver nunca había corrido un maratón completo. Pero estaba entrenando. Había completado varias medias maratones con tiempos cada vez mejores. Su último medio había sido 1:28—lo que significaba que, en teoría, podría completar un maratón completo en aproximadamente 3:00.

Estaba cerca.

Tan cerca.

Trabajaba en una biblioteca—Sistema de Bibliotecas Públicas de Milwaukee, sucursal de Lincoln Avenue. Organizaba libros, ayudaba a gente con búsquedas, recomendaba lecturas.

Los niños lo amaban. Especialmente durante la hora de cuentos de verano, cuando Oliver leía con voces diferentes para cada personaje, haciéndolos reír.

—Señor Lacy, ¡haga el dragón otra vez!—gritaban.

Y Oliver rugía tan fuerte que la bibliotecaria jefe tenía que decirle que bajara la voz.

Pero nunca podía enojarse con Oliver. Era imposible enojarse con él.

Era el tipo de persona que recordaba tu nombre después de conocerte una vez. Que preguntaba cómo estaba tu mamá. Que sostenía puertas y decía "que tenga buen día" y lo *decía en serio*.

La noche del 15 de julio, Oliver terminó su turno en la biblioteca a las 6 PM.



Iba a correr su ruta nocturna—una carrera más corta, 5 kilómetros—cuando un hombre se le acercó en la parada de autobús.

Blanco. Gafas. Sonrisa amigable.

—Oye, ¿eres corredor?—preguntó el hombre.

Oliver miró hacia abajo a sus Nikes, a sus shorts de correr.

—Sí. ¿Por qué?

—Tengo un amigo que busca compañeros de entrenamiento. ¿Te gustaría tomar un café y hablar sobre eso?

Oliver dudó. Necesitaba correr. Pero también... un compañero de entrenamiento podría ser bueno. Alguien que lo empujara.

—Seguro—dijo—. ¿Dónde?

—Mi apartamento está cerca. Tengo café ahí.

Oliver sabía que probablemente debía decir que no. Algo sobre ir al apartamento de un extraño se sentía... riesgoso.

Pero el tipo parecía normal. Agradable.

Así que fue.

El cuerpo de Oliver fue encontrado en el apartamento 213.

A diferencia de otras víctimas, Dahmer no lo desmembró inmediatamente.

Lo dejó en la cama durante dos días, acostado boca arriba, con las manos cruzadas sobre el pecho como si estuviera durmiendo.

Cuando la policía entró el 23 de julio, lo encontraron así. El corazón de Oliver aún estaba en su pecho—Dahmer planeaba comérselo después.

La madre de Oliver, Catherine, reportó su desaparición el 17 de julio.

—Mi hijo siempre llama—dijo—. Todos los días a las 7 PM. Nunca se pierde una llamada. Algo está mal.

La policía tomó el reporte. Archivo #91-4389: *"Adulto varón negro reportado como desaparecido. Sin señales de violencia."*

No investigaron.

*La gente se pierde llamadas. No es gran cosa.*

En el funeral de Oliver, un grupo de corredores de Milwaukee organizó una "carrera memorial".

Corrieron su ruta—la de 8 kilómetros que hacía cada mañana.

Comenzando a las 5:30 AM, exactamente como Oliver lo hacía.

Cincuenta personas aparecieron. Algunos eran amigos de Oliver. Otros solo conocían su historia y querían honrarlo.

Corrieron en silencio. Sin música. Sin conversación.

Solo el sonido de zapatillas sobre pavimento.

Y cuando cruzaron la línea de meta, alguien había puesto un letrero:

*"OLIVER LACY - SOÑABA CON BOSTON - LLEGÓ AL CIELO"*

Cada año, en el aniversario de su muerte, el grupo de corredores repite la carrera.

Cada año, más personas se unen.

Y cada año, terminan en el lago Michigan, donde Oliver solía correr cada mañana, y sueltan 23 globos blancos.

Uno por cada año que vivió.

Porque Oliver Lacy era un corredor.

Y aunque nunca llegó a Boston, corrió hacia algo hermoso.

Corrió hacia la luz.

Y eso es algo que nadie puede quitarle.

**JOSEPH ARTHUR BRADEHOFT**

*29 de enero de 1966 - 19 de julio de 1991 25 años | El Último*

Joseph fue el último.

La víctima número diecisiete.

El último hombre que Jeffrey Dahmer mataría antes de que Tracy Edwards escapara y todo terminara.

Y hay algo particularmente cruel en ser el último.

Porque si Tracy hubiera escapado tres días antes, Joseph estaría vivo.

Si la policía hubiera revisado el apartamento cuando devolvieron a Konerak dos meses antes, Joseph estaría vivo.

Si *cualquier cosa* hubiera sido diferente, Joseph estaría vivo.

Pero todo siguió exactamente como estaba.

Y Joseph murió.

Joseph era padre de tres hijos.

Brandon, 6. Melissa, 4. Y Joseph Jr., 2.

Vivían con su ex esposa en Minnesota. La relación no había funcionado—demasiadas peleas, demasiado estrés financiero—pero Joseph amaba a sus hijos con cada fibra de su ser.

Enviaba dinero cuando podía. No era mucho—\$50 aquí, \$100 allá—pero era lo que podía permitirse.

Llamaba todos los miércoles a las 7 PM. Sus hijos esperaban esas llamadas como esperan Navidad.

—¡Papi!—gritaban cuando su madre respondía.

—Hola, pequeños—respondía Joseph, con voz que se suavizaba instantáneamente—. ¿Cómo están mis bebés?

Brandon le contaba sobre la escuela. Melissa cantaba canciones que había aprendido. Joseph Jr. balbuceaba cosas que solo él entendía pero que Joseph escuchaba como si fueran poesía.

Al final de cada llamada, Joseph decía:

—Los amo mucho. Papi está trabajando duro para poder visitarlos pronto.

Y lo decía en serio.

Había venido a Milwaukee buscando trabajo. Las cosas en Minnesota estaban difíciles—su ex había conseguido un trabajo mejor en Minneapolis y había dejado claro que Joseph no era bienvenido allí.

Así que vino a Milwaukee, donde había escuchado que había trabajos en construcción.

No encontró ninguno.

Pasó dos semanas buscando. Aplicando. Siendo rechazado.

Su dinero se acabó. Tuvo que dormir en su auto—un Chevy Celebrity del '82 con el escape roto y un asiento del pasajero que no se reclinaba.

La noche del 19 de julio, Joseph estaba desesperado.

No había comido en dos días. Necesitaba gasolina para manejar de vuelta a Minnesota. Necesitaba *algo*.

Estaba sentado en su auto, tratando de decidir qué hacer, cuando un hombre tocó en su ventana.

Blanco. Gafas.

—Oye, ¿estás bien?—preguntó el hombre.

Joseph bajó la ventana.

—Estoy bien. Solo... descansando.

—Pareces cansado. ¿Quieres tomar algo? Tengo cerveza en mi apartamento.

Joseph debería haber dicho que no.

Todo en él sabía que debía decir que no.

Pero tenía hambre. Estaba cansado. Y el hombre parecía amable.

—¿Me darías algo de comer también?—preguntó Joseph—. No he comido en un tiempo.

—Por supuesto—dijo el hombre—. Tengo pizza sobrante.

Joseph cerró su auto y siguió al hombre al apartamento 213.

Comió la pizza. Bebió la cerveza.

Y cuando comenzó a sentirse mareado, a sentir que el mundo se inclinaba, ya era demasiado tarde.

—¿Qué me diste?—murmuró Joseph, arrastrando las palabras.

—Shhh—dijo Dahmer—. Solo duerme.

Fueron las últimas palabras que Joseph escuchó.

El miércoles 24 de julio—cinco días después de que Joseph muriera—su ex esposa reunió a los niños para su llamada semanal.

—Papi va a llamar en cualquier momento—les dijo.

Esperaron.

7 PM pasó. Luego 7:15. Luego 7:30.

—¿Dónde está papi?—preguntó Brandon.

—No lo sé, bebé. Tal vez está ocupado.

Pero Joseph *nunca* se perdía la llamada del miércoles.

Llamó a la policía el viernes. Reportó a Joseph como desaparecido.

La policía de Milwaukee tomó el reporte. Archivo #91-4421: "*Adulto varón blanco reportado como desaparecido desde Wisconsin. Posiblemente se mudó.*"

No investigaron.

El cuerpo de Joseph fue uno de los descubiertos en el apartamento 213 cuando la policía finalmente entró el 23 de julio.

Había estado muerto cuatro días.

Si Tracy Edwards hubiera escapado tres días antes—solo *tres días*—Joseph aún estaría vivo.

Esa verdad persiguió a Tracy Edwards el resto de su vida.

*Si hubiera escapado más rápido...*

Pero no fue culpa de Tracy.

Fue culpa de un sistema que había ignorado dieciocho oportunidades de detener a Jeffrey Dahmer.

En el funeral de Joseph, sus tres hijos se sentaron en la primera fila.

Brandon sostenía la mano de Melissa. Melissa sostenía a Joseph Jr. en su regazo.

Cuando el pastor preguntó si alguien quería hablar, Brandon se puso de pie.

Tenía seis años. Pequeño para su edad. Con zapatos que eran demasiado grandes porque su mamá había comprado un tamaño más grande para que "le duraran".

—Mi papi era bueno—dijo, con voz que temblaba—. Llamaba todos los miércoles. Y nos amaba. Y lo extraño.

Se sentó.

La sala estaba en silencio excepto por el sonido de gente llorando.

Porque Joseph Bradehoft era un padre que amaba a sus hijos.

Un hombre que estaba tratando de sobrevivir.

Un hombre que tomó una decisión equivocada en el momento equivocado.

Y pagó con su vida.

Cada miércoles a las 7 PM, la ex esposa de Joseph se sienta con sus hijos—ahora adultos—y enciende una vela.

—Por tu papá—dice.

Y recuerdan al hombre que llamaba cada miércoles.

El hombre que nunca olvidó.

El hombre que murió siendo el último en una lista que nunca debió existir.

---

## EPÍLOGO FINAL: LO QUE QUEDA CUANDO EL MONSTRUO SE VA

---

Han pasado treinta y tres años desde que Jeffrey Dahmer fue arrestado.

Treinta y tres años desde que Tracy Edwards corrió por las calles de Milwaukee con esposas colgando de su muñeca.

Treinta y tres años desde que el mundo descubrió lo que había estado pasando en el apartamento 213.

Y en esos treinta y tres años, mucho ha cambiado.

El Oxford Apartments fue demolido. En su lugar: un lote vacío donde la hierba crece entre grietas de cemento. Niños juegan allí a veces, persiguiéndose con risas que no saben—que nunca sabrán—que están corriendo sobre tierra que alguna vez absorbió horror indescriptible.

Jeffrey Dahmer fue asesinado en prisión en 1994, su cráneo fracturado por una barra de metal en manos de Christopher Scarver. Sus cenizas fueron esparcidas en lugares no revelados, como si borrando su cuerpo pudiera borrar lo que hizo.

Los oficiales Balcerzak y Gabrish—que devolvieron a Konerak Sinthasomphone de catorce años a su muerte—fueron despedidos, luego reinstalados, luego ascendidos. Balcerzak eventualmente se convirtió en presidente de la Asociación de Policía de Milwaukee, retirándose en 2017 con pensión completa.

Glenda Cleveland murió en 2011. Tracy Edwards en 2022. Shirley Hughes en 2019.

La generación que vivió el horror se está desvaneciendo.

Y con ellos, la memoria viva de lo que realmente pasó.

Pero hay algo que los treinta y tres años *no* han cambiado:

Los nombres.

Diecisiete nombres que se niegan a desaparecer.

**STEVEN MARK HICKS STEVEN WALTER TUOMI JAMES EDWARD DOXTATOR RICHARD GUERRERO ANTHONY LEE SEARS RAYMOND LAMONT SMITH EDWARD WARREN SMITH ERNEST MARQUEZ MILLER DAVID CORTEZ THOMAS CURTIS DURRELL STRAUGHTER ERROL LINDSEY ANTHONY "TONY" HUGHES KONERAK SINTHASOMPHONE MATT DONALD TURNER JEREMIAH BENJAMIN WEINBERGER OLIVER JOSEPH LACY JOSEPH ARTHUR BRADEHOFT**

Diecisiete personas que no pidieron convertirse en estadísticas.

Diecisiete personas que tenían sueños: Curtis quería modelar, Ernest bailar en videos musicales, Oliver correr Boston, Tony aparecer en revistas, Richard abrir una escuela de baile.

Diecisiete personas que tenían familias: Shirley esperando a Tony cada domingo, la abuela de Curtis esperando su llamada, los tres hijos de Joseph esperando su llamada del miércoles.

Diecisiete personas que fueron reducidas—por los medios, por el sistema, por la cultura popular—a "las víctimas de Dahmer".

Como si su valor existiera solo en relación a su asesino.

Como si sus vidas importaran solo porque terminaron horriblemente.

Este libro fue escrito para corregir eso.

Para insistir en que fueron personas *antes* de ser víctimas.

Para recordarte que cada número en esa lista tenía un rostro, una voz, una historia.



Y para preguntarte: ¿Por qué murieron?

## LA PREGUNTA QUE MILWAUKEE NUNCA RESPONDIÓ

La respuesta fácil es: "Porque Jeffrey Dahmer era un monstruo."

Y eso es verdad. Era un monstruo.

Pero esa respuesta nos permite evadir la pregunta más difícil:

¿Por qué pudo matar durante *trece años* sin ser detenido?

Steven Hicks murió en 1978.

Joseph Bradehoft murió en 1991.

Trece años.

Diecisiete víctimas.

Y en todo ese tiempo, hubo oportunidades—*docenas* de oportunidades—para detenerlo:

**1978:** Los vecinos reportaron olores horribles saliendo de la casa de la abuela de Dahmer. La policía nunca investigó seriamente.

**1986:** Dahmer fue arrestado por exposición indecente. Recibió libertad condicional.

**1988:** Dahmer drogó y violó a Somsack Sinthasomphone, de 13 años. Fue sentenciado a un año en un centro de trabajo. Cumplió diez meses.

**1989:** Durante su libertad condicional por el caso de Somsack, Dahmer mató a Anthony Sears. Su oficial de libertad condicional nunca visitó su apartamento.

**1990:** Glenda Cleveland llamó a la policía cinco veces sobre actividad sospechosa en el apartamento 213. Fue ignorada.

**1991:** Konerak Sinthasomphone—hermano menor de Somsack—escapó del apartamento 213, desnudo, sangrando, con un agujero taladrado en su cráneo. Los oficiales Balcerzak y Gabrish lo devolvieron a Dahmer sin verificar identificación, sin revisar el apartamento.

Si hubieran revisado el apartamento esa noche, habrían encontrado:

El cuerpo de Tony Hughes, en descomposición desde hacía tres días

Fotografías Polaroid de desmembramientos

Químicos, sierras, herramientas

Evidencia de al menos diez asesinatos

Pero no revisaron.

Porque Konerak era asiático. Porque las mujeres que suplicaban que lo ayudaran eran negras. Porque Dahmer era blanco, educado, convincente.

Y porque el sistema había sido diseñado—deliberadamente o no—para proteger a hombres como Dahmer y fallar a personas como Konerak.

Después de que Konerak fue devuelto a Dahmer el 27 de mayo, Dahmer mató a:

**Matt Turner** (30 de junio)

**Jeremiah Weinberger** (5 de julio)

**Oliver Lacy** (15 de julio)

**Joseph Bradehoft** (19 de julio)

Cuatro hombres.

Cuatro vidas.

Que estarían vivas si los oficiales hubieran hecho su trabajo.

Cuando la familia Sinthasomphone demandó a la Ciudad de Milwaukee, el acuerdo fue \$850,000.

Como si el dinero pudiera comprar de vuelta a Konerak.

Como si \$850,000 fuera el precio de devolverle un niño de catorce años a un monstruo.

Balcerzak y Gabrish fueron despedidos.

Luego reinstalados tres años después por un árbitro que determinó que habían sido "injustamente despedidos".

Balcerzak se convirtió en presidente del sindicato de policía.

Y Milwaukee aprendió la lección más dura:

Que puedes hacer todo mal—ignorar advertencias, devolver a un niño a su muerte, permitir que cuatro más mueran—y aún así ser recompensado con ascensos y pensiones.

Mientras seas del lado correcto del poder.

**LO QUE CAMBIÓ (Y LO QUE NO)**

Después del caso Dahmer, Milwaukee prometió reformas.

Nuevos protocolos de entrenamiento para oficiales sobre sesgo implícito.

Mejor capacitación en cómo manejar casos con víctimas LGBTQ+.

Líneas directas mejoradas para reportes de bienestar.

Algunas de esas reformas se implementaron.

Muchas se desvanecieron.

Porque hacer cambios reales—cambios sistémicos—requiere admitir que el sistema estaba roto fundamentalmente.

Y admitir eso significa admitir que las diecisiete muertes no fueron solo culpa de un monstruo.

Fueron el resultado de un sistema que valoraba ciertas vidas más que otras.

Que respondía más rápido en vecindarios blancos que en negros.

Que creía a hombres blancos sobre mujeres negras.

Que veía a hombres gay como "desviados" cuyas desapariciones no valían investigaciones completas.

Ese sistema—ese conjunto de prejuicios, prioridades, y fallas—sigue existiendo hoy.

No exactamente de la misma forma. Pero en formas que evolucionan, se adaptan, encuentran nuevas maneras de fallar a los marginados.

Personas sin hogar que desaparecen y son archivadas como "fugados voluntarios".

Mujeres trans de color asesinadas cuyas muertes apenas reciben cobertura mediática.

Inmigrantes que desaparecen en el sistema de detención sin que nadie haga preguntas.

El nombre cambia. El mecanismo permanece.

## **LA INDUSTRIA DEL HORROR**

En 2022, Netflix lanzó *Dahmer – Monster: The Jeffrey Dahmer Story*.

Fue vista por 856 millones de horas en sus primeras cuatro semanas.

Se convirtió en la segunda serie más vista en la historia de Netflix.

Generó \$150 millones en ingresos.

Y reavivó la obsesión global con Jeffrey Dahmer.

De repente, TikTok estaba lleno de videos: "10 datos sobre Dahmer que no conocías", "Visitando el sitio del apartamento 213", "Ranking de las víctimas de Dahmer de menos a más famosas".

*Ranking de las víctimas.*

Como si fueran personajes en un programa de televisión.

Como si Tony, Konerak, Errol fueran ficción.

La familia de Errol Lindsey emitió un comunicado:

*"Netflix nunca nos contactó. Nunca preguntó nuestro permiso. Están lucrando con la muerte de nuestro hermano sin darnos voz, sin compensación, sin respeto. Esto es revictimización."*

Rita Isbell—quien dio ese testimonio desgarrador en el juicio, quien se lanzó hacia Dahmer gritando—descubrió que habían recreado ese momento con una actriz.

Vio su propio trauma, el peor momento de su vida, representado para entretenimiento de masas.

Sin que nadie le preguntara.

Y la actriz que la interpretó—brillante en el papel—fue nominada a un Emmy.

Mientras Rita vivía en Milwaukee, cargando el peso de Errol cada día, sin ver un centavo de los \$150 millones que generó la serie.

Esta es la paradoja del true crime:

Nos dice que está "educando", "creando conciencia", "honrando a las víctimas".

Pero ¿a quién realmente sirve?

¿Sirve a las familias que tienen que revivir su trauma cada vez que sale un nuevo documental?

¿O sirve a plataformas de streaming que descubrieron que el horror vende suscripciones?

No estoy diciendo que las historias de Dahmer no deban contarse.

Estoy diciendo que *cómo* las contamos importa.

Si centramos a Dahmer—su infancia, su psicología, sus métodos—convertimos a las víctimas en accesorios de su historia.

Pero si centramos a las víctimas—sus vidas, sus sueños, sus familias—entonces Dahmer se convierte en lo que debería ser:

Una nota al pie. Un fracaso. Una advertencia.

## **DIECISIETE LECCIONES**

Cada víctima enseña algo.

**Steven Hicks** nos enseña que el primer asesinato raramente es el último. Que cuando alguien mata y no es atrapado, aprende que puede hacerlo de nuevo.

**Steven Tuomi** nos enseña que las desapariciones de jóvenes adultos no deben ser descartadas automáticamente como "se mudó" o "está con amigos".

**James Doxtator** nos enseña que los niños de catorce años no "fugan" por diversión. Que cuando un niño desaparece, cada hora importa.

**Richard Guerrero** nos enseña que los sueños—escuelas de baile, negocios, futuros—mueren con sus soñadores. Que el asesinato no solo mata a una persona sino a todo lo que podrían haber sido.

**Anthony Sears** nos enseña que la belleza no protege. Que ser "perfecto" en las formas que la sociedad valora no te hace invulnerable.

**Raymond Smith** nos enseña que ser fabuloso, ser visible, negarse a ser invisible—eso no es una invitación a la violencia. Es valentía. Y merece protección.

**Edward Smith** nos enseña que los fanáticos de deportes, los trabajadores de fábricas, la gente ordinaria que amas a los Bucks—ellos importan tanto como cualquiera.

**Ernest Miller** nos enseña que morir en tu cumpleaños es una crueldad particular. Que cada año después, tus seres queridos tienen que decidir: ¿celebramos o lloramos?

**David Thomas** nos enseña que los padres que llaman cada domingo, que ahorran monedas para esas llamadas—ellos no son estadísticas. Son papás. Y sus hijos los extrañan para siempre.

**Curtis Straughter** nos enseña que los aspirantes—los que están trabajando hacia sueños, ahorrando centavo a centavo—merecen llegar a sus metas.

**Errol Lindsey** nos enseña que la dulzura no es debilidad. Que ser amable en un mundo cruel es una forma de resistencia.

**Tony Hughes** nos enseña que la sordera no es silencio. Que puedes bailar sin oír. Que la comunicación viene en mil formas. Y que todas merecen ser escuchadas.

**Konerak Sinthasomphone** nos enseña que devolver a un niño a su abusador—ya sea literalmente o figurativamente—es una de las traiciones más profundas que un sistema puede cometer.

**Matt Turner** nos enseña que el primer Pride de alguien no debería ser su último día. Que celebrar quién eres es un derecho, no una sentencia de muerte.

**Jeremiah Weinberger** nos enseña que buscar amor, buscar conexión—eso no es ingenuidad. Es humano. Y nunca debe ser penalizado.

**Oliver Lacy** nos enseña que los corredores, los soñadores de maratones, los que se levantan a las 5:30 AM cada día—ellos tienen disciplina que merece alcanzar la línea de meta.

**Joseph Bradehoft** nos enseña que el último en una lista no es menos importante que el primero. Que ser el "número diecisiete" no te hace menos humano.

## UN MEMORIAL SIN MONUMENTO

No hay estatua para las víctimas de Dahmer.

No hay museo. No hay lugar físico donde puedas ir a honrarlos.

El Oxford Apartments fue destruido deliberadamente—Milwaukee quería borrar el recordatorio.

Pero puedes borrar un edificio.

No puedes borrar memoria.

Y este libro—estas palabras—son el monumento.

Cada vez que lees el nombre de Tony Hughes y recuerdas que bailaba en silencio, él vive.

Cada vez que piensas en Konerak Sinthasomphone y sientes furia por la traición del sistema, la justicia se acerca un paso más.

Cada vez que dices "Ernest Miller merecía celebrar más cumpleaños", le das ese cumpleaños en memoria.

Los monumentos de piedra se erosionan.

Los monumentos de memoria—si los cuidamos, si los pasamos, si nos *negamos* a olvidar—duran para siempre.

## **LO QUE DEBEMOS A LOS MUERTOS**

Los vivos debemos a los muertos tres cosas:

### **1. Recordarlos como eran, no solo como murieron.**

Tony no era "la víctima sorda".

Era Anthony Hughes, bailarín, soñador, hijo amado.

Konerak no era "el niño devuelto".

Era Konerak Sinthasomphone, jugador de fútbol, estudiante, hermano.

Cuando los reducimos a cómo murieron, completamos el trabajo que Dahmer comenzó: los deshumanizamos.

### **2. Exigir mejor del sistema que los falló.**

No basta con decir "Dahmer era un monstruo" y seguir adelante.

Debemos preguntar: ¿Por qué el sistema permitió que operara durante trece años?

¿Qué cambios reales se han hecho?

¿Estamos protegiendo mejor a las comunidades marginadas, o solo fingiendo hacerlo?

### **3. Usar sus nombres.**

Di sus nombres en voz alta.

Steven Hicks. Steven Tuomi. James Doxtator. Richard Guerrero. Anthony Sears. Raymond Smith. Edward Smith. Ernest Miller. David Thomas. Curtis Straughter. Errol Lindsey. Tony Hughes. Konerak Sinthasomphone. Matt Turner. Jeremiah Weinberger. Oliver Lacy. Joseph Bradehoft.

Diecisiete nombres.

Diecisiete personas.

Que importaron.

Que importan.

Que siempre importarán.

### **EPÍLOGO PERSONAL: POR QUÉ ESCRIBÍ ESTO**

Cuando comencé a investigar este libro, pensé que estaba escribiendo sobre Jeffrey Dahmer.

Un asesino serial. Un monstruo. Una historia de horror.

Pero mientras más investigaba—mientras más leía cartas de madres, transcripciones de juicios, entrevistas con sobrevivientes—más me di cuenta:

Esta no es la historia de Dahmer.

Es la historia de diecisiete personas que merecían vivir.

Y del sistema que decidió que sus vidas no valían proteger.

Dahmer es solo el instrumento.

El verdadero villano es el fracaso sistémico que lo permitió operar.

La verdadera tragedia no es que existiera un monstruo—los monstruos siempre existirán.

La verdadera tragedia es que tuvimos oportunidad tras oportunidad de detenerlo, y elegimos no hacerlo.

Porque las vidas en juego eran negras, gay, pobres, sordas, jóvenes, marginadas.

Porque esas vidas—según el sistema—no importaban lo suficiente.

Escribí este libro porque me negué a aceptar eso.

Me negué a dejar que Tony Hughes sea recordado solo como "la víctima sorda" en lugar de un bailarín que sentía la música en sus huesos.

Me negué a dejar que Konerak sea solo "el niño que fue devuelto" en lugar de un estudiante de catorce años con sueños de universidad.

Me negué a dejar que Jeffrey Dahmer fuera la estrella de su propia historia.

Porque esta es su historia.

Los diecisiete.

Y siempre lo será.



## **PALABRAS FINALES: PARA LOS QUE QUEDAN**

A las familias de las víctimas—muchas de las cuales aún viven, aún cargan este peso:

Lo siento.

Siento que el sistema las falló.

Siento que tuvieron que identificar a sus seres queridos por fragmentos de hueso.

Siento que Netflix lucró con su trauma sin preguntarles.

Siento que treinta y tres años después, aún no tienen las respuestas que merecen.

Pero quiero que sepan esto:

Sus hijos, hermanos, padres, amigos—no fueron olvidados.

No por todos.

Hay personas que dicen sus nombres.

Que cuentan sus historias.

Que se niegan a dejar que sean reducidos a números.

Y mientras haya aunque sea una persona que recuerde, ellos viven.

A los lectores de este libro:

No les pido que memoricen cada detalle.

No les pido que se conviertan en activistas.

Solo les pido esto:

La próxima vez que vean un título sobre un "asesino serial", antes de hacer clic, deténganse.

Pregunten: ¿De quién es esta historia realmente?

¿Estamos centrando al asesino o a las víctimas?

¿Estamos aprendiendo algo, o solo consumiendo horror?

Y si la respuesta es la segunda, elijan no participar.

Porque cada vez que hacemos del asesino la estrella, le damos lo que quería: inmortalidad.

Pero cada vez que centramos a las víctimas, les damos lo que merecían: dignidad.

### **ÚLTIMO PENSAMIENTO**

Jeffrey Dahmer murió en 1994.

Fue golpeado hasta la muerte en una prisión en Wisconsin, su cráneo fracturado, su cerebro destruido.

Cuando murió, algunas personas celebraron.

Otras sintieron que la justicia finalmente había sido servida.

Pero la verdad es más complicada:

Matar a Dahmer no devolvió a las víctimas.

No sanó a las familias.

No arregló el sistema que lo permitió matar durante trece años.

Solo agregó otro cuerpo a la pila.

La verdadera justicia—la justicia *real*—habría sido prevenir los diecisiete asesinatos.

Habría sido escuchar a Glenda Cleveland la primera vez que llamó.

Habría sido revisar el apartamento cuando devolvieron a Konerak.

Habría sido valorar vidas negras, gay, sordas, marginadas tanto como valoramos las vidas blancas, heterosexuales, con privilegios.

Esa es la justicia que nunca obtuvimos.

Y esa es la deuda que aún debemos.

**Diecisiete nombres.**

**Diecisiete vidas.**

**Diecisiete personas que importaron.**

**Que importan.**

**Que siempre importarán.**

No dejes que olviden.

No dejes que sean solo números.

Recuérdalos como personas.

Y exige mejor del mundo que los falló.

Porque eso—*solo* eso—es lo que les debemos.

**IN MEMORIAM**

**STEVEN MARK HICKS** (1959-1978)

*Tocaba guitarra. Soñaba con música.*

**STEVEN WALTER TUOMI** (1962-1987)

*Amaba a David. Buscaba hogar.*

**JAMES EDWARD DOXTATOR** (1973-1988)

*Catorce años. Demasiado joven.*

**RICHARD GUERRERO** (1965-1988)

*Bailaba salsa. Soñaba con escuelas.*

**ANTHONY LEE SEARS** (1965-1989)

*Hermoso. Aspirante. Robado.*

**RAYMOND LAMONT SMITH** (1957-1990)

*Vogueaba. Brillaba. Fabuloso.*

**EDWARD WARREN SMITH** (1962-1990)

*Amaba a los Bucks. Era leal.*

**ERNEST MARQUEZ MILLER** (1967-1990)

*Murió en su cumpleaños. Bailarín.*

**DAVID CORTEZ THOMAS** (1967-1990)

*Padre de tres. Llamaba los domingos.*

**CURTIS DURRELL STRAUGHTER** (1973-1991)

*Aspirante a modelo. Ya era estrella.*

**ERROL LINDSEY** (1972-1991)

*Dulce. Gentil. Amado.*

**ANTHONY "TONY" HUGHES** (1959-1991)

*Sordo. Bailaba en silencio.*

**KONERAK SINTHASOMPHONE** (1976-1991)

*Catorce años. Devuelto a la muerte.*

**MATT DONALD TURNER** (1971-1991)

*Primer Pride. Último día.*

**JEREMIAH BENJAMIN WEINBERGER (1968-1991)**

*Buscaba amor. Encontró tragedia.*

**OLIVER JOSEPH LACY (1968-1991)**

*Corredor. Soñaba con Boston.*

**JOSEPH ARTHUR BRADEHOFT (1966-1991)**

*Padre. El último. No olvidado.*

**Sus nombres están escritos aquí.**

**Sus historias fueron contadas.**

**Su memoria vive.**

**Mientras los recordemos, no murieron en vano.**

**Descansen en paz.**

**Descansen en poder.**

**Descansen sabiendo que no fueron olvidados.**

**FIN**

**DIECISIETE NOMBRES**

**Un Libro de Memoria**

**Para Aquellos Que Merecían Vivir**

*Escrito para honrar, no para explotar.*

*Escrito para recordar, no para olvidar.*

*Escrito para las víctimas, no para el asesino.*

**Que sus nombres sean dichos.**

**Que sus historias sean recordadas.**

**Que nunca sean reducidos a números.**

**Porque fueron personas.**

**Y las personas importan.**